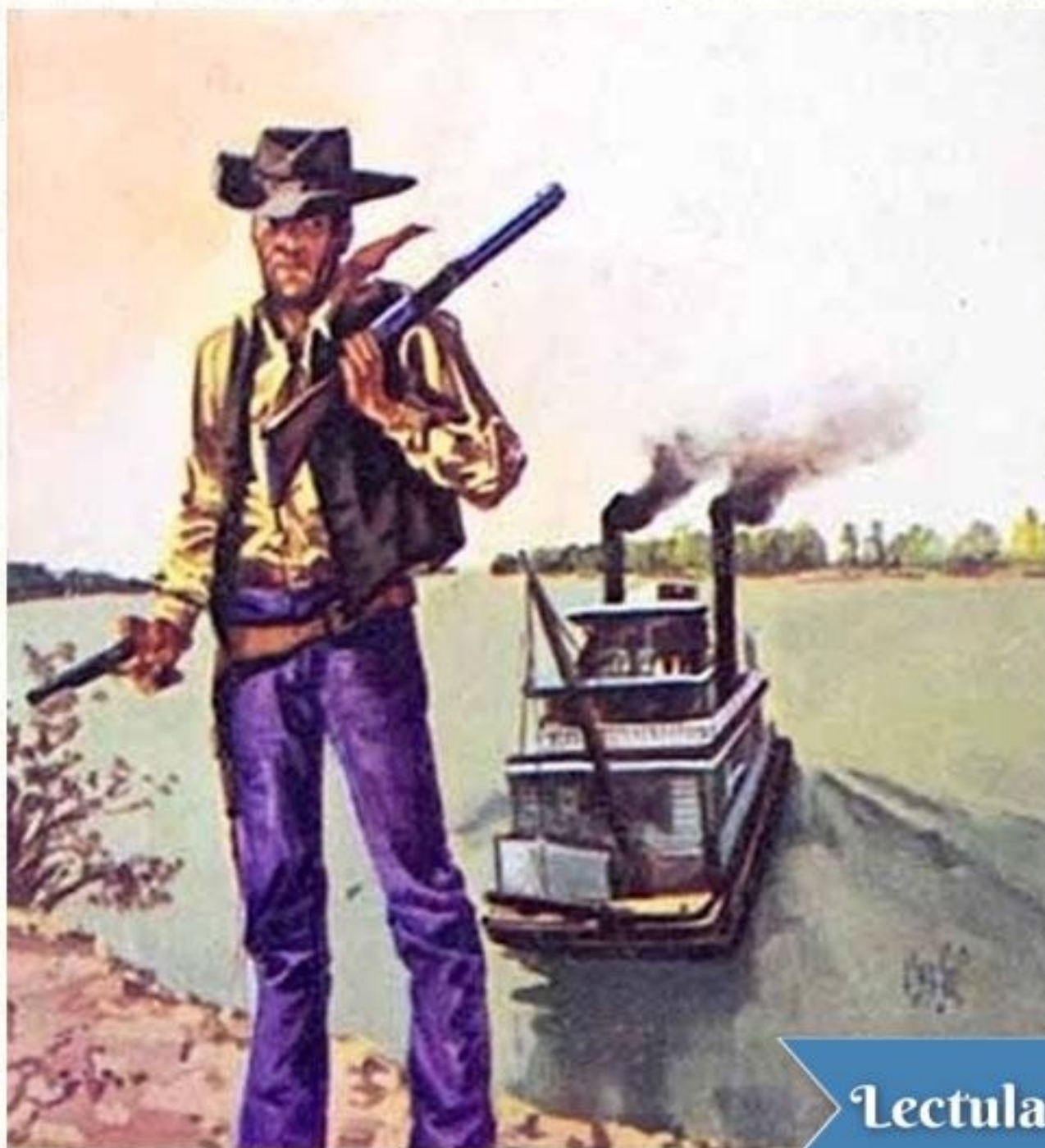


JAMES O. CURWOOD

En los grandes lagos



Lectulandia

Este libro tiene la doble ventaja de ser escrito por un hombre que conoce los lagos canadienses y sus costas, así como también lo que se ha escrito sobre ellos. El lector disfrutará de las historias de los lagos relacionadas en el tiempo pasado así como las del tiempo en que las escribió el autor.

La historia de las grandes flotas comerciales que surcaban los mares interiores, creadas para transportar los frutos de la tierra y los metales que eran sacados de las entrañas de la tierra. La de los hombres de negocios e inversores que tenían intereses en o sobre los lagos.

Poco se ha escrito sobre estos mares de agua dulce, y muchos de sus lectores se sorprenderán de las maravillosas historias que se cuentan en este volumen.

Lectulandia

James Oliver Curwood

En los grandes lagos

ePub r1.0

Titivillus 23.05.2018

Título original: *The great lakes*
James Oliver Curwood, 1909
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

En este libro se publican las mejores de muchas historias emocionantes escritas por el malogrado James Oliver Curwood, referentes a los buques que antaño cruzaron los océanos de agua dulce de América y a los temerarios hombres que los tripulaban.

Estos relatos de los Mares Interiores son veraces episodios de buques marineros, que hoy recuerdan tan sólo los supervivientes de una generación a punto de extinguirse. James Oliver Curwood, aunque más conocido como escritor de novelas de las soledades canadienses fue, en otro tiempo, considerado una verdadera autoridad en esos asuntos.

*A principios del siglo actual contribuyó con su volumen *En los grandes lagos al estudio* titulado «*American Waterways*», de la Knickerbocker Press. Estas narraciones son esencialmente las mismas que el gran escritor creó.*

Yo me he limitado a recopilarlas para formar el libro, pues cada una de sus capítulos es, en realidad, una aventura independiente, escrita por Curwood. Por consiguiente, no tengo el menor reparo en publicar el libro con la firma de James Oliver Curwood, puesto que él los escribió, y confío en que sus lectores sentirán el mágico encanto de estas historias tan intensamente como el de sus vívidas narraciones de hombres y mujeres de las soledades del Norte, el País de Dios, como él lo llamaba.

DOROTEA A. BRYANT

Long Beach, N. Y.

Capítulo I

El hijo de un héroe

EN una de aquellas cavernosas hoyas que con frecuencia se encuentran en el fondo del lago Superior —«el mar enorme y brillante» para un poeta, quizá, pero, en realidad un océano hosco que infunde miedo a los marineros retrasados en sus viajes — habíase hundido para siempre todo lo que quedaba del Bannockburn. El buque quedó destrozado por completo seis horas después del choque con un arrecife desconocido e inmediato a una de las desoladas islas que se hallan cerca del horizonte hacia Whitefish Point. Desde el fondo de estas hoyas, y muy por debajo de las olas heladas, aun en pleno verano, no vuelven a salir nunca los restos de los buques, y allí, cual si fuesen bloques de hielo, los cuerpos humanos permanecen intactos hasta el día del juicio.

Corrían los últimos de noviembre de 1885, cuando se desencadenó un espantoso ciclón, que surgió, de pronto, de las soledades desiertas del Canadá, para desparramar la ruina y la muerte a lo largo de las costas llenas de blancas dunas que bordean las heladas y tenebrosas selvas del norte de Míchigan.

Una semana después, una mujercita de cabello dorado oscuro y de grandes e insomnes ojos penetró, sin ruido, una vez más, en la oficina marítima de Detroit, en el momento en que la puerta se abría para permitir la salida a un mensajero. Aquella mujer había estado ya muchas veces allí. En la mirada que dirigió al empleado había una patética desesperación: la agonía de las horas que habían pasado desde que la Gran Tormenta arrebató el color de sus mejillas y marcó en su rostro profundas arrugas de dolor. Había ido tantas veces a aquella oficina que ya sus labios se entreabrían en lo que podía haber sido principio de una sonrisa de excusa, si el dolor que había en su corazón no la hubiese aniquilado antes de nacer.

El empleado volvió la cabeza y su corazón latió un poco más aprisa, en el momento en que la taquígrafa de la oficina levantaba hacia la recién llegada sus ojos inundados de intensa simpatía, de una mujer hacia otra. El empleado retrocedió y fue a apoyarse en un libro de cuentas, dejando a aquella mujercita en pie y silenciosa, en el lado opuesto de la enrejada ventanilla. Uno de los deberes de aquel empleado consistía en comunicar las noticias de las tragedias, hablar de tempestades y de

naufragios, de hombres perdidos y de buques salvados, es decir, en dar la felicidad y destrozarse algunos corazones; pero a la sazón no se sentía con fuerzas para desempeñar su cometido. Oyó que la taquígrafa se ponía en pie y diose cuenta de que se dirigía a la ventanilla.

—¿Han tenido... han tenido ustedes noticias del Bannockburn?

La voz de aquella mujer apenas fue más que un murmullo. Por un momento hubo en sus ojos un anhelo intenso; luego, cuando la empleada titubeaba, luchando con la verdad, la esperanza surgió repentinamente en sus ojos con un brillo parecido al de la locura.

—No. No, señora. No sabemos nada —dijo la joven con acento suave—. Quiero decir... nada preciso. Vieron el buque al pasar por delante de Gran Island cuando empezó la tempestad, pero... todavía no ha sido visto en Soo.

—¡Oh! ¡Dios mío!

El empleado, muy ocupado sobre el libro, al parecer, oyó el paso rápido de la taquígrafa en dirección a la vecina estancia. Ya conocía la razón. Volvióse y miró a la mujercita que estaba en pie, con la cara oculta entre las manos, precisamente ante la ventanilla. Aquel espectáculo no era raro ni extraordinario, pues durante los últimos días se había repetido con bastante frecuencia; pero usualmente las noticias trágicas no eran recibidas con tanta mansedumbre.

Corrían los días siguientes a la Gran Tormenta que todos los años hace su aparición. Llega en las postrimerías de la navegación, ya sea noviembre o diciembre, cuando los hombres y los barcos de los Mares Interiores afrontan mil peligros en sus temerarias travesías de puerto a puerto, a través del hielo y de la nieve. Nunca ha dejado de producirse aquella tempestad. Y la que acababa de hacer estragos dio pruebas de un furor sin precedentes, durante casi setenta y dos horas. De un extremo a otro de los lagos barrió las olas de tal manera que apenas la quinta parte de los buques escaparon de la destrucción. Y ahora los relatos de las tragedias eran comunicados por telégrafo, a fin de que se diseminaran entre los armadores de los buques y los amigos y parientes de los hombres contratados.

Desde las primeras horas de la mañana, el empleado de la oficina de marina estuvo muy ocupado contestando preguntas. Hubo una calma cuando llegó aquella mujercita. Pero mientras permanecía en pie sollozando en silencio, un hombre anciano, doblado por la edad, y algo cojo, con el cabello blanco que le colgaba hasta los hombros, penetró en la oficina y, con voz cascada y temblorosa, inquirió noticias del buque en que iba su hijo. Por suerte, el barco estaba seguro en el puerto, y el viejecillo salió cojeando y murmurando palabras ininteligibles, con histérica alegría. Una joven que le siguió, agarrando con fuerza la mano de un niño, pidió, por decimoquinta vez, noticias de un barco de madera en que se había embarcado su marido. Unos tras otros llegaban a la oficina, y mientras tanto, la mujercita permanecía en pie, silenciosa y apartada de los demás, sin, ver ni oír cosa alguna hasta que una mujer la rozó al pasar, sollozando desesperadamente.

Con instintivo ademán extendió una mano y se vieron ente a frente aquellos dos rostros pálidos y lacrimosos. Ambas eran jóvenes. La simpatía resplandecía en sus ojos. La mujer cuyo marido iba a bordo del Bannockburn fue la primera en hablar.

—¿Malas noticias, amiga?

—No, no —exclamó la otra sollozando—. Gracias a Dios, han sabido de ellos. ¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado! ¡Mire!

Y mostraba a la otra un papel para que lo leyese. Era un telegrama. Pero los velados ojos de la mujercita no le permitieron ver. Extendió los brazos, enlazándolos en el cuello de la otra, y la besó. Luego, salió, sumiéndose en la tempestad.

La ciudad veíase sumergida en el frío húmedo y gris de una noche ventosa y llena de cellisca. Afrontándola, la viuda Bannockburn —pues a causa de la costumbre de los lagos, esas desgraciadas son conocidas, muchas veces, por el nombre de los buques tripulados por sus malaventurados maridos— echó a andar por la orilla del río en dirección opuesta a la corriente, confundiéndose con la gente presurosa que, desde los establecimientos de la ciudad, se dirigían a sus casas. La joven parecía no ver ni oír cosa alguna; con ojos medio cegados buscó la resbaladiza acera, tropezó con otros peatones y al fin se sintió cansada y sin aliento; un desocupado, que hasta entonces se había guarecido en el marco de una puerta, advirtió la belleza de aquel rostro y se situó a su lado, ofreciéndole el amparo del paraguas, pero ella no lo advirtió siquiera. Sin mirar hacia adelante una sola vez, aquella mujercita continuó andando a través de la cellisca. La guiaba el instinto para volver a su casa y seguía el camino más directo, a través de las plazas llenas de vehículos, pasando, a veces, casi bajo las patas de los caballos guiados con descuido por sus conductores, o bien seguía los estrechos callejones que habían de conducirla a su hogar. Su mente hallábase vacía de todo pensamiento; tan sólo una cosa la ocupaba: la visión de una costa rocosa, con el mar rugiendo al atacarla y un negro bosque más allá, mientras en medio de la silbante espuma, un buque era destrozado por la furia de las aguas. Ella ya había visto aquella costa rocosa. Pasó por allí durante el verano anterior, en el viaje de vacaciones que su esposo le ofreciera. Y le señaló los dibujos que había en aquellas rocas, por cuya razón se llamaban Las Rocas Pintadas; la joven se estremeció al referirle las historias de los buques que allí se habían estrellado.

—Algún día es posible que a mí me ocurra lo mismo, Nell —dijo riéndose.

Ella le acompañó en su carcajada. Ahora, al recordar aquel incidente, profirió un gemido.

Detúvose ante una casita. En una de las ventanas ardía débilmente una lámpara, y la viuda Bannockburn esforzó la mirada para examinar el interior de la habitación. Después de unos instantes de silenciosa vigilancia, se deslizó como una sombra por la acera, hacia los estrechos escalones de la puerta, y dio sobre ésta un suave golpe. Abrióse cautelosamente la hoja de madera y asomó el rostro una mujer anciana. Por un momento miráronse una a otra y la que abrió la puerta retrocedió en silencio, mientras la recién llegada entraba.

—¿Están dormidos?

La anciana afirmó moviendo la cabeza. Trató de hablar, mas parecía que sus labios estuviesen helados. Mientras la joven se quitaba sus mojadas prendas, ella le puso un chal alrededor de la cabeza, hizo una corta pausa en la puerta, tartamudeó al dar las buenas noches y, apresurada, se dirigió a su estancia.

La joven esposa del marinero se dejó caer de rodillas junto a un sillón tapizado y roto, hundiendo luego el rostro entre sus brazos. Su cabello de oro oscuro se había despeinado, cayendo en una masa brillante y húmeda sobre su espalda. Quizá por largo rato perdió el sentido, pero en su cerebro ardía ferozmente la hoguera del sufrimiento, y no veía más que cuadros y más cuadros. Mares revueltos, que chocaban contra rocas cavernosas en el fragor del trueno, un buque que luchaba en un *maelstrom*^[1] de arrecifes y de espuma, el negro bosque agitándose en chirriantes ráfagas, y siempre, en alguna parte de aquella terrible escena, aparecía un rostro humano. Éste aumentaba de tamaño por momentos, se acercaba y era más real, hasta el punto de que parecía que sus labios fuesen a abrirse para hablar; y de entre aquella niebla gris y fantasmal que envolvía la mente de la joven, una mano que se alargaba le hacía señas, le hacía señas hasta que la mujer, echándose hacia atrás, profirió un chillido.

Le contestó el grito de un niño semidormido y ella, de un salto, se puso en pie, sin respirar apenas, y, agarrada al brazo del sillón, prestó oído. El grito no se repitió. De puntillas, la joven echó a andar para asomarse a una habitación oscura, donde dos abrigados cuerpecitos yacían en el centro de una cama.

Con la misma precaución, retrocedió. En la mesa había un lápiz y un taco de papel, en el que escribió:

«Ben ha naufragado en las Rocas Pintadas. He ido a auxiliarle. Haced el favor de cuidar de los niños hasta mi regreso».

Volvióse a poner el abrigo y el sombrero, empapados de agua, y, de nuevo, salió a la tempestad de la noche, guiada por los cuadros que contemplaba mentalmente.

Cada vez los veía más expresivos y más claros, y estaba persuadida de que su deber quedaba rotundamente definido. Le pareció que había transcurrido largo rato, hasta que se vio entre el ruidoso tumulto de las locomotoras que pasaban a los desvíos y el resplandor de una veintena de potentes faroles que alumbraban la ahumada llovizna de los andenes de la estación. Los cuadros abandonaron su cerebro mientras se abría paso por entre los obstáculos. Los deslumbrantes faros parecían órbitas de fuego. Aturdida, tropezó con las vías y con las traviesas hasta que, por fin, un empleado del tren le tomó el brazo para conducirla a un lugar seguro. Entonces se proyectaron de nuevo los cuadros en su mente y se olvidó por completo que se había extraviado y que estuvo en peligro. Dirigió algunas preguntas, pero los interrogados no vieron en ella más que el dolor intenso que se retrataba en su rostro. Los desconocidos la miraban compasivos; el taquillero, con curiosidad, y cuando pasó ante el taladrador de billetes, su pálido rostro estaba inclinado y oculto.

De este modo subió al tren. La estación, con su inferno de ojos fulgurantes y estrepitosas campanas, se quedó atrás sin que ella se diese cuenta, se extinguió el resplandor de la ciudad, y para la joven viuda las horas y millas transcurrían en indiferente procesión.

Al amanecer se sumió en lo que podría haberse llamado sueño, de no existir aquellos cuadros en su mente. Con la cabeza descansando sobre su brazo, por largo tiempo permaneció acurrucada en su asiento, estremeciéndose a veces, como en una pesadilla, cuando sus visiones mentales eran demasiado excitantes. Cuando se enderezó y miró de nuevo hacia el mundo, el sol disparaba sus luminosos rayos a través de la sucia ventana. Oscuros y profundos bosques habían sucedido a la ciudad y a las granjas agrícolas; a veces pasaba rauda por delante de la ventanilla la tosca cabaña de un leñador. Y por la abierta puerta del vagón penetraba el fragante perfume de los bosques de pinos.

Allí tuvo su morada en otro tiempo. Aquello fue la vida para ella, vida que no hubiese cambiado por la facultad de elegir entre un millón de otras... hasta que apareció el hombre que, más tarde, se hizo marinero. El olor de los pinos le parecía un antiguo amigo. Llegaba hasta el fondo de su alma y la liberaba de las representaciones mentales que la enloquecían; esforzándose para ponerse en pie, se dirigió hacia la puerta del vagón, en donde permaneció escuchando, oliendo y contemplando, en tanto que se coloreaban sus mejillas y sus ojos resplandecían con la cálida belleza que conquistaba el amor de cuantos los veían. En algún lugar de aquella enorme soledad, ella había sido una niña; por allí se hallaría la pequeña granja junto a la cual estaban enterrados sus antepasados; por allí... por allí... en cierto lugar, había conocido al que amaba. Los viejos pensamientos volvieron a su mente. De nuevo se proyectaron los cuadros, uno, dos, tres, hasta que por su número y apresuramiento se aplastaban y confundían, obligando a la viuda Bannockburn a volver a su asiento, con el rostro desencajado y pálido, en el que se retrataba todo el dolor de una vida sin esperanza.

Hacia el mediodía, el tren llegó a una estación muy pequeña y aislada, cerca del cabrilleado curso del lago Superior. Cuando la mujer salió, divisó la oscura superficie del lago por cima de un millar de dunas de arena, que el viento había formado más allá de la cabaña llamada estación, y en el extremo más lejano, donde la niebla gris del cielo parecía fundirse con los tonos sombríos del lago, sus ojos columbraron la leve humareda de un barco de carga que se dirigía al Sur.

Aquello la fascinó. Al descender del vagón no se dio cuenta de las curiosas miradas de hombres y muchachos, cuya única diversión diaria consistía en presenciar el paso del tren. En la cabeza de la viajera los cuadros parecían convertirse en llamas, en fuego cálido y enloquecedor, que la llenaba del deseo de gritar en dirección al buque que se alejaba ya de su visión. Pero quienes la estaban observando no se dieron cuenta de la turbación que reinaba en su cerebro, Ella descendió despacio por entre las dunas y llegó al borde del lago. Echó a andar a lo largo de la orilla, inclinada,

buscando por el suelo hasta que las sombras amoratadas de los pinos la ocultaron a los ojos de los hombres. Nadie supo de dónde venía; nadie adivinó a dónde encaminaba sus pasos. Un viejo maderero dijo que un explorador que habitaba en los bosques esperaba la llegada de su esposa desde el Sur, pero pocos creyeron que fuese aquélla. Al fin, el más curioso de todos, que era un chiquillo, se metió en los bosques para hacer sus descubrimientos propios. Volvió tarde. El lago estaba envuelto en una penumbra neblinosa y fría; los vientos nocturnos, que empezaban a soplar, silbaban entre los pinos; lejos y en las profundidades del bosque resonaba el aullido hambriento de un lobo; y aquella mujer, según dijo el chiquillo, se hallaba a varias millas de distancia, volviendo sin cesar el rostro hacia las desiertas tierras estériles y los acantilados indios.

Tan sólo una vez miró hacia atrás y vio al chiquillo pero no pensó en llamarle. Después de algún tiempo diose cuenta de que había tropezado porque ya no podía ver nada, y una cortina opaca la había separado de los demás, como si lago y bosque perteneciesen ya a otro mundo. Sin embargo, la noche no tenía ningún terror para ella, y continuó andando. El lobo solitario aullaba en el lindero del bosque; una retrasada bandada de aves silvestres silbó al pasar por encima de su cabeza; entre la oscuridad que rodeaba la tierra resonó un grito tembloroso y emocionante, y el viento nocturno adquirió mayor fuerza y frialdad; el choque de las aguas del lago contra las rocas fue cada vez más tumultuoso, pero la diminuta viuda Bannockburn no se daba cuenta de nada. Los acantilados indios se hallaban hacia adelante, Cada paso la acercaba a ellos y, por momentos, podía ver, con mayor claridad, el buque de su marido. A la sazón ya no luchaba en el mar; sus destrozados restos estaban inmóviles sobre las rocas. Entre ellos vio seres humanos, algunos mojados y encaramándose por las rocas, otros ahogados e inmóviles; y cuando se figuró oír sus voces que débilmente pedían socorro, se detuvo para escuchar.

—¡Ben! —gritó—. ¡Ben! ¡Oh, Ben!

Se figuró que le contestaban y volvió a llamar. El lobo retrocedió alejándose; dos feroces puntos luminosos, dirigidos hacia ella, desde el límite del bosque, desaparecieron de pronto. También la noche se calmó súbitamente y sólo el ruido del lago apagaba las voces de aquellas cosas humanas que se levantaban de entre los restos del naufragio, en la visión mental de la pobre mujer. De pronto se le ocurrió que debía apresurarse, porque, de lo contrario, aquellos pobres seres humanos se alejarían de ella. Por consiguiente, echó a correr y cuando se detuvo cayó al suelo. Durante varias horas después de la desaparición de los cuadros, los sonidos de la noche pasaron sin ser oídos, el lobo solitario aulló y casi llegó a olfatear sus pies, y el lago azotaba con inútil furor la superficie de las Rocas Pintadas.

Al despertar, el sol brillaba sobre ella. No se dio cuenta del transcurso del tiempo. La noche pasó sin que ella lo observase y empezó la búsqueda donde la interrumpiera, aunque, a la sazón, en sus visiones mentales ya no había seres humanos que se encaramaban y morían entre las rocas. Si un cazador la hubiese visto,

se habría dado cuenta de que estaba débil y con los pies doloridos. Pero ella no notaba siquiera el hambre o la fatiga. Por el contrario, sentía un creciente contento, diciéndose que había llegado ya a las Rocas Pintadas, El lago hacía rodar sus aguas, que golpeaban con estruendo las rocas, y la joven comprendió que muy pronto encontraría a su marido. Continuó incansable, hora tras hora. Figuróse que había recorrido un gran espacio, pero lo cierto era que las rocas de las que se alejó por la mañana, aún las tenía a la vista al mediodía. Incluso le pareció que entonces estaba mucho más cerca. Llegó a una fisura de uno de aquellos grandes acantilados rocosos, y en la blanca arena de la base creyó distinguir algunos hombres. Uno de ellos estaba desnudo e inmóvil a la luz del sol, en tanto que el agua subía hasta él a cada impulso del oleaje. La joven comprendió que había llegado al fin de su investigación.

—¡Ben! ¡Ben! ¡Ben!

En su alegría gritó este nombre, mientras descendía, cayéndose casi, por la fisura del acantilado. Con los brazos extendidos se desplomó al llegar al borde de la playa de arena. Y aquella cosa blanca que acababa de llevarse la resaca de una ola, estaba ya fuera de su alcance. Era un remo.

—¡Ben! —rogó ¡Oh, mi querido Ben!

Vadeó hasta que el agua le llegó a las rodillas y pudo coger el remo, cuando, nuevamente, se acercaba a tierra. Dio un grito al apoderarse de él y, sin soltarlo, se cayó sobre la arena. Poco después lo sostuvo ante sus ojos y lo miró con alegre expresión de triunfo. Luego, silenciosamente, estrechó el remo sobre su pecho y emprendió el ascenso por aquella abrupta fisura entre las rocas. Fue una penosa ascensión, pero la llevó a cabo, sosteniendo entre sus brazos la preciosa carga. Y en cuanto hubo llegado a la cima, continuó tambaleándose en su camino hacia la oscuridad del bosque, en tanto que murmuraba palabras incoherentes. Pero entre ellas resonaba repetidamente el nombre de su amado.

—¡Ben! ¡Ben! ¡Ben! ¡Ben!

Aquel día un marinero sin gorra y sin chaqueta miraba ansiosamente, desde la isla que se hallaba precisamente donde no alcanzaba la vista de quien mirara desde Whitefish Point. Era una desolada y deshabitada extensión de arena movediza y de pinos hirsutos rodeados por todas partes por la endiablada y gris corriente del mar. Ningún otro objeto de aquella triste escena indicaba la existencia de algo vivo. Casi doblado en dos, bajo el peso de un bulto que sostenía en sus brazos y con los pies envueltos en unos harapos, andaba lentamente y tropezando a cada paso. Tenía los ojos hundidos, el rostro emaciado y flaco, hasta parecer la máscara de un cadáver, y murmuraba palabras incoherentes al bulto que sostenía en los brazos. Lentamente, la figura se volvió y retrocedió por entre las dunas de arena cubiertas de pinos, y cuando desaparecía, como un anciano vacilante, otro ser humano salió de la orilla del agua. Se parecía al primero por la extrema delgadez producida por el hambre, pero éste iba

desnudo hasta la cintura y llevaba los pies descalzos y manchados de sangre. Tenía más años y era más robusto, y cuando miró al lugar en que una vieja camisa atada a un pino muerto ondeaba al viento, descubrió sus dientes para proferir una maldición. Luego, tomó el camino que conducía a las dunas.

Hundido en ellas y algo abrigado del frío viento del mar, el primer hombre dejó suavemente su fardo en un cobijo hecho con ramas de pino, y al quitar la chaqueta con que envolviera su carga, sonrió con especial sonrisa, aunque animada por el resplandor de cariño de sus hundidos ojos. Los movimientos de aquel hombre dejaron al descubierto el rostro de un niño dormido, que no contaría más allá de cinco años. Se puso de nuevo la chaqueta y se volvió hacia el individuo que se aproximaba por entre las dunas. Y siseó para avisarle, en tanto que elevaba una mano temblorosa, cual si fuese una de las piñas que colgaban de las ramas.

—¿Qué demonio está usted siseando? —gruñó el otro—. Lo que quiero es la comida. Y así Dios me mate si no me apodero de ella.

—No hay nada que comer —contestó el de menor estatura—. Se lo he dado todo al niño. Recogió de la arena algunas ramitas secas y las arrojó a una hoguera que ardía cerca del abrigo de ramas de pino. En los ojos de su compañero centelleó una chispa de peligrosa locura. A pocas yardas de aquel cobijo cayó sobre sus manos y sus rodillas y, como animal hambriento se arrastró hacia el dormido pequeñuelo. El capitán, debilitado por el hambre, vaciló sobre sus pasos para detenerlo, y se arrastró a gatas interponiéndose en su camino.

—He dicho que ya no hay nada más.

Como seres humanos representando una pantomima de animales, los dos hombres se miraron con ojos aviesos, mientras sus emaciados^[2] rostros casi se tocaban. En los ojos enrojecidos del hombre de menor estatura había un reto mortal. Sostúvose sobre las rodillas y un brazo, y levantó el otro como gato dispuesto a arañar el amarillento y peludo rostro del hombre a quien desafiaba.

Después de un momento, el marinero se sentó sobre sus muslos, profiriendo una cascada risa, y miró furtivamente a un palo que estaba fuera de su alcance. Algunos regueros de sangre se habían secado en su pecho y en sus brazos desnudos, y sobre uno de aquellos regueros pasó la lengua, chascando luego los labios con mueca de éxtasis. En la mirada oblicua de aquel hombre había algo terriblemente significativo cuando se volvió hacia el cobijo de ramas de pino. A gatas avanzó unos centímetros, pero el capitán se acurrucó debilitado, aunque sus dientes resplandecían como cuchillos de marfil dispuestos a hundirse en carne humana. El otro hizo una nueva pausa.

—¿Dice usted la verdad, capitán?

—¡Dios me mate si miento! —replicó el hombre de corta estatura.

Y mientras el otro se alejaba de nuevo, el capitán volvió a sentarse ante el cobijo de ramas de pino. Durante algunos minutos el medio desnudo marinero permaneció tendido en la arena, temblando y con los brazos hundidos en la arena. Luego se

enderezó para acercarse más al fuego. El otro permanecía sumido en hosco silencio, mirando con fijeza hacia aquella soledad de dunas de arena, y lentamente perdió el dominio sobre su razón, de tal manera que los montones de arenas tomaron, según su fantasía, mil formas extrañas hasta que, al fin, lo rodearon por todas partes. Después de algún tiempo volvieron a movilizarse, pero ya en forma de numerosos niños inquietos y juguetones entre los cuales veíase a un muchacho sonrosado que, por medio de un cordel, arrastraba un barquito. Tras ellos iba una mujer, que sonreía al contemplar las cabezas infantiles y luego le sonreía también a él. El hombre empezó a canturrear y llamó por señas a la mujer y al niño, hasta que algo le tiró del brazo y el marinero se interpuso arrastrándose entre él y su visión.

—¡Dios mío, capitán! ¡Despierte! El capitán, sobresaltándose, recobró la conciencia de sí mismo. Su primer intento fue acurrucarse para adoptar la actitud defensiva; su segunda mirada se dirigió presurosa al abrigo donde se hallaba el fardo envuelto en la chaqueta y que continuaba en la misma inmovilidad en que lo dejara. De un modo vago y confuso comprendió que tenía algo que temer, y volvió los ojos cavernosos, con mirada recelosa y amenazante, hacia su compañero.

—Tengo un plan —dijo el marinero. Con un dedo tembloroso dibujó un círculo en la arena—. Ambos saldremos de aquí, hacia el extremo de la isla. Usted irá por un lado y yo por otro. Tal vez podremos encontrar un molusco.

Púsose en pie y se quedó tambaleándose, como si estuviera ebrio. Haciendo un esfuerzo, el capitán se enderezó, a su vez. Amontonó algunas ramitas más en el fuego y pronto los dos hombres se alejaron con inciertos pasos, a través de las dunas. La debilidad del más pequeño era predominante. En un momento de delirio cayó sobre la arena y empezó a buscar huellas.

—Estaban aquí... Estaban aquí —gimió con voz monótona—. ¡Dios!... ¡Dios!... Estaban aquí... Estaban aquí...

Continuó su camino, subiendo por la vertiente de una duna que se desmoronaba a su peso, en tanto que él, con manos y pies, luchaba por ascender. Una y otra vez se deslizaba exhausto por la pendiente, con ojos y boca llenos de arena. Débilmente seguía luchando por avanzar pulgada a pulgada, y al fin pudo alcanzar la cumbre de la duna; luego, con un grito que no logró hacerse oír, se cubrió la cabeza con las manos y volvió su enflaquecido rostro hacia la fría y gris extensión del firmamento. Después se inclinó hacia adelante y como un cadáver rodó por la vertiente opuesta de la colina. Con poderoso esfuerzo concentró cuánta razón le quedaba y, tropezando y cayéndose unas veces, y otras arrastrándose a gatas, siguió atravesando aquella arena movediza, hasta llegar al borde del lago, por cuya orilla se arrastraba el marinero como un caracol. En el Oeste la tarde se diluía en desmayados resplandores amarillos. Aquel famélico ser humano volvió su rostro hacia allá y luego examinó despacio la orilla del agua observando si podía encontrar algo capaz de devolverle la vida. Mientras trabajaba olvidó medir el tiempo. Pasó un minuto, diez, una hora. No se dio cuenta de que había recorrido menos de cien brazas. Con las manos y rodillas

ensangrentadas siguió arrastrándose, descansando a veces, en algunas ocasiones en el mismo rompiente de las olas. El cielo ardía con los resplandores del crepúsculo. Y al fin, por entre la penumbra tortuosa de las dunas, apareció el marinero.

—Nada... Nada... —gimió fatigado—. ¡Oh, Dios mío! ¡Nada!... ¡Nada!... ¡Nada! El capitán se puso en pie a su lado y ambos contemplaron la enorme extensión de agua gris que absorbía las crecientes sombras de la noche. Después de un momento, el capitán se inclinó sobre el pecho y sus ojos registraron la arena. De pronto dio un grito y se cayó de bruces, llorando y riendo, presa de un ataque de locura, hasta que el otro retrocedió horrorizado. Por unos momentos el capitán permaneció quieto y luchó por recobrar la razón, en tanto que sostenía entre las manos un pequeño molusco. Y al erigirse entre las rodillas mostró aquella preciosa concha al marinero: Los ojos de éste ardieron con el fuego de la demencia. Se acercó como un ser que apenas fuese humano y cayó sobre su compañero, arañándolo con felina malignidad.

Los dos empezaron a rodar uno sobre otro, en mortal combate. Las grandes manos del hambriento marino agarraron el cuello del otro y lo apretaron hasta que el rostro se puso negro y el capitán abrió la boca como pez que se asfixia. Gracias a la casualidad consiguió librarse y, utilizando el molusco como arma, clavó su afilado borde en el pecho del marinero. Junto al pecho, el capitán guardaba una pistola, que tapaba la camisa. Cuando se agarró con el marinero, quiso buscarla, pero el otro le cogió la mano. Un momento después la del marinero se puso en contacto con una piedra y, apoderándose de ella, la utilizó como arma para golpear la cabeza de su adversario. Ante aquellos golpes el capitán cayó hacia atrás, como muerto, y se quedó acurrucado bajo el cuerpo de su enemigo. Sentía correr la sangre caliente sobre su rostro y comprendió que estaba muy malherido, Su mano tocó la culata del arma y, haciendo un esfuerzo supremo, la encañonó hacia arriba, tratando de concentrar toda su fuerza para oprimir el gatillo. Siguió una explosión apagada y el marinero se tambaleó retrocediendo y llevándose las manos al estómago. Un momento después cayó de cabeza sobre la arena, pateando y sollozando en las agonías de la muerte, en tanto que su vencedor permanecía muy quieto, con el cabello y la barba empapados en sangre, que formaba un pequeño charco bajo su cara.

Cuando el capitán levantó la cabeza, la oscuridad, fría y espesa, había caído sobre el mar. Le pareció haber sido despertado de su sueño mortal gracias al llanto de un chiquillo. Gimiendo, luchó por levantarse, y como no le fuera posible, se arrastró, palmo a palmo, hacia el pino seco, al que estaba sujeta la señal de socorro. Aquel pino ocupó su mente por espacio de un día y una noche. Calculó que su último deber sería encender una enorme hoguera, que pudiese atraer a un barco en favor de su hijito, en cuanto él muriese. Cada noche los náufragos incendiaron un árbol. Éste sería el último. Arrastrándose sobre el vientre, se acercó a él y, una y otra vez, intentó levantar la voz para contestar a las quejas del niño procedentes de entre las dunas. Poco después, el herido creyó que aquellas voces sonaban a menor distancia. Luchó

con frenesí para llegar al árbol. La luz de su incendio atraería sin duda, al único ser vivo que había salvado de su buque y, en su debilidad, a medida que se acercaba, rezó sollozando. Sangraba otra vez abundantemente y comprendió que sólo le quedaban unos minutos de vida. Al fin, tan sólo pudo avanzar algunos centímetros. Y al llegar a la base del pino, apenas tenía fuerza bastante para encender un fósforo y prender fuego a un montón de piñas. Luego se cayó de nuevo, golpeando la arena con el rostro, y las llamas empezaron a lamer el resinoso árbol.

De las profundidades de aquel ser surgió, luchando, la última llamada a la vida. Combatió el ansia de morir y venció al fin, volviendo a sentir la agonía de su existencia. Oyó los chasquidos de las llamas a cierta altura, sobre su cabeza, con el mismo placer con que hubiese podido escuchar los murmullos del mar en una noche pacífica de tiempos más felices. No sentía miedo ni dolor y su único deseo era el de morir en paz. Pero su espíritu vital le alejó del valle apacible de la muerte y abrió de nuevo, sus oídos a los sollozos del niño. Recobró la conciencia en el resplandor de la hoguera. El pino era una antorcha que rugía y cuyas llamas alcanzaban treinta metros de altura. Su calor le quemó el rostro y el cabello. Pero eso no le causó ningún sufrimiento nuevo; casi no veía, pero la vida le dio la facultad de divisar al niño. Más como un animal herido que como un hombre se acercó a su hijo. Éste, aterrizado, vio aquel ser extraño que se aproximaba a la luz del fuego y sus gritos de pavor devolvieron la razón al cerebro del capitán. Detúvose profiriendo un grito que hizo saltar gotas de caliente sangre sobre su rostro. Un tremendo y definitivo esfuerzo le puso en pie, sin ver ni oír nada, luchando contra la garra de la muerte y ansiando unos momentos más de vida. Siguió tambaleándose hasta que se dio cuenta de que había sido reconocido y de que el aterrado niño corría hacia sus brazos. Entonces se desplomó. En una de sus manos conservaba aún el precioso molusco. Lo abrió con los dientes y lo dio al niño. Luego quiso hablar, pero su lengua era incapaz de moverse.

El capitán volvió una vez más su rostro al mar. Acercábanse las luces de un buque, que avanzaba por las desiertas extensiones del lago Superior. Se tendió tranquilamente, se sumió en un profundo desmayo y, cuando llegaron algunos hombres, sólo encontraron un pequeño ser vivo a su lado, pues el capitán dormía ya el sueño del que nadie despierta.

Pronto excavaron dos tumbas, pero nadie pudo identificar ni a sus ocupantes, ni al niño. Luego, los salvadores supieron que éste se llamaba Jim, pero no fue posible averiguar dónde había vivido o quién pudiera ser. Por consiguiente, cuando el capitán Falkner dejó a la desgraciada criatura en un orfanato, a orillas del Erie, el muchacho fue inscrito con el nombre de James Falkner, a falta de otro mejor, y sus parientes supusieron que había muerto con su padre en el Bannockburn.

Capítulo II

Aprendices de pirata

DOS lustros no son mucho tiempo... cuando ya han pasado. El sol se hundía como ensangrentada bola en un campo incendiado, como debe de ponerse el sol en la víspera de una lucha sanguinaria en el mar. Así lo creyó Jim Falkner, capitán del *Lady Gwendolyn* y de su tripulación pirata. El barco pirata flotaba pesadamente en una extensión de agua casi inmóvil, pero soplaba brisa bastante para hinchar su vela y para agitar en la punta de su único mástil la mitad de un mantel sobre el cual habían pintado en negro el consabido cráneo y las dos tibias cruzadas, que proclamaban claramente la naturaleza de la nave.

A través del lago Erie, a cosa de un octavo de milla de distancia, avanzaba de lado un pequeño velero, completamente enjarciado, destacándose pintorescamente sobre el cielo occidental bajo una nube de lona de un sucio gris oscuro. La tripulación pirata había observado por espacio de un cuarto de hora la lenta aproximación de la goleta, y el capitán Jim se encaramó sobre el techo de la cámara de la balandra; miró con un anteojo retorcido que deformaba curiosamente las imágenes. En torno de su mata de cabello despeinado había atado, muy estrecho, un pañuelo rojo, bajo el cual su rostro flaco y pecoso mostrábase enrojecido y sucio. En el cinturón, hacia el centro, llevaba un gran cuchillo, y en la caña de sus botas altas, suficiente, sin duda, para un pirata de doble tamaño que el suyo, ocultaba una pistola, una caja de cartuchos, la vaina de un cuchillo y otras cosas de gran valor y utilidad. Los demás tripulantes del *Lady Gwendolyn*, que eran cuatro en número, podían clasificarse, sin la menor vacilación, entre los más desharrapados y sucios pilluelos que jamás hayan subido a bordo de un barco. Durante tres minutos uno de ellos mantuvo la mirada, apuntando un largo tubo de plomo instalado en la proa del barco pirata. Por fin aquel artillero se volvió y, con acento de profundo disgusto, dijo:

—¿No vas a darme orden de disparar?

—¡Fuego! —gritó el capitán.

Con movimiento espasmódico, el artillero encendió un fósforo y acercó la llama a un corto cohete que había en el extremo posterior del improvisado cañón. Luego, la tripulación del *Lady Gwendolyn* retrocedió a toda prisa, y no sin causa, pues un

momento más tarde se oyó una explosión ensordecedora y cosa de media libra de piedrecillas salió silbando, en dirección a la goleta.

—¡Cargad la pieza! —gritó el capitán pirata, saliendo de su abrigo y agitando alegremente los brazos—. ¡Cargad de nuevo!

Dos o tres hombres se acercaron a la borda para observar el paso de la goleta y los piratas oyeron una voz de aviso. La tubería de plomo volvió a rugir para contestar. Nunca James Falkner estuvo en su elemento como en aquel instante. Pero, de pronto, y cuando profería un grito que parecía suficiente para romper su garganta, lo interrumpió con una exclamación de asombro. Las grandes alas blancas de la goleta temblaron y mientras la tripulación pirata miraba estupefacta y silenciosa, la lona de las velas se desplomó como nieve que se derrite, y del costado del barco salió una lancha tripulada por cuatro de los hombres más corpulentos y decididos que jamás viera la tripulación del *Lady Gwendolyn*.

—¡Cielo santo! —exclamó el artillero.

Luego, miró al capitán, pero su rostro mostrábase inexpresivo. Pocos minutos después, los cuatro marineros remolcaron el *Lady Gwendolyn* hacia la popa de la goleta, la amarraron allí en calidad de conquista y, uno tras otro, los capturados piratas fueron conducidos, en su traje de guerra, a uno de los costados del barco. Todo ello sucedió con demasiada rapidez para ser comprendido. La sangrienta y pintoresca carrera que el capitán se había delineado quedaba segada en flor. Estaba aturdido, rojo de vergüenza, y al franquear la borda de la goleta, ayudado bondadosamente por un marinero, que le seguía, notó que se burlaban de él media docena de hombres y de mujeres reunidos en la cubierta de popa. Mientras se ponía en pie y los demás piratas penetraban en el barco, salió una muchacha del pequeño grupo, apuntando con algo que tenía la forma de una caja.

—Estéanse quietos. Por favor no se muevan —exclamó—. ¡Ahora! Uno, dos, tres... Hay muy poca luz Cuatro... cinco... seis...

Y así contó hasta doce, en tanto que el jefe pirata, persuadido de que le hacían un retrato, se enderezó orgulloso, con la mano derecha apoyada en la cadera, enarcó el pecho y no movió siquiera un músculo. En cuanto la joven hubo terminado, le miró fijamente a los ojos y se echó a reír.

—Muchas gracias —dijo.

Incluso en aquel momento de amarga derrota, la mente fértil de Jim Falkner recordó a su modelo y héroe pirata, que encontró a la heroína precisamente de aquel modo y, como es natural, se apresuró a enamorarse de la señorita Virginia Cloud, que, en compañía de sus padres y de un joven, a quien el pirata no había visto, hacía un crucero por los lagos en uno de los barcos de su hermano. El capitán pirata y su tripulación fueron alojados bajo un cobertizo inmediato a la cocina, y allí discutieron su infortunio, hasta que el cocinero los llamó a la cocina y les dio una cena como no la habían visto en muchos días. El cocinero era de color y, en cuanto hubo terminado la cena, se acercó a ellos sonriendo con un cesto de naranjas.

—Niña Virginia os las manda y dice que quiere verte a ti —anunció señalando a Jim.

El juvenil corazón del pirata palpitó con fuerza dentro de su chaqueta. Distribuyó las naranjas, se guardó la suya en uno de los bolsillos y se puso en pie. Comprendía la inminencia de un suceso importante.

—Vosotros no os mováis de aquí —murmuró mientras el cocinero se alejaba—. No digáis nada, pero estad preparados.

Al salir a cubierta se entretuvo un momento a la sombra de la cocina, sacó un cigarrillo de las profundidades de su bota izquierda, lo encendió y echó a andar hacia el punto en que la joven estaba observando los rizos del mar, bajo la proa de la goleta, que avanzaba despacio. En cuanto ésta le oyó acercarse con sus recias botas, volvióse y, una vez más, rió alegremente.

—¡Dios mío! ¡Qué aspecto tan feroz tiene usted! —exclamó.

Le tendió una de sus lindas manos blancas, y él, estremeciéndose como si tuviera fiebre, se apresuró a cogerla con una de las suyas, bastante sucia. Observó entonces que la joven era muy linda, pero en sus ojos había algo que le turbaba sobremanera. Estaban un poco enrojecidos, cual si hubiese llorado, y hasta vio una lágrima que resbalaba por su mejilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó ingenuamente.

Un impulso desconocido le obligó a arrojar el cigarrillo y así lo hizo. La muchacha observó aquel acto y tiró del cándido pirata hasta situarlo a su lado.

—Nada —contestó; aunque Jim notó un temblor en su voz—. Sencillamente, deseaba hablar con usted. ¿Quiere decirme cómo se llama?

—De ningún modo.

—¿Cómo? ¿No tiene usted nombre?

La joven le obligó a levantar su pecoso rostro y le miró fijamente.

—No me llamo nada más que Jim —contestó él.

No podía abstenerse de mirar los ojos de la joven y observó en ellos un cambio repentino. A veces había soñado que en un brumoso pasado vio unos ojos semejantes a aquéllos, penetrados de igual suave dulzura.

—¿No tiene nombre? —repitió la joven—. Y ¿no tiene usted un hogar... o...?

No pudo terminar la frase.

—Creo que tuve uno, aunque no sé dónde —contestó Jim—. Me metieron en un orfanato y allí me dieron el nombre de James Falkner. Pero no es el mío.

Sonrió como si aquella circunstancia fuese divertida en extremo, pero la muchacha volvió el rostro hacia el lago y deslizó uno de sus brazos en torno de los hombros de él, Durante unos minutos, ambos guardaron silencio. En la almita de Jim Falkner sucedían cosas que nunca había conocido y, mientras tanto, olvidó su condición de pirata. No podía recordar una sola ocasión en que el brazo de una mujer le rodease los hombros y, de un modo inconsciente, se acercó más a la joven.

—Vamos a ver, James —dijo ella de pronto—. ¿Le gustaría fugarse?

Tal pregunta dejó al muchacho sin aliento; ella lo devolvió a la realidad de ser un pirata capturado. De un golpe recobró sus antiguas ambiciones, aunque en seguida quedaron substituidas por el deseo de continuar al lado de la joven. Disponíase a decírselo así, cuando ella le interrumpió.

—¿Querría usted escaparse esta noche y llevarme consigo?

Lleno de alegría, el prisionero replicó afirmativamente. Luego, la señorita Virginia, inclinando su cabeza al lado de la de Jim, le dio cuenta de sus planes. Cuando hubo terminado, el capitán pirata se enderezó casi reventando de orgullo por el secreto que acababan de confiarle. En aquel momento se acercó un hombre, que se detuvo a pocos metros de distancia, Era joven y llevaba el sombrero en la mano. Pero ella le volvió la cara con aire despectivo y los labios contraídos, de manera que Jim se preguntó qué ocurría. Un momento después el joven se volvió y se alejó lentamente.

—¿Quién es ese tipo?

—¿Ése? ¡Oh, uno! —replicó la joven. Con repentino impulso se quedó mirando al joven pirata y lo rodeó con sus brazos—. Quiero que me prometa usted una cosa, James. No se acerque a ese hombre. ¿Quiere?

—Así lo haré si usted lo desea —contestó el muchacho.

La señorita Virginia se inclinó y posó sus cálidos ojos en una de las sucias mejillas de Jim Falkner, el cual durante la hora siguiente, no pudo pensar en nada más que en aquella suave caricia.

Volvió a reunirse con su tripulación bajo el cobertizo de lona, pero hasta que la noche estuvo muy avanzada no les dio cuenta de la atrevida empresa que habían de emprender poco después. Durante un buen rato los piratas se divirtieron jugando a los naipes, a la luz de los faroles de la cubierta. Luego, se sumieron en las sombras y, más tarde aún, el capitán Jim salió con gran cautela y en dirección al camarote de la joven, llamando con suavidad a la puerta. Poco después se entreabrió ésta y el capitán pirata entró.

—Se ha anticipado usted un poco, James. —La joven había estado escribiendo y aún sostenía la pluma en la mano. El entusiasmo del muchacho cedió casi en seguida al observar la palidez de su interlocutora.

—Siéntese —dijo ésta con una sonrisa que hizo temer a Jim la posibilidad de que ella perdiese el ánimo—. Estaré lista dentro de un minuto. —Poco después se volvió a él de nuevo, diciendo—: ¿No sería mejor que embarcase usted a sus hombres en el bote? Yo iré allá en seguida.

En cuanto el capitán Jim hubo salido, la joven releyó las dos páginas que había escrito:

Querida mamá: No te asustes cuando leas estas líneas. Esta noche ayudaré a los muchachos a escaparse y me iré con ellos. Ya conoces la razón, pero deseo que le digas a papá y al capitán Marks que sólo se trata de una broma. ¿Lo harás, verdad? El señor Brown es nuestro invitado y le molestaría mucho que

los demás conociesen la verdadera razón de mi acto. Casi es innecesario decir que esta tarde volvió a interpelarme. Yo me porté muy bien con él, pero, en cambio, él se mostró demasiado testarudo para atender a razones. En otras palabras, me dijo, muy decidido, que yo debía abandonar todo proyecto de seguir estudiando el canto dramático, pues no quería que su esposa tuviese su atención dividida entre el hogar y las tablas. Entonces yo me quité la sortija de prometida, y él... al fin la tomó y se marchó. No quiero volver a verle, y deseo que se lo des a entender así. Los muchachos me dejarán en tierra y yo tomaré el tren hasta Soo, en donde me reuniré contigo. Él, desde luego, tendrá, según creo, la discreción suficiente para abandonar el barco en Detroit. Y ahora no te preocupes, mamá.

Te escribe apresuradamente y te abraza.

Virginia

P. S.: Tú ya sabes que yo me proponía complacer a Dick. Pero cuando él me lo ordenó, yo me resistí y ahora ya no cederé.

La joven selló la carta, la dirigió a su madre y la puso sobre el tocador, donde podrían hallarla a la mañana siguiente. Hecho esto, se puso un sombrero y una chaqueta ligera, tomó un maletín y salió sin hacer ruido de su camarote hacia la obscura popa del barco. Uniendo sus fuerzas, Jim Falkner y sus piratas halaron de la cuerda que remolcaba al *Lady Gwendolyn* hasta que su bauprés roto rozó el timón de la goleta, pero aun entonces el paso de una a otra embarcación pareció muy peligroso a la joven. El jefe de los piratas la esperaba sosteniendo un cabo en la mano.

—¡Oh, pasaremos en un abrir y cerrar de ojos! —dijo en tono alentador—. Le ataré esa cuerda por debajo de los brazos y la haré bajar por ahí. ¿Ve usted?

Le demostró cómo se realizaría la operación, y estaba tan entusiasmado con ella que no observó una forma oscura que se situaba tras él, aprovechando la sombra de la amurada. Y mientras la señorita Virginia descendía por medio de la cuerda a la chalupa, aquella figura se detuvo, como indecisa entre acercarse o retirarse.

—¡Eh, los de abajo! —silbó el capitán Jim en cuanto se dio cuenta de que su pasajera había llegado sana y salva—. ¡Listos! Bajaré dentro de un momento.

Habíasele ocurrido una atrevida idea. De nuevo circulaba por sus venas la sangre pirata, y cuando se volvió y retrocedió cautelosamente, llevaba los ojos muy abiertos, en busca de botín. James Falkner no era un ladrón. Si un muchacho de tierra le hubiese acusado de tal, habría luchado con toda su alma para castigarle. Pero era pirata y, por consiguiente, todas las cosas de valor le parecían un botín legítimo. Cerca de la cabina del cocinero había un gran rollo de cuerdas y Jim lo arrastró con el mayor cuidado por la cubierta. De pronto oyó un ruido a su espalda y, al volverse, observó a un individuo que se interponía entre él y la popa. Jim recobró

inmediatamente el espíritu viril, aunque no era más que un prisionero que se disponía a fugarse. Comprendió que aquella situación exigía actuar cuanto antes e inclinándose para meter la mano en una de las polainas de sus botas, sacó el revólver, avanzó con el ligero y rápido paso de un gato y apuntó el arma bajo las narices del joven contra el cual le avisara aquella misma noche la señorita Virginia.

—¡Manos arriba!

El desconocido obedeció. En la obscuridad, Jim no pudo ver que se reía silenciosamente, a pesar de que la boca del revólver estaba a pocas pulgadas de su cara.

—¡No dispare! —rogó—. No dispare. Le acompañaré.

El corazón del capitán Jim latió alegremente. Allí tenía a un prisionero, quizás muy valioso, en vez de un rollo de cuerda. Su cerebro se llenó de visiones de rescate. Con voz aguda que temblaba de excitación, ordenó a su prisionero dirigirse a la popa y descender a la chalupa, Y quedó satisfechísimo de la rapidez con que el joven le obedeció. Era tanta la obscuridad, que los piratas, que estaban abajo, no pudieron ver quién descendía y Jim no les informó hasta que estuvo entre ellos. Después de cortar el cable de su remolque les refirió en voz baja la historia de su captura. En cuanto al preso, tomó asiento sin pronunciar palabra. La joven estaba sentada en la proa, a cosa de tres metros de distancia, oculta en la obscuridad e ignorante de lo ocurrido.

—¿Es usted, James? —preguntó en voz muy baja.

—Sí —contestó el capitán—. ¡Que no se mueva nadie hasta que desde la goleta no puedan oírnos! —añadió avisando a todos los tripulantes, de modo que, por espacio de algunos minutos, reinó gran silencio a bordo de la chalupa.

Pronto las luces de situación de la goleta se distan cieron más y más, y, al fin, el capitán Jim ordenó izar la vela del *Lady Gwendolyn*; luego, sacó de la camareta una linterna encendida. Tenía grandes deseos de que la joven y el preso le viesan actuar como capitán, al mando de la embarcación. Mientras estaban sumidos aún en las tinieblas, trasladó sus armas desde la polaina de la bota hasta el cinturón que le ceñía el cuerpo. Luego, se mantuvo erguido y solemne, sobre el techo de la camareta, precisamente al lado de la cabeza de su prisionero, y cuando uno de los piratas se acercó por detrás con la luz, el capitán se llevó una mano a las cejas para resguardar sus ojos y miró con expresión trágica a las tinieblas nocturnas. En un momento la chalupa quedó vagamente iluminada. Luego, el pirata oyó un leve y seco grito y después una voz masculina pronunciando un nombre... Sólo una vez. Ocurrido eso, reinó el silencio. El capitán pirata seguía examinando el lago, y se complacía pensando que su actitud había sobresaltado a la joven y al prisionero. Inclínose peligrosamente sobre la borda de la embarcación, en tanto que con la mano derecha buscaba su revólver, cual si temiese la vecindad del peligro, y de pronto...

—¡Bruto!

Seguramente, aquel apelativo no le correspondía. En un segundo recobró el equilibrio y vio que el prisionero se había levantado en parte, con las manos

extendidas hacia la proa. Allí estaba sentada la joven; el jefe pirata se preguntó qué estaría mirando. Al parecer tenía los ojos fijos en algo, seis pies sobre su cabeza; sus labios estaban contraídos y las manos cruzadas y apoyadas en el regazo. Entonces el pirata miró de nuevo a su prisionero y se le ocurrió pensar que la muchacha le había hecho alguna advertencia contra él. Era evidente que ella le temía y, tal vez, había procedido mal contra ella o se disponía a hacerlo. Decidido, dio un golpe en la parte posterior de la cabeza del preso y luego gritó:

—¡Siéntese o le salto la tapa de los sesos!

Aquel individuo se volvió, sonrió a Jim y se sentó. Con el revólver fuertemente asido y apuntándolo contra el preso, el jefe del barco pirata se aproximó a la joven. Ella le miró severamente, con un extraño brillo en los ojos que hasta entonces Jim no tuvo ocasión de ver.

—Nada le dije —replicó en voz baja el capitán pirata—. Como vi que nos estaba espionando, me apoderé de él. Es mi prisionero.

Y pronunció estas últimas palabras con trágico énfasis.

A su pesar, la joven sonrió. Díjose que Jim era una barrera entre ella y aquel hombre.

—Me gustaría que se librase usted de él de un modo u otro —murmuró.

En sus ojos había una mirada de súplica y Jim se puso muy serio. Retrocedió para decir en voz muy baja algunas palabras a sus hombres y, después de cortos segundos, se aproximó al prisionero y, con la mayor frialdad, se apresuró a atarlo de manos y pies. Este último miró a la joven y se rió, pero ella le había vuelto la espalda. Pronto Virginia percibió un ruido que aumentaba por momentos e, impulsada por la curiosidad, miró por encima de su hombro. Los cinco piratas arrastraban a su indefenso prisionero a la borda de la embarcación y se disponían a arrojarlo al agua, cuando ella pronunció, gritando, el nombre del jefe.

—¿Qué hacen ustedes? —preguntó.

—Pues librárnos de este individuo —respondió el capitán Jim.

—Bueno, muchachos, ¡a la una, a las dos...!

—¡Deteneos! —gritó ella—. James, es usted un... un...

Se interrumpió y el jefe de los piratas pudo comprender que había caído en desgracia.

—¡Vaya una broma! —gruñó el prisionero—. Es un poco pesada.

Jim Falkner comprendió que existían muy buenas razones para libertar al preso y así lo hizo. Éste permaneció quieto largo rato. En dos o tres ocasiones dirigió la palabra a la joven, pero ella no se dignó contestar. Por fin la pasajera llamó a Jim, quien se acercó a la muchacha con la impresión de haber perdido el favor de que antes gozara; pero Virginia le rodeó el cuello con un brazo y el capitán pirata se sintió a punto de reventar de alegría.

—¿Adónde vamos ahora, James? —preguntó.

—No lo sé —contestó él—. Por el momento nos limitamos a seguir navegando.

Es posible que toquemos tierra de un instante a otro.

—Ya lo sé. Pero ¿qué tierra será ésa?

El capitán Jim se puso nervioso. Con una mano se agarró a la podrida borda de la chalupa y se preguntó si sería conveniente contestar al azar.

—No... No estoy seguro —dijo al fin sinceramente—. Tal vez nos dirigimos al Canadá o quizás hacia... ¿Qué territorio de los Estados Unidos está más próximo a nosotros? Señaló, y la joven le contestó que era el de Ohío.

—Bueno. Pues tal vez vayamos allá —dijo, esperanzado.

Pasó un largo rato, durante el cual la señorita Virginia permaneció inmóvil, el rostro vuelto hacia la obscuridad del lago, en dirección a la proa de la chalupa, y se esforzó en imaginarse las cosas que estarían en su mente. Ella seguía rodeándole el cuerpo con el brazo, actitud que resultaba muy grata al capitán.

—¿Está usted... está usted loca? —se atrevió por fin a preguntar en voz baja.

—Un poquito, James —contestó ella—. Pero no por usted —se apresuró a añadir con tranquilizadora presión de su brazo.

El capitán Jim comprendió que pronto le diría algo más y esperó pacientemente, levantando de vez en cuando los ojos para mirarla.

—Estoy segura de que no se habría atrevido usted a disparar, ¿verdad, James? —preguntó.

—¡Oh, no! —replicó, indeciso, el capitán Jim.

—Me alegro mucho —contestó la señorita Virginia, dando un suspiro de alivio—. No deseo que le haga usted ningún daño, pero...

—¿Pero qué? —preguntó el jefe pirata.

—Cuando lleguemos a tierra, deseo que lo aleje usted de mí, No quiero que esté cerca o sepa adónde voy. ¿Lo hará usted?

El capitán Jim se lo prometió y durante la media hora siguiente imaginó un plan tan amplio, que apenas podía él mismo comprender su extensión. Y, ya penetrado de la conciencia de su propio poder, se acercó a su prisionero y lo miró riéndose sardónicamente.

Después de eso, transcurrió la noche muy aburrida, por lo menos para el prisionero y la pasajera. Ésta parecía sentirse cada vez más desgraciada. Rogó al capitán que preguntara al prisionero qué hora era y, mentalmente, rogó al cielo que sucediese algo muy pronto que la libertase de aquella situación. Su plegaria fue atendida un poco antes del amanecer. El primer aviso llegó en forma de un ligero roce bajo la quilla del *Lady Gwendolyn*, como si pasara por encima de algunas ramas flotantes. Luego se sintió un choque que arrojó a la joven al fondo de la embarcación, y, dominando su grito de alarma, resonó un agudo alarido de terror de uno de los piratas, que se vio arrojado de cabeza al lago, El prisionero se disponía a coger a la joven entre sus brazos, cuando el que se cayó al agua asomó la cabeza por encima de la borda del navío.

—¡Tierra! —gritó.

—¿Hacia dónde? —exclamó el capitán Jim.

—Estamos ya en ella —informó el pirata en parte sumergido—. La chalupa ha embarrancado.

Jim vio que la muchacha luchaba con el prisionero, pero antes de poder auxiliarla, ella se libertó. El hombre le dijo algo que el capitán no pudo entender y luego, volviéndose, saltó al lago, El capitán pirata le oyó chapotear, al dirigirse a la orilla.

—Se ha marchado —dijo. Y en su voz había cierto acento de desencanto, al ver inutilizado el gran plan que había formado.

—Me alegro mucho, James —replicó la joven ahora, ¿cómo iré a tierra?

—Vadeando —se apresuró a aconsejar el pirata—. No tenga cuidado, que el agua no le llegará a la cabeza.

Y, para probar su aserto, se arrojó al agua, comprobando que ésta le llegaba a la altura del sobaco.

—¿Tiene usted miedo? —preguntó.

—No —contestó la joven titubeando—. Pero...

—No hay ninguna necesidad de que se desnude usted —le dijo el capitán Jim para darle ánimo.

La señorita Virginia se echó a reír y el fugitivo, ya estaba en la orilla, al oír su júbilo profirió una imprecación y se alejó de la playa.

—Después tendré que cambiarme de traje, James quiere usted llevar con cuidado ese maletín, sin que se moje, le seguiré.

El capitán Jim tomó el maletín y, vadeando, lo llevó a tierra. Inmediatamente, tras él siguió la joven, imitándole todos los piratas, a excepción de uno que se quedó al cuidado del *Lady Gwendolyn*. Luego, el jefe de los piratas y sus hombres avanzaron una docena de metros por la playa y encendieron una gran hoguera con algunas ramitas que encontraron. En cuanto ardió bien, la joven se reunió con ellos, vestida con un bonito traje de color crema, muy ceñido, que les dejó mudos de admiración. La joven se dirigió en línea recta al jefe y le dio un abrazo.

—¡Querido Jim! —exclamó—. Es usted un muchacho estupendo. Y lo mismo puede decirse de todos sus hombres.

Ella se dio cuenta de que aquella palabra era en extremo significativa para el jefe. Luego, fue de uno a otro pirata y los besó, dándoles las gracias con tanta amabilidad y gracia por cuanto habían hecho, y por todo lo que estaban dispuestos a hacer, que de buena gana se habrían agachado para comer arena si éste hubiera sido su mandato.

Poco después, uno de los piratas salió de la escasa luz del alba y no tardó muchos minutos en volver con la información de que habían naufragado «en una isla no mayor que el parque del Gran Circus», lo cual significaba que apenas habría allí media docena de acres de extensión.

A la luz de la hoguera, todos pudieron advertir la alarma de la joven.

—Ya lo sé —exclamó—. Debe de ser la isla Middle Sister. ¡Oh James! —añadió sollozando—. Aquí no hay un alma y nunca viene nadie. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío!

El capitán Jim comprendió muy bien la razón del llanto de la joven, que se había tapado el rostro con las manos, y tragó saliva dos o tres veces, haciendo al mismo tiempo señas a sus hombres para que se alejasen. Sabía bien de lo que se trataba. Ella temía al otro hombre. Lo comunicó así a sus compañeros, enterándoles de otras cosas. Luego les dio órdenes en voz baja, y todos salieron, silenciosos como sombras, en busca del prisionero evadido. En el gran plan del capitán Jim la fuerza intervenía muy poco, pues habíase dicho que aquel hombre podía mucho más que ellos y solamente le habría cabido el recurso de pegarle un tiro, cosa que prometió no hacer. En cambio, se dispuso a engañarle. Le diría que la joven quería hablar con él, pero que ellos solamente le permitirían acercarse en calidad de prisionero, es decir, con las manos atadas a la espalda. Una vez el hombre no pudiera servirse de sus brazos, se convertiría en una presa fácil. Entonces le diría llanamente que la joven no quería verle y que él y su tripulación se disponían a cumplir con su deber.

Virginia levantó el rostro húmedo de lágrimas a tiempo para ver desaparecer al capitán Falkner y a sus hombres. Comprendió que no la abandonaban y, por lo tanto, continuó sentada junto a la hoguera, llorando, estremeciéndose y riéndose alternativamente, hasta que por un extremo del lago nació el día con una faja de luz rojiza. Luego, regresaron los piratas. Uno de ellos cojeaba mucho y en su sucio rostro se advertían las claras huellas de las lágrimas. Vergonzosamente, el capitán Jim mostraba un ojo hinchado y sin abrir, mientras que el labio superior abultaba más que de costumbre. Sin embargo, en su actitud se advertía el triunfo.

—Hemos tenido una cuestión —exclamó pronunciando confusamente las palabras, a causa del estado de su labio. Pero no se dio cuenta de que la joven le había comprendido mal. Miraba al pirata que cojeaba y que había llorado, y luego al deplorable estado del capitán Jim, y, mentalmente, dedujo que ambos habían tenido una lucha personal.

—No deben ustedes pelear —exclamó en tono de reproche y esforzándose en conservar la faz severa.

Pero lo humorístico de aquella situación se apoderó de ella y sonrió. Jim Falkner quedó encantado al darse cuenta de que la joven sentía un gran alivio al verse libre de aquel hombre.

—Esta vez lo hemos dejado bueno —añadió en tono confidencial.

—¿Qué han hecho ustedes? —exclamó la joven, compadeciéndose del lisiado pirata, que se sostenía sobre una pierna y sonreía animoso—. ¿Cuántos han atacado a ese desgraciado?

—Todos dijo el jefe pirata, extrañándose del silencio de la joven.

Esperaba algunas palabras aprobatorias, y al no recibirlas inmediatamente, dedicó su atención a la embarrancada chalupa. Algunas semanas antes los piratas habían vuelto a la vida el *Lady Gwendolyn*, sacándolo del barro en donde, durante varios años, se estuvo pudriendo y deformando. En toda la embarcación no había una sola plancha que sirviera y al embarrancar se había quedado con el fondo casi destrozado

por completo. Sin hacer gran caso de la pérdida de su navío, los piratas silbaban y gritaban satisfechos de la aventura, mientras trasladaban a tierra sus provisiones y las amontonaban cerca de la moribunda hoguera. Las provisiones del capitán Falkner empezaban con un par de arrobas de patatas y terminaban con un seco pedazo de tocino.

Durante un rato, la joven observó, con el mayor interés, las operaciones de los piratas. Luego, empezó a pasear por la playa, cuidando mucho de evitar todo encuentro con el joven a quien no deseaba ver. Se preguntó adónde habría ido. Llegó a un punto determinado desde el cual podía contemplar ambos lados de la isla, pero no le fue posible descubrirlo y por esta razón se excitó su curiosidad. Continuó paseando hasta que hubo rodeado el islote. Mientras tanto, el capitán Jim asó algunas patatas y frió un pedazo de tocino, poniendo en un plato de hojalata lo mejor de aquella comida, con destino a la joven.

—Vamos a construir una balsa —dijo poco después—, y en cuanto lo hayamos hecho, saldremos de aquí para que nos recojan.

Señaló hacia el lago, donde, a dos o tres millas de distancia, se divisaba una columna de humo que indicaba el camino seguido por los buques. Durante toda la mañana los piratas trabajaron como castores, de modo que al mediodía la balsa quedó completa. Con cuerdas y alambres que sacaron de la chalupa, algunos restos del naufragio y no pocos troncos, construyeron una ruda almadía y en el centro sujetaron un corto mástil, que sostenía una parte de la vela del *Lady Gwendolyn*. Entonces el jefe pirata mostró, orgulloso, el resultado de sus esfuerzos a la señorita Virginia.

—¿Y usted espera que yo me embarque en eso? —preguntó ella.

—No. De ningún modo —replicó el capitán pirata—. Nosotros saldremos a pedir auxilio a un buque y luego regresaremos para recogerla.

Hablaba confiado y, al observar la balsa, la joven olvidó que se quedaría sola con aquel hombre. Y no se le ocurrió tal idea hasta que los piratas se hubieron alejado. Entonces gritó, llamándolos, y agitó los brazos para que el capitán Jim volviese a tierra. El jefe pareció comprenderla, porque a su vez le contestó débilmente pero con acento alegre:

—No le hará a usted ningún daño, señorita Virginia; ya hemos tomado las debidas precauciones.

La joven no comprendió el significado de tales palabras. Al principio no se alarmó, persuadida de que aquel hombre se bastaba a sí mismo. Pero como transcurriera la tarde y la balsa no fuese más que un puntito en el lago, empezó a temer la posibilidad de que a su novio le hubiese ocurrido algo grave. Si en aquel momento ésta apareciera, tendiéndole los brazos, ella se refugiaría inmediatamente en ellos. Había desaparecido casi su enfado ya a la hora del desayuno y, a la sazón, no se acordaba de él para nada. Deseaba ver el término de aquella aventura, y al sentir la soledad del lago que la rodeaba el silencio misterioso que había a su espalda olvidó la cólera y el enojo, para sentir miedo. Muy pronto el cielo empezó a oscurecer, como

si hubiera llegado el crepúsculo. Algunos rayos cruzaron el cielo, y oyó retumbar hacia el Sur algunos truenos. La joven tenía ganas de llorar, pero algo parecía obligarla a no interrumpir aquel denso silencio que precedía a la tempestad, de modo que sólo se atrevió a sollozar mientras recorría de nuevo la isla. Pensó en los piratas y rogó al cielo que los recogiese algún buque, antes de que empezara a soplar el viento. Luego miró, temerosa, al bosquecillo de árboles que había en el interior del islote y en el cual algunas rachas de viento, precursoras de la tormenta, producían terribles ruidos. Allí debía de estar su amado. Quizás había muerto. Y se acercó más, hasta que, con los ojos muy abiertos, trató de escrutar una espesura, ya casi envuelta en la sombra.

—¡Dick! —llamó en voz muy baja—. ¡Dick! ¡Dick! —añadió separando unas matas.

Dio algunos pasos y se encontró rodeada por las sombras. Casi encima de su cabeza vio el cielo enrojecido por el resplandor de un rayo; luego resonó un trueno, que hizo estremecer la tierra. Siguió un silencio tan absoluto, que pudo oír perfectamente los latidos de su corazón.

—¡Dick! ¡Dick! ¿Dónde estás?

Penetró más en la espesura. Avanzaba con cautela, hasta que perdió el sentido de la orientación. Tropezó al pasar sobre unas rocas sueltas, se arañó las manos y la cara con los espinos y, por fin, llegó a un pequeño claro. Allí se hallaba su prometido. Estaba sentado de espaldas a un arbolillo y con las manos atadas tras él. Tenía delante una mata, de una de cuyas ramas pendía, por medio de un cordel, un pedazo de tocino, que el prisionero trataba de alcanzar con la boca, cual si fuese un pájaro. Y precisamente se ocupaba en darle un mordisco, cuando la joven le descubrió. Ella, por un momento, se quedó tan silenciosa como las rocas que la rodeaban, pero luego echó a correr hacia él.

—¡Dick! ¡Te he encontrado! ¡Gracias a Dios que te veo! Y le rodeó el cuello con los brazos.

A la tarde siguiente, la joven y su novio se acercaron a los restos del *Lady Gwendolyn*, diseminados por la playa. A un cuarto de milla de distancia vieron un barco de vela que se acercaba al islote. Era un yate pequeño y muy bonito, con velas tan blancas como la nieve; brillaba el bronce a lo largo de la regala y en la punta del mástil ondeaba un gallardete. De pronto orzó a impulsos de una racha de viento y se hinchó una gran bandera cuadrada. En esta última se divisaba perfectamente un cráneo y dos tibias cruzadas.

—Ya te dije que podríamos confiar en el capitán Jim —exclamó la muchacha.

El jefe pirata fue el primero en desembarcar. Puso muy mala cara al ver a su prisionero, pero ella lo recibió con los brazos abiertos.

—Todo se ha arreglado, James —dijo dándole un abrazo—. Hubo una tremenda equivocación, amigo mío, y en cuanto nos lleve usted a tierra, voy a casarme con él. Por otra parte, Jim —añadió abrazando con más fuerza al asombrado capitán—, va

usted a ser ahora nuestro hijo, y eso para siempre.

—Y te daremos un barco más grande y mucho mejor del que nunca tuviste, James Falkner —añadió el joven Y ahora dime: ¿De dónde has sacado este yate?

Surgió entonces, triunfante, la última chispa del espíritu pirata del capitán Jim Falkner. Se enderezó a impulsos de su orgullo habitual y lacónicamente dijo:

—Lo hemos robado.

Capítulo III

El buque helado

EN aquella mañana de diciembre, extraordinariamente fría, se estaba muy cómodo y caliente en las salas del club cercano a los docks, donde la Sociedad de Patronos de Marina se alojaba durante todo el año. El club estaba situado en el piso superior de la Asociación de Transportes del lago y allí iban a pasar el rato los oficiales que residían en las cercanías. A través de las amplias ventanas se gozaba de una espléndida vista sobre el puerto local, el rompeolas y el tumulto que había más allá; y aquella mañana tal espectáculo resultaba muy interesante para los hombres que frecuentaban las salas del club. Un potente remolcador acababa de dejar la goleta de gran tonelaje Vidalia, llegada con gran retraso, a lo largo de su muelle; una entrada de bellísimo aspecto, pues la luz del sol invernal convertía en resplandecientes gemas el hielo que cubría los mástiles y las jarcias de la poderosa embarcación.

—La tripulación de ese buque nunca demostrará bastante su agradecimiento a los dioses que cuidan del destino de los marineros —dijo el capitán John MacDonald—. En los cuarenta años que llevo navegando por los lagos, nunca vi un caso de salvación tan milagrosa —observó volviéndose a cosa de una docena de oyentes agrupados cerca de él, capitanes retirados la mayoría.

—Oye, Jim. Los muchachos como tú deberían ir a examinar esa goleta. No verás otra como ella durante muchos años.

Al mismo tiempo dirigió una mirada al extremo de la ventana occidental donde el joven Falkner, antes capitán pirata del *Lady Gwendolyn*, y dos o tres de sus amigos se esforzaban en observar lo que ocurría con respecto al Vidalia sin interponerse en los derechos preferentes de los miembros del club que estaban en pie.

—Esto me recuerda la aventura del viejo Dan McHann, en 1871 —continuó, en tanto que sus oyentes encendían unas malolientes pipas y se acomodaban en los sillones. Jim Falkner y sus compañeros sentáronse en el suelo, a su lado, sin hacer ningún caso del consejo del anciano acerca de que debían ir al muelle a contemplar el Vidalia.

El capitán MacDonald era un buen narrador, cuya fama se había extendido a lo largo de la costa del Erie, a pesar del hecho de que, muchas veces sacrificaba la

veracidad con objeto de hacer más interesantes sus relatos.

Durante los años que siguieron al corto crucero del *Lady Gwendolyn*, Jim Falkner había sido «nuestro hijo» para Dick Brown y su hermosa mujer Virginia, pero eso en un sentido limitado, a pesar de sus seguridades de que siempre lo considerarían de tal modo. Sin embargo, se tomaron bastante interés por su bienestar y convinieron en que el muchacho se alojaría en casa de los padres de Dick, mientras estudiara en la Escuela Superior. Dick recordaba muy bien una tentativa muy real, por parte del irresponsable joven, de arrojarlo por la borda del barco pirata, atado de pies y manos, así como el largo rato que tuvo que pasar atado a un árbol, después del naufragio. Eso, naturalmente, contribuyó a enfriar su entusiasmo y, por otra parte, las palabras pronunciadas por la señorita Virginia no fueron más que unas ideas expresadas con alguna precipitación, inspiradas por el salvamento romántico que por fortuna terminó felizmente.

Jim Falkner no era buen estudiante. La mayor parte de sus compañeros, estudiantes o profesores, le consideraban algo tonto. Sus experiencias en la clase fueron de una naturaleza tan horripilante, que su vida allí constituyó un período espantoso, que soportó únicamente para corresponder al deseo de sus protectores. Pero en todo momento y a todas horas, con tiempo bueno y malo, y sin que importase la estación, el lago le atraía de un modo irresistible. Pronto llegó a conocer íntimamente todos los tipos de barcos que surcaban su superficie, y en todas las embarcaciones que llegaban regularmente al puerto eran sus visitas cordialmente acogidas. Los marineros, más que otra clase de hombres cualquiera, reconocieron en él a un alma gemela, de modo que nadie pudo dudar de que Jim Falkner pertenecía a la raza del lago.

Su inteligente interés por los buques que pasaban algún tiempo, por corto que fuese, dentro del rompeolas, despertaba una cordial consideración por parte de los hombres que los tripulaban. A éstos poco les importaba la falta de conocimientos teóricos del muchacho, y entre los viejos marinos que ya no paseaban por la cubierta del alcázar de popa, Jim Falkner llegó a convertirse en su favorito.

Todos habían sido capitanes, hombres acostumbrados a mandar y a ser obedecidos. Los molestaba descubrir a sus últimos años cuán poca gente tomaba en serio a los chicos o a los viejos, y eso les obligaba, a veces, a quejarse de la degeneración de la época en que se hallaban. Pero aquella pena incesante se mitigaba en algunas ocasiones, gracias a la admiración adoradora que les testimoniaba Jim Falkner. Éste escuchaba siempre extasiado sus relatos, repetidos hasta la saciedad, que estremecían de un modo inexplicable su joven alma. Aquellas historias le daban el ánimo suficiente para resistir las múltiples actividades de su casa y de la escuela, hasta que llegase el día tan deseado en que a su vez podría alejarse en uno de los barcos que se deslizaban en silencio por el horizonte y que volvían de tierras desconocidas, donde hombres heroicos y fuertes podían esperar, con razón, el encuentro de asombrosas aventuras.

—Sí. Fue, realmente, un caso extraño —continuó diciendo el capitán MacDonald Danny nunca gustaba de hablar de él; y sólo después de hundirse con su barco, cerca de la bahía del Trueno, pudimos obtener algunos detalles de su esposa.

»El último buque que regresaba de Duluth flotaba como una enorme sombra, en la penumbra nevosa del Superior. Un millón de diablillos de hielo mordían y atacaban el buque, cual si fuesen perros rabiosos, y unas oleadas casi heladas batían con monótona queja sobre sus costados, porque éstos eran de acero. Desde lo alto del puesto del vigía, Dan McHann podía oírlos y, por vigésima vez, dio gracias a Dios de que en aquel día tan espantoso, navegaba en un casco de metal y no de madera.

»A excepción del ruido producido por el choque incesante entre el hierro y el mar, y de las voces que sonaban a media legua de distancia, McHann podía haberse creído estar entre las nubes. La nieve que caía borrábale toda visión de la cubierta inferior. Incluso las luces de situación de proa habían desaparecido por completo. Sobre él, y hacia adelante, había algo quimérico que le atraía, a lo que miraba con la mayor intensidad, aunque no era más que una confusa cortina de, niebla y de nieve, de la que, a veces, surgían unas formas fantasmales de la tormenta, parecidas a los espectros que fingía la espuma de las aguas.

»Era aquél el primer incidente que el desgraciado oía en el viaje de regreso, y los fantasmas le habían debilitado los nervios. Vio muchas veces surgir, de pronto, algunos buques hacia proa, aunque se desvanecieron inmediatamente, después de proferir un chillido de aviso. Monstruos grotescos, al parecer creados por las rachas el viento, hasta que, por fin, su visión fue casi inútil en absoluto, a causa de la intangibilidad del mundo que le rodeaba, y el vigía inclinó la cabeza sobre sus brazos. Eso le proporcionó algún alivio. Luego, acurrucando la espalda contra el mástil, maldijo la codicia de los hombres, que le enviaba a aquella lucha mortal con el invierno, a causa del flete de diez mil toneladas de grano. Soltando un taco, lanzó de refilón una mirada casi ciega, y le pareció que de entre los copos de nieve surgía la arboladura de un buque, cuyos palos y jarcias estaban cubiertos de hielo. Se frotó los ojos con una mano enguantada, y al separarla profirió un grito de aviso, que terminó en un chillido.

»Entonces ocurrió el choque. Dominando el rítmico golpeteo de las máquinas y los gritos de los asustados hombres que ocupaban la cubierta, se originó un estruendo de poderosos objetos al chocar entre sí y después la embestida sibilante de mil toneladas de hielo. McHann se inclinó hacia adelante, pero sus brazos no tocaron cosa alguna. Como un ser con la espina dorsal fracturada, salió disparado a consecuencia del impulso que le dio el mástil de acero, y su grito de espanto murió entre la confusión blanquecina de la tormenta. Los que se hallaban en el barco de carga y le oyeron, no tuvieron duda alguna de que el vigía había muerto. McHann, después de proferir aquel grito, cerró con fuerza la boca contuvo el aliento; y cuando se figuró estar cerca de su muerte, tendió los brazos con la seguridad de que iba al encuentro del mar cubierto de hielo. Pero, en vez de eso, chocó contra algo que le

envió rodando y dejó casi sin sentido.

»Poco después pareció despertar de un sueño. Distintas cosas iban y venían ante sus ojos, y un impulso, cada vez más fuerte y seguro, le dio a entender que estaba fuera de peligro... Que le rodeaban objetos tangibles, susceptibles de ser reconocidos en cuanto desapareciese el torpor que aún le invadía. Diose cuenta de que se hallaba al pie del mástil de un buque. No le extrañó la circunstancia de que no hubiese ninguna lona en aquel palo, ni la de que sus vergas y jarcias estuviesen cubiertas de hielo y nieve. Por el contrario, arguyendo en sentido negativo, díjose que donde había un mástil debía existir un buque y éste lo gobernarían los hombres. Por tal razón esperó a que llegase alguien para socorrerle. Después de un rato, en cuanto su visión se hubo fortalecido, notó que se hallaba al pie de un palo de trinquete, pues hacia la mitad del mástil estaba el puesto del vigía y en él había un hombre. Éste se inclinaba, asomando mucho el cuerpo, y le hacía sellas de un modo incomprensible y raro. McHann hizo un esfuerzo enorme y se sentó».

—¡Eh, Bill! —gritó con voz muy débil.

»Sonrió burlonamente a aquel objeto y se sentó feliz al darse cuenta de que se había salvado. Pero el vigía no contestaba, aunque hizo un ademán inclinando la cabeza; y cuanto más persistía con sus señas, más erguido sentábase Danny McHann. Por fin se puso en pie, tambaleándose, y apoyando las manos en el mástil levantó la cabeza para mirar al puesto del vigía. Sus sentidos se reajustaban rápidamente. Mas cuando echó a andar por la nieve, en su rostro había la mirada de un hombre que ha observado algo desagradable, y su alma sentíase penetrada de un sentimiento de horror, pues habíase dado cuenta de que el vigía estaba tan muerto como un arenque ahumado.

»Aquella circunstancia sólo ocupó un momento su cerebro. Volvió a pensar en la nieve y se sentó con la cabeza entre las rodillas. De su frente manaba sangre, que goteaba sobre sus pies. Hizo un esfuerzo para levantarse y sintió el cálido reguero sobre su rostro. El instinto, más que la razón, le impelió a dirigirse a proa. No se dio cuenta de que a veces se arrastraba: a gatas entre la nieve y que, con frecuencia, sus movimientos de progresión no eran más que convulsiones, agitando brazos y piernas y luchando inconsciente con las manos y los pies. Al llegar a la puerta de la cocina se agarró al marco para levantarse cual si fuese un animal herido. Y como la puerta no estaba cerrada, el peso de su cuerpo abrió el batiente.

»Danny introdujo la cabeza y los hombros por la abertura y se quedó tendido en el suelo. Dentro, el aire era cálido, pero de olor corrompido. Había desaparecido en él toda posibilidad de comprender las cosas, a excepción del calor, de modo que aquél hizo impresión en sus sentidos, aunque de un modo subconsciente, y le alentó a penetrar pulgada a pulgada, dándose cuenta únicamente de que a cada uno de sus esfuerzos sentíase más cómodo. Pero transcurrió algún tiempo antes de compenetrarse del significado de las cosas. Por vez primera se le ocurrió pensar en que había recibido una herida y que ésta le tenía debilitado. Así, cuando empezó a

luchar para librarse de aquella opresión que sentía, lo hizo con ciertas precauciones. Se levantó despacio, observando que, principalmente, le dolía la cabeza y que al volverse con alguna rapidez, como le ocurrió al pie del mástil, sentía intenso mareo y hasta algunas náuseas.

»El recuerdo del vigía en su torre le hizo concentrar la atención en el principio de la aventura, y en cuanto se aclararon sus ideas se dirigió a la puerta. Permaneció allí varios minutos escuchando el crujido de las lonas cargadas de hielo y con los ojos fijos en la luz fantasmal que había hacia proa; y siempre su mirada, al terminar una inspección semicircular, acababa volviéndose al palo de trinquete. Mas para su visión imprecisa, no era otra cosa que un punto informe, suspendido en el caos de la nieve. Después empezó a buscar por el barco hasta que se convenció de que el silencioso vigía y él eran los únicos seres humanos, vivos o muertos, que viajaban en el buque helado.

»Sintió una debilidad invencible y un sueño espantoso, de modo que arrastró un coy a la cocina y se tendió en él. Durante largo rato prestó oído a los gemidos del viento nocturno, cuya violencia crecía por momentos, al roce incesante del mar casi helado contra los costados de madera del buque y a los chasquidos de las cuerdas y de las vergas cubiertas de hielo. Tuvo que esforzar mucho el oído para percibir estos sonidos, pues incluso el tictac del reloj era más fuerte que ellos. Aquel objeto empezó a molestar. Su tictac le mantenía despierto y, sacándolo de su bolsillo, lo dejó en el suelo a la mayor distancia que pudo alcanzar.

»Cuando volvió a tenderse en el coy, sentía un zumbido en el cerebro, El esfuerzo que hizo para dejar el reloj en el suelo le puso enfermo. Mas lo peor fue que no logró cosa alguna: podía oír el reloj mucho mejor que antes.

»Tictac, tictac, tictac...

»Parecía que funcionaba dentro de su cabeza. Aquel ruido sonaba, por momentos, con mayor fuerza y a menor distancia, cual si el reloj se arrastrase por el suelo para acercarse a él. Y aquel sonido débil y acompasado se convirtió en un golpeteo. Parecía al ruido producido por un martillito que cayera sobre madera, junto a su oído. Se arrastró por el suelo y al llegar donde estaba el reloj le dió un empujón con la mano, mandándolo al extremo más lejano de la estancia. Y al volver a su sitio contuvo el aliento para escuchar:

»Tap, tap, tap.

»Sonaba bajo la cabeza de Danny, tan cerca, que incluso le pareció oír su ligera trepidación. Avanzó a tientas en la oscuridad, esperando tocar algo o a alguien, y luego buscó su almohada. En aquel instante cesó el ruido, y antes de que se reanudase, el marinero quedó sumido en una especie de estupor. Pero el golpeteo bajo su cabeza fue, a partir de entonces, mucho más fuerte, aunque incapaz de despertarle.

Habíanse tendido varias nubes sobre las inquietas aguas, más allá del rompeolas, obscureciendo el sol, pero nadie se dio cuenta de la creciente penumbra de la sala del club, mientras el capitán MacDonald continuaba su relato. Jim Falkner se inclinaba

adelante, cual si estuviese embrujado.

»Varias horas después abrió los ojos. Tenía el rostro vuelto hacia la pared. En el acto se dio cuenta de que era de día y observó que aquel lugar estaba lleno de luz. Sentíase muy cómodo, y ya no experimentaba ningún dolor en la cabeza. Los incidentes de la noche anterior acudieron tumultuosos a su memoria: los buques fantásticos, que parecían surgir confusamente de entre la obscuridad de la nieve; luego, un buque verdadero, con aquel cadáver que se agitaba en el puesto del vigía, y por fin su caída hacia lo que él se figuró representaría para él la eternidad. ¡Era curioso el modo como fue a parar a la cubierta de la goleta abandonada! Luego recordó el misterioso golpeteo y prestó oído. Percibió débilmente el tictac de su reloj. Contuvo el aliento... y una extraña sensación se intensificaba en él. A sus oídos llegó otro ruido casi imperceptible, que parecía acercarse por momentos. Era algo semejante al funcionamiento contenido y cauteloso de unos pulmones humanos, la respiración de un hombre que procuraba, como él mismo, no alterar el silencio. Volvió los ojos sin mover la cabeza, pero no se presentó cosa alguna a su visión. Sin embargo, percibió todavía la suave caída de algo, un pie desnudo, quizá, y el leve rumor de una respiración inmediata. Haciendo un esfuerzo poderoso recobró el ánimo, hizo girar la cabeza y los hombros, y, al mismo tiempo, se dobló su brazo derecho como para golpear.

»¡Caray! —exclamó ¡Qué susto me ha dado usted!

»En el centro de la estancia vio a un hombre grotesco y monstruoso. Era viejo, muy viejo. El cabello gris, muy largo, le caía sobre los hombros. Una barba casi blanca se extendía sobre su pecho. Era gigantesco, tanto en corpulencia como en estatura. No llevaba chaqueta, sombrero ni zapatos; la sucia camisa estaba abierta en la garganta y las mangas convertidas en tiras. Lo suficiente para asustar a cualquiera, en el primer momento, aunque la benignidad brillaba en sus ojos.

»—Buenos días, hijo mío —dijo el desconocido.

»—Buenos días —replicó McHann, sentándose en el borde del coy. Aquel movimiento le aturdió y se dio cuenta de que aún no estaba repuesto de su herida.

»—Espero que se encontrará mejor —dijo el otro—. Ha dormido usted muy bien. Yo interrumpí mi trabajo para no despertarle. Creí que mis golpes le impedirían dormir. ¿Ha visto usted a mi tripulación?

»Sonrió, pero de un modo que hizo estremecer a McHann.

»—¿Su tripulación?

»—Desde luego, mi tripulación. Venga, voy a presentarle a los muchachos —dijo dirigiéndose hacia la puerta, seguido por McHann.

»Descalzo, echó a andar, y atravesó la nieve hasta que se halló al pie del palo del trinquete. Entonces señaló el cadáver que oscilaba en la torre del vigía.

»—Ése es Joe, el mejor vigía que ha navegado por el Superior.

»Los grises ojos de aquel hombre eran claros y sin expresión, y en sus labios no había el menor asomo de sonrisa. McHann palideció.

»—Se portó mal hasta que le até ahí... Era muy malo, Dijo que yo no era el capitán y que no me obedecería. Pero yo le derribé de un garrotazo. Éste es su castigo por no haberme obedecido... Nada de comer ni de dormir y trabajo constante.

»El viejo se volvió para abrir una nueva pista a través de la nieve. Donde debiera haber estado el timón había un montículo de hielo; él se detuvo allí y miró como a través de una ventanilla. McHann comprendió lo sucedido. El incesante batir del agua cubrió gradualmente la rueda de hielo. Y aquella masa helada era más alta que, su cabeza.

»—¡Mire! —exclamó el viejo.

»McHann se acercó. Miró intensamente a la masa cristalina y pudo ver el perfil de la rueda del timón, de antigua forma, y a su lado una sombra... una sombra horrible, parecida a un espectro, a la que su visión dio pronto la forma humana. Uno de sus brazos estaba tendido y así una de las cabillas de la rueda; su cabeza descubierta se inclinaba hacia adelante, como si sus vigilantes ojos acecharan la aproximación de un peligro; pero desde la cintura hacia abajo perdíanse sus formas en la opaca blancura de la masa.

»—Ése es Tom —murmuró la voz terrible—. ¡Hum! Era muy duro. Resultó muy difícil dominarle. Una vez estuvo a punto de vencerme... Pero yo le agarré por el cuello y me quedé colgado de él cual si fuese un perro. Después lo até ahí. Es un magnífico timonel. ¿No es verdad, Tom? ¿Eh?

»Resonó entonces una carcajada dura, de voz cascada y tan cerca de McHann, que éste se estremeció. Sentía en su cuello la cálida respiración de su compañero.

»—Tom se figuró que era el capitán del buque. Yo creo que su cabeza no funcionaba muy bien. También la reina le creía el capitán. Joe opinaba de igual modo. Pero todos se equivocaban.

»—¿La reina? —repitió McHann.

»—Sí, la reina.

»El viejo se agarró a McHann, en tanto que en sus ojos aparecía un extraño resplandor. Y la presión de sus dedos se parecía a la de un resorte de acero.

»—Usted ya sabe que yo soy aquí el capitán, ¿no es verdad? —preguntó.

»Y en vista de que McHann asentía, se aflojó la presión sobre su brazo.

»—¿Cree lo mismo la reina? —se atrevió a preguntar en voz baja.

»—Sí. Ahora ya lo cree —contestó el viejo, sonriendo burlescamente y poniendo al descubierto sus dientes amarillentos—. ¿Le gustaría a usted conocer a la reina?

»Sin esperar la respuesta, se volvió para tomar la dirección de la cocina. Una vez dentro indicó a McHann que se sentara en un coy. Por unos instantes se quedó mirándole y en sus ojos apareció un resplandor de amenaza. Sus huesudos dedos se engarabitaron hasta que sus manos tomaron el aspecto de garras; mientras tanto, empezó a alentar con rapidez y su enorme cuerpo parecía disponerse para el salto.

»—¿Dice usted que yo soy el capitán? —preguntó de nuevo.

»—¡Claro que sí! —contestó McHann.

»Se esforzó en reír, pero comprendió que su rostro expresaba algo parecido al terror. Vio cómo se relajaban los encorvados dedos. El viejo se volvió lentamente y con uno de sus pies descalzos empujó una alfombra vieja que estaba cerca del fogón. El movimiento dejó al descubierto una trampa. La levantó y, paso a paso, descendió por la abertura, sin duda mediante una escalera. Por fin sólo asomó la cabeza por encima del suelo. Miró fijamente a McHann y desapareció luego.

»McHann se quedó escuchando, percibió el roce de unos pies descalzos que se alejaban y, de pronto...

»Sintió una emoción violenta. Oyó voces y luego el grito de miedo de una mujer y el ruido de lucha. De nuevo resonó el grito, ahogado, contenido, y McHann, sin poder dominarse, contestó con otro que retumbó por la sala cual si fuese un disparo. Luego se aventuró por la escalera y otro grito escapó de sus labios al llegar abajo. Guardó un instante de silencio, para orientarse, pero de la obscuridad intensa que le rodeaba no salió el menor sonido.

»—¿Dónde está usted? —gritó—. ¿Dónde?...

»No pudo terminar. Instintivamente, sintió algo muy cerca, que todavía se aproximaba, algo vivo que respiraba como él y que se le venía encima. Se agachó cual si esperara al enemigo y pronto tuvo la certeza de haber oído un ruido. Hízose más claro por momentos y de sus tensos músculos empezó a brotar el sudor. Era el tictac de un reloj. Seguidamente, aquel sonido se acercaba a él, hasta que comprendió la posibilidad de extender el brazo y tocar al ser que se acercaba. Luego, se detuvo. Pudo darse cuenta de que el otro se recogía para saltar y un segundo después él se puso en acción. Pero un brazo y un puño nudoso aparecieron disparados con terrible fuerza, y aunque el golpe no le dio de lleno, McHann se tambaleó y cayó de rodillas.

»Antes de que pudiera levantarse, su antagonista se había arrojado sobre él, profiriendo un grito propio de un loco o de una fiera. Sus largos dedos agarraron la garganta del marinero y aquel enorme cuerpo le cayó encima, como una masa de hierro. Con un arranque lateral, McHann se retorció hasta que pudo rodear con un brazo el cuello de su enemigo y empezó a apretar hasta que el otro dio un respingo ahogado. Mientras tanto, los dedos que oprimían su cuello se cerraban cual si fuesen de acero. Aflojó su presión y, luchando frenéticamente para poder respirar, agarró con ambas manos la que le estrangulaba. Mientras tanto, en su confuso cerebro resonó la risa triunfante de aquel loco. Cayó, por fin, de bruces, con los brazos tendidos e impotentes; entonces sintió un dolor lancinante en la cabeza y luego algo como el salto de una rugiente catarata pareció ahogar sus sentidos. De nuevo, como a través de un enorme vacío, percibió aquella risa triunfal.

»La primera cosa que vio McHann al recobrar el sentido, fue un rostro. Parecía hallarse muy cerca del suyo. Era un semblante de ojos salvajes y fijos, a veces tan cercano que se imaginó la posibilidad de sentir el aliento de la boca, y en otras se alejaba hasta disolverse en el aire. Por dos veces observó el movimiento de los labios, cual si le hablasen, pero sus ojos se cerraron y sus oídos eran impotentes para recoger

ningún sonido. Por último y con la mayor claridad pudo contemplar aquel rostro flaco, blanco y propio de una persona hambrienta, cuyos ojos oscuros y grandes ardían al mirarle. Haciendo un esfuerzo violento procuró recobrar la conciencia de sí mismo. Entonces se dio cuenta de que el rostro se inclinaba hacia él, de que alguien estaba acurrucado en suelo, junto a sus rodillas, y de que aquel semblante el de una joven.

»—¿Es usted... la reina? —consiguió preguntar.

»Fue la primera cosa que se le ocurrió. Apenas podía oírse a sí mismo, a causa de la confusión mental que se esforzaba en dominar. Sintió un peso sobre sus rodillas y el rostro se aproximó a él.

»—Temí que le hubiese matado a usted. ¡Oh! ¡Si pudiese ayudarle... traerle agua...!

»Tales palabras ayudaron a Danny a salir de su estupor. Esforzóse en enderezarse y observó que algo le sostenía por detrás. Los pensamientos acudían tumultuosos a su cerebro. Vióse atado a una silla y con las manos sujetas tras el respaldo. En un instante se dio cuenta de la situación. Con la mirada buscó al viejo y luego sus ojos se fijaron en el inclinado rostro de la joven. Le sorprendió su belleza, el terror que expresaba y el centelleo febril de su mirada.

»—Está ahí abajo —murmuró ella. Y, volviéndose sobre sus rodillas para señalar la abierta trampa, McHann vio que también tenía las manos atadas.

»—Está loco. Ahora se esfuerza en hundir el buque. ¡Ah, Dios...! —Y le miró desesperada.

»McHann prestó oído. Debajo de él oyó aquel repiqueteo especial de la noche anterior. La joven lo escuchó también y se estremeció.

»—Óigale golpear. Está practicando un agujero en el fondo. Casi está hecho ya... De pronto ella se levantó hasta que sus manos atadas se apoyaron en el pecho de McHann—. Dígame —dijo jadeando—: ¿sabe usted... si los ha matado?

»McHann comprendió lo que quería decirle. Sus propias manos estaban atadas tras él, pero se inclinó hasta que su rostro rozó el despeinado cabello de la joven.

»—¿Quién...? ¿Quién mató a quién?

»—A Tom... y a los demás. Tom es mi hermano. Este buque le pertenece. Johnson era el timonel... y se volvió loco. Una mañana vino a mí diciéndome que los había matado a todos durante la noche y que el buque era suyo... que no me mataría, pero que me llevaría al fondo del mar consigo... Dígame...

»De la trampa surgía la risa cascada del loco. Con un grito de terror la joven se arrastró hacia el extremo del coy y se tendió en él. Apenas lo hubo hecho cuando la cabeza de Johnson apareció por la abertura. Tenía los labios distendidos sobre sus amarillos dientes; y un terrible resplandor llenaba los ojos, que fijó en McHann.

»—Pronto nos hundiremos dijo—. Ya entra el agua. Escuche.

»Débilmente llegó a oídos de McHann un ruido que reconoció como producido por la entrada del agua en el casco. El viejo se rió muy satisfecho. Por unos

momentos permaneció con la cabeza y los hombros fuera de la trampa y luego descendió lentamente. McHann hizo un esfuerzo para romper las cuerdas que le ataban, pero entonces la silla se cayó con él, que dio de cara contra el suelo. Se sorprendió al observar su debilidad. En vano luchó por enderezarse sobre las rodillas y al fin rodó de lado, de cara a la joven.

»Ahí veo un cuchillo —murmuró señalando hacia el hogar—. ¿Puede usted alcanzarlo?

»En el acto la joven abandonó el coy y empezó a arrastrarse por el suelo. Avanzaba a pulgadas. Su largo cabello barría el suelo bajo sus rodillas. Una vez hubo llegado junto al hogar se levantó y cogió el cuchillo entre sus dos manos.

»—¡Aprisa! —murmuró McHann—. ¡Aprisa!...

»Ella alcanzó muy pronto la cuerda que sujetaba las muñecas del marinero, quien sintió que el cuchillo cortaba la ligadura. ¡Qué débil era la presión de aquel instrumento! Cada segundo parecía un minuto... y cada minuto una hora.

»—¿Corta? —preguntó él.

»—Un poco —contestó la joven con aterrado murmullo.

»McHann la oía respirar con fuerza a su espalda. Por su parte puso tirantes las cuerdas y ni siquiera un instante abandonó la vigilancia de la trampa. A cada momento percibía con mayor claridad el susurro del agua al penetrar en la cala. Una docena de veces se figuró oír al viejo que subía por la escalera. En una ocasión oyó su carcajada triunfante, más o menos hacia la mitad del navío. Entonces torció el cuello y miró a la joven.

»—Casi está cortada ya dijo ella.

»Rompióse, de pronto, la última hebra y Danny sintió las manos libres. Se apresuró a cortar las cuerdas que le rodeaban la cintura y los pies, y luego libertó a la joven. Hecho esto se puso en pie, agarrando el cuchillo, y se dirigió al borde de la trampa. Nuevamente volvió a oír aquella espantosa carcajada, pero a la sazón más cerca.

»—¡Ya viene!

»McHann sintió un mareo, un vahído casi invencible. La muchacha observó su debilidad y lo agarró por el brazo.

»—Venga conmigo... ¡Aprisa! —Lo llevó a la puerta de la cocina—. Está usted herido... Hemos de apoderarnos del bote...

»McHann la siguió sin resistirse apenas. La joven parecía tener más vigor que él.

»—Creo que estoy herido —confesó débilmente—. No me figuré que me hubiese maltratado tanto.

»Se tambaleó entre la nieve, en tanto que la joven se adelantaba a él, en dirección al bote de la goleta, colgado de los pescantes, hacia el centro del barco. Cuando él la alcanzó, la joven se esforzaba en quitar la lona que cubría la pequeña embarcación, para protegerla de las oleadas. Cuando se ocupaba en ello sonó un grito de rabia en la cámara. Haciendo un esfuerzo tremendo, McHann cogió a la joven en sus brazos y la

metió en el bote. Luego hizo girar los pescantes para poner la embarcación sobre el mar. Detrás de él apareció Johnson en la puerta de la cocina. El marinero no se entretuvo en hacer descender el bote por medio de las poleas, sino que cortó las cuerdas con un cuchillo y la embarcación cayó al agua. Miró hacia atrás y vio al enorme gigante gris, a tres metros de distancia. Dio un grito de aviso a la joven y se arrojó al agua.

»Media hora después, McHann se incorporó sobre el codo. Con un pedazo de tela de su traje, su compañera había estado lavándole la sangre del rostro.

»—Se ha hundido mucho —observó él cuando, por centésima vez, volvió los ojos hacia la desdichada goleta.

»Hallábase a tres cuartos de milla de distancia y el sol hacía resplandecer su aparejo cubierto de hielo...

»La joven profirió leve sollozo. McHann, sentándose, tomó una de sus manecitas y la estrechó entre las suyas.

»—Tom era el único protector que tenía en el mundo. Si ha muerto...

»—Sí. Ha muerto. Pero yo la llevaré a usted a casa de una de las madres más cariñosas del mundo entero —dijo McHann con voz suave—. Me espera en Algonac, y quizás...

»Se interrumpió. Había llegado ya el fin del lejano buque. Por un momento, tan sólo su aparejo asomaba sobre el mar, pero luego se hundió lentamente, hasta que la negra corriente del Superior se elevó y descendió en el lugar donde había flotado.

»—Nos hemos alejado a tiempo, ¿no le parece? —preguntó Danny con alegre acento.

»Dejando de contemplar el rostro de la joven, McHann volvió sus ojos hacia la orilla del Míchigan y se preguntó cuánto tiempo tendría que remar para llegar allá.

Capítulo IV

El capitán Kidd, del subterráneo

EXISTÍAN, por lo menos, siete puertos del largo Erie que podrían haber reclamado al capitán Kidd como ciudadano, por la razón de que aquel extraño individuo los frecuentaba todos, aunque no tenía propiedades en ninguno. En aquellas siete ciudades había siete mil o más individuos que podrían haber reconocido al capitán Kidd al verlo, pero quizá no llegaban a siete personas las que, sinceramente, pudieran afirmar el hecho de que sostenían relaciones personales con aquel hombre o de que conocían el buque, especialmente lo último, y ni siquiera uno de éstos hubiese podido jurar qué métodos empleaba el capitán Kidd para ganarse la vida; algunos creían que se dedicaba a transportar arena, otros sostenían la opinión de que su buque tomaba cuantos cargamentos se le ofrecían para ir donde conviniese, y algunos, muy pocos, cuando se trataba del asunto, guiñaban el ojo de un modo significativo, como suelen hacer los ribereños de los lagos ante un caso dudoso. Pero los habitantes de los puertos más frecuentados de los lagos están demasiado ocupados durante los meses de navegación para intervenir o curiosear en los negocios ajenos, a no ser que en el fondo haya dólares y centavos, y por esta razón el patrón del Lauraline Spreckles, o, en forma abreviada, el Laura Spreck, como lo llamaba su patrón y propietario, quedó en libertad de ir y venir a su antojo.

Esta falta de inclinación a investigar, por parte de la gente que ya encontraba difícil la tarea de buscarse la vida, explicaría la razón de que Jim Falkner se hubiese convertido en palero del barco del capitán Kidd durante el verano que siguió a su graduación en la Escuela Superior. Por otra parte, a nadie le importaba orientar a un muchacho huérfano, especialmente cuando nadie sabía tampoco qué peligro debía temerse. Su costumbre de ocuparse exclusivamente en sus propios asuntos era debidamente apreciada por el capitán Kidd, quien, con frecuencia, daba gracias a la Providencia, que guiaba su fortuna. Al otro lado del lago, donde, en una desierta extensión de la orilla canadiense, terminaba el famoso ferrocarril subterráneo que empezaba en Pekín, Hongkong y Shanghai, el capitán Kidd gozaba de la reputación de haber llevado a cabo cosas que le hubiesen procurado una vida extraordinariamente monótona, si de ellas se hubiese enterado el Tío Sam. También

este hecho era reconocido por el alegre aventurero. Mientras tanto, continuaba pasando de contrabando a los chinos y, de vez en cuando, a alguna muchacha de la misma nacionalidad.

Aquella tarde, el capitán Kidd estaba más preocupado que de costumbre. Ostensiblemente, cargaba arena. El Laura Spreck se hallaba fondeado a tres cuartos de milla de una faja de tierra estéril, llena de dunas y marjales, del Estado de Ontario. A aquella hora poníase el sol entre rojos resplandores. Más atrás se divisaba la cresta gris de Point Pelee, que temblaba como faja arenosa del desierto en la neblina que se dirigía hacia el mar, desde los marjales de Pigeon Bay. Aquella cresta, que le recordaba el esbelto y blanco dedo índice de una dama, se asociaba de un modo indisoluble con las andanzas del capitán Kidd. Entre sus peladas extensiones de arena volandera había aumentado sus pecados; en sus soledades amasó una cantidad de oro cuya importancia desconocían todos menos él. Aquella extraña cadena de mecanismos humanos podía empezar en cualquier extremo del país del que era súbdito, pero terminaba allí. Desde aquel punto recibía el contrabando de piel amarilla y al contemplar ahora ensimismado su tenue contorno, recordaba los secretos que le guardaba. Desde allí recibió a Hop Lee, primo de Mock Duck; quien pagó cinco mil dólares al agente principal por la importación de su pariente. Hop Lee adoptó en San Francisco la vida de su famoso primo y ahora se había convertido en uno de los más notables asesinos de su nacionalidad. Luego, recordó al honrado «Joe». Tung, que, a la sazón, poseía tres «trenes de lavado» en Buffalo y que anualmente le enviaba un regalo de cincuenta dólares, en prueba de su prosperidad y gratitud; quedaban treinta o cuarenta individuos más, con quienes perdió toda relación y trato. De vez en cuando pasó a alguna muchacha; solamente podía conjeturar cuál había sido su paradero. Sin embargo, cada vez que una de ellas llegó a sus manos desde el subterráneo, su rudo corazón se llenó de simpatía.

Ahora esperaba también a una muchacha. Durante varias semanas el capitán Kidd sintió crecer su interés por ella. Existían ciertas razones que le hacían esperar el momento en que vería a Ah Ho, según el nombre que constaba en las instrucciones recibidas. En primer lugar le interesaba su historia. Ah Ho, como le manifestaba una carta del agente en Hongkong, tenía sus padres en Cantón. El padre era un oficial de cierta importancia de una pequeña localidad, y Ah Ho, según expresaba la carta, era muy bella y por esta razón el subterráneo cargó un precio muy alto por su importación. Cosa de doce años atrás, su padre necesitó dinero para alcanzar determinada ambición y entonces vendió su hija a un rico y viejo chino de Chicago, llamado Tai Sing, y después de darle la oportunidad de crecer y desarrollarse, este último reclamaba a la joven. Una copia del mensaje cablegráfico de Hongkong afirmaba que la chinita había embarcado en el Star of the Orient y noticias posteriores aseguraban al capitán Kidd su feliz llegada a Vancouver.

Después de eso fue conducida, como paquete precioso, a lo largo del subterráneo. El agente principal de Montreal dio cuenta de que Ah Ho se hallaba en la ciudad. El

último despacho decía: «Embarcará normalmente viernes seis tarde». Había llegado el viernes, y en aquel momento eran las cinco y media de la tarde. De no haber ocurrido nada desagradable, dentro de los treinta minutos siguientes les darían, entre las dunas, la señal de la llegada de Ah Ho. Entonces el capitán Kidd salió de su ensimismamiento y de la contemplación de la costa, para ir a reunirse con sus hombres. Su rostro enérgico y flaco mostraba la mayor ansiedad. Puso al descubierto sus grandes dientes en una alegre sonrisa al hacer una seña a Stetson, su maquinista de barba canosa. Stetson sonrió también significativamente y se dirigió a la máquina. Jim Falkner le siguió con el sincero entusiasmo de los aventureros que no han cumplido veinte años. Quedaron tan sólo dos hombres: el viejo Grimmsey, timonel que se jactaba de que, con los ojos vendados, era capaz de dirigir el barco, haciéndolo entrar y salir de todos los rincones del lago Erie, y Watts, el piloto.

—Convendrá acercarnos lo más posible, para ver la señal, Watts —anunció el capitán—. Me figuro que la recibiremos desde el extremo del marjal.

Acompañó a Grimmsey al cuarto del timonel y por medio de la campana eléctrica que había en el cuarto máquinas dio sus órdenes a Stetson. Más allá de la proa del Laura Spreck observaba la cresta de arena del Pelee, que se ensanchaba a medida que avanzaba el buque. El sol había llegado ya al borde del agua. En sus últimos resplandores ardió la costa durante unos minutos con mayor brillantez que antes, y las cimas de las dunas, combatidas por el viento, reflejaron la luz, cual si cada una de ellas estuviese cubierta de un millón de espejos infinitesimales.

En este intervalo, cuando la mitad de la bahía empezaba a confundirse y a desaparecer en la penumbra de la tarde, avanzaba lentamente un coche por encima de aquella cresta y por un momento permaneció inmóvil, resaltando su negra silueta sobre el resplandeciente cielo occidental. El capitán Kidd se asomó ansiosamente. Esforzó los ojos para descubrir la señal, y transmitió a Stetson la orden de acortar la marcha. Mientras miraba saltaron tres hombres del coche y el capitán pudo observar el brillo de las escopetas que empuñaban, Tendiéronse en el suelo y enviaron una descarga cerrada hacia una prominencia arenosa. Un momento después el coche echó a correr hacia la playa y mientras el capitán del barco contrabandista seguía asomado a la ventana del cuarto del timonel y observaba, la faz tensa y la respiración agitada, los tres hombres se pusieron en pie, perfilándose sobre el cielo, y echaron a correr tras los caballos.

El capitán Kidd se volvió en el tiempo que uno tardaría en abrir y cerrar los ojos. Aquella mirada rápida le aseguró de que hacia el lago tenía el camino libre. Cuando se volvió, de nuevo, para observar la tragedia de tierra, el coche había llegado ya al borde del agua. Penetró en ella hasta el eje y en tanto que los asustados caballos retrocedían en la resaca, desde los cañaverales del pantano salió disparado un bote hacia los fugitivos. Nuevamente se alteró la línea del horizonte, pero esta vez lo fue por un jinete. Dos de los tres iban armados con escopetas, le esperaban con una rodilla doblada, y aun antes de que se oyesen sus tiros, el perseguidor cayó de la silla

a la arena, en donde se quedó inmóvil. Dos figuras femeninas saltaron del coche al agua y vadearon para acercarse al bote. Inmediatamente las siguieron los fugitivos armados y apenas se hallaron a bordo de la embarcación aparecieron en la cresta arenosa media docena de jinetes.

El capitán Kidd dio un profundo suspiro al mirar a Grimmsey. De su rostro había desaparecido toda expresión de dureza.

—De buena se han librado. Han estado de suerte, Cinco minutos después, el bote llegaba al costado del buque y el capitán Kidd reconoció en la proa a la matrona principal del subterráneo. Había visto muchas veces a aquella mujer, y cuando se trataba de transportar pasajeros femeninos ella los acompañó siempre. Ésta llamó al capitán desde el bote, que se hallaba junto a la proa de estribor, casi envuelto en la sombra.

—Tendrá usted que llevarnos a todos, capitán Kidd —exclamó.

—Sin duda, señorita Moore —replicó el capitán—. Suban todos ustedes a bordo. Les dejaré en la costa, unas millas más abajo. Ya comprenderán ustedes, señores, que en circunstancias ordinarias nunca permito la entrada de un hombre a bordo... si no es un pasajero.

—Quiere decir un chino —explicó la matrona con cierto énfasis. Y al llegar a bordo murmuró en voz baja—: Descubrieron nuestros movimientos en Montreal, capitán, pero no lo supimos hasta el último instante y entonces creímos poder engañarles. De todos modos, me quedaré muy sorprendida si antes de poco tiempo no viene ningún escampavía de la hacienda siguiendo nuestras huellas.

Alguien ayudó a Ah Ho a subir y el capitán Kidd se inclinó para tomarla en brazos. Sintió su cálido aliento sobre sus curtidas mejillas, mientras la joven salvaba la barandilla. Al soltarla, ya en la cubierta, la miró intensamente, pero el velo que llevaba la joven y la obscuridad del crepúsculo le impidió ver el rostro. El capitán observó que aquella muchacha le había parecido una pluma en sus brazos y que mientras la sostenía experimentó una sensación intensa. Había pensado mucho en Ah Ho. Cuando ella se alejaba, al lado de la matrona, el capitán no dudó de que sería hermosa, a pesar de que el agente de Hongkong, que era mestizo, tenía unas ideas muy distintas acerca de la belleza. De todos modos, deseaba ver a Ah Ho.

La matrona se rió con voz aguda, desde cierta distancia.

—No hay necesidad —dijo—. Ya conozco el camino. Los tripulantes del bote habían subido a bordo. Uno de ellos se presentó a sí mismo como el nuevo subagente de Montreal y después presentó a sus compañeros.

El capitán Kidd señaló los rifles que llevaban y les dijo:

—Tal vez tengan ustedes necesidad de usarlos antes de que llegue la mañana.

Poco después dio instrucciones a Watts acerca del rumbo que había de seguir el Laura Spreck y se retiró a su camarote. Hábiale precedido la matrona, quien se sentó tranquilamente a la mesa para escoger cierto número de papeles. Cuando el capitán entró, ella levantó la cabeza y le sonrió. Más allá del hombro del capitán la matrona

descubrió una parte del rostro juvenil del subagente, que se asomaba interrogador, y le rogó que entrase.

—Deseo que hable usted con Wilson, capitán —dijo—. Wilson y yo somos muy buenos amigos y le he prometido que algún día contaríamos las cosas del lago. Él es casi un chino, pues ha vivido en Hongkong desde que era así de alto.

Y señaló al nivel de su rodilla.

Mientras sus grandes dientes blancos resplandecían a la luz de la lámpara del camarote, el capitán le tendió cordialmente la mano.

—Algún día iré por allá, señor Wilson —dijo—. Siempre he tenido el deseo de conocer los dos extremos de la organización.

La mujer dirigió una rapidísima mirada al subagente, aprovechando el momento en que el capitán le daba la espalda.

—El capitán Kidd conoce mucho más que nadie el subterráneo de este extremo —dijo con suave acento—. Antes McVeigh... pero ya ha muerto.

Sus ojos resplandecían al mirar al subagente. De pronto profirió una risita histérica, y cuando el capitán se volvió hacia ella, observó que había inclinado la cabeza sobre sus brazos.

—¡Oh Dios mío! Esa escaramuza me ha destrozado los nervios —exclamó con voz doliente. Al levantar los ojos vióse que su rostro estaba sonrojado y no pálido—. Tuvimos que matar a un hombre... quizás a dos —dijo—. Hábleme usted, capitán, por favor, porque, si no, tendré un ataque de nervios. Dígame usted algo, cualquier cosa. Wilson también le escuchará con gusto.

—¿De qué quiere que hable? —preguntó el capitán sonriendo.

—Del subterráneo, desde luego —exclamó el subagente.

El capitán Kidd se inclinó hacia él, pero ya la sonrisa había desaparecido de su rostro y sus ojos tenían un resplandor extraño y una expresión dura.

—Nunca hablo de eso —dijo, receloso.

Más habría dicho, pero sus oídos sorprendieron el grito de un hombre en la parte exterior, grito que reconoció y cuyo significado comprendió, gracias a la palidez y a la mirada del subagente. Dio media vuelta, para mirar a la mujer, y la vio sonriente, pero, mientras tanto, le apuntaba una pistola.

—¿Qué es eso...? —empezó a decir.

—Pues, sencillamente —le interrumpió la matrona—, que ya me he cansado de esto, capitán Kidd. Que le he denunciado para salvarme yo misma... Que...

El capitán Kidd volvió lentamente la cabeza y pudo darse cuenta de que también el subagente le apuntaba con una pistola.

—Eso significa —continuó diciendo aquella mujer— que el combate en tierra fue una treta; que los hombres que han embarcado son agentes del servicio; que va usted a ser entregado a las autoridades y que su tripulación...

—¿Y Ah Ho? —interrumpió él. Miró a aquella mujer, agarrando al mismo tiempo, con mayor fuerza, el borde de la mesa—. ¿Qué hay con respecto a Ah Ho?

—¡Oh, no ha de temer nada! —exclamó la matrona, riéndose muy nerviosa—. Será una magnífica prueba contra usted, capitán. La pobrecilla se figura que todos nosotros somos sus amigos y que...

La matrona se interrumpió. El capitán Kidd abrió los brazos y en su rostro se expresó el dolor de la impotencia.

—Nell —exclamó con suplicante voz—. Nell, nunca habría esperado esto de usted. ¡Oh Dios mío! ¡Si supiera usted cuánto la amo, Nell! Y cómo he deseado decírselo muchas, muchas veces... Más de cien... Pero he aguardado... —En su desesperación pareció tambalearse, mientras se acercaba a ella. La matrona se puso en pie, dejó caer la pistola sobre la mesa y empezó a respirar con la mayor agitación—. ¡Nell, Nell, no me diga que me ha hecho traición! —rogó el capitán—. Mátenle, Nell, máteme... pero... no... no me diga... eso.

Se acercó más, hasta que sus manos pudieron tocar a la mujer y un momento después la estrechaba entre sus brazos. Pero lo hizo con tanta fuerza, que más parecían resortes de acero que le quitaran la vida. Sobre su hombro resplandecía triunfante el rostro del capitán Kidd, al mirar al agente. Aquella mujer era su escudo. Por un momento buscó en su chaqueta con una mano. Luego brilló una cosa de acero, se oyó un disparo, y aquel hombre de rostro pálido se desplomó con el veneno del plomo en sus entrañas.

—¿Te has creído que te amo? —silbó el capitán a oídos de la asustada mujer—. ¿Crees que soy capaz de amar a un reptil como tú? Ya sospechaba que harías esto un día u otro. Lo adiviné.

Sus dedos buscaron el cuello de la mujer y, luego, arrojó su insensible cuerpo al suelo, en el momento en que sonaba una llamada en el exterior. El capitán Kidd empezó a moverse como un gato, ágil y silenciosamente. En sus ensueños, despierto, muchas veces había imaginado la posibilidad de que ocurriese aquello, y hacía ya mucho tiempo que se preparaba contra semejante contingencia. Antes de que se repitiese la llamada, quitó de su sitio una alfombra, dejando al descubierto una trampa. Un momento después quedó abierta para darle paso. Pudo oír que los hombres se esforzaban en abrir la puerta y en sus ojos apareció una expresión desagradable, algo peligroso en el resplandor de sus fuertes dientes, al detenerse un instante, semiacurrucado, antes de emprender la retirada. Sin vacilar, apuntó hacia el centro de la hoja de la puerta y disparó dos veces. Luego desapareció rápidamente por el agujero y cerró la trampa tras él.

—Ahora, chinita, te ha llegado lo tuyo se dijo en voz muy baja.

Recorrió el pasillo en tanto que su hombro derecho resbalaba contra el lado interior de las planchas de madera del casco y el izquierdo rozaba el mamparo. Andaba, a la sazón, por un pasadizo situado inmediatamente debajo de la cubierta y gracias a que contó los pasos de había dado, comprendió que se hallaba ya ante la cámara secreta que ocupaba Ah Ho. Poco después encontró una cerradura, que se apresuró a descorrer. Abrió la puerta y un resplandor llegó a sus ojos. En la estancia

reinaba absoluto silencio. Poco a poco siguió ensanchando la abertura, vio al fin una de las paredes de la estancia, la puerta del lado opuesto y por último a la misma Ah Ho. La muchacha estaba tendida, aunque atenta y tenía el rostro vuelto hacia la bodega del buque, El capitán Kidd comprendió que había oído los disparos.

—¡Chinita! —dijo en voz baja ¡Chinita!

Al oír su voz, el blanco rostro de la joven se volvió a él, No pronunció una sola palabra, pero en sus grandes y negros ojos se pintaba el terror. Aquellos ojos intrigaron mucho al capitán Kidd. No podía ver con claridad el rostro de la joven, pero los ojos le tenían fascinado. Nunca, a juzgar por sus recuerdos, había visto una joven china con ojos semejantes a los de Ah Ho.

—No te asustes, chinita —le dijo en tono acariciador introduciendo la cabeza y los hombros en la estancia—. Se figuran que nos han cogido, pero se engañan. — Introduciéndose en la habitación se dirigió a la puerta. En momento en que la atrancaba por dentro, oyó un ruido fuerte y distante—. Están echando abajo la puerta del camarote, chinita —exclamó—. Pero todavía les daremos esquinazo y nadie sabrá cómo lo hemos hecho.

Mientras llevaba a la joven hasta situarla debajo de la oscilante lámpara, se ladeó el velo de aquella y el capitán Kidd pudo divisar su rostro.

—¡Demonio, chinita, eres muy linda! —exclamó. La llevó a través de aquella abertura y, después de cerrar, la siguió.

—Aquí está oscuro como boca de lobo, ¿no te parece? —preguntó—. ¿Dónde está tu mano, chinita?

—Se acercó a ella y buscando por debajo del largo manto que le habían proporcionado los agentes del subterráneo, logró encontrar sus temblorosos dedos, que sostuvo en su enorme mano; luego, suavemente, tiró de la joven para que le siguiese.

A su espalda oyó algunas voces que retumbaban en el estrecho corredor.

—Han encontrado la trampa —murmuró ¡Dios mío, qué oportunidad para saldar mis cuentas con ellos!

Por un momento su sangre le inspiró el deseo de volverse para hacer caer su venganza sobre aquellos que se acercaban a él con la traición. Apuntó el revólver por encima de la cabeza de Ah Ho y lo sostuvo inmóvil, en tanto que la joven temblaba a su lado, hasta que, por fin, vio una línea de luz en el extremo opuesto.

—Ya vienen, chinita —murmuró—. Hemos de apresurarnos.

Continuó siguiendo el corredor, hasta que su extendida mano tocó una pared. Más allá pudo oír el ruido de las máquinas del barco. Por un momento escuchó y percibió el sonido de algunas voces.

—Se figuran que los espero en este pasillo —murmuró muy satisfecho—. No se atreven a seguirme, chinita.

Soltó la mano de Ah Ho y pasó los dedos por la pared, hasta que encontró un cerrojo. Lo descorrió despacio y luego, empujando de repente con el hombro, abrió la

puerta y su tenso rostro miró con fijeza por sobre el cañón de la pistola, hacia el intenso resplandor rojizo del cuarto de máquinas. Lleno de esperanza, sus ojos buscaron a Stetson y a Billy. Ninguno de los dos estaba, y en el lugar del primero vio a uno de los hombres que llegaron con la matrona. Tan amenazadora era la mirada del capitán Kidd, que el agente de la Hacienda levantó las manos sin la menor demora. El contrabandista sonrió al acercarse, seguido por Ah Ho.

—Más valdrá que os marchéis —exclamó—. Es lo mejor. —Y con la cabeza señaló el corredor que acababa de dejar. En sus ojos, que se hallaban tras de la pistola, había un centelleo de amenaza, y aquel hombre obedeció—. Diles a tus amigos que aquí les espero —añadió el capitán Kidd al cerrar la puerta con alguna violencia. Un momento después se volvió hacia Ah Ho—. Aprisa... Por aquí —dijo.

La cogió con alguna rudeza y casi la arrastró en dirección a una puerta entreabierta que había hacia popa, e hizo pasar a la joven en primer lugar. La chinita tropezó y cayó sobre un montón de objetos revueltos, mas, al parecer, su compañero no se fijó en ello Ah Ho le vio luchando con un objeto pesado y muy pronto observó que a través de la puerta hacía rodar una cosa redonda y de grandes dimensiones. Retrocedió como una sombra e hizo rodar sucesivamente dos objetos más, semejantes al primero. Entonces se oyó el ruido de un hacha, seguido por el de vidrios rotos, y un momento después reinó completa oscuridad, cuando el capitán Kidd saltó hacia atrás y cerró la puerta.

—Ya está, chinita —exclamó buscándola a tientas.

Ah Ho levantó las manos y el capitán Kidd la estrechó en sus brazos.

—Muy merecido tienen lo que les va a pasar, chinita —continuó, muy excitado—. Huele, chiquilla. ¿No lo adivinas? —Olfateó el aire, que ya estaba impregnado de un olor desagradable y picante Eran tres bidones de ácido, chinita. Ya me figuraba yo que llegaría este día.

La dejó en pie y con la culata de su revólver golpeó el metal del casco del buque. Pronto hubo aflojado cierto número de tuercas y pudo abrir una porta tan grande como una de las trampas por las cuales escaparon.

—¿No ves las estrellas desde aquí, chinita? —murmuró haciéndose a un lado para que la joven pudiese acercarse—. Pues bien, tú y yo estaremos en breve tan libres...

Pudo oír, en aquel momento, ante el cuarto de máquinas, los excitados gritos de algunos hombres, pero no se aproximaron. Incluso Ah Ho adivinó la razón. A través de las fisuras de la puerta del pañol de objetos diversos en que se hallaban, las emanaciones ácidas penetraban en abundancia, de modo que la joven empezó a toser y agarró el brazo del capitán Kidd. La luz exterior alumbraba su levantado rostro y su compañero pudo leer en él algo de lo que pasaba en su alma. Por primera vez comprendió que todo aquello era un gran misterio para ella y que la joven tan sólo podía conjeturar el significado de los tiros en tierra, de aquella fuga por los más recónditos pasos del navío y de los actos del capitán. Pero era evidente que Ah Ho confiaba en él. De eso se convenció mirándole a los ojos. Su boca era redondeada y

roja como una rosa. Así lo pensó el capitán Kidd, aun en aquellos momentos, y al mirar el rostro de ella, observó que los labios le temblaban.

—Mira, chinita, has de saber que me eres extremadamente simpática —dijo—. Eres una muchachita muy animosa, aunque seas china, y te aseguro que tendré un disgusto muy grande cuando haya de entregarte a ese viejo amarillo que te compró cuando estabas en tu país.

Sacó la cabeza por la porta y miró hacia arriba. El bote de popa colgaba muy bajo de sus pescantes, de modo que, izándose en parte a través de la abertura, el capitán Kidd llegó a una anilla de hierro que había abajo de la barandilla del buque y así pudo asomarse cautelosamente hasta que, con su mano libre, agarró un cabo. Por unos momentos prestó oído, absteniéndose de respirar. Hacia la mitad del navío oyó el golpe de un hacha y algunas voces llegaron claras a sus oídos. En cambio, la popa parecía estar desierta. Entonces se dedicó a desatar los cabos, aunque mantuvo tirantes las cuerdas mientras se retiraba a través de la porta. Luego, sacando los brazos y los hombros, hizo descender el bote hasta que se halló a cosa de un palmo del agua.

—Chinita —murmuró.

Deslizó las cuerdas de modo que se hallasen inmediatas a la porta y ayudó a salir a la joven. Cuando los pies de ésta tocaron el bote, él soltó las cuerdas y descendió, a su vez. Antes, sin embargo, se mantuvo a la altura de la porta, con objeto de percibir la explosión que, según le constaba, sobrevendría pronto, pero las emanaciones del ácido le obligaron a bajar. Acurrucado al lado de Ah Ho, soltó los cabos que sostenían el bote y éste empezó a seguir la estela tumultuosa del navío que, a la luz de la luna, parecía un revuelto río de plata. El capitán Kidd quiso proferir un grito de triunfo, pero tan sólo emitió un grito ahogado y sin articular. Se inclinó hasta que las crestas de las olas arrojaron algo de espuma a sus ojos. Su rostro pálido y flaco estaba animado por una pasión tan ominosa como el brillo del cañón de la pistola, que apuntó hacia el Laura Spreck. El buque se disolvía en las sombras, pero el capitán Kidd deseaba dar a entender a sus tripulantes que les había vencido. Pensó en la mujer que le hizo traición y su deseo fue ya obsesionante. Titubeó un momento y entonces se figuró oír un rugido procedente del lugar en que las luces de situación del barco se apagaban en la negrura de la noche. En cuanto estuvo seguro, se puso el pie, interponiendo su alta y flaca figura entre Ah Ho y la luna, y levantó los largos brazos, profiriendo un fuerte grito de alegría. Luego, se sentó y Ah Ho se acercó a él, temblorosa; pero el capitán estuvo unos instantes sin darse cuenta de su proximidad. Cuando dejó de mirar su perdido buque, la joven le observaba con la mayor fijeza.

—¿No lo has oído, chinita? —preguntó. Se inclinó hacia ella y levantó el rostro de la joven, poniéndole un dedo bajo la barbilla, como si acariciara a una niña—. ¿No lo has oído, chinita? Ha sido el ácido, al llegar a los hogares de las calderas. Pronto lo verás. ¡Mira!

—Extendió un brazo y Ah Ho se incorporó un tanto sobre las rodillas, para fijarse

en la dirección Tal vez no volverás a ver nada semejante a lo que ocurrirá en breve — le dijo Pero no te asustes: todos abandonarían inmediatamente el buque, porque hay dos almadías y otro bote.

La joven comprendió que iba a ocurrir algo entre las tinieblas que llenaban la enormidad del lago y se mantuvo atenta, con la trágica impaciencia de su compañero.

—Será pronto —murmuró éste. Sus palabras temblaban de excitación—. Ya llega, chinita.

A cosa de una milla de distancia hubo una especie de relámpago rojo, que entreabrió las tinieblas. Ah Ho sintió que su compañero se estremecía cual si le hubiesen pinchado. Volvió instintivamente su rostro hacia él y cuando miró, de nuevo, a lo lejos, aquel rayo de color rojizo se había convertido en un resplandor terrible, del que empezaron a surgir retorcidas llamas que se dirigían al cielo. Y a medida que aumentaba el fuego y su resplandor iluminaba el lago, la joven se acercó más al capitán Kidd, maravillada y aterrada, en tanto que su compañero, abriendo los brazos, la estrechó sobre su cuerpo hasta que todo hubo terminado y sólo se divisaba un débil resplandor, muy distante. Ah Ho casi no podía respirar, a causa de la fuerza del abrazo.

—Se ha hundido, chinita —dijo.

Durante varios minutos permaneció silencioso, aun después de haber desaparecido el resplandor. Luego, instaló a Ah Ho en el fondo del bote y se inclinó sobre ella, hasta que su rostro se situó a cortísima distancia.

—Yo también tendré que alejarme, chinita —confirmó—. No tengo más remedio. Ahora todo el mundo sabrá quién era el capitán Kidd, y si vuelvo allá me esperan cincuenta años de cárcel. —Con el brazo señaló la costa americana—. Echaré extraordinariamente de menos mi viejo barco, pero no sé si será mayor aún mi añoranza por ti, chinita.

De pronto, con sus dos manos tomó la cara de la joven y exclamó.

—Oye, chinita. En la arena de la punta que se ve desde aquí, he enterrado toda mi fortuna... que es muy grande. La arena es mucho más segura que los Bancos, teniendo en cuenta que yo era el capitán Kidd. Y ahora voy a buscar mi dinero. En cuanto lo tenga, te llevaré muy lejos de aquí, a un lugar en donde hace frío todo el año, y entonces... entonces...

Atrajo tanto hacia sí el rostro de la joven, que sus labios lo tocaron.

—Y entonces te enseñaré el americano. Tú me enseñarás el chino y así, entre los dos, descubriremos muy pronto cuánto odias al viejo amarillo que te compró. Por otra parte, chinita, tengo bastante dinero para pagar las deudas de tu familia.

Luego, profiriendo un grito de alegría, el capitán Kidd desató las cuerdas que sujetaban los remos, volvió la ancha espalda a su compañera Ah Ho y dirigió la embarcación a las dunas de Point Pelee.

Capítulo V

El último momento

JIM FALKNER abandonó el incendiado Lauraline Spreckles tal como predijo el capitán Kidd. Con los restantes miembros de la tripulación se embarcó en una de las almadías.

Mientras tanto, los inspectores de Inmigración huían en el bote que quedó a bordo después de la desaparición de Ah Ho, perdida, al parecer, entre las tinieblas.

De nada habría servido custodiar la tripulación después de la fuga del capitán Kidd. Por esto los inspectores se contentaron con hacerles una severa amonestación, para salir inmediatamente en busca del fugitivo, a quien, desde tantos meses atrás, andaban buscando. A la mañana siguiente, un vapor que pasaba por allí recogió a los marineros, para desembarcarlos en Sandusky. Otro incidente en el drama de la vida de los mares interiores, en donde la verdad es muchas veces más extraña que la ficción.

Los patronos de los buques que atraviesan una y otra vez los mares de agua dulce de América, sienten mayor interés por el desarrollo físico de los individuos que constituyen sus tripulaciones que por la fama que puedan tener. Así conocen muy pocas veces cosas acerca de los timbres que eligen. A veces no es probable que éstos permanezcan en el barco más que una estación o un solo viaje, y el tiempo urge. Son muy pocos los meses en que se puedan ganar dividendos para los navieros, que están muy seguros en tierra.

Por consiguiente, Jim Falkner tuvo grandes facilidades, gracias a su juventud, buen aspecto y espléndido físico, para convertirse en miembro de la tripulación de la chalupa Ventura, que zarpaba a la mañana siguiente hacia Green Bay.

La fortuna le sonrió durante su navegación a través del traidor Erie mientras remontaban el río, pasaban más allá de Detroit y avanzaban por las tranquilas aguas del lago St. Clair, siguiendo un camino sinuoso por entre los bajíos y, en una palabra, hasta que el buque, muy cargado, hubo dejado a popa el ligero barco que guarda el canal practicado a través de las movedizas barras de arena del extremo meridional del lago Hurón.

Pero en cuanto Sarnia se perdió a lo lejos, terminó de repente el buen tiempo y un

viento muy frío, procedente de la Georgian Bay, substituyó rápidamente las cálidas brisas que hasta entonces acompañaban al Ventura. Antes de medianoche un verdadero huracán exigió al capitán Tom Connoly el ejercicio de toda su habilidad marinera, aprendida en veinte años, como muchacho y como hombre, al cruzar los mares interiores.

Hacia las doce del cuarto día, la goleta, que cabeceaba mucho; había avanzado bastante hacia el Norte, sobre las tumultuosas aguas del lago Hurón, pero fue evidente, incluso para el joven Jim Falkner, que aquél sería el último viaje del Ventura. Flick, el segundo oficial, le envió para recomendar al capitán Connoly la necesidad de su inmediata presencia en la cubierta.

Al volver, y cuando su cabeza y sus hombros asomaban por la puerta del camarote, Falkner pudo ver a Svenson saltar como un loco de entre el grupo de hombres que luchaban como sombras en la niebla, junto a la bomba de proa. Percibió débilmente el salvaje grito de desafío, en el momento en que Flick salió corriendo de entre las sombras e interceptó al gigantesco sueco, mediante un golpe de su nudoso puño que le envió rodando hacia las movedizas aguas que inundaban la cubierta. Luego gritó y luchó para acercarse al piloto, que se defendía muy bien, mientras el hombrecillo gris seguía como un terrier la forma corpulenta de Svenson. Pero otros individuos salieron tambaleándose de entre la cegadora espuma, desnudos de brazos y de pecho, en tanto que resplandecía en sus ojos el mismo brillo de pánico de Svenson. Flick, al retroceder por la cubierta, vio al marinero presa del miedo y observó que los demás estaban dispuestos a hacer causa común con el sueco, pero él se adosó al pescante de babor, donde le alcanzaban las aguas del mar, decidido a resistir el motín tanto como fuera posible.

—¡Han abandonado las bombas! —gritó al capitán Connoly cuando éste apareció—. ¡Malditos sean! ...

Pero en aquel instante una tonelada de agua que asomó por la barandilla mandó rodando al piloto entre los hombres. Se puso en pie, se aproximó con inseguros pasos a Connoly, en tanto que su rostro flaco y cubierto de una barba gris le interrogaba intensamente.

—¡Estamos en situación algo mejor, muchachos! —gritó el capitán—. Pero no podremos achicar el agua con ese oleaje.

Señaló al mismo tiempo hacia el mar, cuyo tono gris sólo lo rompía la blancura de las crestas de las olas, que alcanzaban ya a la parte superior de la barandilla del buque.

—¿No comprendéis, muchachos, que ningún bote resistiría...?

En seguida le contestó la voz de un marinero, gritando:

—¡El buque está lleno de agua! Llega a las escotillas. Y si no se hunde ahora no se hundirá jamás.

Una docena de ojos irritados y cegados casi por el agua del mar asintieron con hosca expresión. Desde las primeras horas de la mañana hasta el mediodía aquellos

hombres seguían aferrados al buque, solamente porque cada uno de ellos guardaba la memoria agradable de algún acto bondadoso y cordial de una mujer. Por ella habían luchado hasta que se ensangrentaron sus manos y su respiración fue espasmódica. Y vieron como la goleta se hundía pulgada a pulgada, luchando tenazmente por los preciosos minutos que le darían vida a ella, hasta que los brazos de aquellos hombres perdieron su fuerza y caían ellos exhaustos sobre la cubierta para ser relevados por otros en el manejo de las bombas. Y sobre todos ellos Svenson se distinguió en trabajar, en reanimar y en maldecir a los que perdían el ánimo, hasta que, en el último momento, cuando las olas barrían la cubierta, algo pareció romperse en su interior y, desesperado, se volvió a los botes. A la sazón era Svenson quien se ocupaba en soltar los cabos. En un momento, Connoly se vió entre aquellos hombres víctimas del pánico.

—No podréis vivir un minuto en ese mar —gritó—. Luchemos todavía otra hora, muchachos, una hora más.

El cocinero negro había desenvainado un cuchillo para cortar las cuerdas de los pescantes, pero el capitán lo agarró por el cuello y le hizo retroceder.

—¡No os moveréis! —dijo después de proferir una blasfemia.

A su espalda oyó el fuerte grito de Svenson pidiendo socorro y mientras luchaba en la cubierta con el cocinero, vio que el sueco había agarrado el cabo de la cuerda y se esforzaba en impedir que el bote fuese destrozado por los golpes de mar. Cuando se libró del negro, una enorme oleada de agua saltó por un costado del barco, e, inclinándolo violentamente la proa del bote hacia la cubierta, dio a Svenson un golpe, lanzándolo hacia el centro del buque. Los cabos se habían desprendido de sus motones, inutilizando las cuerdas y los pescantes; entonces el alocado sueco dio una voz a la desmoralizada tripulación, que se precipitó tumultuosamente hacia el bote de estribor. El capitán Connoly no pudo descubrir a Flick, pero poco después el pequeño piloto salió corriendo de la cámara empuñando un revólver. El capitán se interpuso entre él y la tripulación.

—Déjelos que se marchen, Flick —gritó—. Están soltando el otro bote. ¡Qué se marchen! ¡Están locos!

Lentamente Flick retrocedió hacia la borda de babor con la pistola amartillada, y observando como un gato a los hombres de estribor. Durante unos momentos permaneció allí, sin apartar un solo instante sus fatigados ojos de la interesante escena que tenía delante. Luego se volvió hacia el bote abandonado y mientras empezaba a arreglar los cabos profirió un grito propio de un loco semejante al que hubiese podido dar el mismo Svenson, Giró rápidamente con el revólver a punto de disparar, pero ya era tarde. En el momento en que el tiro resonaba débilmente sobre el trueno continuado del mar, el bote de estribor, tripulado por hombres casi locos de excitación, se sumió en la niebla gris, y cuando Flick llegó a los vacíos pescantes, sólo pudo distinguir una sombra negruzca que se desvanecía en la penumbra. El capitán Connoly lo cogió por el brazo y Flick, como hombre que acaba de recibir un

golpe repentino y terrible, le miró cara a cara.

—¡El otro bote está desfondado, Tom!

En sus ojos se pintaba tal terror que Connoly no pudo dejar de advertirlo. Sabía que su piloto pensaba en la persona que se hallaba en el camarote. Sin pronunciar palabra, ambos se dirigieron a los pescantes de babor, para examinar el bote destrozado. Luego, el capitán volvió los ojos hacia la gris desolación del mar, que rodeaba el buque a punto de hundirse. Sin embargo, la goleta navegaba entonces con mayor facilidad. Habíase equilibrado, hasta que la resistencia que ofreció al mar fue como la de una masa de acero, y así las acometidas de las aguas sobre sus costados solamente lograban conmover sus vigas, de igual modo que si aquellos centenares de toneladas de peso no hiciesen más que tocar el buque con suavidad. Pocos minutos después, barrió la cubierta una enorme oleada y Connoly comprendió que el buque se hundiría tranquilamente, casi de un modo imperceptible, pero con misericordiosa rapidez. Se volvió hacia el camarote y, en el umbral de la puerta que conducía al lugar en que se hallaba su mujer, detúvose un instante para recobrar el ánimo que iba a necesitar. Luego, abrió y entró. En el extremo más lejano de la estancia había una mujer tendida en un coy, vuelto su pálido rostro hacia la puerta. Al entrar Connoly sonrió y se iluminaron sus ojos con alegre luz.

—Me ha parecido el tiempo muy largo, Tom —dijo con voz que apenas excedía de un murmullo—. La tempestad me ha asustado mucho. Supongo que se ha calmado un poco, ¿no es así?

—Sí, querida mía.

El capitán se quitó su mojado *sueste* y la chaqueta impermeable, yendo a sentarse al lado de ella. Su compañera separó un poco el cobertor con objeto de que el capitán pudiese ver la carita sonrosada que se apoyaba en el pecho de la madre. Él se inclinó un poco, más para ocultar su palidez que para acariciar, y rozó la mejilla del niño con un dedo índice enorme. Entonces su esposa le tomó la otra mano y la oprimió cariñosamente. No pronunció una palabra, pero cuando el capitán se puso en pie, para mirar su rostro, observó que en sus ojos centelleaba una expresión fervorosa hacia aquella nueva vida. La suave dicha de tal escena pareció rodear al capitán como si fuese un millar de brazos que le estrecharan, y con el corazón destrozado por el dolor oprimió los labios contra los de su esposa. Luego permaneció quieto durante algunos instantes, prestando oído a los golpes del mar y contando los minutos, en espera del que sería el último para todos. Después de un rato la mujer dijo:

—¡Tom!

—¿Qué quieres?

—¿Estás... muy contento?

El capitán oprimió el rostro de la esposa contra el suyo, con apasionada ternura. No contestó con palabras, pero su mujer quedó satisfecha. Luego, suavemente, se apartó mientras los ojos de su joven esposa le miraban interrogantes.

—¿No te volverás a marchar... ahora? —preguntó—. Me figuré...

—Sí... Flick está de guardia —se apresuró a contestar—, pero debo ver... si todo marcha bien...

Titubeaba al hablar, prestando oído a un sonido que percibía bajo sus pies y que le causaba extraña emoción. Era como el golpear de una carga flotante contra la cubierta. El agua seguía subiendo más aprisa de lo que se imaginó, pero no dio muestras del miedo que le poseía.

—¿Volverás pronto?

—Inmediatamente, Jen.

Volvió para besarla, sintiendo las molestas palpitaciones de su corazón, que casi le sofocaban, mientras contemplaba los ojos confiados de su mujer, aún luminosos a causa de un resto de fiebre. Se alegraba de que ella no estuviese enterada. Esto le facilitaría el fin. No sólo a él, sino también a ella, en el supuesto de que llegase. Y sabía muy bien que no había más que una probabilidad contra diez mil. Al salir del camarote vio los cinturones salvavidas, colgados a lo largo del techo. Por un momento se le ocurrió la posibilidad de usarlos, pero en el acto abandonó tal idea. Únicamente servirían para prolongar su tragedia un poco más, y en cuanto a aquella pobre mujer... Tembló al figurarse lo que pasaría en los pocos minutos que estuviera luchando en el mar por conservar la vida. Sería mucho más fácil morir dentro del camarote.

En el último minuto ella se daría cuenta, y no hay duda de que le querría más a causa de ello. Por esta razón salió, cerrando cuidadosamente la puerta a su espalda, y examinó la cubierta en busca de Flick.

En la niebla que rodeaba la bomba abandonada, y envuelto en una nube de agua, en la proa, vio al piloto, ayudado por Jim Falkner, que luchaba débilmente donde Svenson y el resto de la tripulación estuvieron media hora antes. El capitán Connoly creyó notar que el piloto sufriría entonces un ataque de la misma locura que sobrecogió al sueco, pues tan sólo un acceso de vesania habría podido obligarle a permanecer allí, levantando y bajando los brazos rítmicamente, como si el ruido de la bomba pudiese ser percibido todavía por sus oídos. El capitán había salido para estrechar la mano de Flick y cruzar una palabra con él, a fin de agradecerle su fidelidad hacia él y su esposa. Pero algo le aconsejó no interrumpirle. El capitán creyó que el piloto ya no se fijaba en las cosas materiales y que su locura era en aquellos momentos una bendición para él. Habría podido alcanzar una probabilidad entre cien, poniéndose varios cinturones salvavidas, pero así no valía la pena de luchar por aquel medio inseguro de salvarse. El capitán Connoly no lo habría hecho en caso de estar solo.

Por unos instantes, prestó oído al rumor que sentía bajo sus pies. Pero sólo notó la agitación del buque a causa de los golpes de mar. Luego, pasó un brazo por un agujero practicado por la tubería de la bomba, aunque no esperaba tocar agua. Pero al ver que la encontraba, se enderezó rápidamente, como si le hubiese mordido algo. Flick le vio y, resguardándose de la espuma del agua que iba golpear la proa, se

quedó observándole como si fuese muy interesante ver al capitán como se levantaba. Connoly le hizo una seña, pero la única respuesta de Flick fue hundirse de nuevo en la niebla, como un animal perseguido que busca un refugio. Luego, el capitán volvió a verle, semejante a una sombra, inclinándose e irguiéndose con el movimiento de la bomba, y oyó también el grito que dirigió a Falkner recomendándole mayor esfuerzo y velocidad.

Pasó un estremecimiento por la goleta, de tal manera, que si la cala hubiese sido impermeable, Connoly habría creído que acababa de tropezar con una roca. La corriente de sotavento, que durante aquellas últimas horas de existencia del buque lo defendió de los ataques del mar, parecía haberse detenido y a la sazón cualquiera habría creído que la embarcación se inmovilizaba un tanto, preparándose para el hundimiento final. El capitán Connoly se volvió, echando a correr hacia el camarote. Oyó a su espalda un grito de Flick y pudo divisar por un momento al hombrecillo, que avanzaba tambaleándose por entre la niebla, pero ya era demasiado tarde para detenerse y aun para dirigir una última palabra al piloto. Por encima del hombro vio que la barandilla de estribor estaba oculta por una masa enorme de agua y, cuando llegó a la puerta, la ola se arrojó sobre él hasta la altura de la rodilla penetrando como un torrente en el camarote. De nuevo oyó el grito de Flick, pero cerró la puerta, como había proyectado, y la atrancó para concederse unos últimos momentos de vida en compañía de su esposa.

Cuando se volvió hacia ella, con la tragedia de lo que ocurría pintada en el rostro, sus tendidos brazos cayeron lentamente a lo largo de su cuerpo. Sólo sus labios invocaron el nombre de la mujer amada. Pero no llegó a pronunciar las palabras que quería decirle. Estaba dormida. Tenía el rostro vuelto hacia él y a la escasa claridad observó, por el rubor de sus mejillas, que la fiebre la había acometido de nuevo. Una blanca mano colgaba a un lado del coy y en ella brillaba la sortija de boda. Connoly cayó de rodillas. Mientras se acercaba a ella, el agua goteaba resbalando por sus dedos. Junto al lecho tendió un brazo sobre la esposa, lo más suavemente posible, a fin de no despertarla. Luego, volvió el rostro hacia la puerta, torvo por el terror del último momento, pero penetrado de la magnífica cordura de su resolución. El mar no le quitaría lo mejor que aún le quedaba. Por lo menos, sería dueño de aquella mujer hasta el fin, con tanta firmeza, que el infierno de mil mares no sería capaz de separarlos. Pero eso no sería hasta el último instante, hasta que ya no quedase ningún recurso. Entonces ella despertaría para darse cuenta de que la acompañaba él y perdería la vida aun antes de sufrir el terror y el dolor de la muerte. El capitán se figuró oír los embates del agua contra los mamparos. Sus ojos desorbitados creyeron ver cómo entraba, cada vez más abundante, por debajo de la puerta y la oyó presionar sobre las paredes del camarote. El suelo parecía levantarse. La goleta empezaba a hundirse por la proa. Entonces su brazo se apoyó con más fuerza en la mujer y deslizó el otro bajo su cabeza. El buque sufrió otro choque, más largo que el anterior, y luego permaneció inmóvil y no hubo más movimiento que la entrada del agua por

debajo de la puerta y los tremendos latidos de su propio corazón.

Ella seguía durmiendo.

Se oyó una llamada desde el exterior, repitiéndose una y otra vez, seguida de una fuerte presión que rompió la cerradura, y apareció Flick murmurando palabras que parecían carecer de sentido. Se alejó con la misma rapidez con que había llegado, y el capitán Connoly pudo oír su voz sollozante, que moría al alejarse por la cubierta. Retiró los brazos de su esposa y siguió al piloto. Detúvose un momento en la puerta y salió.

El rostro febril de la mujer se movió un poco, temblaron sus párpados y, luego, los abrió:

—¡Tom...! —dijo débilmente.

Una racha de viento cerró la puerta.

—¿Dónde estás, Tom?

Se incorporó sobre un codo, asustada, y vio que por el suelo corría el agua, negra y alarmante.

—¡Tom! ¡Tom! ¡Tom!

Un hombre atravesó la puerta. Era el capitán Connoly. Estrechó a la mujer sobre su mojado pecho, y la carcajada que surgió de sus labios estaba llena de loca alegría. Por encima de su hombro, de pie en el umbral, vio a Flick.

—Hemos pasado un gran peligro. Pero ya no hay que temerlo, querida mía —murmuró el capitán Connoly—. ¿Dónde te figuras que está ahora el barco? ¿No lo adivinas? Pues bien, está tan firmemente asentado como la Roca de los Siglos en un paraje rocoso de la bahía del Trueno. Hemos tratado de sacarlo para ponerlo a flote, pero no es posible. Todo lo que nos queda por hacer es comer y dormir hasta que alguien venga a sacarnos de aquí. ¿No le parece, Flick?

Pero el piloto se había marchado. Salió a cubierta con el rostro vuelto hacia la confusa línea de la costa, en tanto que algunos rayos de sol se abrían camino entre los jirones de nubes, y Jim Falkner le vio inclinar su cabeza gris, musitando quedamente todo cuanto podía recordar del Padrenuestro.

Capítulo VI

La ley de los lagos

MC EWEN había luchado como diez hombres. La tripulación retrocedió acobardada y ensangrentada, y McEwen se apoyó en la barra del cabrestante. Había cometido un asesinato, y ahora se daba cuenta de acababa de llegar al colmo de sus infortunios. Pero pudo vengarse plenamente, y aunque los dardos del remordimiento llegaban a él de un modo que le hacían admitir más fríamente lo que los hombres considerarían como un crimen, todo su ser palpitaba aún con el instinto primario, que le impelió a ser el mensajero de una justicia excelente, pero poco razonada. El muerto, que se hallaba a sus pies, fue un hombre malo, y codiciaba lo que cada hombre considera más precioso para sí. McEwen se alegraba de haberle dado muerte y, por un instante, la mujercita que se hallaba a su espalda se alegró también.

Reinaba ya la tranquilidad donde poco antes hubo la agitación del combate. Siete hombres lucharon contra McEwen y seis de ellos, con el corazón lleno de simpatía, esperaban la orden de mando del séptimo, que yacía sin sentido sobre la cubierta. Este séptimo era el capitán. McEwen le golpeó con fuerza, y el rostro de la mujer, se llenó de odio cuando miró la gran corpulencia del capitán en su derrota. Se acercó al hombre que era su marido, cogió uno de sus desnudos brazos entre las manos, la llama del amor brillando en sus ojos. La esposa de McEwen era casi hermosa y ahora, cuando el mundo empezaría a considerar como criminal al hombre cuya vida estuvo siempre indisolublemente ligada con el infortunio, comprendió que ella había sido quien con la mayor inocencia lo empujó a su ruina final. Y esta idea penetraba también lentamente en él, mientras esperaban el siguiente ataque.

Resplandecían sus ojos con el fuego de un ansia salvaje, y dio un paso hacia el tendido capitán, para medir de nuevo la justicia que les correspondía a ambos, pero que se desplomó por entero sobre la cabeza de uno. Mas su esposa se hallaba ante él. Volvió su espalda hacia la tripulación y enlazó uno de sus brazos en torno del cuello de su marido. Con la otra mano le inclinó la cabeza hasta que se apoyó en su propio hombro. Cuando los hombres se le acercaron por la espalda, McEwen no sentía ya ningún deseo de venganza. Ni siquiera pronunció una palabra cuando le pusieron las esposas. Inclinado a la sumisión por el contacto de la persona por quien había dado su

vida, se encaminó apaciblemente con sus aprehensores al pequeño camarote que fue de su mujer y allí, con la puerta atrancada tras ellos, ambos quedaron solos.

Transcurrió largo rato antes de que uno u otro pronunciara una palabra. McEwen se había sentado y su compañera estaba arrodillada en silencio, sosteniendo junto a su propio cuerpo las esposadas manos del marido. Y cuando la obscuridad ocultó lentamente las manos del preso, la pobre mujer se acercó a él hasta apoyar su mejilla, húmeda por las lágrimas, en la de él.

—No llores —murmuró su marido—. No tienes ninguna culpa... Nadie podría echártela.

—Yo le golpeé —exclamó ella—. ¡Oh! Le di un golpe muy fuerte, Ben.

Apoyó la cabeza en las rodillas de su marido y sollozó:

—¡Oh, Ben...! ¡Ben...! ¡Daría mi vida por no habértelo dicho!

—No... No... Hiciste bien —replicó McEwen—. Únicamente yo soy el culpable, querida niña. Conocía a Hendricks... Conocía al capitán... Fue un tonto cuando te traje a bordo obligándote a viajar en su compañía. Pude resignarme a que te mirase y sonriera, pero cuando Hendricks se acercó a ti como una serpiente y...

—Yo le pegué... Le pegué exclamó la mujer interrumpiéndole y sollozando al mismo tiempo.

Se levantó entre los brazos de su marido y éste la estrechó hacia él, hasta que las esposas lastimaron la espalda de la joven.

—Sí. Le pegaste. Sé que le pegaste duro —replicó él—. Pero yo le pegué con más fuerza aún, con mucha mayor violencia. Y me alegro.

—¡Ben...! ¡Ben...! —suplicó la mujer.

—Sí. Me alegro —replicó él con insistencia—, aunque lo siento por ti, Ana. Hubo un tiempo en que me figuré haber sufrido la mayor desgracia de la vida. Eso fue cuando murió mi pequeño Tom y yo perdí mi barco... mi cuna... y tuve que hacerme marinero para que no te murieses de hambre. Siempre he sido desgraciado, y ahora...

McEwen se contuvo y su esposa no le preguntó nada. Algunas horas después, ella golpeó la cerrada puerta y el centinela le permitió la salida. Era casi medianoche, y aún ardía una luz en el camarote del capitán. La esposa de McEwen dio algunos pasos hacia allá, pero luego titubeó y se volvió para situarse al amparo de la sombra de la cocina. Tan sólo algunos débiles resplandores de las luces de popa disipaban las tinieblas de la cubierta por aquel lado, y allí se dirigió en silencio, asomándose a la barandilla del buque. Largo rato estuvo contemplando la obscuridad del mar. De vez en cuando aquella carretera de los lagos era cruzada por las luces débiles de otros buques, y a gran distancia, por la popa, vio un brillante e intermitente ojo, guardador de una punta de la soledad de Míchigan, que parecía guiñar hacia ella: semejaba una pupila de fuego tras unos párpados que se cerraban constantemente.

Más allá de aquella luz, según sabía la mujer, existía el sosiego de la paz y una tierra en la que se desconocían las luchas humanas, y en su corazón sintió el deseo de alcanzar aquella región, llevando consigo al hombre cargado de hierros a quien dejara

en el camarote. Mientras pensaba en la tranquilidad que había a lo lejos, entre los bosques que respiraban bondad hacia todos los seres vivos, el gran ojo, de color rojizo, le dirigía continuos guiños y cada vez, a medida que el rápido buque lo dejaba más atrás, parecía llamarla con mayor vehemencia, aunque con menos esperanza. Por fin se ocultó bajo una punta cubierta del bosque, pero aun entonces uno de sus reflejos centelleó en el cielo y cuando desapareció, la pobre mujer apoyó la cabeza, en los brazos, sollozando y prestando oído a los burbujeos musicales del agua que corría en la estela del buque. Poco después ella se confundió en las sombras de la cubierta y se aproximó a una corpulenta figura que se inclinaba sobre la rueda del timón de la goleta.

—Señor Falkner, ¿puedo hablar con usted un minuto? —rogó.

El joven se volvió y levantó su linterna para alumbrar a la esposa de McEwen. En la lucha de aquel día ella vio que el timonel había protegido a su marido, cual si se debiera a la casualidad, de un mal golpe asestado por el capitán, y por eso le tenía confianza.

—Muchas gracias —le dijo—. Le estoy muy agradecida por... por no haberle hecho daño. El timonel bajó su linterna dejando de alumbrar el pálido y hermoso rostro de aquella mujer y dio vuelta a la llave para disminuir la mecha, de modo que ambos se quedaron casi a oscuras.

—Vi lo que hizo usted —añadió—. Y supongo que no le censurará...

—No —murmuró el marinero, mirando rápidamente hacia la iluminada cámara del capitán, a la que acababa de trasladarse el nuevo patrón. Jenks era un buen sucesor del muerto—. Yo habría hecho lo mismo, de hallarme en el lugar de Ben.

Luego permaneció silencioso unos minutos, mirando a las tinieblas del mar y en dirección a proa.

—¿Cree usted..., que no hay esperanza? —tartamudeó la esposa de McEwen. Él ya esperaba esta pregunta y contestó en sentido equívoco.

—Nos dirigimos a Buffalo. Si fuese Detroit o Algonac... —Y se interrumpió, esperando que su interlocutora le comprendería.

—¿Qué diferencia tiene el lugar adonde nos dirigimos? —Insistió ella apoyando una mano en su brazo.

Falkner desvió el barco, separándolo un punto de su rumbo, con objeto de tener algo en que ocuparse; luego volvió, a ponerlo en la dirección debida y empezó a reflexionar profundamente.

—Pues bien —dijo acorralado—, significa que si un barco sale de Duluth, y yo tuviese que matar a alguien o quisiera cometer un acto de piratería, me castigarían de acuerdo con las leyes del Estado adonde nos dirigiésemos, aunque el puerto se hallase a mil millas de distancia. Ésa es la ley de los lagos.

—Ya comprendo —gimió la mujer—. En Nueva York... matan.

—Y en Míchigan, no —dijo Falkner.

Ana McEwen dejó caer la mano que tenía apoyada en el brazo de él. Por unos

momentos permaneció con la cabeza inclinada y Jim, que sentía un nudo en la garganta, se figuró que lloraba. Pero cuando la mujer volvió a hablar, era su voz tan firme que le sobresaltó.

—Ha sido usted bondadoso, señor Falkner —dijo ella—. Siempre me acordaré.

Luego, se encaminó al camarote del capitán, pero esta vez lo hizo atrevidamente.

—Dios me ayude —murmuró para sí—. ¡Oh, lo haré! ¡Sí, lo haré!

Por un momento se detuvo ante la puerta de la cámara del capitán como si aún le faltase el valor para la prueba que le aguardaba. Luego llamó golpeando con su diminuto puño en la hoja de roble, y Falkner oyó el vozarrón del nuevo capitán, que le daba permiso para entrar. Durante la hora siguiente, el timonel observó con la mayor atención, resuelto a precipitarse en auxilio de la mujer, caso de que lo pidiese, pero no oyó ningún ruido; tan sólo una vez vio una figura a través de una ventana iluminada, aunque de modo tan confuso que no pudo averiguar si se trataba del capitán o de la esposa del preso. Después de aquella hora se abrió la puerta de la cabaña y reapareció la señora McEwen. Estaba sonrojada a causa de la excitación y en sus ojos había un extraño fuego que el capitán no se explicó al observarlo.

—¿Entonces no comprende usted lo que quiero decirle, capitán? —murmuró deteniéndose y mirando a aquel hombre que estaba en el umbral de la iluminada puerta—. Quisiera que lo hiciese... ¡Oh, cuánto lo deseo! Cerró los puños y en su rostro apareció una patética mirada de impotencia. Jim Falkner la observó y sonrió. No alcanzaba a oír lo que decía la pobre mujer, pero confiaba en absoluto en su honor y comprendió que luchaba con todas sus fuerzas.

—¡Oh cuánto me gustaría que pudiese usted hacerlo! —murmuró de nuevo con voz trémula que parecía a punto de llorar—. ¿No lo comprende? Ben me ha hecho siempre muy desgraciada y yo... y yo... quisiera librarme de él, aunque sin que lo matasen ustedes. ¿No comprende usted lo que quiero decirle? —exclamó desesperada—. Deseo que le dé usted una oportunidad nada más... Tan sólo la oportunidad... de que se mate él.

Antes de que el capitán pudiese detenerla, volvióse y echó a correr rápidamente a través de la cubierta de la goleta, en dirección al pequeño camarote. Cuando el centinela la hubo dejado entrar en la prisión de McEwen, sonrió de un modo nada agradable, y la pobre mujer tuvo la tentación de golpearle. Comprendió que aquel hombre la había visto salir del camarote del capitán y que al día siguiente toda la tripulación comentaría la visita. Su rostro ardía con una excitación mezclada de triunfo y de vergüenza, y por un momento lo oprimió contra las rudas mejillas de su marido. Pero entonces ya podía hablar esperanzada.

Describió al condenado las cosas que harían en cuanto gozase de libertad. Le habló del faro que había visto en la costa de Míchigan, de aquella región desierta, cómo aquella luz parecía llamarla y cómo él y ella podrían extraviarse en un gran bosque de pinos y vivir apaciblemente como otros hicieron y estaban haciendo. Describió las felices visiones que pudo contemplar en sus ensueños cuando él se iba a

navegar, visiones de cien Arcadias que les esperaban en el vasto y desierto Norte, donde el verano era dulce gracias al aroma de las flores y al canto de los pájaros y el blanco y helado invierno era tranquilo y estaba penetrado de la paz de los desiertos. Hasta que apuntó la aurora y su luz inundó el pequeño camarote, la pobre mujer se ocupó en añadir combustible a la chispa de esperanza que empezaba a arder en el pecho de su marido.

Aquella mañana, con la esposa de McEwen hizo su tocado con mayor cuidado que de costumbre. Estaba algo pálida y sus ojos aparecían sombreados por las ojeras, pero cuando salió a cubierta, su cabello dorado rojizo resplandeció al sol matutino y sus ojos brillaban de un modo extraordinario. Adivinó que su visita al nuevo capitán era ya conocida por todo el mundo. Los marineros la miraron con atrevimiento y el marino que ocupó el lugar del ascendido piloto se aproximó a ella y, sonriendo, le preguntó si quería tomar el desayuno.

—Lo tomaré en el otro camarote —replicó—. ¿Quiere usted decir al capitán Jenks que estoy dispuesta?

Su tono autoritario confundió a aquel hombre. Si el capitán Jenks estaba ya preso en las redes de aquella mujer, él no tenía más remedio que obrar con discreción; y dirigió un aviso a los marineros mientras se dirigía al camarote del patrón para transmitirle el recado de la señora McEwen. Los sucesos de aquel día le demostraron que su juicio era acertado, pues Ana McEwen no sólo se desayunó en la cámara del capitán, sino que se apoderó por completo de él, y cuando ambos salieron a cubierta, apareció colgada de su brazo con un asombroso aspecto de dominio. Durante toda la mañana ambos estuvieron juntos, exceptuando los breves intervalos que la mujer pasó en el camarote del preso. Al mediodía comieron juntos. Un poco después, la señora McEwen reapareció sola. Tenía el rostro sonrosado por la excitación y brillaban sus ojos triunfalmente. En vano trató de ocultar su emoción al dirigirse al lado de su marido. Jim Falkner la vio y diose cuenta de que había logrado algo que importaba mucho no sólo para ella, sino para el hombre esposado que se hallaba en el camarote. Ella trató de comunicarle las nuevas con la mirada, pero el timonel no las comprendió, de modo que no tuvo más remedio que tratar de adivinarlas. Aquella tarde el capitán Jenks llamó a Falkner a su camarote, y al parecer, algo le tenía extraordinariamente complacido.

—Según creo, Jim, estará usted de guardia al timón desde las doce hasta las dos de la madrugada. ¿No es verdad? —preguntó.

—Sí, señor —replicó el joven.

—Bueno. Pues no se presente usted hasta la una. Además, escuche, Falkner... —El gigantesco capitán se puso en pie y apoyó las manos en los anchos hombros del marino—. No hay ninguna necesidad de que hable usted a nadie de este cambio de hora. Póngase un rizo en la boca... en fin, no diga nada. ¿Comprende?

El joven volvió silenciosamente al cumplimiento de su deber, dándose cuenta de que algo muy importante exigía su silencio... Algo que tenía que ver con el bienestar

de la mujer que conspiraba. Hubo un momento en que se preguntó si sería posible que Ana McEwen hiciese traición a su marido, pero en seguida gruñó para sí una maldición, por haber permitido que tal idea penetrase en su mente.

La esposa de McEwen pasó toda la tarde en compañía de su marido. El capitán Jenks no mostró ningún deseo de verla, evitando aún aquella parte del buque en que se hallaba el camarote del preso. A la puesta del sol, ella salió de nuevo a cubierta y se dirigió a la popa. Hasta que las luces del barco empezaron a resplandecer en la creciente oscuridad, se entretuvo arrojando pedacitos de mineral de hierro al fondo de un bote que el barco llevaba a remolque. Al principio pocas veces daba en el blanco. Diez... veinte... treinta veces y, por fin, tuvo más tino. Entonces cerró los ojos y con trágico interés siguió arrojando los pedacitos de metal. Contó, y vio que sólo dejaba de acertar una vez de cada tres, luego una de cada cinco y por último sólo una de cada diez veces. Seguía practicándose cuando el capitán se acercó a ella y se quedó a su lado.

—¿Qué hace usted? —preguntó.

Se asomó para mirar al fondo del bote. Ella se rió y le llamó la atención hacia los pedacitos de hierro que tenía mano.

—He conseguido que entrasen en el bote setenta pedacitos de cada cien que he tirado —exclamó—. Estoy segura de que usted no haría otro tanto, capitán.

Dio un puñado de menas a su compañero y le observó, al parecer muy divertida, en tanto que él medía la distancia. Y como, en diez veces falló dos, la joven palmoteó y se echó a reír. Pero inmediatamente recobró la seriedad cuando el cocinero se acercó para preguntarle dónde quería cenar.

—Con mi marido —contestó—. Y le ruego que mande cena para seis. Tengo un hambre espantosa. Capitán, haga el favor de ordenarle que nos dé doble ración.

Apeló así al patrón, que reiteró la orden.

—Yo esperaba que cenaría usted conmigo —dijo en cuanto el cocinero se hubo marchado.

—Ya sabe usted que es la última vez —explicó ella retrocediendo al notar que él se aproximaba.

—¿Está usted segura de que será la última vez? —preguntó el capitán—. ¿Tiene la certeza de que...?

—Estoy absolutamente segura —interrumpió la señora McEwen estremeciéndose—. Ben sabe que ha de morir, pero teme algunas maneras de morir, así como la deshonra... para mí. —Inconscientemente la voz de la mujer adquirió alguna ternura, pero se endureció en seguida—. ¡Uf! Habla de eso con tanta sangre fría... y yo estoy de acuerdo con él. Cree que me evitará molestias si se suicida antes de llegar a Buffalo. Por eso, cuando le conceda usted la libertad por algunos minutos, para que pueda estirar las piernas, según él dice, se aprovechará de la oportunidad para arrojarse al mar. Esta tarde me ha dicho que no le quitaran las esposas, porque así se ahogará antes. ¡Oh, sí...! Lo hará.

El capitán se acercó más y, en la penumbra, extendió un brazo. Ella retrocedió de pronto, aunque de un modo natural, como si no lo hubiese advertido.

—Ahora vuelvo al camarote —dijo— y no me verá usted hasta mañana por la mañana. Yo fingiré que duermo cuando abra usted la puerta, y él no me despertará. Buenas noches.

Se puso fuera del alcance del capitán y se alejó antes de que éste pudiese moverse para detenerla.

Pocos minutos después de haberse reunido con su marido, el cocinero entró con la cena. La señora McEwen comía muy poco y varias veces recomendó a su marido no comer demasiado. En cuanto hubieron terminado, se apresuró a guardar los restos del pan y de la carne y los envolvió en un pañuelo. La media docena de patatas que el cocinero les sirvió las puso en una bolsa de papel. Recogió y escondió cuidadosamente hasta las migas de pan, y cuando volvió el cocinero a recoger los platos, cosa de media hora más tarde, no pudo ocultar su asombro. El prisionero le sonrió cordialmente y lo mismo hizo su esposa.

—Sin duda se figurará usted que somos unos hambrones —exclamó riéndose—, pero teníamos mucho apetito, y su cena estaba muy buena.

Después transcurrieron lentamente las horas. De pronto ella sacó una pequeña lima que llevaba oculta en el traje, la mostró a su marido y ambos se rieron muy contentos. Una y otra vez el preso pasó los dedos por el filo de la herramienta y cada vez sonreía más confiado.

—Me gustaría probar un poco en la parte inferior, Ben —dijo su esposa.

Pero él movió la cabeza y señaló receloso hacia la puerta.

Después de las diez, ella sintió varias veces la sospecha de que se hubiese parado el reloj de McEwen. Lo puso de modo que recibiese la luz de la lámpara del camarote y hasta cosa de las once no apartó por un momento los ojos de su esfera. Luego apagó la luz y en la espesa obscuridad se acercó a su marido. Éste empezó a hablarle en voz muy baja, pero ella le interrumpió poniéndole la mano en la boca. Uno a uno iba contando los segundos. Cien... doscientos... trescientos..., y al llegar a cinco veces trescientos, medía el tiempo. Entonces se deslizó en silencio de los brazos de su marido y de puntillas se acercó a su baúl. De nuevo siguió contando hasta que estuvo persuadida de que había llegado la hora. Entonces aguzó el oído para percibir los sonidos de a bordo. En cierta ocasión se figuró haber escuchado pasos y durante los siguientes minutos reinó absoluto silencio. Luego, una mano rozó con la puerta del camarote, esforzándose en abrirla. Temblorosa de excitación, la mujer se incorporó a medias, hasta que estuvo segura de aquel hombre se había marchado ya.

—Ben —murmuró.

McEwen se acercó a ella. Por unos momentos su esposa permaneció con la cabeza apoyada en su pecho y sus brazos rodeándole el cuerpo. Luego, le dio un ligero empujón para alejarlo y él, con las manos sujetas por las esposas, se dirigió a la puerta y la abrió. Al asomarse a la cubierta no pudo observar en ella a nadie más que

al timonel, que, según ya le constaba, era el capitán. En vista de eso avanzó atrevidamente y se dirigió hacia proa, porque allí podía ocultarse fácilmente de quien se hallase a popa. Y apenas hubo desaparecido, cuando la señora McEwen le siguió, avanzando cautelosamente al amparo de la profunda sombra de la cámara. Luego se agachó, observando atentamente la figura que se hallaba a la rueda del timón. El conocimiento de que el capitán se mantenía de tal modo apartado de aquella conjura, la dejó casi maravillada.

Pudo observar que el patrón estaba solo y que las luces de aquel lado del barco habían sido extinguidas. Hacia la mitad de la nave reinaba una intensa obscuridad, semejante a un verdadero muro que se interpusiese entre ella y la popa, débilmente alumbrada, donde se hallaba el capitán; por otra parte, ella se dio cuenta de que este último observaba con atención la parte despejada de la cubierta de proa. Palmo a palmo se acercó al timonel, bajo la protección de una escotilla, hasta que pudo verle y casi oírle respirar. Una o dos veces se atrevió a moverse para mirar hacia atrás, en dirección a la proa de la goleta. La vez primera vio a su esposo apoyado en la barandilla del buque; pero luego observó que había desaparecido. Y al volverse nuevamente hacia el capitán, notó que éste había abandonado la rueda del timón y avanzaba sin ruido en la obscuridad.

Con el rostro casi pegado al suelo y el corazón palpitante de alegría y de temor a un tiempo, la esposa de McEwen le oyó pasar a pocos pies de distancia del lugar en que se hallaba. Y como había llegado ya el momento crítico, se puso en pie y atravesó el espacio iluminado que había entre ella y la obscuridad de la popa, cosa que pudo hacer fácilmente, pues sus desnudos pies no originaban el menor ruido. Por espacio de un minuto permaneció agarrada a la barandilla de popa. Luego, por tres veces, arrojó algunos pequeños objetos a la negrura del mar y tuvo la satisfacción de oírlos caer al fondo de la embarcación que iba a remolque. Entonces dio gracias a la Providencia por la idea que tuvo aquella tarde de practicarse, arrojando pedacitos de mineral. Buscó el cabo de remolque y, murmurando una oración, se subió a la barandilla. Lentamente descendió por medio del cabo hasta sentir aquella bajo sus pies el ruido de las aguas. La cuerda rozó cruelmente sus finas manos, pero a medida que llegaba dalo agua, agarrábase con mayor fuerza al cabo. De un modo gradual le llegó el agua a las rodillas y entonces extendió una mano en busca del bote. Sólo pudo tocarlo y se sumergió en el mar, hasta la cintura, antes de poder agarrarse a él. Haciendo un esfuerzo supremo, elevó su cuerpo sobre las aguas, suspendiéndose de la cuerda tirante con un brazo, y apoyándose con el otro en la borda, hasta que, exhausta y mojada, cayó de cabeza al interior del esquite. Descansó durante un corto intervalo y luego, sacando el cuchillo del pecho, se acurrucó en el fondo de la embarcación y esperó con los ojos fijos en la barandilla del buque, que se hallaba a gran altura.

Desde la proa de la goleta, McEwen miró hacia popa y vio al capitán Jenks que abandonaba la rueda del timón, y también descubrió a su esposa que se dirigía a popa.

Él, por su parte, empezó a andar despacio hacia la barandilla de estribor, mientras, desde la profunda obscuridad que reinaba en la cubierta, el capitán le dirigía miradas de lobo. Varias veces McEwen se subió a la barandilla, pero luego retrocedió cual si le faltase el valor de arrojar al mar. Gradualmente se acercó a popa, seguido con pasos cautelosos por el patrón, que le maldecía en voz baja por su cobardía y que, más de una vez, sintió el deseo de arrojar sobre McEwen y de un empujón hacerle caer al mar.

Por espacio de algunos minutos, el hombre maniatado estuvo asomado a la borda de popa. El capitán le observaba atentamente y le vio agitar sus manos esposadas. Se acercó en el momento en que McEwen se incorporaba como animal dispuesto a arrojar sobre él si aquella vez, también, daba muestras de cobardía. Pero ahora advertíase la mayor decisión en los actos de McEwen. Subió sobre la barandilla y durante medio minuto estuvo en equilibrio sobre ella. De pronto saltó a la obscuridad que rodeaba el buque y el capitán pudo oír el chapoteo de su cuerpo al caer al agua. Sin estremecerse por la tragedia que acababa de presenciar, el capitán del buque volvió al timón, encendió la pipa y esperó la llegada de Jim Falkner. En la obscuridad flotaba sobre el agua el esquife de la goleta. En él se hallaba ya la esposa de McEwen, que tiraba con frenesí de una cuerda, a cuyo extremo opuesto había un gran peso. Pronto apareció un hombre en la borda de la pequeña embarcación, como pez que acaba de morder el anzuelo, y dos manos impotentes, sujetas por unas manillas de acero, se tendieron hacia la mujer. Poco después la embarcación quedó tripulada por dos personas, y los sollozos de alegría de una mujer se confundieron con las palabras amorosas de un hombre, en la apacible tranquilidad de la noche.

Capítulo VII

El enamorado pirata del remolcador número dos

UNA vez más el invierno había extendido su manto sobre la costa del Erie, y las salas del club de la Sociedad de Patronos de Marina estaban muy concurridas. Era un jueves por la tarde, hacia las cinco. Las partidas de juego, al parecer interminables, habían sido interrumpidas por algún tiempo, mientras miembros del club y sus invitados se congregaban en torno del enorme hogar, donde un gigantesco montón de troncos se había convertido en una gran masa de brasas encendidas. De la cocina, situada en el extremo de la larga sala, donde se preparaba el acostumbrado banquete semanal, llegaban agradables aromas que se confundían lentamente con las nubes de humo procedentes de una veintena de ennegrecidas pipas.

El capitán John MacDonald, reputado narrador de aventuras de los mares interiores —que contaba historias en las que entraba la ficción en cuanto él estimaba necesario, para hacerlas realmente interesantes—, acababa de empezar apenas, cuando entró, en silencio, Jim Falkner, yendo a reunirse con el grupo que siempre acogía cordialmente.

—Por tercera vez, desde que Joshua Phipps se mantuvo en equilibrio sobre el oscilante motón —decía el capitán—, una chispa de fuego centelleó a través de la, negrura intensa del cielo, permitiendo al timonel del remolcador número uno ver cómo se alborotaba el mar. Por espacio de tres relámpagos, Joshua Phipps se mantuvo allí, semidesnudo, indeciso, con algo entre oración y blasfemia en sus labios y el miedo en su corazón. Por tres veces quiso reunir ánimo bastante para arrojarse a las revueltas aguas y tres veces también perdió el valor.

»El cuarto relámpago iluminó el enorme barco de carga, de casco de acero, que iba delante despidiendo continuas bocanadas de humo, mientras remolcaba un millón de pies de madera hacia el sur del lago Hurón. El hombre que se había subido al motón volvió la cabeza para mirar al barco, y, mientras el resplandor incendiaba el cielo, dirigió de nuevo los ojos hacia donde parpadeaban las luces rojas y verdes del Remolcador número dos, situadas a un centenar de brazas a popa del Remolcador

número uno. Parecían reconvenirle por su cobardía y alentarle a que cruzara el pequeño espacio de mar, para llegar a un pequeño camarote de cubierta, semienterrado bajo los montones de troncos de cedro.

»En aquel camarote estaba el único ser que Joshua Phipps había amado en su vida, y, a la sazón, se imaginaba a su prometida, inmóvil, con los ojos enrojecidos, tal como la dejara aquella mañana. Entonces él era todavía el piloto del buque a quien esperaba una cámara de capitán en el porvenir, y aun podía recrearse con la visión de una casita de blancas paredes a orillas del lago, rodeada de madre selvas y de jazmines, y con un huerto en el fondo. Aquella era la casita y el huerto adonde Joshua Phipps llevaría a su esposa, y ambos abandonarían para siempre la agitada vida de los mares interiores. El piloto había estado hablando de tales planes el día por vigésima vez, en tanto que la cabeza de Nell se apoyaba en su hombro, cuando el capitán, a quien suponían entregado a las dulzuras de la siesta, asomó la cabeza por encima del montón de troncos y les sorprendió. A la mañana siguiente, es decir; a la del día en que se hallaba, el enorme transporte que iba delante desperdició una tonelada de carbón al detenerse por espacio de pocos minutos en pleno lago. Entonces Joshua Phipps fue enviado al remolcador que iba delante, que debía ir a Buffalo, en tanto que el otro se quedaría en Algonac, o sea trescientas millas atrás.

Aquel mismo día el capitán del Remolcador número dos se distendió una pierna, pero no fue llamado nuevamente el piloto, a quien se había destituido. Tales eran los acontecimientos que hicieron nacer ideas piratas en el corazón de Joshua Phipps.

»Una vez más se inclinó hacia el mar, deseando reunir el ánimo suficiente para arrojarse a las turbulentas y negras aguas. Agarró con ambas manos la cuerda que pasaba desde su cuerpo a un aro del cabo de remolque, lo que significaba la vida o la muerte en aquel rápido viaje a lo largo del cable, mientras ante él, aquellos dos ojos vacilantes, rojo y verde, del Remolcador número dos parecían llamarle con mayor vehemencia quizás, a causa de algunas rachas de viento que soplaban presagiando temporal.

»A alguna distancia, dos sonoros silbidos anunciaron la proximidad de un buque, y el silbato del gran barco de carga que iba delante contestó a aquel saludo con dos verdaderos aullidos. Era el lenguaje nocturno de los buques que atraviesan los mares de agua dulce, y el piloto destituido volvió a mirar hacia los ojillos del Remolcador número dos y murmuró entre dientes la regla de seguridad de los marinos:

*Verde con verde,
rojo can rojo,
silba dos veces
y sigue adelante.*

»Joshua Phipps pronunció con alguna vehemencia el último verso “y sigue adelante”. Eso le indicaba lo que debía hacer. La voz del buque resonó en sus oídos,

regañándole; los oscilantes ojos del Remolcador número dos parpadeaban invitándole a que atravesara aquel espacio sobre la espuma del mar, y en su interior algo le ordenaba intentar la aventura.

»Otro relámpago mostró el motón del cable ya desocupado, y a menor altura, sobre el mar muy movido por la proximidad del temporal, pasó disparada una forma humana, doblada como un cuchillo a medio abrir y desapareciendo en un instante donde el cabo del Remolcador número uno se sumergía en un remolino de agua en su camino hacia el Remolcador número dos.

Reinaba un profundo silencio en la estancia cuando el capitán MacDonald se interrumpió para atacar su pipa y gozar de la emoción que siempre sentía al notar el sincero interés que demostraba su pequeña audiencia.

»Cuando uno se arroja al mar con una cuerda atada a la cintura y el extremo opuesto de esta cuerda tiene un aro que corre por un cabo de remolque, emplea solamente una fracción de minuto en recorrer las cien brazas de agua. Joshua se vio llevado de un lado a otro como si fuese una araña gigantesca; luego, la inclinación ascendente del cable, que iba a morir en la punta de la proa del Remolcador número dos, se apoderó de él y así subió semiahogado, pero ya respirando con facilidad, al punto en que el cable de remolque estaba unido al motón de su propio buque.

»Por unos instantes se quedó suspendido allí, como rata acuática medio ahogada. Por entre la carga de maderos oyó el grito de un hombre y luego unos pasos fuertes a corta distancia. Enorme y grotesco, a la luz mortecina del farol de cubierta, la cabeza y los hombros del destituido piloto se asomaron por la amurada. Se levantó un brazo, y en el extremo de aquel brazo brillaba algo amenazador que apuntaba a una sombra que oscilaba con el movimiento de la embarcación.

—¡Eh Billy! ¡Billy! —gritó el piloto.

»Pero aquella sombra retrocedió para hundirse en las tinieblas que reinaban entre la carga de troncos, aunque Phipps seguía apuntando a la dirección en que desapareciera.

—¿Eres tú, Billy? —volvió a gritar—. ¡No te asustes hombre! Soy Josh... Josh Phipps, y necesito socorro.

»Se subió a la amurada mientras pronunciaba aquellas palabras y siguió hacia donde creyó que había ido aquella sombra.

»—Te repito que no has de tener miedo, Billy. He caído al mar y, por suerte, pude agarrarme al cable. ¿Serás capaz de no auxiliar a un hombre?

»Llevó hacia la espalda hacia la mano que empuñaba la pistola y con la otra siguió palpando entre la obscuridad junto a los desiguales extremos de los maderos apilados hasta gran altura en la cubierta del Remolcador número dos, encontró a un hombre agachado.

»—¡Billy! No tengas miedo. No soy ningún fantasma. ¿Qué has de temer?

»El piloto se acercó a la invisible forma y tocó un rostro redondo, pálido de miedo, según demostró al ser alumbrado por la linterna.

»—Si es usted, Josh, y no he de temer nada, ¿por qué demonio me apunta con eso?

»En efecto, el piloto le apuntaba un revólver casi tocándole la cara. Pero luego metió el arma en uno de sus mojados bolsillos y hundió de nuevo al cocinero del Remolcador número dos en la región de sombra de la madera.

»—Quiero decirte una cosa, Billy. Y es que no usaré el arma contra ti... si eres leal conmigo.

»El piloto tuvo que pronunciar a gritos las últimas palabras, para hacerse oír, dominando la racha de viento que pasó chillando por encima de los troncos.

»—¿Sabes el Padrenuestro, Billy?

»—Creo que sí, Josh.

»—¿Y recuerdas cómo se lleva a cabo una ceremonia matrimonial?

»—Me parece que sí, Josh.

»—Ahora dime, Billy, ¿no mentiste al asegurar que en otro tiempo fuiste predicador?

»Mientras tanto, el piloto cogió a aquel hombre por las muñecas, y las ató con un pedazo de la cuerda que llevaba en torno de la cintura.

»—No... No... No mentí al asegurar que fui predicador. ¡Así Dios me salve como es verdad!

»—Bueno. No voy a amordazarte, Billy —gritó el piloto al observar que el viento llegaba rugiendo—. Pero si en lo que tarde en volver no te has acordado perfectamente de la ceremonia matrimonial o abres la boca para hablar, te pegaré...

»La voz de Phipps quedó ahogada por el ruido que hicieron varios troncos al caer desde lo alto de la pila y terminó su amenaza poniendo la boca del revólver en contacto con la cara de aquel hombre. Luego, se aventuró por entre los golpes de mar y la confusión de espuma, que se arrojaba sobre las luces de proa, y se encaramo por los bordes de los troncos hasta llegar a lo alto. Hacia la mitad del buque las tinieblas eran tan densas como en el cielo. Franqueó aquel espacio a gatas, hasta que las luces del camarote y los faroles del timón le mostraron la popa del Remolcador número dos envuelta en la negrura del mar. En aquel momento dio un salto y casi gritó de júbilo para exteriorizar lo que sentía en su alma. Contra una racha de viento que casi le impedía respirar, luchó en dirección al haz luminoso que atravesaba la resbaladiza cubierta, desde el camarote del capitán. Dio unos pasos más y sus desnudos hombros empujaron una puerta, en tanto que la mano agarraba el cerrojo; así, mojado y exhausto, llegó a la presencia del capitán del Remolcador número dos.

»—Buenas noches, capitán Wiggs...

»Joshua Phipps se proponía redondear este saludo con una blasfemia. Habíase propuesto maldecir al capitán antes que nada, pero a través del agua que llenaba todavía sus ojos vio una figura arrodillada al lado de la litera del patrón y un rostro pálido y aterrado que le miraba.

»—¡Nell! —gritó—. ¡Nell!

»Un bandazo formidable del mar contra el costado del barco le hizo tambalearse sobre sus pies. Mientras se apoyaba en la pared, la joven se puso en pie de un salto, pero los poderosos dedos del capitán Wiggs agarraron su brazo y ella volvió a caer de rodillas, en tanto que Joshua Phipps con los ojos ardientes por la fiebre que sintió en el Remolcador número uno, avanzaba lentamente hacia el patrón del Remolcador número dos. Tenía los puños cerrados, los músculos de sus desnudos brazos se acusaban como cuerdas, y el capitán herido retrocedió en su litera para empuñar un cuchillo que guardaba debajo de la almohada. Los ojos amenazadores del piloto destituido parecieron no fijarse en que el otro estaba armado. Agarróse a la barandilla de la litera con tal fuerza que la hizo crujir. Luego, se inclinó, esforzándose en sonreír... Pero, en realidad, no hizo más que una mueca desagradable que sentaba mal aun en el rostro de acciones ordinarias de Joshua Phipps.

—He dicho buenas noches, capitán Wiggs —declaró en tanto que el capitán tragaba saliva, cual si tuviese un estorbo en la garganta.

—¿Qué demonio hace usted aquí? —exclamó luego sentándose en la cama, en tanto que el dolor y la rabia contorcían su rostro.

»Joshua Phipps dio un paso para acercarse más y, reverentemente, posó una de sus grandes y huesudas manos sobre la oscura cabeza de la muchacha, que estaba a sus pies. Al tocar las sedosas trenzas tembló aquella mano, pero los ojos que fijaba en los del capitán Wiggs no perdieron su enérgica expresión.

»—He venido en busca de Nell, capitán.

»Otra mano cálida y amante se levantó para tomar la que se posaba en la cabeza de la joven. Ésta continuaba silenciosa entre su padre y su amado, pero aquel contacto dio a Phipps toda la fuerza que necesitaba.

»—He venido en busca de Nell, capitán —repitió el joven con voz más suave—. Esta noche será la de nuestra boda y usted va a darnos su bendición... aquí mismo, en este camarote.

»El embate del viento y del mar, los penetrantes silbidos del huracán en las aristas de los troncos, parecieron concentrar, mejor que extinguir, la voz del capitán.

»Eso equivale a una rebelión, Josh Phipps... Una rebelión grave —gritó casi—. Oye, Nell, llama a los hombres que están a popa.

»—Es peor que una rebelión... es un acto de piratería, capitán Wiggs —exclamó el piloto. Sacó el revólver del bolsillo y lo elevó por encima de su cabeza, describiendo un círculo en el aire—. El buque es mío. Con, este viento no hay nadie fuera para cuidar de la carga. La rueda del timón está atada, y a bordo no hay nadie capaz de ayudarlo, a excepción de Nell y yo. Ahora va usted a casarnos o le juro que nos hundimos todos.

»Y como para dar mayor énfasis a sus palabras, hubo en el buque una conmoción intensa, que lo hizo retemblar bajo los pies de los que ocupaban el camarote. A pesar de su curtido rostro, el capitán se puso pálido Y, profiriendo un grito terrible, Nell se tambaleó sobre sus pies, arrojando luego sus brazos sobre los hombros desnudos de

Joshua.

»—¡Oh Dios mío! ¿Ya sabes lo que haces, Joshua?

»Los brazos del piloto se estrecharon en torno del esbelto cuerpo de la joven.

»—¿Tienes miedo de morir conmigo, Nelly? —preguntó apaciblemente, mientras el huracán penetraba de nuevo con una aulladora ráfaga.

»El capitán perdió la voz y esperó, en tanto que Joshua oprimía los labios sobre la cabeza de la muchacha, a la que abrazaba. Se produjo un nuevo choque que pareció partir el buque.

»El capitán dio un grito. Hizo una tentativa para saltar de la litera, pero cayó hacia atrás con una dolorosa exclamación.

»—¡Nell! ¡Nell! —gimió débilmente.

»Un instante después estaba la joven a su lado rodeándole el cuello con los brazos.

»—No te dejaré, papá —dijo sollozando.

»La mirada del capitán Wiggs habría helado el corazón de otro cualquiera, pero no logró conmover al enloquecido enamorado de la joven.

»—¡Josh Phipps! —gritó—. Hemos de ir a un puerto de Míchigan, donde se castiga la piratería con prisión de por vida; pero ahora voy a abandonar el remolque y nos iremos al Estado de Nueva York, en el que la pena es la muerte. ¿No lo oye? ¡La pena de muerte!

»—Escuche —interrumpió el piloto—. Fíjese usted en ese mar, capitán Wiggs. Está dando unos embates terribles contra los troncos, porque no hay nadie que se ocupe en guiar el buque. Pero dentro de un minuto, capitán, todavía será peor. Quiero darle una oportunidad más: o me entrega a Nell, o corto el cable.

»—¡Se está usted jugando la vida! —gritó el capitán.

»Entre ambos se había arrodillado la joven, cuyos negros y grandes ojos estaban llenos de dolor.

»—Le ofrezco una oportunidad: Nell o el cable —gritó Joshua Phipps por segunda vez.

»Pero el capitán Wiggs le repitió.

»—Se juega usted la vida. Continuaremos el remolque.

»En un momento Joshua Phipps se dirigió a la puerta del camarote y desapareció en las tinieblas de la noche. El estruendo de la tormenta y el mar ahogaron el grito la joven Profiriendo un alarido de dolor, el capitán Whiggs logró sentarse en el borde de la litera. En aquel momento, y a la escasa luz del farol suspendido sobre su cabeza, su rostro estaba ceniciento... Luego, dio un grito ronco que invocaba a Joshua Phipps.

»—¡Dios mío, Nell! ¡Ha salido a cortar el cable de remolque! ¡Eh, Billy, Jack, Henderson!

Probablemente, todos los que ocupaban la sala habían oído ya aquel relato, exceptuando a Jim Falkner. Sin embargo, todos escuchaban con la misma atención que el joven marinero, a quien le parecía un asombroso relato de heroísmo y una

dorada leyenda.

»—La hija del capitán inclinó la cabeza al recibir la racha de viento, y luchó por aproximarse a la puerta. Le parecía que su cerebro ardía, excitado por un solo pensamiento. Si Joshua Phipps estaba loco, ella era la persona a quien más necesitaría en aquellos momentos. Salió a la resbaladiza obscuridad de la cubierta de popa, con una oración en el alma y el nombre de su amado en los labios, que pronunció con ahogado grito. La popa estaba entonces bajo una rugiente catarata, y la joven se cayó a gatas sobre el agua, atravesando la tenebrosa cubierta hacia la carga de troncos. Palmo a palmo subió luego por el enorme montón de madera, en tanto que el viento despeinaba y hacía flamear su cabello, le rompía el traje y amenazaba arrojarla al mar. A intervalos levantaba la voz dolorosamente débil, en un largo y quejumbroso grito de “¡Joshua...! ¡Joshua!”. En una ocasión se figuró haber oído un grito en respuesta al suyo y prestó atención, pero tan sólo percibió los alaridos del viento a través de las vergas y los golpes de mar. Casi había alcanzado la cumbre de la pila de troncos, cuando, dominando la tempestad, se oyó un ominoso estruendo y la muchacha se apresuró a soltarse, dejándose caer en cubierta, en el momento en que la mitad del gran montón de troncos que había a mayor altura se deslizaba hacia el mar. Casi sin aliento se agarró a los desiguales extremos de los troncos de cedro, y luego volvió a encaramarse hasta que pudo contemplar la proa del Remolcador número dos, viendo, cual si fuesen estrellas veladas por una nube, las dos lucecitas pertenecientes al Remolcador número uno. Mientras las contemplaba figuróse que aquellas luces se disolvían en las tinieblas del mar, cosa que paralizó casi los latidos de su corazón, pues ello indicaba que su amado había cortado el cable del remolque. Luego, aquellas luces volvieron a aparecer para ocultarse de nuevo con la misma rapidez. Y mientras la joven esforzaba la mirada en aquella dirección, vio llegar una figura humana, que, a gatas, pasaba por encima de la carga de maderos y a la que seguía, inmediatamente detrás, otra sombra...

»—¡Joshua! —gritó la joven.

»Su voz se extinguió en los fuertes brazos del piloto. Sin soltar el mojado cuerpo de la muchacha, Joshua Phipps descendió del montón de troncos de cedro, dirigiendo un grito a la sombra que le seguía, y se encaminó, tambaleándose y sosteniendo a su amada, hacia la puerta abierta del camarote del capitán.

»—Aquí está Nell, capitán. Es una noche demasiado mala para que permanezca fuera —dijo.

»Atravesó la puerta otra mojada figura. Era de un hombre redondo, grueso y de rostro pálido como el papel. Phipps le apuntó su revólver.

»—Entra, Billy, y siéntate al lado del capitán. Capitán Wiggs, aquí está el predicador que he traído para que nos case a Nell y a mí.

»Por un momento, el capitán se quedó sin voz. Continuaba sentado en el borde de la litera y su rostro se contraía de dolor a cada movimiento del buque. Su hija se arrodilló de nuevo a su lado y el agua que se escurría de su cabello y de sus ropas

humedecía también al padre hasta la piel. Pero él no se dio cuenta.

»—¿Ha cortado usted el cable, Josh? —preguntó con voz enormemente alterada, temblándole la mano que descansaba sobre la cabeza de Nell.

»—Pregúnteselo usted a Billy, capitán Wiggs —replicó el piloto.

»—¿Está cortado el cable, Billy?

»Oyóse entonces el amenazador ruido metálico del gatillo del revólver que empuñaba Joshua Phipps.

»—Di la pura verdad, Billy.

»—Que Dios me ayudes.

»El revólver, como al descuido, apuntó a la cabeza de Billy.

»—El cable ha sido cortado, capitán Wiggs. El mar se lleva los troncos de cedro y

...

»—Cuéntalo todo, Billy —dijo el piloto.

»—Y dentro de una hora tocaremos en las rocas de la bahía del Trueno; Dios me ayude, capitán.

»—Y a bordo apenas hay hombres bastantes para poder manejar el barco —añadió el piloto—. Oiga usted el ruido del mar embistiendo su costado. Vamos ahora a la deriva como un tonel...

»El revólver estaba apoyado en el antebrazo izquierdo de Joshua, y apuntaba a los ojos de Billy, amenazándole de muerte.

»—Capitán, por Dios vivo acceda usted a lo que le pida Joshua Phipps, porque, de lo contrario, podemos contarnos entre los muertos y...

»El miedo ahogó las palabras del cocinero, quien, con mano temblorosa, señaló a la hija del capitán.

»—Hágalo usted por Nell, capitán —dijo el piloto.

»Casi inconscientemente se arrodilló al lado de la joven, rodeándola con sus brazos. Su revólver en el suelo, a un palmo de distancia. Inmediatamente, en los ojos de Billy apareció un centelleo diabólico y temeroso, e hizo un furtivo ademán para apoderarse del arma.

»—Hágalo usted por Nell, capitán —repitió el piloto en tono suplicante.

»La mano de Billy tocaba el arma. Sus gruesos dedos se doblaron sobre el frío metal del revólver, y palideció aún más al pensar lo que haría luego. El capitán le observaba por encima del hombro de Joshua.

»—Deja eso, Billy —le dijo—. Déjalo y siéntate como te ha dicho Josh.

»Luego, se inclinó hasta el punto de que sus manos poderosas podían haber agarrado el cuello del piloto. En el exterior se oyó el estruendo causado por otro alud de troncos de cedro que se caían al mar y el capitán hizo una mueca.

»—¿Y qué ocurriría si le diese mi palabra, Josh? —preguntó.

»—No quiero una palabra, sino una esposa, capitán —dijo el piloto.

»Su cabeza estaba inclinada y no podía ver más que los pies del capitán, pero Nell le rodeaba el cuello con un brazo y comprendió que estaba seguro.

»—¿Y si le doy mi hija?

»—Si me da usted su hija —contestó Joshua enderezándose— llevaré el buque a buen puerto y trabajare por usted y Nell hasta el día del Juicio.

»—¿Tienes una Biblia, Billy?

»El capitán pronunció estas palabras con voz de trueno. Dando un grito que dominó el tumulto de la tempestad, la prometida del piloto se abrazó al cuello de su padre y Joshua Phipps se puso en pie, aturdido, y tendiendo sus fornidos brazos hacia el capitán y Nell.

»—¿Tienes una Biblia?

»Resonaba de nuevo la conocida voz del capitán, aquella voz que durante cuarenta años dominó la violenta canción de los huracanes, la que al tronar entonces en el camarote inundó de alegría el corazón de Joshua Phipps... A su vez, se volvió y rugió al hombrecillo gordo, que estaba temblando en la puerta, sosteniendo el revólver con mano temblorosa.

»—La Biblia, Billy.

»Mientras el cocinero desaparecía por la cubierta y se exponía a los embates de la tempestad, dos grandes y fuertes manos se estrecharon con vigor y dos brazos tiernos y amorosos enlazaron los cuellos del padre y del.

»—¿No sería mejor, Josh, que aplazara la boda hasta que hubiésemos logrado la seguridad del buque? —preguntó el capitán después de un momento de silencio.

»—El buque está seguro, capitán Wiggs —dijo el piloto—. Fíjese usted en que yo no le dije que estuviese cortado el cable de remolque. Se lo dijo Billy.

»—¿Cómo?

»—Que el cable no está cortado.

»—Pero, ¿y el timón...? ¿Los marineros...?

»—Henderson está en el timón, capitán, y Jack se halla en la proa. Ninguno de los dos se ha enterado de lo que ocurre.

»El capitán no dijo una sola palabra por espacio de un minuto. Luego, profirió una blasfemia que parecía surgir del fondo de su alma.

»—¡Joshua! Es usted endiabladamente listo —exclamó.

»De nuevo dos fuertes manos se enlazaron y aquella vez dos cálidos labios besaron primero al piloto y luego al capitán, en tanto que un corazoncito, que latía presuroso, rogaba a Dios que Billy no tardase... con la Biblia.

Capítulo VIII

Los pescadores piratas

TODO el mundo sentía afecto por la «señorita Virginia», la bella esposa de Dick Brown, y también todo el mundo, como cosa natural, mostraba simpatía hacia aquellas personas a quienes ella quería. Entre aquellos afortunados individuos se contaba James Falkner y, en mayor grado de lo que él llegaba a comprender, la señorita Virginia había sido el elemento impulsor en la formación de la vida del marinero.

Ella seguía ejerciendo su influencia en la carrera del joven, aun a distancia. Para éste, su protectora pertenecía a otro mundo distinto del que él frecuentaba, y, en realidad, la consideraba como una persona digna de adoración, que en ningún caso podía ser una amiga. Poco podía existir en común entre la rica y refinada señora que adornaba la residencia palaciega de Richard Brown, *esquire*^[3], abogado, procurador de la Cancillería y del Almirantazgo, Consejero general de la Gran Corporación, cuyas miríadas de buques surcaban los mares interiores, desde los primeros días de la primavera hasta que las tempestades invernales los obligaban a refugiarse en sus puertos, y el muchacho huérfano, evidentemente de la casta de las gentes del lago, único superviviente del Bannockburn, capitán del barco pirata *Lady Gwendolyn*, que andaba muy erguido, luciendo sus anchos hombros Y con mirada escrutadora y animosa, persuadido de que conocía más cosas con respecto a numerosos asuntos, hablaba más correctamente y era más activo y enérgico que cualquiera de sus compañeros.

Lo cierto es que Jim Falkner adoraba a su hermosa protectora, para quien el tiempo se había mostrado bondadoso, pero cuantas veces se vio en su presencia se portaba con extraña timidez; ella, por su parte, ignoraba lo que ocurría en la mente de Falkner, del mismo modo que lo ignoró el día en que el *Lady Gwendolyn* fue capturado y su capitán enviado a la escuela, a llevar una vida civilizada y propia de los que quieren ser respetuosos con la Ley. Dick se mostró tan interesado como su esposa en la buena marcha de la carrera de Falkner. A medida que pasó el tiempo, el recuerdo del crucero de los aprendices de pirata fue borrándose de su mente, mientras el tiempo cubría con el manto del olvido los desagradables incidentes del viaje. Por

esta razón, en cuanto el muchacho se hubo graduado en la Escuela Superior, Richard Brown se convirtió en su leal campeón, aun comprendiendo plenamente que la única carrera que debe darse a un muchacho es la que él prefiere y que es preciso seguir sus inclinaciones, aunque con ciertas restricciones y algunos consejos por parte de sus superiores, que tienen el corazón en su porvenir.

Gracias a la influencia de Dick Brown, Jim Falkner gozó de la libertad de labrar su propia fortuna, durante el verano que siguió al último curso de la Escuela Superior; pero la «señorita Virginia» no pudo comprender el valor que para él tuviesen los meses que pasó en el Lauraline Spreckles y en el Ventura y en aquella tres veces maldita goleta, en donde la ley de los Lagos perdió a su víctima gracias a que una mujer valerosa y de fiel corazón cuidó menos de su fama que de la salvación de su marido. Y como la esposa de Dick no pudo comprenderlo así, Jim Falkner empleó los cuatro años siguientes de su vida en la Universidad, en la que Dick Y Virginia fueron en otro tiempo compañeros de estudios. Pocas personas, y Richard Brown menos que ninguna tenían fuerzas suficientes para oponerse largo tiempo a la «señorita Virginia» una vez que ésta había dado a conocer su voluntad. En la grande Universidad, Jim Falkner fue un estudiante del montón, aunque debe confesarse que, por su parte se esforzó cuanto pudo. Cada verano dejábase atraer por los mares interiores y aumentaba su rica provisión de experiencia, y de un modo eventual, aunque con solemnes ceremonias, James Falkner A. B.^[4] —aunque por su gusto mejor habría querido ser llamado Jim Falkner, marinero de primera— ingresó como reportero en el mejor periódico de la mejor ciudad de los Grandes Lagos. Por lo menos así quiso considerar aquel trabajo de diez dólares a la semana que pudo obtener gracias a la influencia de Dick.

El director estaba examinando un mapa, cuando Falkner entró en su despacho durante la tercera tarde de su empleo. El primero levantó los ojos, movió la cabeza para indicarle que entrase y preguntó secamente:

—¿Ha visto usted eso, Jim?

El joven tomó la edición de la tarde de un periódico rival que publicaba hechos sensacionales y leyó los grandes titulares que ocupaban las tres primeras columnas. La noche anterior un remolcador americano de pesca fue víctima del fuego de un escampavía de la Hacienda canadiense, y el relato de aquel hecho fue hinchado con gráficos detalles.

—¿Qué le parece a usted eso? —preguntó el editor, quien ya conocía el interés que tenía el nuevo reportero en los lagos y sus ribereños.

Jim Falkner se encogió de hombros. Había averiguado ya que tal modo de expresarse era el mejor, hasta que hubiese penetrado en las intenciones del director.

—Interesante —dijo—. Interesantísimo.

—Apostaría cualquier cosa a que eso terminará de un modo excitante, Falkner —exclamó el director—. Nuestros corresponsales del Lago nos dicen que los pescadores de las costas del Erie están desesperados. No encuentran peces en nuestras

aguas, y numerosos capitanes de remolcadores se han hecho piratas y tienden sus redes más allá del límite internacional. Nuestro corresponsal de Dunkirk dice que la ciudad está excitadísima y que todo el mundo amenaza a los canadienses, en tanto que en Erie están dispuestos a luchar. También he recibido noticias de que algunos capitanes tienen cañones en sus barcos, y al parecer están decididos a utilizarlos si son atacados. Los escampavías canadienses confiscan numerosas redes. Han capturado tres remolcadores, llevándoselos como presa a los puertos canadienses; además han cañoneado a dos barcos que se negaron a ponerse al paio. Ésta es la situación en resumen, Jim. Si los hombres de Dunkirk y de Erie siguen en sus trece, habrá una verdadera guerra de pescadores piratas. De todos modos, es muy fácil que ocurran cosas interesantes, y yo desearía que usted fuese cuanto antes allí para enterarse del asunto. Creo que usted es el más indicado. Obtenga las mejores noticias que le sea posible. Nuestros corresponsales regulares seguirán cuidando de darnos las noticias corrientes. Espere. Voy a darle a usted una orden para que le proporcionen fondos y pasaje.

Jim Falkner se puso en pie inmediatamente, dispuesto a marchar.

—Podré tomar el tren de las tres y veinte —dijo consultando su reloj—. Así llegaré esta misma noche a Erie. Eran ya las tres de la tarde y el director sonrió satisfecho al observar la prontitud del joven.

—Pues, entonces, no perderemos tiempo en obtener el pasaje. Aquí tiene usted una orden para el cajero. Si necesita más dinero pídalo por telégrafo. A ser posible, póngase en contacto con los piratas y, si puede, haga un viaje con ellos. Esto es lo que necesitamos. Buena suerte. Quince minutos después, Jim Falkner estaba ya en el tren. Había comprado un magazine en el quiosco de la estación, pero no se dedicó a leerlo. Arrellanándose cómodamente en su asiento, cerró los ojos y empezó a formular un plan de acción. Por fin se dijo que le sería bastante difícil cumplir airosamente su cometido. No era aquélla la primera vez que los nubarrones de una guerra, contra los pescadores habíanse cernido sobre el Erie. Y tampoco era el primer caso de que un periodista hubiese ido a relacionarse con los piratas. Recordó que MacIlvie casi alcanzó el éxito. La historia de este periodista gozaba de especial estimación en las oficinas del Herald. Pudo introducirse a bordo de un barco pirata de Dunkirk y llegó al lugar en que se llevaba a cabo la pesca antes de ser descubierto. Pero luego lo abandonaron en un banco de arena, no mucho mayor que el barco en que llegó allí. Casi se murió de hambre Falkner sonrió al recordar la aventura del escocés. Luego pensó en Briggs, el mejor reportero de marina que tuvo el Herald. Briggs volvió con un brazo en cabestrillo y tan maltratado que durante un mes no lo reconoció casi nadie. El mismo Falkner estuvo entre los piratas dos años atrás, aunque con carácter amistoso y sin propósito definido, mientras escribía acerca de la industria pesquera, durante unas vacaciones veraniegas. Entonces diose cuenta de que eran hombres de gran valor, endurecidos por las tormentas, las penalidades y los naufragios, y que querían vengar cien agravios imaginarios; eran individuos que hablaban con

precauciones exageradas cuantas veces se veían ante un desconocido y que no creían pecaminoso ganarse la vida más allá de una línea que no podían ver ni descubrir, ni deseaban comprender. El joven reportero admiraba su valor. Le gustaban aquellos hombres y deseaba reunirse con ellos para ser su amigo, bien decidido a describirlos como héroes y no como bandidos. Comprendió que eso complacería mucho a su director, ya que todo el mundo sentía simpatía por los piratas, a excepción de los canadienses. MacIlvie quedó abandonado en el banco de arena y Briggs tuvo que pasar muchos días en el hospital.

«Si ésa es la recompensa de la amistad hacia Erie, ¿qué demonio harán conmigo?», pensó. Inconscientemente, pronunció estas palabras en voz alta. Un momento después estaba con la mirada fija en un par de ojos grandes, negros y llenos de lágrimas, que le miraban desde el asiento frontero. Vio un rostro turbado y una boca temblorosa que parecía querer hablar. Luego, aquel rostro se desvió. Falkner se enderezó. Había observado a la muchacha al entrar en el compartimiento y hasta se fijó en su cabello, que le pareció muy lindo. Pero luego no volvió a pensar en ella. Sin embargo, ahora la contemplaba atentamente, esperando que le proporcionaría una oportunidad de dirigirle la palabra. Pero como no llegaba aquella ocasión, sus pensamientos retrocedieron hacia el viejo cauce. Cuando el tren entraba en Toledo, había imaginado un plan que, según esperaba, le permitiría sostener buenas relaciones con los piratas. Obtendría empleo en alguna de las fábricas de salazón, trabaría conocimiento con los pescadores y aguardaría la oportunidad de entrar a formar parte de alguna de sus tripulaciones. Eso requeriría algún tiempo, más esperaba que el editor se lo concedería. Al penetrar en la estación, la joven, que estaba sentada ante él, se puso en pie y Falkner pudo contemplar otra vez su rostro. La expresión, la ansiedad y casi el miedo que en él vio, le incitaron a hablar.

—Perdóneme usted —dijo—. Yo cambio aquí de tren... ¿Me permite que la ayude a llevar su maletín? A las pálidas mejillas de la joven subió un poco de rubor.

—No... No sé —tartamudeó. Falkner advirtió una desesperación inexpresable en sus ojos—. ¿Va usted... va usted a Erie? —preguntó ella—. Pude oírle algunas palabras...

—Sí. Voy a Erie —interrumpió Jim Falkner. Deseaba dar a entender a la joven que había comprendido la situación desagradable en que se hallaba y su deseo de serle útil—. ¿Quiere usted decirme de qué modo podré auxiliarla?

—Encárguese usted de mi maletín. Ella le miró a la cara, temblaron ligeramente sus labios, y a la débil luz de la lámpara sus ojos parecían a punto de llorar. Aquel rostro era muy lindo y el joven se sintió penetrado de simpatía.

—Quiero hacer algo más que eso —dijo él cogiéndole de repente una de sus manos—. Mire, señorita. Veo que está usted apurada por algo. ¿Quiere usted decirme de que se trata? Ella se echó a llorar. Los pasajeros habían bajado ya del vagón, pero Falkner continuaba reteniendo la mano de muchacha.

—Dígamelo —rogó—. Quisiera... quisiera que me llevase usted a una casa de

préstamos —sollozó la joven, tapándose la cara con un pañuelo.

—¿Una casa de préstamos? —exclamó Falkner—. ¿Qué demonio...? ¡Oh, perdóneme!

—Sí. Una casa de préstamos —repitió ella mirándole cara a cara—. Quiero ir inmediatamente a una casa de préstamos y he perdido mi cartera, no tengo billete para ir a Erie y además...

—Apostaría un dólar a que tiene usted hambre —exclamó el joven—. Pues bien, inmediatamente iremos a comer, cosa en la que emplearemos poco tiempo. Nos quedan treinta y cinco minutos. Tomó los maletines de ambos y recorrió el pasillo del coche. Jim Falkner no era un joven guapo, pero en la juvenil franqueza de su rostro había algo muy atractivo, y cuando miró hacia atrás, mostrando a la joven su blanca y brillante dentadura, ella se echó a reír.

—Soy una pordiosera —dijo.

—En todo caso, la más linda que he conocido —replicó él. Los ojos de ambos se miraron sonrientes, y él levantaba las manos para ayudarla a bajar por el estribo.

—De modo que a una casa de préstamos, ¿eh? —exclamó riéndose. El alivio de su ansiedad y la excitación de haber salido del apuro en que se hallaba, inundó de rubor las mejillas de la joven. De pronto su compañero se detuvo ante una luz del andén y, sacando una tarjeta del bolsillo, dijo:

—Me llamo Falkner, J. Augustus Falkner, de Detroit. Es un nombre algo raro, pero no puedo remediarlo. Y, desde luego, no uso la jota por presunción, sino para hacer el conjunto más agradable. Mi nombre completo es James Augustus Falkner.

—Yo me llamo Burton —replicó ella sonriendo—, Josefina Burton, de Erie.

—Y, sin duda, usará usted Jo como diminutivo —dijo Falkner.

—Ha acertado usted. ¿Es periodista?

—Voy a Erie con objeto de encontrar asunto para escribir algunas historias referentes a los piratas —contestó. La condujo al café del andén y dio sus órdenes.

—¿Sabe usted algo acerca de los pescadores piratas? —preguntó después. Observó entonces que ella le miraba con extraordinario interés.

—¿Qué va usted a decir de ellos? —preguntó—. ¿Dirá usted algo... algo malo? Hizo esta pregunta con la mayor seriedad y a Falkner le pareció sorprender una nota de alarma en su voz.

—Quiero llegar a ser su amigo —contestó—. Y, si es posible, convertirme en pirata. Y lo haré... si me lo permiten. Luego le habló de MacIlvie y de Briggs, y en cuanto se hubieron acomodado nuevamente en su tren, le describió su plan para ponerse en contacto con los pescadores piratas.

—Y ¿cree usted que tendrá éxito? —preguntó ella, curvando los labios de un modo raro—. Le aseguro que fracasará. Falkner la miró muy sorprendido.

—¿Cómo lo sabe usted? —replicó.

—Me avergonzaría de ellos si este plan tuviera éxito —contestó la joven con los ojos llenos de entusiasmo—. Esos hombres, a quienes llama usted piratas, son gente

ducha. Se conocen unos a otros desde hace muchos años, y tenga la seguridad de que no llevarán jamás a un desconocido en sus expediciones de pesca...

Se interrumpió, muy confusa.

—Usted es una pirata —murmuró Falkner, contemplándola admirado—. Es usted una pirata, señorita Jo... y yo también. Era ya tarde cuando llegaron a Erie. No había más que un coche esperando en la estación y James Augustus Falkner, A. B., condujo a la joven a él.

—¿La veré pronto? —preguntó—. ¿Le parece bien mañana o pasado mañana?

—Pasado mañana —contestó ella—. Mañana descansaré. —El joven abrió la portezuela del coche, y en cuanto ella hubo entrado le tendió la mano, diciéndole:

—Voy a proporcionarle a usted la ocasión de conocer a un pirata señor Falkner. Mañana, por la tarde, vaya usted a la calle del Agua 520, y pregunte por el capitán Town. Él le ayudará. Buenas noches y un millón de gracias. Era ya medianoche cuando Jim Falkner tomó una habitación en determinado hotel, pero aún tardó bastante en acostarse. Encendió la pipa y repasó mentalmente los incidentes de la aventura de aquella tarde. ¿Quién sería el capitán Town? Por alguna razón, que no trataba de analizar aquella pregunta le intrigaba mucho e imaginó media docena de explicaciones acerca de la influencia aparente que la señorita Burton pudiese tener en aquel hombre. Desde luego, él estaba persuadido de que debía de ser un pirata, un pirata pintoresca, a juzgar por su nombre. De todos modos se consideraba afortunadísimo por haber encontrado a la joven, cosa que le ponía en muy buenas condiciones para relacionarse con un pescador pirata del lago Erie.

A la siguiente mañana, cuando el joven bajó a desayunarse, se detuvo para charlar unos momentos con un empleado y le preguntó si conocía al capitán Town. Pero Falkner recibió una respuesta negativa. Hasta el mediodía, Falkner fue a hacer algunas indagaciones en las fábricas de conservas de pescado. Así averiguó que el capitán Town era propietario y capitán del único *compounder* que había en el puerto.

—¿Qué es un *compounder*? —replicó el joven reportero.

—Pues es —dijo su informador, muchacho al parecer muy aficionado a las cosas del mar— un remolcador cuya marcha no se oye, a no ser que se preste un oído muy atento. Poco antes de las dos de la tarde, Jim Falkner echó a andar lentamente por la calle del Agua. Detúvose luego muy asombrado ante el número 520. El edificio tenía una enorme fachada de piedra.

—¡Dios mío! —exclamó. Pero subió la escalera y tocó el timbre—. Tendrá alquilada una habitación —pensó. Un momento después abrió la puerta una señora anciana de cabello blanco que le miró con ardiente curiosidad.

—¿Vive aquí el capitán Town? —preguntó Falkner:

—Claro que sí, muchacho —contestó una voz jovial, desde el lado opuesto del *hall*—. Entre, ¿quiere? Supongo que será el joven enviado por la señorita Burton.

Falkner vióse ante uno de los más extraños individuos que había conocido en su vida entera. Era extraordinariamente alto, flaco sobre toda ponderación, y su largo y

delgado rostro resplandecía como rojo cuero curtido. Pero su aspecto era simpatiquísimo. Tenía una sonrisa cordial y le dio la mano con tal vigor que a su visitante le dolía aún la suya después de algunos momentos de haber sido estrechada.

—Ya hace un rato que le espero, Falkner —dijo familiarmente—. Venga por aquí. ¿Quiere? Lo llevó a una habitacioncita separada del *hall*, en la que otros dos individuos estaban muy ocupados fumando sus pipas. Ambos eran corpulentos, curtidos por la intemperie. Vestían gruesas chaquetas de marino, y cuando entró el capitán Town, ambos se pusieron en pie, pipa en mano. Falkner estaba ya enterado de que los viejos ribereños del lago obraban así cuando querían demostrar la mayor consideración por un desconocido.

—Éste es el joven que nos manda Josefina Burton —anunció el capitán—. Señor Falkner, dé usted la mano a esos muchachos. Ése es Teddy Roosevelt. Le llamamos así, pero su verdadero nombre es Iones. Ése es Sandy MacGunn. Ambos antiguos en el oficio y excelentes muchachos, como le habrá dicho Josefina. Falkner les dio la mano.

—Salimos esta noche —continuó diciendo el capitán Town, mientras encendía la pipa—. Tenemos las redes diseminadas en una extensión de dos millas, y hemos recibido aviso de que el Vigilant irá mañana por allá. Si lo hace perderemos nuestras redes, a no ser que nos anticipemos. Y como Josefina ha dicho que usted quiere acompañarnos... —se interrumpió para chupar con fuerza de la pipa—, no tendremos más remedio que llevarlo.

Durante una hora Jim Falkner charló y fumó con aquellos hombres. No le costó mucho comprender que, por alguna razón, los dos pescadores MacGunn y Jones le trataban con especial deferencia. Incluso el capitán se mostraba atento de un modo desconcertante. Una vez en la puerta, cuando ya se despedía, el capitán del remolcador le dio una carta.

—La señorita Josefina me rogó que le diera a usted esto —rogó Sin duda será el dinero. De pronto apoyó sus grandes manos en los hombros del joven, y le miró con fijeza a los ojos.

—Oiga usted, amigo —dijo en voz baja—. Se portó perfectamente con Josefina. Ella le cree una excelente persona... Pero en el caso de que la haya usted engañado... si ha venido usted aquí para... Se interrumpió y Falkner pensó en Briggs y en el escocés, y comprendió.

—Le juro que no haré traición a su confianza —replicó con voz vibrante de sinceridad—. Renunciaría a mi empeño, si creyese en la posibilidad de perjudicarles —acabó diciendo.

—Si conociese usted a Josefina como la conozco yo, antes preferiría morir que hacerle traición —replicó el capitán—. Lo haría usted, como hay Dios, Falkner. —Separó sus manos de los hombros de éste y añadió—: Supongo que Josefina no le diría nada acerca de sí misma.

—Ni una palabra —exclamó el joven con los ojos resplandecientes de interés.

—Bueno. Tal vez yo le diga algo esta noche —contestó, riéndose, el pescador pirata—. Recuerde que saldremos a las diez en punto. ¿Cree que podrá encontrar nuestro barco?

—Sin duda —contestó Jim Falkner. Y se alejó como en sueños. Por dos veces miró hacia atrás, en dirección a la hermosa casa de piedra y, no una sola, durante la media hora siguiente, se preguntó si sería posible que allí viviese aquel pescador pirata. Un transgresor de la ley, un hombre que aventuraba una fortuna y se ponía en peligro, fiado en su astucia, dispuesto a aceptar los riesgos del más pobre de los pescadores, ante la posibilidad de alcanzar una buena pesca más allá de la línea legal. Falkner tuvo la esperanza de conocer piratas, pero no creyó nunca que fuesen como aquél. No había relacionado fachadas de piedra y jóvenes lindas con los ladrones de mar que él se imaginaba. Y comprendió que, quizás sin querer, empezaba a hacer traición a su cometido.

Díjose que había reunido ya bastantes datos para escribir un artículo que haría sensación en la oficina del Herald; pero había dado su palabra de no divulgar los secretos conocidos y se obligó a no utilizar aquellos detalles que, sin duda, le exigiría el director. Y todo eso, pensó muy satisfecho, a causa de haberse interesado de un modo raro por una muchacha. Jim Falkner dio un silbido al pensar en ello y continuó andando, sin seguir una dirección determinada. Si había cometido alguna tontería, no quería confesárselo. Aún podría atenerse a su plan primitivo, buscando la confianza de algún otro pirata que no estuviese relacionado con la joven y así podría escribir sus artículos sensacionales, según se propusiera. Preguntóse adónde llegaría la amistad del capitán Town hacia la muchacha. Quizá fuesen parientes. Y se esforzó en creerlo así. Hasta que no hubo llegado al hotel no pensó en abrir la carta que le diera el jefe pirata. Desde luego, esperaba encontrar una nota de la señorita Burton con el dinero que gastó en su billete la noche anterior. Ésta decía:

Querido señor Falkner: Con esta carta le devuelvo lo que tuvo la bondad de prestarme anoche. Espero que le habrá sido simpático el capitán Town. Sírvase no olvidar su promesa de venir a verme mañana por la tarde.

JOSEFINA BURTON

Era poco lo que decía, pero llenó de placer a Falkner. Después de su entrevista con el capitán Town, temió la posibilidad de que la señorita Burton no tuviera interés en continuar sus relaciones y de que el capitán no creyese conveniente que él, Falkner, siguiese dedicando sus atenciones a la joven. Volvió a leer aquel billete y, en vez de destruirlo, como solía hacer con las epístolas de escaso interés, se lo guardó en el bolsillo. La señorita Burton resultaba un personaje misterioso para él. Comprendió que poseía una influencia extraordinaria con los pescadores piratas o, por lo menos, con el capitán Town, y cada hora que pasaba aumentaba el interés con que aguardaba

la aventura nocturna, durante la cual esperaba averiguar nuevos detalles referentes a la desconocida. Una hora antes de la señalada hallábase en el muelle, donde estaba fondeado el barco de pesca pirata. Aquella noche empezó a soplar un fuerte nordeste, aunque el cielo estaba muy claro, y, a juzgar por el estado del mar en la bahía, comprendió que el tiempo sería malo. El barco se manifestaba negro y silencioso. Ni siquiera una chispa de luz era visible a bordo de él, y empezó a temer que el viento hubiese obligado al capitán Town y a sus hombres a renunciar a la expedición. Pero confiaba que, en tal caso, le mandaría un aviso. Por esta causa se sentó al abrigo de una caja de pescado y esperó. Pocos minutos antes de las diez salieron corriendo dos hombres de la obscuridad de las fábricas de conserva y saltaron a bordo del barco. Falkner los llamó y pudo ver que uno de ellos era MacGunn. El otro era el maquinista, a quien no conocía.

—¿Salen ustedes, MacGunn? —preguntó mientras los seguía a bordo.

—¡Claro que sí! ¿No le dijo el capitán que zarparíamos a las diez? MacGunn abrió la puerta del cuarto de máquinas y el joven recibió en pleno rostro una corriente de aire cálido. El maquinista encendió un par de faroles y pudo observar la mirada de extrañeza de su nuevo compañero.

—Hace ya media hora que tengo las máquinas a presión —dijo sonriendo. Luego, encogiéndose de hombros y sonriendo otra vez, añadió—: Buen carbón. Arrojó un impermeable sobre uno de los faroles y lo llevó al puente, donde Falkner y él se sentaron en silencio. Pocos minutos después llegaron el capitán Town y Teddy.

Cuando el primero habló, hízolo en voz muy baja y Falkner comprendió la insinuación, de modo que a bordo del barco reinó el mayor silencio mientras estuvieron anclados. Poco después, el suave ruido de las máquinas y el roce del agua del mar le dio a entender que el barco había salido de su fondeadero. Un cuarto de hora más tarde, MacGunn descubrió el farol. Lo entregó al capitán y dijo:

—Ya hemos dejado atrás la punta. Recuerde...

El capitán Town acercó el rostro a una de las ventanas de babor. Poco después se volvió e hizo seña a Falkner para que se acercase.

—Eso es Presque Isle —dijo—. ¿No distingue usted una luz? El joven miró con la mayor atención. A gran distancia le pareció ver una luz parecida al leve resplandor de una ventana iluminada.

—Ahí vive la señorita Burton —explicó el capitán en voz baja—. Le dije que si esta noche nos acompañaba usted, le mostraríamos una luz. Pronto nos verá. ¡Ahora! ... ¡Fíjese! El corazón de Falkner latió de placer. Por un momento se desvaneció la distante luz y reapareció luego; después una docena de sucesivas ocultaciones, seguidas por intervalos de luz, dieron a entender que la joven les había visto.

Cuando Falkner habló al capitán Town, lo hizo con voz algo alterada.

—Es una muchacha estupenda. Volvió a mirar, pero ya entonces la luz de la ventana era fija. Observó hasta que las olas, cada vez mayores, interceptaron aquel puntito luminoso. Nunca en su vida sintió Falkner correr la sangre por sus venas

como en aquellos instantes y, al sentarse frente a Sandy y el capitán del barco, observó que todos le miraban con especial interés.

—¡Es estupenda! —replicó MacGunn—. Es...

Un golpe de mar cogió de costado al remolcador con la fuerza impulsiva de un martillo pilón de diez toneladas, y al observar aquella primera señal de que había llegado ya al lago abierto, Teddy inclinó la proa del barco, para que siguiese la misma línea de la punta, recibiendo el viento de tres cuartos y siguiendo el rumbo paralelo al límite internacional. Falkner se estremeció.

—¡Es un ángel! —terminó diciendo MacGunn, en tanto que el buque se enderezaba. Jim Falkner ofreció a sus compañeros un paquete de cigarros. Los pescadores piratas parecían indiferentes al mal tiempo de aquella noche, y este detalle le dio valor. Sin embargo, el capitán Town había observado su nerviosidad.

—Hemos navegado por mares peores que éste —dijo encendiendo su cigarro—. Por lo menos hacía doble mal tiempo que ahora la noche en que murió Burton. ¿No es así, Teddy? —preguntó volviéndose al timonel—. De todos modos, no tenemos costumbre de hacer salidas nocturnas, cuando no están en juego, como esta noche un par de millares de dólares que valen las redes. Ésta fue la razón que, en noviembre hará tres años, obligó a salir a Burton. Tenía las redes tendidas por valor de mil quinientos dólares, redes dispuestas verticalmente, para agarrar a los peces por las agallas. Se hallaban tres millas más allá del límite internacional, pero supo que al día siguiente el cañonero canadiense Pretel se disponía a dragar aquellos lugares para destruir las redes. Y ese maldito barco de guerra fue la causa de la muerte de Burton —gruñó.

MacGunn sacó un pedazo de papel de uno de sus bolsillos.

—Mire —exclamó dando un fuerte puñetazo sobre su propia rodilla—. Mire usted lo que dice aquí. Lo recorté de un periódico dedicado a asuntos pesqueros. «El capitán Chayter —dice— del escampavía Morrell, perteneciente al fisco de los Estados Unidos y destinado al lago Erie, afirma que todos los peces se hallan este año en el lado canadiense». Y eso es verdad. De cada diez peces, nueve están allá. Ahora fíjese, señor Falkner —continuó con voz que hacía estremecer la pequeña cámara—. Los peces son peces. ¿No le parece? Y no tienen ninguna nacionalidad. ¿No es cierto? Y todo el mundo debería poder cogerlos donde los encuentre. ¿No es así? Pues la ley dice que no. La ley dice que los peces son ciudadanos. Los peces que se hallan a este lado de la maldita línea internacional son, de acuerdo con la ley, americanos. Y los que están al lado opuesto, canadienses. Por lo tanto, si un *sollo* cruza, por casualidad, la línea divisoria, inmediatamente se convierte en canadiense, según la ley, y nosotros ya no podemos cogerlo, aun en el caso de que naciera y se criara en el puerto de Erie. ¿Qué le parece? Un natural de Erie no puede atravesar esta línea para apoderarse de un pez fugitivo de Erie. Eso no es ninguna ley decente. Es una maldita estupidez. Y esa ley fue la causa de la muerte de Burton.

—El caso es que Burton salió a la mar una noche muy mala, para salvar sus redes,

y una oleada que barrió la cubierta se lo llevó —explicó el capitán Town—. Divisábanse ya a cierta distancia las luces de situación del escampavía y él, por consiguiente, tenía una gran prisa en salvar lo que pudiera de las redes. Así murió. El barco se escapó, pero no pudo lograrse otra cosa y la mujer y la hija de Burton quedaron en muy mala situación. Habló entonces el timonel.

—Y ella se dedicó desde entonces a trabajar como...

—¡Cállate! —ordenó el capitán Town—. No quiero que se diga eso,; Teddy... ¡Así me maten si alguien lo repite! Jim Falkner se inclinó para agarrar la mano del pescador pirata.

—Me parece comprenderlo —dijo con los ojos resplandecientes—. Es una muchacha valerosa.

—Pero aquello fue por poco tiempo —le interrumpió el pescador—. Alquilamos el buque de Burton a un individuo de Dunkirk y procuramos a la muchacha un buen empleo en una de las fábricas de conservas. Esto ocurrió poco antes de la huelga.

—¿Se acuerda usted de la gran huelga de dos años atrás? —preguntó Teddy, mirando por encima de su hombro—. ¡Dios mío...!

—Los que poseían un buque lo pasaron bastante bien —dijo MacGunn—. Pero los que no, sufrieron una temporada infernal. La mitad de nosotros nos vimos obligados a comer sopa de huesos... ¡Sopa de huesos! ¡Mil rayos!

—Y después de eso, vino una epidemia de difteria —dijo el capitán—. Fue un tiempo muy malo para algunos de nuestros pobres compañeros. Entonces la hija de Burton dio pruebas de quién era. Teddy respiró profundamente.

—Yo perdí entonces a mi pequeña Nell —dijo con voz ronca—. Habría perdido también a los demás, a tres y a mi mujer, de no haber sido por ella. Los cuidó perfectamente, les dio de comer. ¡Dios la bendiga! Sí, eso hizo. Les dio de comer.

—No fuiste solo, Teddy —dijo MacGunn mientras se suavizaba de un modo raro su aguda voz—. También los Stirnsons, los Rogers, la familia Walcott y una docena más. No supimos lo que había hecho por ellos hasta... Se interrumpió y reinó un corto silencio. Falkner prestaba oído al ruido del mar y aguardaba. Teddy, el timonel, miraba en línea recta hacia adelante, a la obscuridad de la noche. MacGunn se envolvía en nubes de humo. Poco después, el capitán Town terminó el relato que había empezado el otro.

—Nada supimos hasta que nos enteramos de que había vendido el buque de su padre —dijo—. Aquel individuo de Dunkirk lo compró por la mitad de lo que valía y, en cuanto nos enteramos, ella se había gastado todo el dinero en beneficio de los pobres de la flota pesquera. Ésa es, Falkner, la hija de Burton.

—Se lo devolvimos... después —añadió la voz contenida de Teddy—. Pero no quiso tomar un solo centavo más de lo que había gastado; ni un solo centavo.

—Cuidando a los Walcott contrajo, también ella, la difteria —añadió MacGunn—. ¡Dios mío, cómo rezamos! Y en los días críticos de la enfermedad, algunos abandonamos el trabajo para pasar unas horas en torno de su casa, esperando que

empezase su mejoría.

—De eso hace dos años —dijo Falkner después de una nueva pausa—. ¿Y qué hace ahora?

—Pues cuida a los enfermos —replicó MacGunn.

Teddy orzó un poco para coger el viento de frente y miró al capitán Town. El patrón del buque asomó la cabeza y los hombros al exterior de la cámara y del timón, y después de observar unos minutos la obscuridad que se extendía a proa, se dirigió allá.

Jim Falkner lo siguió. El viento había saltado al norte, era más frío, pero no tan violento. A cosa de una milla de la proa de estribor divisó dos o tres luces fijas, semejantes a estrellas, que se deslizaban rápidamente lago arriba.

Poco después se oyó a su espalda la voz del pequeño MacGunn.

—¿Qué es eso, capitán? —gritó.

—No es el barco —gritó Town por encima de su hombro—. Esas luces son demasiado altas para el Vigilant. Pasaremos a un cuarto de milla de su proa. Procurad que no se vea ninguna luz.

Y, al mismo tiempo, hizo sitio a Falkner en la proa y a su lado.

—Hoy los canadienses se hallan en sus puertos —le dijo—. Están persuadidos, sin duda, de que en una noche como ésta no sorprenderían a nadie. Pero me apostaría el cuello a que por lo menos valen dos mil dólares las redes que tengo por ahí. El capitán Town ejerció una vigilancia incesante hacia el norte. Una o dos veces, Jim Falkner le dirigió la palabra, pero aquél sólo le contestó con algunos monosílabos. Poco después fue a reunirse con Teddy y con MacGunn en la cámara del piloto.

—¿Se acuerda usted del buque Laughing Lass? —le dijo Teddy al verlo—. Aquel incidente fue causa de que se hablara de guerra. El joven periodista asintió, bajando la cabeza.

—Pues bien. Aquí mismo es donde el Petrel, en 1903, trató de hundirlo a cañonazos. Estaba pescando en las aguas vedadas del otro lado y quiso detenerse... El capitán Town le interrumpió, asomándose a la puerta de la cámara.

—Dile al maquinista que acorte la marcha, Teddy —gritó—. Ya estamos a la vista de la boya extrema. Tú, Sandy, prepárate para soltar la rastra. Falkner siguió a los dos hacia popa. Pocos días antes habría sentido un interés extraordinario por lo que iba a suceder, pero en aquel momento se notaba desprovisto de todo entusiasmo. Vio en la obscuridad el movimiento incesante de la boya internacional. Oyó los crujidos del aparato elevador de las redes, observó al capitán Town mientras, despacio, soltaba la rastra de las redes y se dio cuenta de la expectación que siguió. Sabía que el buque se hallaba entonces en aguas prohibidas, que todos eran piratas, sobre cuyas cabezas había ya cierto precio y que, en cualquier momento, un cañonero podía arrojarlos contra ellos. Pero tales cosas no le emocionaron como había imaginado. Sobre todo, las escenas que entonces vivía le produjeron la visión mental de otra noche, cuando el padre de la muchacha que se quedara en Presque Isle perdió la vida, quizá muy cerca

del lugar donde se hallaban en aquel momento.

Poco después observó que el barco avanzaba con la mayor lentitud. Parecía que, palmo a palmo, tanteaba en la obscuridad el camino que había de recorrer.

Entonces se oyó un grito del capitán y otro triunfante de MacGunn, y cesó el palpar de las máquinas. Comprendió que la rastra acababa de coger la red. Durante unos instantes observó el cabo, mientras lo estaba arrollando el crujiente cabrestante. No tardó en ver el extremo de una milla de red, que subía por la popa, y luego, sin que lo observaran los pescadores piratas, retrocedió a la tranquila obscuridad de la cámara del piloto. Media hora más tarde entró el capitán para tomar la pipa. Mientras encendía el fósforo, observó al joven doblado sobre sí mismo y tendido en uno de los asientos almohadillados.

—¡Hola, compañero! ¿Mareado? —preguntó.

—Me siento algo incómodo —replicó Falkner.

Cuando el pescador pirata daba la vuelta para alejarse, Jim Falkner se puso en pie de un salto y le cogió por el brazo.

—¡Capitán! ¿Puede usted decirme en qué fecha murió Burton? —preguntó.

—Un día antes del cierre de la estación, o sea el catorce de noviembre.

—Y hoy es trece —murmuró el joven, mientras el otro salía de la cámara del piloto—. ¡Dios, mío, Jerry, no hay tiempo que perder!

Silbó suave y alegremente, de un modo impropio del hombre que sufre mareo.

A primeras horas del alba el buque estuvo de regreso en Erie. En sus cajas guardaba dos toneladas de arenques y tenía las redes mojadas y enredadas. Pero el capitán Town no se quedó a bordo para observar la descarga de la pesca, ni el arreglo de las redes. En compañía de Jim Falkner se precipitó a tierra; tan apresuradamente iban los dos que casi corrían. Pocos minutos después, una vez se hubo quitado su chaqueta impermeable y su *sueste*, Teddy desapareció tras las fábricas de conservas.

Cuando llegaron a la calle del Agua, Jim Falkner y el capitán se detuvieron.

—¿Tiene usted la seguridad de que tendrá bastante tiempo? —le preguntó el primero.

—Al mediodía dispondré de veinte barcos y de cien hombres —declaró el pescador pirata—. Por nuestra parte, pondremos en pie de guerra a todo el mundo... si usted puede encargarse de lo demás, Falkner...

El enviado del Herald le tendió la mano.

—Juro no volver a mirar a la señorita Burton si no cumplo lo prometido —exclamó—. Recuerde usted que le he dado mi palabra de honor. Con la mayor prisa se dirigió a la ciudad. A una manzana de distancia miró por encima de su hombro y vio al capitán Town que subía al trote por la calle del Agua. Eran las seis cuando llegó a la estación telegráfica Wester Union.

—Supongo que no estará aquí el gerente —preguntó al empleado.

—No llegará hasta las ocho. El joven tomó un taco de papel y empezó a escribir. Cinco minutos después entregó el mensaje a través de la ventanilla.

—Es un asunto de la mayor importancia —explicó al empleado—. Y no quiero ahorrar unos centavos, pues deseo que llegue cuanto antes. Haga el favor de expedir este telegrama a Port Stanley, Port Burwell y Port Rowan, Ontario. Si el capitán Fitzgerald no está en ninguno de estos tres puertos, sírvase mandar un remolcador para que lo busque de uno a otro puerto, y Yo pagaré los gastos. Es preciso que reciba este tele-grama al mediodía, cueste lo que cueste. Mientras el empleado leía el despacho, silbó levemente, manifestando su asombro. Falkner había escrito lo siguiente:

Capitán Fitzgerald. Comandante escampavía Hacienda «Vigilant», Ontario: Esta tarde una poderosa flota de remolcadores saldrá de Erie en dirección a Port Dower, con la intención de rescatar los tres barcos pesqueros americanos recientemente apresados en aguas canadienses e internados en aquel puerto. Es probable que los barcos lleguen desde la dirección de Stromness. Para seguridad de responsabilidad del firmante, telegráfíe director del Herald, Detroit, o a W. P. Samson, M. Windsor.

J. A. FALKNER

Media hora después se recibía por el alambre del Herald la historia más sensacional del año entero. Describía minuciosamente el atrevido proyecto de un centenar de hombres que se proponían consumir una de las más emocionantes hazañas en la historia del Lago. Después de haber expedido una columna de material, el joven se sentó y esperó. Exhausto a causa de cuarenta y ocho horas llenas de actividad y sin dormir, quedó muy en breve sumido en un sopor, del que le despertó hora y media después el empleado. El Vigilant fue encontrado por un remolcador de Port Rowan, cerca de Long Point, y el mensaje fue entregado al capitán Fitzgerald.

Después de almorzar en su hotel, Falkner se dirigió a su habitación, mas no para dormir. Estaba decidido a visitar lo antes posible a la señorita Burton, aunque le constaba el hecho de que ella no le esperaba hasta la tarde. Se cambió de traje, se afeitó y, algo antes de las diez, apareció en Presque Isle. Un muchacho le indicó la morada de la familia Burton. Era una casita de aspecto muy cómodo, rodeada de arces. Un sendero enarenado, con arriates de flores a cada lado, conducía al amplio soportal. Mientras transitaba por él, Falkner pudo observar una magnífica vista del lago que había más allá. Al aproximarse oyó un silbido muy claro y musical.

»Debe de ser un hombre —pensó—. Espero que no.

De pronto descubrió el extremo de una falda más allá de la esquina de la casa. Siguió el sendero y un momento después se quedó inmóvil en tanto que su rostro era invadido por una oleada de placer y de indecisión. Encaramada en una escalera de mano y a cuatro metros de distancia, hallábase una mujer joven que vestía chaqueta y sombrero masculinos, a pesar de que por su espalda colgaba una brillante trenza de

cabello. Se ocupaba en pasar un pincel por la pared de la casita, silbando mientras trabajaba.

Cuando se volvió un poco para humedecer el pincel en una lata colgada en la escalera, vio a aquel joven que la casualidad le hizo conocer. Ahogó el silbido en su redondeada boca y, por un momento, le miró con fijeza, asombro y confusión, aunque en seguida rompió en la carcajada más alegre y dulce que jamás hubiera oído.

—Bueno. Ya me figuraba que ocurriría esto —exclamó—. Le dije a mamá que en cuanto saliera esta mañana a pintar aparecería usted. Y ha sido así. ¿Cómo está usted? Extendió la mano para ofrecérsela, riendo, y Falkner subió al primer travesaño para alcanzarla.

—Por nada del mundo me habría perdido esto —dijo mirándola a la cara—. Está usted muy hermosa subida ahí. Además, he venido a tiempo para ayudarla. Podría encargarme de mezclar el color...

—Ya está mezclado —exclamó ella—. Viene preparado en botes. Se volvió para mostrárselo y, al hacerlo, volcó un tanto el bote de pintura, que arrojó el contenido a lo largo de la escalera, manchando la punta de una de las botas de Falkner. Ella le miró con fingido susto.

—Me alegro —dijo Falkner apeándose—. Así tendrá usted que dejar de trabajar.

—¡Oh! Tengo una docena de potes en la cocina —replicó ella—. También otro pincel... y otra escalera. Si me ayuda usted a pintar ese lado le permitiré quedarse a comer. El corazón de Jim empezó a latir de alegría. La joven bajo y examinó con ojos críticos el trabajo realizado. Habíasele caído el sombrero, y Falkner se situó a pocos pasos de ella para contemplarla sin ser observado.

—Está bonito, ¿verdad? —preguntó ella volviéndose a Jim—. Pintaré esa pared de color pardo rojizo, porque... —sus ojos miraban con la mayor travesura— ésta es la moda en los trajes de señora del año actual, como ya sabe —añadió—. Para empezar pinté la valla. El señor Tubbs nuestro vecino, me dio un color hecho en su casa y era... bueno, algo semejante a pasta. Hágame el favor de no mirar la valla.

Pero Falkner se volvió para contemplarla.

—Yo me encargo de este trabajo, y le pintaré la casa entera... Si me da usted pronto de comer —replicó.

—Y, ¿por qué pronto? —preguntó ella frunciendo sus rojos labios—. ¿Tiene usted hambre o prisa por marcharse?

—He venido esta mañana, señorita Jo, porque no habría podido hacerlo por la tarde —dijo el joven Tengo una cita muy importante a la una en punto y...

—En tal caso, no pintaremos —le interrumpió ella.

—Pero vendré a ayudarla a usted cada día, durante una semana, desde mañana, si usted me lo permite. Y lo pintaré de color pardo cobrizo, de rojo, o... pero, no. Ha de ser pardo, porque así es el color de su cabello, muy bonito por cierto. ¿Me dejará usted venir, señorita Jo? —preguntó en tono suplicante.

—Tendré que preguntar a mamá —dijo ella mirándole sonriente—. Tal vez...

bueno, vamos adentro y se lo preguntaremos. Supongo que no le importará entrar pasando por la cocina...

Cuando Falkner se reunió con el capitán Town, a la una en punto y ante la casa de fachada de piedra de la calle del Agua, le comunicó sus sentimientos.

—He ido a visitar a la señorita Burton —dijo—. Nunca conocí a otra muchacha igual.

—Ni la conocerá usted tampoco —declaró el pescador pirata—. Después de Laura, es decir, de la señora Town, es la muchacha más bondadosa de cuantas existen.

Le acompañó al cuartito en que el joven fue admitido el día anterior.

—Bueno. Tenemos veintisiete barcos y ciento sesenta hombres. Los buques que usted necesita tienen ya presión de vapor y están dispuestos a salir en cuanto se les ordene. ¿No permitió usted que la señorita Burton se enterase de algo?

—Únicamente le conté una parte del proyecto —dijo Falkner—. Me rogó que le permitiéramos acompañarnos y hasta dijo que la señora Town vendría con nosotros si usted se lo consentía.

—¡Dios mío, Falkner! ¿Cómo se pondrá la señorita Jo con nosotros cuando descubra la razón de nuestro proyecto? —exclamó el capitán—. Si no fuese por la madre...

Se encogió de hombros y despidió de su pipa enorme nube de humo.

—¿Ha fijado usted el rumbo, capitán?

—Aquí está.

El patrón del barco de pesca señaló con el pulgar un mapa muy usado que colgaba de la pared.

—Nos dirigiremos al norte, en busca de la línea internacional, la cual seguiremos por el lado americano hasta que nos hallemos frente a Dunkirk. Los buques canadienses no tendrán más remedio que vernos durante nuestro viaje.

—Y ¿a qué hora saldremos? —Son sesenta y cinco millas, de modo que deberíamos zarpar dentro de una hora.

—Eso me dará bastante tiempo para ir al lado opuesto de la ciudad y telegrafiar algunos párrafos a mi periódico —dijo Falkner—. Me reuniré con ustedes en el muelle.

De nuevo se encaminó a la oficina telegráfica y encontró un despacho que le aguardaba. Era de W. P. Samson, Miembro del Parlamento, Windsor, y decía:

¿Qué demonio es eso? El capitán Fitzgerald, del Vigilant, nos pregunta quién es usted y si es digno de confianza. Contestado que sí. ¿Tiene usted algún apuro?

SAMSON

—¡Hurra! —exclamó Jim Falkner. El empleado le miró con la mayor sorpresa a través de la ventanilla.

—¿Buenas noticias? —preguntó—. ¿Tal vez dinero de su padre?

Trazó en un papel unas palabras de agradecimiento a Samson W. P. y escribió apresuradamente media columna de detalles para el Herald. Al llegar a los docks vio que el capitán Town se adelantaba a su encuentro.

—El Vigilant ha mordido el anzuelo —dijo al pescador pirata—. Lea eso.

Le dio el telegrama de Samson y cuando ambos hubieron llegado junto al barco, el capitán Town lo leyó en voz alta al pequeño grupo de hombres reunidos allí. Los rostros de todos se dilataron sonriendo y cada uno de ellos estrechó con fuerza la mano de Jim Falkner.

Media hora después, seis de los remolcadores de mayor calado y los más rápidos de Erie salieron del puerto.

Al pasar junto a Presque Isle, Falkner se hallaba en puente de mando del remolcador y miró hacia la casa de Burton. Pronto vio una figura que descendía por la playa hacia el borde del agua y, con alegre grito, agitó el sombrero sobre su cabeza. Luego, algo se elevó en el aire, por encima de la lejana muchacha. Por un instante ondeó, apenas visible; después aquello fue recogido por una racha de aire y todos los tripulantes de la pequeña flota reconocieron la bandera americana.

Desde la cámara del piloto, el capitán Town gritó una orden a su maquinista, y un desgarrador silbido del barco contestó al saludo de la señorita Burton. Un momento después fue alcanzado por los demás remolcadores, hasta que todos quedaron rodeados por una nube de vapor que ocultó la distante orilla a los ojos de Falkner. Pero cuando se reunió con el capitán del barco de pesca pirata, en la cámara del piloto, había en su rostro una intensa palidez que él mismo ignoraba.

Aquella tarde, una extraña flota atravesó la línea internacional. De acuerdo con los planes de Jim Falkner, aquellos seis remolcadores iban uno tras otro en línea de combate, y el humo más negro que pudo producir el carbón bituminoso se arrastraba por el mar tras ellos. A hora avanzada de la tarde, una embarcación de poco calado, que según se vio era un crucero auxiliar canadiense, fue divisado en altar mar. Durante una hora navegó paralelamente con ellos, con rumbo al este; Y en cuanto se hizo la obscuridad, sus luces de situación demostraron que iba aumentando su velocidad en dirección a Port Dower.

Frente a Dunkirk, el remolcador alteró un punto su rumbo, entre Stromness y Port Dower. A las nueve, con un cielo muy claro, hallábanse en el borde de la Outer Long Point Bay. Y, a gran distancia, brillaban débilmente las luces de Port Dower.

Media hora después el remolcador, con poca presión abandonó aquella línea y, en silencio, se encaminó hacia Stromness. Ambos buques tomaron el rumbo de tierra. Era casi medianoche cuando volvieron a reunirse con la flota. El remolcador dio

cuenta de que el crucero auxiliar permanecía al paio, aunque con las calderas encendidas, entre Port Dower y Normandale. El Vigilant fue visto dos millas más allá de Port Dower. Ambos cruceros estaban de observación, dispuestos a atacar a la pequeña flota en el momento en que entrase en el puerto.

Durante dos horas más, los remolcadores continuaron silenciosamente en la Outer Bay. Luego, se hizo de nuevo el reconocimiento. Los cruceros no habían cambiado de posición. Poco después de las tres el remolcador abrió la marcha en línea recta hacia Port Dower y, simultáneamente al movimiento de aquéllos, el crucero se alejó de Port Dower. Milla tras milla y a corta velocidad, la flota de remolcadores se aproximó al puerto en que se hallaban apresados los barcos americanos. Al amanecer se encontraban a media milla de la ciudad. Entonces el buque en que viajaba Falkner se dirigió hacia el este. Formados todavía en línea de combate pasaron atrevidamente por delante del Vigilant, dieron un simultáneo silbido con sus pitos, y en tanto que sus tripulantes proferían alegres y roncós gritos, dirigieron el rumbo hacia la ciudad de Dunkirk.

A la misma hora, en las aguas canadienses, que nadie guardaba, a cuarenta millas de distancia, veintiuno de los barcos pesqueros de Erie hacían la pesca más importante de toda la estación. Al llegar al puerto llevaban consigo cincuenta y dos toneladas de arenques canadienses, y aquella tarde el gerente de una de las más importantes fábricas de conservas entregó al capitán Town un cheque por valor de seis mil dólares.

Aquella noche una diputación de pescadores piratas Presidida por el capitán Town fue a visitar a la señora William Burton. Jim Falkner los acompañó hasta que Pudo ver las luces de la casa de Josefina. Entonces se detuvo. Por unos momentos él y el capitán de los pescadores piratas estuvieron solos y sus manos se unieron cordial y fuertemente.

—Falkner —dijo el patrón del remolcador—, este Proyecto lo ideó usted y quiero decírselo así a ellos. Deseo que la señorita Jo sepa que lo más importante de cuanto ha ocurrido en Erie se debe a una idea de usted. Quiero...

—Ella no me perdonaría jamás, capitán —interrumpió el joven—. Y hasta creo que no me permitiría volver a visitarla. Consideraría la cosa como un acto de caridad y se opondría con todas sus fuerzas. Recuerde usted que eso se ha hecho en beneficio de la madre. Es un rescate de seis mil dólares, que hemos tomado a los canadienses, en compensación de la muerte de Burton, y esta cantidad procede de los pescadores de Erie. Hágame el favor de permitirme quedar al margen del asunto.

El capitán Town fue a reunirse con sus compañeros que le aguardaban, y Falkner les observó hasta que hubieron penetrado en la casita. Entonces se guareció a la sombra de un árbol y esperó. Sintió el irresistible impulso de penetrar en la casita y rogar a la joven que quisiera compartir su vida con él, pero el rumor de algunas voces

que oyera de un vecino seto le despertó de su sueño. Transcurrieron varios minutos antes de divisar a dos personas que se acercaban a él y entonces reconoció en una de ellas a la señorita Burton. Su compañero era un muchacho alto, guapo, atlético, que no había cumplido los treinta y cinco años. Cuando estuvieron a pocos metros de Falkner, aquel hombre atrajo hacia sí a la muchacha y con acento conmovido le dijo:

—La amo, Jo. ¿Querrá darme su respuesta esta noche? No sé por qué me figuro que ha cambiado usted mucho desde que conoció a ese Jim Falkner. Tengo miedo. ¿Le quiere usted? Aunque el joven reportero no tenía la costumbre de escuchar conversaciones ajenas, no tenía adónde irse; después de lo que había oído tampoco podía pensar en revelar su presencia.

La joven titubeó un momento y luego dijo:

—No. Es un muchacho que me gusta... Pero no le, amo. En cambio, estoy dispuesta a casarme con usted en cuanto lo desee.

Siguieron andando lentamente, pero Jim Falkner continuó en su escondrijo, sin darse cuenta del rápido transcurso del tiempo. Una hora después se abrió de nuevo la puerta de la casita y los visitantes iniciaron la salida. En cuanto atravesaron el umbral se reunió con ellos.

—Nos ha costado mucho —dijo el capitán Town— pero al fin persuadimos a la viuda a que aceptara. —Luego, observando el rostro del joven, el capitán continuó—: Pero ¿qué...?

—Me alegro, capitán. Me alegro mucho. Así resultará todo más... fácil para ella.

Capítulo IX

El ejemplo

CARAMBA! Éste es un asunto interesantísimo —exclamó el director del periódico—. Bien hice en encargarlo a Jim Falkner. Luego, aquel gran hombre, pues en el Herald no había nadie a quien los reporteros respetasen tanto como a él, arrojó sobre la mesa del propietario una historia que el reportero más joven estaba recogiendo, mediante los alambres telegráficos, y que se desarrollaba a doscientas millas de distancia.

—Ahora comprenderá usted por qué le mandé a él. Haga el favor de leerlo, Fred.

»Era la quejumbrosa y sollozante voz de cinco mil seres humanos que dominaba el trueno del mar, un Profundo rugido de los hombres, acentuado por los agudos chillidos de las mujeres, ruido que creció más y más durante varias horas, hasta extinguirse aparentemente todos los otros. Las rachas de viento no se oían ya y donde las olas rompían, casi a los pies de aquella multitud, se oía tan sólo un murmullo apagado.

»Hora tras hora, aquella muchedumbre estuvo allí, contemplando una de las más terribles tormentas que se han conocido en el lago Míchigan. A veces la gente oraba, pero, con mayor frecuencia, maldecía. Incluso las mujeres expresaron a gritos, ante la poderosa fuerza del terrible huracán, la esperanza, el horror y la maldición de aquella multitud, que cambiaba incesantemente los individuos que la formaban, pero que siempre, para quienes saben observar, mostraba el mismo conjunto de seres humanos retorciéndose en la locura de la desesperación. Todos ellos estaban calados, exhaustos y sin esperanzas. Calados por la helada espuma que les arrojaba el huracán, exhaustos y delirantes por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos y tan desesperanzados como...

Una voz dijo aquello, en un chillido impregnado de locura; y era una voz femenina. Aquella mujer estaba acurrucada sobre la arena, y la espuma de las aguas caía sobre ella a raudales. Su largo cabello negro se adhería al cuerpo en húmedas masas, sus ojos estaban llenos de insano furor, sangraban sus labios. Había blasfemado contra Dios... y maldecido a los hombres que estaban a su espalda. Un viejo de cabello y barba blancos se agarró al traje de ella y la acompañó en sus sordas

imprecaciones, aunque, muy a menudo, murmuraba una oración con voz imperceptible, mientras sus ojos, enrojecidos por los granos de arena, miraban desesperados hacia el rabioso mar.

»Cuatrocientas, quinientas yardas más allá, había un buque, al que destrozaba la tempestad, una masa de acero negro, de ocho mil toneladas, más o menos. A su bordo hubo treinta seres humanos, semejantes a los que componían la vigilante multitud, pero a la sazón ya no quedaban más que seis. Los observadores podían verlos... Cuatro de ellos se encaramaron como hormigas a la obra muerta y dos más oscilaban colgados en el extremo del andarivel de popa. Entre ellos dos y los otros cuatro habíase partido el buque por la mitad, hundiéndose por el centro, y el mar circulaba furioso por encima de la rotura originando un tumulto amenazador, dominado, sin embargo, por el largo y lloroso quejido de las voces humanas.

»Pero nadie se atrevió a más, ni se hizo ningún esfuerzo por salvar a aquellos hombres. Tal vez un bote podría atravesar el mar, pero apenas existía una probabilidad contra mil de no perecer en la empresa. Incluso el pequeño grupo de hombres de la estación de salvamento de náufragos, situada a un tercio de milla de distancia, creían una locura aventurarse con la esperanza de alcanzar aquella remota probabilidad de éxito: La multitud maldecía y amenazaba, pero nadie se ofreció a sí mismo en sacrificio, excepción hecha del viejo de barba blanca, que se había arrodillado en la arena, al lado de aquella mujer. Era un capitán retirado, llamado McVee. Y en cuanto a la mujer que se había unido a él en sus exhortaciones, era una desconocida en aquella localidad.

»—Es inútil, capitán —dijo el patrón de la lancha salvavidas al anciano—. No podríamos resistir dos minutos siquiera en ese mar. La muerte sería segura.

»—¡Mentira! —gritó el viejo—. ¡Mentira! ¡Tiene usted miedo...! ¡Miedo!».

El propietario del Herald dejó, con el mayor cuidado, sobre la mesa, las hojas de color amarillo, se quitó lentamente las gafas y se disponía a hacer un comentario, cuando un mensajero penetró en la estancia llevando las subsiguientes noticias que acababa de comunicar el palpitante alambre:

»El capitán McVee regresó junto a la multitud, en tanto que aquella jadeante mujer de fieros ojos le seguía, gritando a los hombres:

»¿Quién quiere ir con él? ¿Quién quiere acompañarle en una tentativa de salvamento?». Su flaca voz apenas se oyó y, retorcida por el viento, se convirtió en un sonido ininteligible. Las mujeres contuvieron sus sollozos y sus gritos, y los hombres retrocedían en silencio, dando paso al anciano. Los que maldijeron la cobardía de los hombres de la estación de salvamento, guardaban ahora silencio. La mujer se había arrodillado donde la espuma del mar caía a torrentes sobre ella y

tendió sus brazos hacia el buque.

—¡Joe...! ¡Joe mío...!

»Solamente el viejo capitán pareció haber oído su lastimero grito. Rodeó con su brazo flaco y tembloroso los hombros de la pobre mujer. El viento rodeó el cuello de él con el largo cabello de la desdichada, pero en aquel momento se consumó la rotura del buque y ella se alejó de allí seguida del anciano, que no soltaba su vestido. Había dos hombres suspendidos del andarivel de popa. En la proa eran visibles otros cuatro. No quedaban más que seis... de treinta. Algo debió de estallar en la cabeza de aquella pobre mujer, que se tambaleó cual si fuese a desplomarse al suelo, pero, a ciegas, se agarró con sus manos al anciano marino, en busca de sostén.

»Hubo entonces un momento de terrible silencio. Desde la distante estación de salvamento de náufragos, la multitud, formada por millares de individuos no era ya más que una línea negra inmóvil. En un momento se acallaron todas las voces y las miradas de todos se fijaron en el naufragio. La porción de popa del buque, donde los dos hombres estaban suspendidos, se hundía ya. Desaparecía palmo a palmo, con una lentitud terrible y torturadora. La multitud presenció la muerte de otras veinticuatro almas humanas, pero como fueron tragadas por un violento y enorme golpe de mar, borráronse rápidamente los detalles de su muerte. Pero aquí era distinto. Aquello era la muerte medida por pulgadas.

»La proa del buque continuaba sólida y resistente y soportaba bien los ataques del mar. El andarivel que, partiendo de la proa, llegaba hasta la cámara de popa, continuaba entero, y la multitud se estremeció ligeramente al ver que uno de aquellos dos hombres se ponía en pie, elevando los brazos sobre su cabeza. Más allá de aquella playa había una negra y humosa ciudad de gente del lago y los congregados en la orilla sabían lo que iba a suceder. La excitación fue causada principalmente por las mujeres y algunos hombres, pero más que nada mujeres, que volvieron el rostro para no presenciar aquel espectáculo. Eran capaces de contemplar la muerte de determinados modos sin pestañear, pero no se sentían con fuerzas para ser testigos de aquel espectáculo.

»Por un breve espacio de tiempo, aquel hombre siguió allí, como una gárgola, inclinándose sobre el extremo de la cocina. A través de la niebla gris formada por las oleadas que el viento pulverizaba, no se podía observar ninguno de sus movimientos; lo menos estaba a cuatrocientas yardas de distancia. Sin embargo, los que tenían mejor vista notaron que había vuelto la cabeza hacia su compañero, quien presentaba el aspecto de una mancha informe, adosado como estaba a un pescante. Uno de los espectador es de tierra, que poseía un antejo, declaró que aquella mancha era en realidad un muchacho.

»Luego, el hombre que se había puesto en pie se inclinó un poco más, lenta pero perceptiblemente. Ocupaba ya casi una posición horizontal, cuando empezó a deslizarse hacia el espumante mar. Por unos instantes quedó oculto en un estruendoso remolino de espuma. Luego, la multitud volvió a verle, oscilando como un juguete

colgado de un cordel y a cosa de cien metros de distancia del puente de mando. Avanzando una mano tras otra; recorría el andarivel con el mar a tres metros bajo su cuerpo, a veces sintiéndolo en los talones, viéndose obligado en otras a encogerse y a agarrarse con mayor fuerza, cuando le llegaba a las piernas. En algunos momentos se dobló como cuchillo que se cierra y así escapó a la furia de las olas que corrían por debajo, pero, tras de cada uno de aquellos esfuerzos, sus piernas estaban suspendidas a menor altura. Había recorrido ya la tercera parte de la distancia. Llegó a la mitad. La mancha agarrada al pescante se alargó y luego se acercó a rastras hacia el cable, poniéndose al fin de rodillas. El muchacho se disponía a emprender el camino a lo largo del andarivel.

»Las mujeres dieron entonces un chillido de angustia, de aviso, pero fue tragado y ahogado por el viento. Aquel desgraciado no tenía posibilidades de salvación. Comprendíanlo perfectamente los millares de personas que observaban y, de nuevo, un murmullo de horror se elevó sobre el tumulto del mar.

»El muchacho avanzó como lo hiciera antes su compañero y se agarró también al cable. Por un minuto esperó y observó la figura que luchaba y que, a la sazón, se hallaba a unos veinte metros del puente de mando. Avanzaba con terrible lentitud. Un minuto después se detuvo con los brazos y las manos tendidos, cual si estuviesen cargados de plomo. Una oleada le alcanzó a la cintura y por unos instantes lo, sacudió y lo retorció como si fuese un trapo colgado de la cuerda. Llegó otra oleada y, al retirarse, ya nadie pudo ver a aquel hombre en el andarivel. El muchacho retrocedió, en tanto que multitud observaba, presa de extrañamiento. El naufrago, mientras tanto, agarró el brazo del pescante y de nuevo se confundió con él, hasta convertirse en una mancha disforme e inanimada.

»La mujer arrodillada en la arena se puso en pie, tambaleándose, y continuó así aunque insegura de su propio equilibrio. Era una mujer joven y, a excepción de las manchas rojas de sus labios, tenía el rostro mortalmente pálido. Su cabello y sus ojos podrían haber justificado que los hombres la llamasen hermosa. Volvióse hacia la multitud, pero no se fijó en ningún detalle. No vio más que una masa de pálidos rostros. En su corazón sintió un odio intenso por todos ellos. Tenían miedo... miedo. Tales palabras ardían en su cerebro, sus labios temblaron con ellas, pero no emitió ningún sonido.

»—¡Cobardes...! ¡Cobardes...!

Terminaba aquí el relato de Jim Falkner, referente al naufragio del Osceola. No contestó a las urgentes peticiones de más pormenores, aunque las prensas del periódico esperaron hasta el último momento. Sin embargo, el Herald pudo recibir el resto de la historia gracias a la Prensa Asociada:

»Un joven, que había contemplado el naufragio mediante un anteojo, salió de la negra línea de gente, a lo largo de la playa, con objeto de auxiliar a aquella mujer. Ésta se acercó a él y se abrió paso por entre la muchedumbre, pronunciando repetidamente aquellas mismas palabras: “¡Cobardes...! ¡Cobardes...! ¡Cobardes...!”. El joven la siguió. Atravesaron la negra línea de la multitud y, en su prisa, dispersaron un grupo de niños asustados, reunidos a cierta distancia, detrás del gentío. Ambos se dirigían hacia la estación de salvamento de náufragos, pero ni ésta ni el grupo de hombres indecisos que allí había fueron divisados por la mujer. La idea que ardía en su cerebro se lo impedía. Corría cada vez más aprisa, según se figuraba, pero lo cierto era que a cada uno de sus pasos se hundía más en la arena. Y al dejar atrás la estación, se cayó entre unas dunas, quedándose como muerta.

»Pero su cerebro seguía funcionando. Por un instante franqueó la distancia de un centenar de millas. En su momentáneo delirio, vio una casita, su hogar, con sus árboles y su jardín. Vio la habitación de él, con sus fotografías de barcos, sus mapas y sus numerosos recuerdos de los lagos que había cruzado. Ella había ido a vivir en aquella casa, con su modesta comodidad y su atmósfera de economía. Había abandonado una vida de lujo para compartir aquella casita con un hombre que... pronto sería capitán. Tal era su historia. Pero el hombre fracasó en parte. No había llegado a capitán, cosa que le entristecía en extremo, principalmente a causa de la mujer.

»—Tú eres rica, Juana —había dicho en su última y corta visita a su mujer—. Tenías todo lo que el mundo es capaz de darte, y yo te traje a vivir aquí. A veces... a veces me arrepiento de ello.

»Esta última escena pasó con la rapidez del rayo por el cerebro de aquella mujer tendida en la arena. Ella le había rodeado el cuello con los brazos, sonriéndole feliz y diciéndole que existía una cosa que el mundo no le dio nunca en sus tiempos de riqueza... Era el amor. Después que él había regresado a su buque, la mujer se sentó a llorar... por dos razones, pero principalmente por una. Siempre parecía existir aquel abismo entre ambos. Mil veces ella trató de franquearlo. ¿Qué le importaba cuanto había abandonado, mientras tuviese a su marido? Él había fracasado; por lo menos así se lo figuraba más para su mujer no existió el fracaso. Le amaba, quería también el nido que en aquella casita él le preparara y hubo ocasiones, cuando pasaba revista a sus pensamientos, en que lamentó el día en que nació en una lujosa mansión y no en otra casita como aquélla, rodeada por las lilas que llegaban casi a su viejo y gris tejado. Luego, un día, ella tuvo una emoción repentina, al darse cuenta en su alma de que otra alma, el embrión de una nueva vida, había aparecido en su propio ser y quedó penetrada de aquella extraña y tranquila alegría que siempre permaneció en ella. ¡Cuánto deseaba decírselo a su marido, cuánto deseaba verle y comunicárselo, con el rostro apoyado sobre su pecho! No se lo escribió. Esperaba, día tras día, y, al

fin, impulsada por su extraordinaria y palpitante alegría, había ido a su encuentro... deseando sorprenderle... en un puerto situado a cien millas de distancia. Entonces llegó la tempestad, hubo la tentativa por parte del buque de ganar el puerto, y se encontró con aquel bajo traidor, más allá del rompeolas. Todo ocurrió ante sus propios ojos, que, muy pronto, también, contemplarían el fin de la tragedia.

»Se tambaleó para ponerse en pie y echó a correr, desesperada, hacia donde rompían las olas del mar, con los ojos extraviados y casi loca. ¡Si, por lo menos, pudiese comunicárselo a él! ¡Si pudiese decírselo! Extendió los brazos y lo llamó una y otra vez. Corrió a lo largo de la playa, mirando, escrutando, con un insano fulgor en sus ojos, mientras profería su nombre lastimeramente. ¡Si por lo menos pudiese llegar hasta él, morir a su lado... y decírselo! No se le ocurrió la posibilidad de que su esposo hubiese muerto con los otros veinticinco. Creía firmemente que estaba aún allí, con los cinco supervivientes.

»Corrió más y más, hasta que llegó a una especie de canal que dividía las dunas y que llegaba a la parte posterior de un cobertizo destinado a guardar embarcaciones. Saltando a impulsos de las aguas, flotaba un esquife atado a una argolla de hierro y un remo viejo. Cuando el joven la alcanzó, estaba arrodillada al lado del remo, mientras sus dedos temblorosos hacían inútiles esfuerzos para desatar los nudos.

»—¡Joe! ¡Joe! ¡Ya voy, Joe!

»Jim Falkner la cogió por el brazo. Ella no oyó su voz, pero vio que movía negativamente la cabeza.

»—Voy a embarcarme —le gritó—. Voy allá... Voy.

»Su compañero volvió el rostro hacia el mar. Por un momento continuó en pie; algo que caldeaba su alma dominaba su razón. Si ellos salían, ellos dos, siendo uno de ellos una mujer, ¿encenderían una chispa de valor en aquellos millares de personas? La desdichada insistía animosamente en deshacer el nudo y, sollozando, solicitaba la ayuda de él. Hasta ayer había sido para él una desconocida. En aquella playa pudo averiguar una parte de su historia y se alegró con ella de la felicidad que había de sentir a la llegada del buque. La sangre de la gente del lago era dominante en él. Ardía entonces. En sus miembros palpitaba una nueva vida y, volviéndose de espaldas a la mujer, empuñó un cuchillo y cortó la cuerda.

»Juntos subieron al inquieto esquife y el joven empuñó los dos remos. Allí describía la playa una curva equivalente a la cuarta parte de una circunferencia y el viento, que soplaba de frente hacia los botes salvavidas, ayudó a la frágil embarcación y la impulsó mar adentro. La mujer estaba acurrucada en la popa, agarrando con las manos las regatas. La mortal palidez había desaparecido ya de su rostro y tenía los labios entreabiertos. Un calor febril ardía en sus mejillas y sus ojos estaban luminosos de excitación, esperanza y ansiedad. Miraban por encima y más allá de su compañero, hacia el buque náufrago, cuyo tamaño aumentaba por momentos. Pudo divisar el puente de mando, como una roca gris surgiendo de las aguas, y sobre ella unos puntos negros que eran hombres. Uno de ellos, es decir, uno

de los cuatro que quedaban, era Joe, su Joe. No razonó nada más. ¡Y ella iba a su encuentro! Dejó de agarrarse a las *regalas* para tender los brazos y el viento desgarró su chillido de saludo. ¿La vio él? ¿La reconoció? Oyó ella entonces la voz de su compañero, que gritaba para recomendarle precaución y se dejó caer sentada, casi tendida, recordando que acababan de decirle que así lo hiciera. Por un momento volvió los ojos hacia su compañero. Luchaba magníficamente como un gigante. Hacía avanzar y retroceder sucesivamente los remos y ella observó aquellos movimientos. Y sonrió, sonrió en su locura, hasta que su rostro pudo parecer lo más hermoso que Jim Falkner había visto en su vida. Entonces sus ojos resplandecieron con nuevo valor y sus brazos maniobraban con mayor fuerza.

»Desde la orilla la multitud de millares de personas la multitud de millares de personas descubrió aquel esquife y, de nuevo, volvieron a oírse sus gritos monótonos, ahogados por el viento y el trueno del mar. Aquella línea negra se movió. El grupo, situado al lado del bote salvavidas, se dividió en una docena de unidades. La gente se movía rápida, a lo largo de la playa. Pero la mujer del esquife no vio nada de eso. Otra vez sus ojos estaban fijos en el buque náufrago. No comprendió la existencia de peligro alguno en la furia del mar que a cada momento amenazaba tragarlos; los violentos ataques del agua y la espuma de la cresta de las olas, sólo le causaban una sensación momentáneamente desagradable; el viento, que hacía flotar su largo cabello e impedía casi respirar a su frágil cuerpo, era la bendición de Dios, Esto fue lo que se dijo aún, en su loco olvido de todas las cosas que no fuesen el buque náufrago y los hombres que todavía quedaban a bordo. Aproximábase a ellos por momentos, cada vez estaba más cerca y cada racha de viento los empujaba más y más hacia su objetivo, hasta el punto de que llegó un momento en que el joven maniobraba ya con sólo un remo, empuñándolo con ambas manos y con el magnífico ímpetu de la juventud en aquel esfuerzo supremo.

»Los que estaban a bordo del buque náufrago los vieron. A través de la cegadora espuma del agua la mujer notó que uno de ellos levantaba el brazo. ¡Era su marido...! ¡Su Joe! Él la reconoció... Comprendió que se le acercaba. Poco importaba que aquel hombre no fuese más que un puntito para ella, un ser humano que se movía y que agitaba el brazo. ¡Era Joe! Y él la reconoció. En su locura ella lo creyó así, y extendió de nuevo los brazos gritando su nombre. Se tambaleó como si algo se agarrase a su cuello, impidiéndole respirar, y luego se cayó de bruces de modo que su suelto cabello cubrió los pies del que remaba. Poco después ella le oyó gritarle algo y se esforzó en ponerse de rodillas. El negro costado del buque se hallaba ya muy cerca. Dos hombres estaban allí, asomados, a pesar del batir de las olas y con los brazos tendidos para recibirlos, A través de la blanca niebla la mujer vio un rostro, un semblante penetrado del terror que se puede sentir una vez en la vida, pero no dos y a través de aquella niebla, percibió un grito... ¡El nombre de ella!

»La pobre mujer luchó por sostenerse en pie, oscilando entre la vida y la muerte, y Jim Falkner abandonó su asiento y la agarró por las rodillas para protegerla.

»—¡Joe! —gritó.

»Tendió los brazos hacia arriba, cuando el esquife chocaba contra aquel muro de acero, y luego algo la levantó, más... más..., y aquel algo la sacó de la humedad, y ella comprendió que estaba cerca, apretadamente cerca de los brazos de un hombre poderoso...

»En la playa un viejo se volvió y gritó:

»—¡Gracias a Dios, han llegado sanos y salvos!

»Entonces surgió un rugido de la multitud, en el momento en que el bote salvavidas se hacía a la mar, cargado de hombres. Lo que, en un frágil esquife, pudo hacer un hombre solo podían realizarlo también media docena de remeros. Jim Falkner les había dado el ejemplo».

El oficio de reportero para el Herald o para otro periódico cualquiera se hizo de pronto repulsivo para Jim Falkner después de aquel naufragio y de aquel salvamento. El atractivo de los mares interiores se hacía sentir de nuevo sobre el joven, y aquella vez de un modo irresistible. En adelante quiso ser uno de los que, trabajando, toman parte en aquella vida y no un sencillo espectador.

Capítulo X

El capitán del «Christopher Duggan».

A bordo de uno de los buques que surcan los mares interiores, la vida es usualmente monótona y rutinaria. El marinero duerme, se levanta, come, trabaja y luego a dormir; este programa es siempre el mismo, día tras día, desde marzo hasta diciembre, exceptuando los días que, pasan en los puertos, que son los menos posible y están dedicados a la rápida carga y descarga. Entonces cesa aquella monotonía mortal y reina febril actividad entre todos los que están de servicio o han de obedecer a una llamada repentina durante las veinticuatro horas del día. Muchos marineros no son más que obreros durante toda su vida. Por lo común, las aventuras y las actitudes románticas están muy lejos de la existencia de los oficiales y de sus hombres y, por lo tanto, no hay ninguna explicación posible acerca del hecho de que Jim Falkner tropezara con tantas aventuras y figurase tanto en románticos episodios durante su corta carrera en los lagos, antes de convertirse en reportero. Desde luego, como periodista había tenido ya algunas oportunidades excepcionales.

Sin embargo, habían de pasar tres años ordinarios y monótonos desde que el joven dimitió su empleo periodístico y volvió a adoptar, casi de un modo inconsciente, la carrera de su heroico padre, último patrón del Bannockburn. Jim Falkner pertenecía a la raza de los habitantes del lago, y la vida en otro lugar cualquiera, exceptuando las cercanías de los océanos de agua dulce de América, no era comprensible para él.

Durante el último de aquellos monótonos tres años, navegaba en el Waverly — barco de diez mil toneladas que se dedicaba al transporte de menas— en calidad de segundo piloto y al mando del capitán Ben Leonhard. Incluso los jóvenes que tanto prometían, como Jim Falkner, tenían que progresar lentamente en su carrera, pues en los lagos existe la ley escrita, y la no escrita, de que nada práctico hay que pueda substituir a la verdadera experiencia de a bordo.

En torno del patrón del Waverly había una aura de romanticismo, misterio y aventura que atrajo mucho al joven Jim Falkner. Precisamente, el relato del primer mando del capitán Leonhard indujo a Falkner a solicitar el puesto que ocupaba. Por todos los lagos, y en cuantos lugares el azar reunía a oficiales o marineros, era

conocidísima la antigua historia del Christopher Duggan. En el club de Duluth, el viejo capitán Haynes se la había referido a Jim Falkner.

»—Mi padre ha muerto.

»Dominando los crujidos y los estallidos de los troncos rodeados de hielo que había en el exterior y los truenos del mar al arrojar los diminutos diablillos de hielo en torno del buque náufrago, llegó la voz de la joven, firme, casi triunfante, a los oídos de los desencajados y pálidos hombres que empuñaban sus hachas y sus ganchos para el hielo, bajo el resplandor de la luz oscilante del camarote. Sus ojos, llenos de agua, divisaron la forma imprecisa del capitán bajo la sábana que lo cubría. A su lado estaba la joven Duggan. Su cabello suelto resplandecía en mechones cubiertos de hielo. Su rostro tenía la palidez de la muerte, con una mancha roja en cada mejilla donde el hielo la había mordido. Pero sus ojos eran grandes, hermosos e indómitos, mientras observaba los rostros de los hombres.

»Instintivamente, el viejo Ramsay llevó una mano semihelada a su cabeza gris para quitarse el rígido sombrero. E incluso en aquel último momento, siguió la vieja costumbre de los lagos.

»—Me alegro, Juanita —dijo Siempre es más fácil el naufragio para un muerto que para un vivo.

»Fuera hubo un ruido espantoso, cuando otra docena de toneladas de troncos de cedro, sujetos por el hielo, se soltaron a bordo del Christopher Duggan. Uno a uno los miembros de la tripulación descubrieron sus cabezas, a ejemplo de Ramsay, de modo que, al fin, sólo quedó el más joven de ellos, el muchacho de Ontanagon, que nunca en su vida se había embarcado hasta entonces quien continuó con la cabeza cubierta, mirando con la mayor fijeza a los ojos de la joven. Grandes lágrimas corrían por sus mejillas, y sus amoratados labios parecían a punto de articular una palabra. Luego, inclinó la cabeza como los demás.

»—Mi padre ha muerto exclamó la joven Duggan, cuya voz quedó casi ahogada por los truenos del mar y del hielo que resonaban en el exterior—. Pero él no sabía que íbamos a naufragar y me recomendó hacerme cargo del buque... en unión de Ramsay. Si los cedros no se mantienen en su sitio, ya no nos queda otra cosa que hacer sino tomar los botes.

»—Si aguantasen, Juana, todos los diablos que pueden existir entre este lugar y Soo, no serían capaces de hundirnos. Pero no aguantarán, muchacha, ¿lo oyes? —gritó Ramsay.

»El Christopher Duggan sufrió un largo y ruidoso estremecimiento, y un estampido semejante a un trueno lejano llegó hasta los oídos de los hombres, en el momento en que otro alud de palos de cedro caía al mar.

»—Retenedlos tanto como sea posible, y Ben y yo nos ocuparemos de los botes —ordenó la joven.

»Los hombres que se aventuraban a hacer aquel último viaje a través del Superior, con doble paga, empuñaron sus hachas. Mientras se precipitaban en la oscuridad de

aquella violenta tormenta, guiados por el canoso Ramsay, el muchacho de Ontanagon cogió, por un momento, una de las esbeltas manos de Juana y la sostuvo entre las suyas, huesudas.

»—No debe usted hacer eso... De ninguna manera, Juana —dijo—. Quédese usted aquí. Yo me ocuparé de los botes y luego... luego volveré a buscarla.

»—Ben, tú harás lo que yo te mande —replicó la joven, dominando el tumulto del hielo que se quebraba y de los troncos de cedro que se caían—. Soy yo el capitán, y tú tienes demasiado miedo para ocuparte solo de ese trabajo. No he olvidado que ayer diste pruebas de cobardía.

»—No fui cobarde, Juana...

»La disculpa del muchacho quedó ahogada a causa de una violenta racha de viento, que abrió de súbito la puerta del camarote. La muchacha se agarró para soportar el impulso del viento y, por un instante, su largo cabello fue a dar en el rostro del joven. Luego avanzó hacia la obscuridad, de la cual surgió la voz estentórea de Ramsay, quien vio la figura de la muchacha mientras avanzaba tambaleándose entre él y la luz del camarote.

»—Uno de los botes ha desaparecido, Juana, y el otro está bien —gritó.

»—Pues, entonces, cuidado con el hielo —replicó ella.

»El buque navegaba entonces fácilmente. Parecía cortar las olas como una cuña de hierro y, a juzgar por su comportamiento en el mar, como peso muerto: que no temblaba, el muchacho del puerto norteño de Míchigan sintió cierta esperanza en el fondo de su corazón. Pero la nueva capitana sabía muy bien lo que significaba aquella relativa seguridad de la marcha.

»Comúnmente, un moribundo se mueve muy poco en sus últimos instantes. Una goleta, a la que los diablos del hielo han puesto en el trance de naufragar, se porta del mismo modo. Durante dieciséis horas los costados del Christopher Duggan vieron aumentar paulatinamente la costra de hielo que los cubría. Éste colgaba sólidamente en toneladas de las paredes exteriores de sus cámaras y del timón. Había trepado por los costados hasta borrar el perfil de las construcciones superiores y cuando, a veces, una parte de la carga de troncos de cedro se desplomaba al mar, parecía ser una masa considerable de hielo, En todas partes los diablillos del hielo habían hecho su presa y el Christopher Duggan continuaba hundiéndose pulgada a pulgada. Dominando el natural silbido de las olas, se oyeron los choques de las hachas como un fatídico presagio.

»La joven se reunió con los marineros. Uno de ellos resbaló, cayendo a sus pies, pero la ocasión no era propicia para que ella ejerciese de Samaritana. El semihelado marinero se puso de nuevo en pie, con algún esfuerzo, y empuñó el hacha, pero sus golpes eran débiles e ineficaces. Al resplandor de las linternas atadas a la cubierta, Juana vio que Ramsay caía como un fardo entre los cedros y con una cuerda enredada en torno de su brazo. Teñía la cabeza cana descubierta, la barba rígidamente helada, y en su rostro la expresión de un dolor horrible. Sus dedos negáronse a obedecer,

cuando trató de coger el brazo de la joven.

»—Ya no puedo atar más —exclamó—. No seremos dueños de los cedros mucho tiempo.

»—¿Cuánto tardarán en desaparecer? —La joven dejó caer el hacha. La firmeza de su voz adquirió un tono metálico.

»—Diez minutos o quizás menos dijo Ramsay.

»—Entonces llévate los hombres al camarote y deshiélalos un poco. Hemos derivado hacia la costa de Michigan y podremos llegar a ella en el bote.

»La joven Duggan fue la última en entrar. Nunca el muchacho de Ontanagon vio sus ojos tan grandes y negros. Tampoco en ninguna ocasión pudo contemplar su rostro tan pálido como entonces. Aunque no se explicaba la razón, el caso era que no tenía ningún miedo cuando estaba cerca de Juana. Si el barco se hundía, y estaba convencido de que eso ocurriría en breve, habíase propuesto llevar a cabo un acto desesperado. La señorita Duggan se ahogaría en sus brazos. Le parecía preferible la permanencia en alguno de los profundos pozos del fondo del Superior, si Juana se hallaba a su lado.

»En aquel momento se preguntó si todas las mujeres de los lagos serían tan espléndidas como ella; luego, su ensueño fue interrumpido por aquella voz fría y desapasionada advirtiéndole a Ramsay que era ya llegada la ocasión de embarcarse en el bote. El joven sintió un desencanto. Antes que perecer fuera y solo, en la fría atmósfera, hubiera preferido encontrar la muerte allí con Juana. Con los ojos fijos en la hija de Duggan exclamó:

»—Yo preferiría quedarme aquí, Juana.

»—¿Tienes miedo de marcharte o es que no temes el permanecer aquí?

»En la voz de Juana había algo que sonaba de un modo raro. En sus ojos apareció un centelleo suave, pero desapareció en seguida. Luego, empujó al viejo Ramsay hacia la puerta y le siguió. Dos de los marineros empuñaban hachas y ella tenía otra en la mano.

»Bajo la ancha popa del barco las olas batían furiosamente y sin misericordia contra el timón cargado de hielo. A veces reinaba una ligera calma. Y en una de estas ocasiones el bote descendió al mar y se embarcaron dos marineros antes de que llegase otra ola monstruosa a batir las costillas del esquife contra el hielo del buque. Luego, Ramsay cogió el brazo de Juana, y aquella vez con mayor firmeza.

»—Ahora tú, Juanita.

»—Aún no, Ramsay —exclamó ella libertando su brazo de una sacudida—. ¿Has olvidado que, mi padre está ahí? ¿No tengo el derecho de ser la última en abandonar el buque?

»—Más vale que se vaya usted, Juana —rogó el muchacho, acercándose a su oído. Yo saldré en último lugar.

»—Tú no —gritó casi la joven—. Ven, embárcate, y tú también, Ramsay. Éste es mi buque y tengo el derecho de ser la última en abandonar a mi padre.

»Sin pronunciar palabra, el viejo Ramsay se encaramó por encima de la borda y el muchacho le siguió.

»—¿Estáis dispuestos? —preguntó ella desde el buque.

»—Un momento, Juana. ¡Ahora! ¡Ya!

»A la luz de las linternas resplandeció el hacha de Juana por encima de su cabeza. Una, dos veces, se levantó y volvió a caer y la tripulación del Christopher Duggan desapareció en las tinieblas del mar.

»—¡Juana! ¡Juana! —llamó una voz desesperada.

»—Me quedo con mi padre —gritó ella, haciendo, portavoz con las manos ¡Adiós!

»El estampido de otra masa de cedros que cayó al mar ahogó las voces de los tripulantes del bote. Temiendo que el fin se hallaba ya muy cerca, la joven Duggan retrocedió presurosa, yendo a sentarse al lado del coy, cubierto por una sábana, que había en el camarote. Sus ojos miraban ya con suavidad y, con la barbilla apoyada en las manos, prestó oído valerosamente en espera de aquel último borboteo de las aguas, indicador de que la proa del Christopher Duggan empezaba a hundirse.

»Goteaba el agua de su largo y hermoso cabello y una o dos veces una leve sonrisa pareció suavizar sus ojos, al pensar en aquel torpe muchacho de Ontanagon, Transcurrieron los segundos, que parecían minutos a la expectante muchacha, y tan sólo llegaban a sus oídos los ruidos de los troncos de cedros, que resbalaban hacia el mar, aunque no percibía el último y triunfante borboteo de los diablillos del hielo. Luego oyó otro sonido, un vigoroso grito humano, que exclamaba: ¡Juana! ¡Juana! Inmediatamente se abrió con violencia la puerta y penetró aquel muchacho, cubierto de agua y de hielo, con el rostro pálido, con una palidez que únicamente la muerte podía proporcionarle.

»—¡Juana! ¡Juana! —gritó de nuevo—. ¡He vuelto! Profiriendo un grito inarticulado, la joven se puso en pie y le tendió ciegamente los brazos.

»—¡Ben! Tú te marchaste en el bote...

»—Pero me arrojé al agua para volver, Juana.

»A través de la abierta puerta se oyó un ruido espantoso. Era algo resbaladizo, un frotamiento intenso, como el que pudiera producir el hielo roto sobre los costados de un buque forrado de cobre, pero mucho más prolongado. La joven se quedó como traspuesta, e inconscientemente levantó los ojos.

»—¿Ha llegado la ocasión, Juana? —preguntó el muchacho en voz baja y emocionada. Ella afirmó moviendo la cabeza—. Entonces escúcheme, Juana. He vuelto Morir, con usted; porque más prefiero morir a su lado que vivir lejos de usted. Pero quisiera que, al hundirnos, me permitiese estrecharla en mis brazos, Juana. ¿Quiere usted?

»Un suave resplandor apareció en los hermosos ojos de Juana, mientras apoyaba los brazos en los hombros del muchacho.

»—No podría morir en otros brazos más valerosos, Ben —le dijo.

»El muchacho de Ontanagon la estrechó sobre su pecho. Podía sentir el corazón de la muchacha cuando latía sobre el suyo y algo temeroso acercó su ruda mejilla para oprimirla sobre la de ella. Olvidando él prestar atención a los ruidos ominosos del exterior, la besaba suavemente.

»Transcurrieron uno, dos, tres minutos. Ella levantó la cabeza. Un vivo rubor brillaba en sus mejillas cuando apartó suavemente al muchacho.

»—Me parece, Ben, que me he equivocado o ha llegado el momento.

»Como para dar la razón al joven enamorado, oyóse un choque tremendo, que pareció desgarrar el barco de un extremo a otro. Por un instante el Christopher Duggan se agitó en el mar, como si una carga de dinamita lo hubiese levantado sobre las olas. Su popa se elevó con tal rapidez, que arrojó violentamente a Juana y a su compañero contra la pared del camarote. Luego, el buque se equilibró de nuevo, y se balanceó de un modo violento, cual si lo hubiese cogido una racha mayor y más fuerte.

»—¡Ben...! ¡Ben! —gritó la joven—. ¡Se ha roto el hielo!

»Aquel muchacho criado en tierra comprendió el significado de las palabras de la muchacha, al oír cómo resbalaban y se caían los troncos de cedro, pero a su rostro no llegaba más que la espuma de las crestas de las olas. Tuvo algunas dificultades para sostenerse en pie, y de su garganta surgió un grito de alegría. Llevando en la mano la linterna del camarote, Juana se acercó, tambaleándose, hasta llegar a su lado, y los dos juntos sostuvieron aquella luz sobre la barandilla del barco, Cubierta de hielo. El Christopher Duggan sobresalía cuatro pies por encima del agua.

»La muchacha no pronunció una sola palabra. Parecía, estar anonadada y se agarró a su compañero para sostenerse. A su vez éste le rodeó el talle con el brazo y la sostuvo para volver al camarote. Entonces retiró su brazo y Juana cayó de rodillas al lado del cadáver.

»Después Ben salió y, alegremente, empezó a manejar el hacha. Ató sólidamente los troncos de cedro y suspendió algunos faroles hasta la mayor altura que pudo alcanzar en los resbaladizos mástiles. Al regresar, el cielo se teñía de gris y, esforzando la mirada, pudo distinguir las crestas de las olas a pocas brazas de distancia. La joven continuaba arrodillada al lado del coy, dormida, según creyó el muchacho, de modo que volvió a salir y observó la llegada del día, al abrigo de las estibas de troncos de cedro. Ensanchando su visión y, al fin, a cosa de media milla de distancia, y con rumbo hacia el Soo, descubrió un enorme barco mercantil de acero.

»Cuando despertó Juana, su compañero estaba sentado a su lado, fumando tranquilamente una pipa. Había un buen fuego en la estufa y la estancia era cálida y agradable. Además el Christopher Duggan parecía navegar tranquilamente por el mar. Cuando ella se puso en pie de un salto, separando de su rostro el cabello despeinado, el joven dejó caer la pipa al suelo y la cogió cariñosamente por el brazo.

»—Ven, Juana —la llevó a la puerta y la abrió. A cien brazas de distancia el buque de carga realizaba, presuroso, su último viaje hacia el Soo—. Vamos a

remolque —dijo.

»—El viento se apoderó del cabello de Juana y lo arrojó contra el rostro de él. Ben levantó las manos como para cogerlo, titubeó y luego estrechó en sus brazos a Juana Duggan».

Capítulo XI

La raza del lago

JIM FALKNER, siempre guiado por un destino que no comprendía, se embarcó como segundo piloto en el *Wimona*, buque mucho mayor que el *Waverly*, durante la estación de 1906. Y cuando ésta terminó, fue en busca de su nombramiento de primer piloto, que obtuvo fácilmente.

Durante las semanas que transcurrieron antes de saber en qué buque embarcaría en la siguiente estación vivió apaciblemente en la pequeña ciudad de la costa del Erie, que para él constituyó «su pueblo» a partir de aquel corto crucero del *Lady Gwendolyn*, tan abundante en incidentes, cuando, durante su juventud, ejerció la noble carrera de pirata. En aquella población fue miembro distinguido de la Sociedad de Patronos de Marina, y un jueves por la noche, mientras el viento silbaba amenazador en las cornisas de las casas, refirió a sus amigos reunidos la razón de haber aceptado un cargo en el *Winona* al mando del capitán Bartolomé Holmes.

—A partir de la muerte de su joven esposa, Holmes adquirió la fama de ser un capataz de esclavos —dijo, Jim Falkner—. Yo deseaba adquirir alguna experiencia bajo un jefe como él, pero el caso es que pude convencerme de que no era más que un rígido observador de la disciplina, duro, sin duda alguna, pero siempre justo; un hombre que esperaba siempre lo mejor que pudiese hacer su tripulación y que no se contentaba con menos. Me atrevo a decir que si alguien hubiese pasado de piloto a capitán en circunstancias semejantes y luego, en el mismo año, perdiera lo que creyera más precioso en el mundo entero, tal vez no lo habría soportado como él.

»La hija del capitán Wiggs llegó a Buffalo en el tren de las 8:50. Diez minutos después el citado capitán la llevaba presuroso hacia la obscuridad espesa y sucia del carbón del río, en donde el ruido de la carga y descarga de los buques, el resplandor de las luces de los remolcadores y las señales de los barcos que entraban y salían, llenaban la noche con la luz y la vida del más sucio y atareado puerto de los lagos.

»El capitán Wiggs rebosaba de alegría. Dominando el paso de las ruedas sobre el adoquinado, el silbido de numerosos tubos de emisión y un centenar de ruidos distintos, su voz retumbaba alegremente, en tanto que su hija, jadeando y riéndose, velase obligada, a veces, a echar a correr para no quedarse rezagada. El patrón del

Jennie Cullom era hombre grueso y de poca estatura; medía un metro sesenta y siete y pesaba ciento veintiséis kilos. Cuando se detuvo, al fin, ante numerosas luces de situación de los buques, semejantes a un millar de estrellas multicolores, resoplaba como un pez fuera del agua, pero seguía hablando.

»—Aquí está —anunció profiriendo las palabras de un modo espasmódico—. Tiene ya presión en las calderas y, en una palabra, está dispuesto para recibirte.

»Señaló una serie de luces que colgaban a lo largo del pasamanos de un barco de carga, que, a la escasa luz de las linternas encendidas, se parecía mucho a su patrón, pues era corto y grueso. Luego, el capitán llevó a su bija a la pasadera y soltó cuanto aliento le quedaba al llamar a voces al piloto.

»—¡Bart! ¡Bart! ¿Dónde está?

»Bartolomé Holmes habíase ocultado adrede entre un grupo de hombres que trabajaban en torno del cabrestante. Durante algunas horas se preparó para el tormento que resultaría para él del encuentro con la hija del capitán. Y al avanzar despacio hacia el lugar iluminado, en respuesta a la llamada del capitán Wiggs, luchando para contener el desagradable nudo que sentía en la garganta, su corazón latía con los sonidos de un tambor y su rostro estaba congestionado. La joven le vió en cuanto salió de la obscuridad y, presurosa, fue a su encuentro.

»—No parece usted muy deseoso de verme —exclamó con voz que expresaba su desencanto—. ¿No se alegra usted, Bart?

»Al mismo tiempo le tendió las manos, que el piloto recogió y retuvo en sus enormes y temblorosos puños.

»Me alegro —dijo—. Hace ya mucho tiempo, Juana deseaba verla... Desde que usted... —Tragó saliva y añadió—: Tenía muchísimos deseos de verla, Juana.

»Ella se echó a reír antes de que su interlocutor se diese cuenta de lo que decía. Luego, se puso muy seria. Mientras el capitán andaba resoplando por la cubierta, ella retiró las manos de las del piloto y, con picante inocencia, dijo.

»—Es usted el mismo Bart de antaño. Siempre tímido. Horriblemente tímido.

»Luego, se volvió, después de dar, riéndose, las buenas noches a Bart Holmes, y éste se encaminó hacia donde estaban los marineros, preguntándose confusamente si se había dado cuenta de lo que ella le dijera sintiendo una nueva y creciente felicidad en su pecho.

»—¡A levar anclas, muchachos! —gritó—. Hemos de estar listos antes de que ese gran buque que se dispone a zarpar nos intercepte el camino. ¡Eh, capitán Stevens! —gritó hacia la obscuridad y en dirección a donde, media hora antes, se hallaba el remolcador—. Estamos ya dispuestos, capitán Stevens. Arríe usted, su cable.

»Aquel viaje era el último que haría Bart Holmes antes de obtener su nombramiento de capitán.

»Se dirigió despacio a proa, encendió la pipa y observó las luces del muelle, en tanto que el viejo barco de carga salía deslizándose silencioso por las aguas y por entre los gigantescos buques de acero, para emprender la navegación de mil millas

que había de conducirlo a Duluth. En cuanto quedaron atrás los delgados y blancos rompeolas, cual líneas fantasmales que rodeasen la ciudad, el remolcador interrumpió su marcha retrocedió y entre los alegres gritos de despedida de las tripulaciones, el Jennie Cullom empezó a seguir su camino hacia los lagos Superiores.

»A una milla, más o menos, de estribor, se divisaban débilmente las luces de la costa de Nueva York. El piloto siempre las vigilaba cuando se hacía a la mar. Sabía que donde terminaba el resplandor nocturno de la ciudad, había dos casitas, una al lado de otra, ocultas tras un huerto de manzanos que ya existía antes de su nacimiento.

»En aquellas casitas, años antes, vivieron él y la hija del capitán. En el huerto y a lo largo de la playa pasaron juntos los días de su infancia, él en calidad de hijo de la viuda de un pescador y ella como hija de un capitán de goleta. Cada vez que el Jennie Cullom salía de Buffalo, sus recuerdos terminaban con la escena de una mañana de verano, en que la pequeña Juana llorando como si su corazón fuese a destrozarse, se reunió con él, en el viejo huerto, para darle la terrible noticia de que su padre quería mandarla muy lejos. El piloto recordó cuánto fue su enojo y cómo fue al encuentro del capitán Wiggs rogándole que no se llevase a su hija. Pero el capitán soñó siempre con hacer una señora de su hija huérfana de madre, y así la mandó al cuidado de una tía en Boston, y durante muchos meses el muchacho vivió solo y triste.

»Aquella noche volvió a recordar los pasados días de su infancia. Sonrió y su corazón se caldeó, palpitante, al pensar en las cartas que ambos se escribían, en las que Juana le llamaba: “Queridísimo Bart” y en las que se decían cosas que ahora les encenderían de rubor. Juana volvió a su casa una o dos veces, durante el primer año, pero después sus visitas fueron ya escasas. Las cartas eran cada vez menos frecuentes hasta que por fin, él se avergonzó de su mala letra. Luego, fue al mar y mientras se maduraba entre los rudos hombres de los lagos, la hija del capitán Wiggs se convirtió en una señora. La Juana que conociera siete años atrás regresó más hermosa de lo que él pudiera haber soñado, y así empezó a temer que su camaradería no fuese más que un recuerdo como todos los que se relacionaban con el huerto.

»Bart Holmes contempló las costas lejanas hasta que sus ojos quedaron cubiertos por una niebla. Juana estaba de nuevo a su lado, pero no era la misma de su infancia, ni la niña que vivía en aquella casa y que tantos ratos pasaba en el huerto. Siguió en aquellos pensamientos hasta que a su alrededor ya no hubo más que la obscuridad del lago, exceptuando el punto en que se percibía aún el resplandor de la ciudad, que se alejaba rápidamente. Luego, se encaminó a su camarote y allí estuvo despierto hasta medianoche, pensando en Juana.

»El Jennie Cullom era un barco carguero, de madera, y de marcha muy lenta. Mil veces el piloto lamentó este inconveniente, pero durante los tres días y noches siguientes deseó que la navegación se hubiese realizado a vela y no a vapor. Aquéllos eran los días más felices de su vida, y la mayor parte de su tiempo, cuando estaba de guardia, lo pasaba en compañía de Juana.

»En la primera mañana, después de su salida de Buffalo la joven apareció en la cubierta con el largo cabello trenzado, y Bart sonrió alegremente. Por la tarde se quitó el traje que tenía a propósito para el barco para ponerse otro muy viejo, que pertenecía al cocinero, y empezó a tomar un interés muy grande por la maquinaria del buque. Contrajo gran amistad con los fogoneros, cenó con los de popa, conquistó el corazón de Robbins, el viejo timonel, causándose numerosas ampollas al poner sus lindas manos en las cabillas de las ruedas, y trasladó al piloto al séptimo cielo, al insistir en que la acompañase en todas sus exploraciones y la ayudase en sus experimentos.

»En una ocasión, cuando Juana le sonrió mirándole, con los ojos llenos de resplandeciente felicidad, él cogió una mano de la muchacha y la sostuvo casi durante medio minuto, mientras su torpe lengua luchaba por expresar lo que quemaba a su alma. Pero le faltaron las palabras.

»En otro momento, durante una racha de viento ante la bahía Saginaw, cuando la joven se inclinaba sobre la borda para contemplar las olas que batían conuco la proa del buque, él se atrevió a rodearle, en parte, la cintura con el brazo a fin de sostenerla. Juana volvió hacia él su rostro tentador y se echó a reír. Entonces el piloto se sonrojó, con tanta violencia, que no pudo menos de agradecer al cielo el hecho de que ella volviese a contemplar el mar. Estaba persuadido de ser un cobarde en su presencia. A veces se maldecía por ello y otras reconocía que le dominaba el buen sentido.

»A medida que transcurrían los días y las noches, que, a excepción de las horas de descanso, pasaba casi por entero en compañía de Juana, Bart Holmes comprendió que, a pesar de su lucha contra ella, empezaba a arder en su pecho una chispa de esperanza. No podía menos de darse cuenta de que Juana se mostraba, muchas veces, algo más que bondadosa con él. Sus sonrisas, las leves presiones que daba a su brazo, los contactos casuales de sus suaves manos contra las suyas propias, le consumían con la idea de que quizás él fuese todavía algo para Juana. En algunos momentos se imaginaba que la voz de la joven era casi tierna al hablar de los días que pasaron juntos en las casitas lejanas y en el viejo huerto; y en una ocasión, sentados a la luz de la luna, el piloto podría haber jurado que vio lágrimas en los ojos de su compañera, cuando ésta evocaba recuerdos de su antiguo hogar. Él le tomó la mano un momento, pero su nerviosidad y su miedo le obligaron a guardar silencio.

»Sucedió la víspera de su llegada al Soo. Juana se retiró temprano a su camarote, con la promesa de que volvería a salir a cubierta antes de acostarse. El piloto se aprovechó de aquel intervalo para repasar los acontecimientos de los tres días últimos. Mientras los recordaba uno a uno, desde aquél en que Juana le regañó por no haberla acogido con mayor cordialidad, se convenció más y más de que ella le alentaba a hablar. Entonces olvidó lo que consideraba su propia indignidad, y los actos de Juana, sus sonrisas y sus recuerdos, cariñosamente expresados, del pasado, tuvieron una significación nueva y poderosa para él; sentíase penetrado de una esperanza palpitante y dominadora y cuando, por fin, vio salir a Juana del camarote y

dirigirse a un costado del buque, la siguió silencioso, mientras el amor ardía en sus labios. La joven le oyó y se volvió, y las palabras que estaba a punto de pronunciar fueron interrumpidas por las de ella.

»—Pensaba en usted, Bart —dijo con voz suave Todo el día he deseado decirle una cosa, pero... no lo he hecho. ¿Está dispuesto a hacer algo en mi obsequio?

»—Lo que usted quiera, Juana.

»—Bueno... —Pasó su brazo por el de su compañero—. Pues verá usted continuó Una vez lleguemos al Soo, vendrá a bordo uno de mis amigos. —Dirigió una mirada al rostro de su compañero y luego se fijó tenazmente en una goleta que desaparecía a lo lejos, a la luz de la luna—. Es un hombre. —Entonces sintió un repentino temblor en el brazo que tocaba—. Un joven de Boston —añadió— que casi ha recorrido dos mil millas para realizar este viaje por el Superior en mi compañía. Es una tontería, ¿no le parece? —Pero no esperó la respuesta, pues añadió—: Yo quisiera rogarle a usted que haga cuanto pueda para que se encuentre bien aquí. ¿Lo hará, Bart?

»El joven piloto se enderezaba a medida que se daba cuenta del significado de las palabras de la muchacha. Recorrió su cuerpo un estremecimiento que Juana no observó, porque le había soltado ya. Fue como un choque eléctrico, fatal para todas las sensaciones que hasta entonces tuvo, algo que destruyó, en un momento, todo vestigio de aquellas cosas que, por corto tiempo, le elevaron sobre su propio nivel. Y en cuanto hubo recobrado la calma, quedó en él la desagradable verdad de que volvía a ser el mismo individuo torpe y, desmañado de siempre, un rudo y burdo ejemplar de los habitantes de los lagos. De nuevo Juana volvía a ser una señora. Aquella revulsión fue sentida con una fuerza extraordinaria. En su propio respeto le dejó convertido en algo menos que un náufrago, comparado con lo que había sido desde el momento en que la joven se embarcó en Buffalo. Habíase portado tontamente, y se juzgó el hombre más estúpido del mundo. Un momento más, y se habría atraído la compasión o el desprecio de Juana.

»Se dio cuenta de que se había librado por el grueso de un cabello. Pero con el convencimiento de su propia imbecilidad, se persuadió también, de que Juana —no la Juana de otros tiempos, sino la nueva Juana de Boston, la que se había convertido en una señora y en la que él hubiera depositado su confianza antes que en nadie más— había estado jugando con él. Le había permitido rodearle el talle con su brazo, y retener su mano. Y él comprendía que de atreverse, podía haberla besado. Sin embargo, la joven estaba muy bien enterada de que su novio del Éste, se hallaría junto a ella dentro de muy pocas horas.

»Para Bart Holnies, fuerte en las ideas del honor que una simple madre del lago le inculcara, e ignorante de las astucias femeninas, tal cosa resultaba increíble. Sin ver ni oír nada, miró fijamente a la oscuridad, durante unos momentos; luego, sin pronunciar palabra, se alejó. Y aunque oyó que Juana le llamaba y se dió cuenta de que le seguía, por unos pasos a lo largo de la cubierta, no se detuvo. La amaba, pero

su conducta le inspiraba desprecio; sentíase bajo los efectos de un golpe aniquilante, pero curado. Fue a reunirse con los hombres que había a popa, en tanto que Juana, con el corazón palpitante y el rostro intensamente sonrojado, iba a refugiarse, presurosa, en su camarote.

»Durante largo rato permaneció sentada cerca de la puerta entreabierta de su habitación, acechando los pasos que pudieran ser del piloto. Se explicó, lentamente al principio, el significado de los actos de Bart y comprendió que le había herido amargamente, aunque sin intención.

»En la silenciosa obscuridad de su estancia se censuró por lo que había dicho. ¿Para qué dar a entender que aquel hombre de Boston era su novio? ¿Por qué, en vez de portarse hipócritamente con Bart, no le dijo la verdad, que aquel hombre que embarcaría en el Soo era hermano de su más querida amiga, condenado por una enfermedad cuyo desenlace, según se esperaba, podría retardar un viaje por el lago? Ella se había compadecido de aquel muchacho y, tanto en obsequio a su hermana, como por sí misma, le invitó a que gozase de la hospitalidad del buque de su padre. ¿Por qué no le dijo todo eso? Si pudiese ver a Bart aquella misma noche, le explicaría la cosa, le diría que había mentido, sí, mentido, y que lo sentía mucho.

»Por espacio de más de una hora esperó al piloto, pero éste no se acercó a su camarote. La joven paseó de proa a popa y tuvo que convencerse de que si Bart se hallaba en cubierta, procuraba alejarse de ella. Eso, naturalmente, despertó su enojo. Lamentaba lo ocurrido, pero si el piloto no se mostraba dispuesto a ser cortés, por lo menos, ella aplazaría la explicación que se proponía darle. Y, al fin y al cabo, ¿para qué había de explicarle cosa alguna? Bart se mostró descortés y no volvió, al llamarle ella. En fin, a la mañana siguiente se arreglaría todo. Por lo tanto, se acostó descontenta y algo enojada.

»Temprano, a la mañana siguiente, el Jennie Cullom entró en las esclusas de Soo. Al amanecer, dos horas antes de terminar la guardia, Bart Hables despertó al segundo piloto y se encerró en su camarote, sin esperar el desayuno. Sabía que, de acuerdo con el precedente establecido, Juana saldría a cubierta al apuntar el día y no quiso verla, y, mucho menos, a su rival del Este que probablemente llegaría a bordo antes de que el barco de carga empezase a pasar de una a otra esclusa, para alcanzar el nivel más alto del Superior.

»Fumando incesantemente contó el paso de las horas en su camarote. Por la posición del buque se figuró que aquel hombre de Boston habría llegado a bordo entre las ocho y las ocho y media de la mañana. Se esforzó en creer que nada le importaba su presencia, la de ella tampoco, pero fracasó en eso y, al fin, se quedó dormido, luchando contra sus celos y su amor, lo mejor que podía sucederle a un hombre que había dormido menos de una hora de cada diez, en un período de tres días y cuatro noches. Despertó de su sueño gracias a una llamada a la puerta invitándole a la comida.

»Las primeras personas que encontró el piloto al salir del camarote fueron Juana y

aquel hombre de Boston. Bart midió de una mirada a su rival, que era un hombre flaco y pálido, de hombros encorvados y ojos febriles. No era guapo, pero, en conjunto, resultaba agradable y tenía algo que, instantánea e inconscientemente, llamaba la atención, incluso a él, que estaba dispuesto a odiarlo. Pero el convencimiento de que era el novio de Juana y de que le arrebatara a la joven, contuvo el saludo que, de otro modo, hubiese dado el marino. Al observar que la joven sonreía, Bart llevó una mano envarada a su sombrero. Y cuando ella daba un paso para acercarse, con la mirada interrogadora y los labios dispuestos a pronunciar algunas palabras, se inclinó él ligeramente y pasó de largo a cosa de tres metros de distancia y en dirección al comedor.

»Durante el resto de aquel día procuró mantenerse apartado de Juana. Varias veces, por la tarde, ella buscó una reconciliación y en dos ocasiones agitó la mano hacia el piloto; sonriéndole al mismo tiempo. Una vez, abandonó al joven de Boston y se acercó a él, pero el marino fue a reunirse con los marineros de popa, cual si no la hubiese visto. Ante esta conducta, la muchacha movió la cabeza y ya no se dignó enviar sonrisas o señas amistosas hacia la dirección del piloto. Eso era lo que éste deseaba. Sintióse aliviado, pues persuadido de la hipocresía de Juana, estaba resuelto a no continuar siendo su juguete. Y todavía sintió mayor satisfacción cuando, más tarde, a mediodía, empezó a soplar un viento fresco, y Juana y el desconocido buscaron el refugio de sus camarotes respectivos.

»A medida que avanzaba la tarde, aumentó el viento. Cuando el segundo piloto fue a relevar a Bart, a las seis las oleadas empezaron a golpear el Jennie Cullom con estampidos de truenos y el cielo se cubrió de nubes intenso gris pizarra, que, en el lago Superior, suelen presagiar una fuerte tormenta, Bart reconoció aquellos indicios y sonrió para sí, mientras se dirigía al comedor a cenar con sus compañeros. Preguntóse si aquel individuo de Boston estaría acostumbrado al mar. En caso contrario, imaginando los efectos de la tormenta, sonrió entre dientes, y cuando salió del comedor, donde los platos empezaban a deslizarse sobre las mesas, se afirmó sobre sus pies al recibir el viento, y miró con placer el picado oleaje, negro como la tinta, que rodeaba al buque.

»Poco después se dirigió a su camarote, se desnudó y se metió en la litera, muy satisfecho de que estuviera incubándose una hermosa tempestad. Díjose que el individuo de Boston habría perdido ya el ánimo y que Juana se vería obligada a divertirse sola, durante el resto del viaje. Luego, se quedó dormido y soñó que elevaba al individuo de Boston hasta la punta del palo mayor y lo dejaba caer sobre cubierta.

»Al chocar su rival sobre la tablazón, resonó un tremendo estampido semejante a un cañonazo. Siguió un ruido como de algo que se rasga y el barco se estremeció. El piloto despertó súbitamente y, al abrir los ojos, sintió mayor temor que puede experimentar un hombre: el temor a la muerte.

»Unos segundos después pudo comprender lo ocurrido, y, profiriendo una voz de

aviso para quienes pudiesen oírle al otro lado de las paredes del camarote, se puso algunas prendas de ropa y salió a la cubierta, en donde los fuertes gritos de los marineros de proa y le popa se confundían con los golpes del batintín que llamaba a todos los tripulantes a luchar por sus vidas.

»Cien toneladas de agua barrían las cubiertas del Jennie Cullom. Gran parte de las luces de situación se habían hecho trizas; y el buque cabeceaba en aquel mar alborotado, originando grandes estruendos, indicadores de que se desplomaba de costado en los senos de las aguas. Cuando Bart Holmes se dirigía hacia proa, el segundo oficial acudió a su encuentro.

»—Estamos desfondados —gritó. Agitó la mano hacia la negrura del mar, añadiendo—: ¡Dios sabe lo que ha sucedido! Tal vez hemos chocado con un pecio o una roca, y estamos embarcando una enormidad de agua por la proa.

»Desde el puente, Bart pudo oír la poderosa voz del capitán. En el cuarto de máquinas resonaban las campanadas para ordenar el achique de la vía de agua por medio de las bombas, y los hombres iban allá pálidos, a pesar de la suciedad de sus rostros. Cassidy, el maquinista, parecía animado de gran valor y empuñaba una gran llave inglesa, mientras profería maldiciones contra su ayudante, que echó a correr escaleras arriba. Desde el descansillo inferior, el piloto fue a gritar algunas palabras alentadoras.

»—¡Déle cuanto, movimiento sea posible, Cassidy! —gritó—. No permita usted que descansa la bomba un instante siquiera, de lo contrario nos hundiremos. En cuanto ocurra algo grave, no dejaremos de comunicárselo.

»Retrocedió, tras un violento portazo. El ruido de las bombas que aún no habían alcanzado el agua se percibía bajo sus pies. Luego oyó la entrada tumultuosa del mar en el casco del buque y el alma se le cayó a los pies. Subió presuroso a cubierta y, un momento después, el segundo oficial se acercaba a él desde la proa y, con la mayor serenidad, le informó de que el buque se estaba hundiendo.

»—No hay necesidad de sondear ni de extraer el agua —dijo—. Nos estamos llenando como una lata sin fondo.

»El piloto repitió estas palabras al capitán y bajó a la cala con objeto de comprobarlas. Pudo oír cómo el agua entraba en ella con el rumor de una pequeña catarata. A su regreso se dio la señal al cuarto de máquinas y al pañol del carbón, para que todo el mundo subiese a cubierta a embarcar en los botes. El capitán Wiggs bajó por la escalera del puente de mando, acercándose a los oficiales primero y segundo que a su vez, se aproximaron a él y permanecieron a su lado, mientras el jefe transmitía, a gritos, sus órdenes.

»—¡Fogoneros y marineros de cubierta, al bote de estribor! ¡Wilkins! —gritó al oído, del segundo oficial—. Rumbo sur, cuarto sudeste. Usted, Bart, se encargará de Juana. El capitán pronunció casi a gritos estas palabras junto a su primer oficial y luego se dirigió hacia el centro del buque, para reunirse con los marineros.

»Bart Holmes se encaminó apresuradamente hacia el camarote de la joven. No

pensó en el individuo de Boston hasta llegar a la puerta de Juana y entonces se le ocurrió la posibilidad de que también aquél hubiese ido en busca de ella. Pero Juana estaba sola. Al entrar el piloto, desnudo hasta la cintura y respirando profundamente, vio que ella estaba agarrada a la mesa del camarote, con su hermoso cabello suelto sobre los hombros Y el rostro pálido, pero animoso. Esperaba confiada y, cuando Bart atravesó la puerta, le sonrió alegremente, tendiéndole las manos. Incluso entonces deseó decirle... salvar aquel abismo que se había interpuesto entre ellos, pero aun en aquella hora de peligro el piloto le demostraba la mayor frialdad. Sin hablar, le puso dos cinturones salvavidas y luego rodeó con otro sus propios hombros. Estaba persuadido de que Juana comprendía la situación y de que no había necesidad de mayores explicaciones.

»—Le he estado esperando a usted, Bart —dijo ella mientras el piloto la conducía a la puerta—. Sabía que vendría usted, o...

»Quiso decir su padre, pero no terminó la frase. Y al salir del camarote, el viento ahogó lo que quisiera haber dicho, de modo que el piloto solamente oyó lo que pudo recordarle a aquel hombre procedente del Este. Nada contestó y se limitó a llevar, casi a rastras a la joven a lo largo de la cubierta, hasta el lugar donde algunos faroles se congregaban en torno de los pescantes, Al llegar al centro del buque, algunas voces de satisfacción dominaron el ruido del mar, que batía con menor ruido contra el buque náufrago, y Bart comprendía que habían botado la lancha del segundo oficial. En un instante aquellas voces de relativa alegría se convirtieron en maldiciones, y dos hombres se alejaron, corriendo, de los pescantes de estribor; uno de ellos blasfemaba con toda su alma.

»—¡Ha soltado el cabo! —gritó señalando a su compañero. Luego, se volvió a éste como una fiera—. ¡Maldito seas! ¡Has dejado que te resbalara la cuerda entre los dedos! —Le dirigió un golpe furioso y el otro marinero se tambaleó al recibirlo Se han marchado, abandonándonos.

»Entre los hombres surgió un grito de cólera y de desesperación, y Juana, temblando de miedo y de horror, se agarró con fuerza al piloto.

»—¡Solamente diez! —gritó el capitán—. Aprovechémonos, muchachos, aprovechémonos. ¡Uno a uno!

»Y se acercó a ellos, mostrando su puño amenazador, Al verlo, el piloto se situó a su lado.

»—¡Uno a uno! —gritó Bart, repitiendo las palabras del capitán—. ¡Uno a uno y obedeciendo la orden!

»Los hombres, que se dejaron dominar por el pánico, al pensar en los peligros de embarcar diez hombres en un bote que sólo podía contener ocho, empezaron a recobrar la serenidad. Sucesivamente el capitán Wiggs los llamó por su nombre y ellos obedecieron, descendiendo al mar tenebroso. Cuando hubieron pasado cuatro, el capitán se dirigió a su hija.

»—¡Juana! —gritó—. Te toca a ti.

»El piloto la llevó al costado del barco y le dijo a gritos:

»—¡Yo la sostendré! ¡No hay ningún peligro!

»La tomó en sus fuertes brazos, la levantó por encima de la barandilla y, durante aquel corto instante, sus labios se oprimieron sobre los de ella.

»—¡Juana, te amo...! ¡Te amo, Juana...!

»Ella le oyó y en la obscuridad levantó las manos, pero otras más fuertes la obligaron a bajarlas. Bart se retiró a tiempo para ver otra figura que se tambaleaba, cual si estuviese ebria, al avanzar por entre los hombres. Era el individuo de Boston, cuyo flaco rostro estaba mortalmente pálido a la luz de las linternas, y sus ojos congestionados mostraban el mal estado de su salud. El quinto y el sexto franquearon la barandilla y desaparecieron. El séptimo, que estaba en compañía del capitán y del piloto, era Cassidy, y aunque su rostro traducía la desesperación que le embargaba, no habló.

»—¡Once! —gruñó el capitán para sí—. ¡Dios mío! —Se acercó al maquinista, pero Cassidy continuó agarrado al cabo, cuyo extremo había rodeado a su cintura.

»—Alguien habrá de quedarse —gruñó—. No tengo miedo.

»Bart se acercó, de un salto, al lado del individuo de Boston y lo cogió por debajo de los brazos.

»—¡Ahora usted! —gritó—. ¡Aprisa!

»Arrastró a su rival hasta el costado del buque y casi lo arrojó por la borda. Cassidy se desprendió de su calzado, agitando los pies, y se ceñía su cinturón salvavidas con una mano, mientras sostenía el cabo con la otra.

»—¡Cassidy! —gritó el capitán.

»El maquinista encogió sus desnudos hombros con obstinada decisión.

»—No hay sitio para todos —gruñó—. Yo me quedo.

»Bart Holmes cogió al maquinista por los hombros.

»—Aprisa, Cassidy —recomendó—. Nos embarcaremos todos. —Cogió el cabo con su propia mano y empujó al maquinista hacia la barandilla—. Baje usted y luego diga, a gritos, que hay sitio bastante, porque, de lo contrario, el capitán Wiggs no querrá abandonar el buque. Haga el favor de gritar eso, Cassidy. No se olvide.

»El maquinista franqueó la barandilla y Bart, asomándose, miró hacia el bote. A la luz de los faroles pudo ver que estaba ya sobrecargado en exceso. Juana se hallaba en el centro, acurrucada en el fondo, y los demás llevaron al individuo de Boston a su lado. En breve la voz de Cassidy sonó con la fuerza de un trompetazo.

»—¡Aún queda mucho sitio, capitán Wiggs! —gritó—. Todavía podemos cargar quinientas libras más.

»—¿Lo oye usted? —exclamó el piloto con acento alegre—. Baje, capitán Wiggs. Ya sé que quiere ser el último en salir... Pero no es posible. Pesa demasiado. Ya le ayudaré a bajar, porque, si no, hundirá el bote.

»Empujó al capitán hacia el costado, como hiciera con Cassidy, y le ayudó a franquear la barandilla. Mientras el capitán se deslizaba pesadamente entre sus

hombres, el maquinista permaneció erguido y tendió, suplicante, un brazo; pero en lugar de aprovechar aquella invitación, el piloto arrojó el cabo que sostenía al rostro de Cassidy, y el pequeño bote se alejó del buque náufrago.

»Por un instante Bart pudo divisar diez rostros pálidos y horrorizados que le contemplaban. Luego, dominando el grito de aquellos hombres, se oyó un alarido agudo de Juana y cuando el bote iba a hundirse en la noche, la vio en pie, con los brazos extendidos. Pero no contestó. En silencio se apoyó en la barandilla y observó los centelleos de los faroles del bote agitado por las olas. Estaba persuadido de que el capitán Wiggs trataría de regresar, pero sus esfuerzos serían vanos en aquel mar tan agitado. Al principio oyó los gritos de sus compañeros, que disminuían a medida que aumentaba la distancia; luego, aquellas voces humanas dejaron de ser perceptibles para sus oídos.

»Durante los primeros momentos díjose que estaba muy cerca de la muerte, lo que produjo cierto contento en su corazón. No temía su fin, tan inmediato ya; había confesado su amor a Juana, besándola y estrechándola en sus brazos, y ahora se disponía a perder la vida por ella. Después, Juana no podría olvidarle nunca.

»Pronto sintió bajo sus pies un choque apenas perceptible. Fue seguido por otro y luego por un leve estremecimiento silencioso, cual si en la cala hubiese estallado una carga de dinamita, sin producir ruido. Donde antes ardían tres o cuatro faroles en la popa, ya no pudo ver nada más que las negras cimas de las olas, cada vez más altas, hasta que barrieron, rugiendo, la cubierta del Jennie Cullom. Terribles y amenazadoras se dirigían a proa y, como algo luchando pulgada a pulgada contra su destino, el buque de madera iba sumergiéndose hasta que sólo sus alumbrados extremos sobresalían triunfalmente en el centro del hirviente, remolino. Un momento después, también éstos habían desaparecido.

»Cuando las aguas invadían el barco, la fuerza combinada de centenares de toneladas de agua originaron numerosas corrientes que lanzaban al piloto de un lado a otro, como un trozo de madera. Veíase impulsado en todas direcciones, a veces sumergido por completo y otras flotando en la superficie de las agitadas aguas a causa del cinturón de corcho que llevaba bajo los brazos. Instintivamente, economizó el aliento que quedaba aún en él y cuando, por fin, en el lugar que ocupó el buque pudieron removerse libremente las oleadas, flotó, asomando la cabeza por encima de ellas, exhausto, casi muerto, pero dominado todavía por aquella última chispa invencible que obliga a todo ser a luchar por la propia conservación.

»Poco a poco respondieron sus miembros hasta que por fin, fuerte y regularmente, se supeditaron a la voluntad de aquel hombre, quien, en el último momento, sintió despertar en sí el amor a la vida.

»Durante la primera hora de aquella lucha en el mar, Bart calculó sus posibilidades de salvación. Por desgracia, ignoraba a qué hora se había hundido el Jennie Cullom. De saberlo, hubiese podido calcular, con datos bastante precisos, la distancia que le separaba de la costa de Michigan. No podía ser superior a treinta

millas y aún era posible que no llegase a diez. Nunca el piloto había oído hablar de un hombre capaz de franquear treinta millas a nado, ni siquiera veinte, en las heladas aguas del Superior. Pero, diez millas... se creyó capaz de salvarlas. Mas ya empezaba a sentir el frío, los mordiscos de los diablillos del hielo de Kitchi Gummi, como les llaman los marineros, y empezó a trabajar vigorosamente para conservar el calor de su cuerpo.

»Todo habría terminado muy pronto si la orilla no hubiese estado muy cerca. A las primeras horas del amanecer, dos carreros de una explotación de madera situada a poca distancia se acercaron a orillas del lago y allí encontraron a Bart Holmes, hecho un ovillo, con aquella gloriosa chispa vital ardiendo en él todavía, pero tan débilmente que al primer momento lo creyeron ver. Fue recogido y llevado a las grandes cabañas de los bosques y durante los días siguientes tan sólo salieron de sus labios algunos murmullos ininteligibles.

»Diez días después, algo semejante a la razón volvió a ocupar su cerebro, y como los recuerdos llegaron a su mente uno por uno, explicó de un modo muy desordenado la historia del Jennie Cullom. Algún tiempo después, aquella chispa, ardiendo más vivamente en él, lo reintegró a una vida firme y saludable. Sin embargo, aún estaba demasiado débil para abandonar su camastro, y pasaba largas y aburridas horas preguntándose qué habría sido de Juana y de la tripulación del Jennie Cullom. La idea de que se hubiesen ahogado empozó a obsesionarle y se imaginaba horribles escenas, incluso en sueños.

»Rogaba que llegase el día en que pudiera ponerse nuevamente en pie y atravesar los bosques, hacia el pueblo más cercano, que se hallaba a veinte millas de distancia, pero sus preocupaciones le hicieron nuevamente víctima de la fiebre. Así, cuando el carro que se encargaba de traer víveres al campamento salió, en su viaje mensual, hacia la estación, sólo tuvo fuerzas para sentarse y observarlo mientras se alejaba por el camino. Pero al cuidado del conductor iba un pedacito de papel, en el que el náufrago escribió unas pocas palabras, dirigidas al capitán Eduardo Wiggs, Buffalo, y que debían ser transmitidas telegráficamente. En el mensaje no hablaba de Juana, ni de que él estuviera enfermo.

»Transcurrieron dos días con sus noches. A primeras horas de la mañana del tercero, mientras el campamento estaba aún dormido, Bart creyó percibir el distante y alegre grito del conductor, ya de regreso. Como una sombra, se levantó del camastro y, semidesnudo, salió a la fría y gris luz del alba. Cuando llegaron cuatro fatigados y sudorosos caballos al extremo del claro, detuviéronse, de repente, en tanto que él se acercaba, tambaleándose, a los animales, a punto de caerse entre sus patas, a causa de su debilidad. Pronunció histéricamente, entre sollozos, algunas palabras, mientras extendía sus desnudos brazos.

»—¿Algo para mí...? ¿Hay algo para mí...?

»Al reconocer al marino, el conductor buscó un momento bajo su asiento, y le entregó un sobre amarillo, bajando, al mismo tiempo, su linterna. El piloto le arrancó

la luz de la mano y se agachó con ella en el suelo, sosteniendo el precioso sobre.

»Poco había que leer, pero en cuanto lo hubo hecho, la razón apenas existía en los ojos febriles de Bart Holmes, quien se cayó de bruces en el camino, profiriendo un grito que obligó al cartero a acudir a su lado. Cuando éste levantó al piloto, sosteniéndolo en sus brazos, vio en el suelo aquella hoja de papel y la recogió. Nada pudo notar en ella capaz de causar en un hombre el efecto que había producido en el marino. Por dos veces leyó el mensaje para sí, pero no comprendió nada, pues tan sólo vio unas sencillas palabras, sin darse cuenta de que bastaran para cambiar toda la vida de un hombre.

Estuve a punto de perder la vida al creer que mi Bart había muerto. En la casita inmediata al huerto te espero rezando, como lo hice todos los días y todas las noches, para que mi amado se reúna pronto conmigo.

JUANA

»Mientras el cartero leía, Bart Holmes, en su ensueño delirante, contemplaba la visión del viejo huerto, ocupado por Juana, la Juana de otros tiempos, su Juana para siempre más.

Capítulo XII

El «Lochinvar^[5]» de los lagos

ERA la noche de la espléndida boda en la pequeña población de Dunkirk. Desde las primeras horas de la mañana habían llegado muchos forasteros y, a la sazón, la enorme casa de Henry Ellery Dixon, hombre gordo, próspero y odiado, pero propietario de muchos buques, millones y una hermosa hija, estaba llena de ellos. Entre sus huéspedes había hombres que representaban enormes sumas de riqueza y poderío industrial y mercantil, media docena de presidentes de Bancos, una docena de ricos mineros o propietarios de establecimientos siderúrgicos, doble número de «reyes» de las líneas de tráfico del lago y jefes influyentes de la poderosa Asociación de Transportadores de los Lagos. Les acompañaban sus esposas y sus hijas. Pero, a excepción del sacerdote y sus acólitos; no había entre toda aquella gente una sola persona, hombre o mujer, que perteneciese a la clase común de ribereños del lago que habitaban la población de Dunkirk.

No debe creerse que estos últimos estuviesen sorprendidos o chasqueados. Los mejores entre ellos esperaban aquella desatención y hasta se hubieran enojado de ocurrir lo contrario, a pesar de que todos adivinaron el desenlace, que había de ser el suceso más saliente e importante de cuantos se habían desarrollado en la población, según pudieron recordar los más ancianos. Todos habían contemplado con sumo interés la llegada de los invitados y la mayoría deseaba, y aun ansiaba, encontrarse cerca de Dunkirk Hill cuando llegase el sensacional y último momento de la fiesta, con la esperanza de aliviarse de cierta nerviosidad que les embargaba. Habían venido para atisbar lo que se exteriorizara del evento que iba a desarrollarse aquella noche en la enorme casa, como si se tratara de una ejecución. Sin duda, la pena y la simpatía que había en sus corazones no habría sido mayor si hubiera sido éste el caso.

Iba a casarse la señorita Isobel... es decir, iba a pasar por las ceremonias y los formulismos del matrimonio, una especie de contrato legal estipulando el hecho de que, desde determinada hora, había de considerarse propiedad de un hombre a quien no amaba y él sabía que no era amado, a pesar de sentirse inmensamente satisfecho con la transacción. Desde distintos puntos de vista todo parecía favorable. El novio se procuraba juventud y belleza. Henry Ellery Dixon se adjudicaba la cooperación de

nuevos poderes y nuevas riquezas, y su hija, a insignificantes expensas de un corazón destrozado, cumplía al pie de la letra los deseos de su padre. La gente de Dunkirk sabía también el porqué. No habían pasado muchos años desde que la esposa del millonario tomó un camino que hubo de conducirla a la ruina, y aunque Isobel no pregonaba a gritos este hecho, las más obtusas inteligencias comprendían que su ciega sumisión compensaba en cierto modo el pecado de otra persona.

Todas estas razones entristecieron el alma de los habitantes de Dunkirk. Gracias a la dulzura de su carácter y a su sencillez, Isobel se había conquistado el afecto de todos, de modo que su sacrificio representaba el sacrificio de uno de sus propios hijos. La joven había crecido con ellos, los acompañó en sus penas y glorias, les prestó su ayuda cuando la necesitaron, y entre ellos estaba también el hombre a quien amaba.

Durante las dos últimas horas anteriores a la boda, las mujeres de Dunkirk hablaron de todas estas cosas. Recordaron días pasados, años anteriores, cuando Jackie McTarr, llamado «Tarry» a secas, descalzo y curtido por el sol, jugaba en la playa con la rubia Isobel Dixon, a pesar de las protestas y de las amenazas de sus enreídos padres, que vivían en la colina. Pero como los negocios del dueño de la casa estaban en Buffalo, donde pasaba varias semanas seguidas, pudieron continuar ininterrumpidas las relaciones de amistad entre la niña de un hombre rico y el hijo de un pescador.

Los habitantes de Dunkirk fueron testigos de las relaciones amorosas que siguieron a aquella amistad y las conceptuaron la cosa más hermosa que vieran en su vida.

Cuando Jack huyó de la flota pesquera, para buscar fortuna entre los enormes barcos de acero del lago, sus conciudadanos, con la mayor confianza, le auguraron el éxito. Un día volvió en calidad de piloto de un buque de seis mil toneladas, destinado a transportar mineral. Dunkirk entero se regocijó y celebró una fiesta pública en su honor, y el mismo día Isobel acudió a la cita acostumbrada, al lado opuesto de Dunkirk Hill y, con ojos brillantes, le manifestó que estaba orgullosa del hombre que hacía todas aquellas cosas por ella.

—Cuando sea capitán —dijo el joven piloto— tu padre ya no me odiará así.

Isobel le creyó y, sostenido por el amor que la joven le profesaba, el valeroso marino siguió progresando en carrera, hasta que obtuvo el mando de un buque. Casi el mismo día ocurrió en la colina el escándalo que cambió la vida entera de Isobel Dixon y del hombre que se convirtiera en capitán John B. McTarr.

Así, para el pueblo de Dunkirk, la boda de aquella noche era el último capítulo de una novela viva, que pudieron leer desde la primera página hasta la última. En aquel capítulo final se llevaba a cabo la venta de Isobel. Todos fueron testigos de los últimos esfuerzos del joven capitán para conmover el corazón de piedra que latía en el pecho del millonario naviero; todos fueron testigos de las frenéticas tentativas que hizo el joven para hacer desistir a la muchacha de su decisión; y algunos de ellos,

incluso, tomaron parte en el drama que se representaba ante sus ojos; mas, a pesar de todo, llegó el trágico final y con él la desaparición de Jack McTarr.

Hombres y mujeres se preguntaban dónde estaría aquella noche, mientras contemplaban la gran casa resplandeciente de luz, encaramada, en la cumbre de la colina de Dunkirk. Durante semanas enteras, los pescadores nada supieron de él; algunos creyeron que había cambiado de mando, otros se sintieron inclinados a aceptar el rumor de que había abandonado los lagos para navegar por el océano. Y todos ellos rogaban, desde el fondo de su corazón, que pudiese vengarse a su sabor de Henry Ellery Dixon y del hombre que había de ser su yerno. Isobel Dixon tuvo que luchar larga y amargamente contra su antiguo amor, pero triunfó en cierto modo, y en lo profundo de su corazón ahogó la pasión, como un palero de los buques de su padre habría represado el fuego. Los viejos sentimientos surgían a veces con inusitada violencia, y aunque entonces no se debilitaba su decisión, se pasaba luego horas seguidas pensando en el amado ausente.

Durante los últimos días inmediatos a la boda, aquellas abstracciones fueron en ella más frecuentes que antes, y la pobrecilla daba gracias a Dios de que el joven capitán estuviese lejos, pero también, en algunos momentos, deseaba saber dónde se hallaba. Se lo imaginaba en cien lugares distintos, y su antiguo, anhelo que en vano trataba de reprimir, lo buscaba incesantemente, sin descansar un instante. Sin embargo, estaba convencida de que, si su amado se le aparecía en persona, le mandaría alejarse inmediatamente.

No obstante, aquel efluvio inmaterial que emanaba de ella, aquellos mensajes telepáticos que, inconscientemente, dirigía a su amado, tuvieron una influencia: que ella no soñó siquiera. Al fin del viaje de mil millas que conduce a Duluth hallaron al capitán Jac McTarr y, apoderándose de él, como mensajeros de vida y de muerte, le indujeron a emprender el regreso.

Tres días antes de la boda, el buque del capitán McTarr zarpó de Duluth y quemó casi cincuenta toneladas de carbón más de lo que debía cuando hubo llegado a la altura de Dunkirk.

Con excepción de los hombres de su propia tripulación, nadie vio al capitán McTarr desembarcando en uno de los botes del buque y saltar a la playa, a un octavo de milla del lugar en que se hallaba la morada de Dixon, donde una fila de viejos sauces ocultaban la faja de arena blanca por la que él e Isobel pasearon juntos innumerables veces. A través de aquellos árboles pudo ver el resplandor de las luces en la cima de la colina de Dunkirk.

Rápidamente atravesó la playa, hasta llegar a un asiento rústico construido entre dos árboles, pues desde allí podía contemplar las ventanas de la habitación de Isobel. Muchas más veces de las que podía recordar fue a aquel mismo sitio para señalar su presencia a la amada, que estaba en la casa de la colina. Su corazón parecía a punto de estallar al verse allí de nuevo y profirió uno o dos sollozos, como algunas veces hacen los hombres cuando, solitarios, se entregan a la desesperación. Conocía

exactamente la hora de la boda de Isobel y se la figuró ya dispuesta para la ceremonia. Tal vez los invitados se reunían ya en la sala principal de la mansión, Sacó el reloj y a la luz de un fósforo vio que faltaban tres cuartos de hora para la celebración de la boda.

Vagamente llegaron hasta su oído algunos acordes musicales y, al percibirlos, salió, vacilante, de la sombra de los sauces, pronunciando entre sollozos el nombre de Isobel. Acercóse más y más a la enorme casa de la colina. Oía ya perfectamente la música y aun distinguió las risas de los invitados, que fumaban en la veranda que dominaba el lago.

Se acercó más, acurrucándose ya, cual si fuese un criminal, hasta que pudo ver, casi encima de su cabeza, las ventanas del cuarto de Isobel. En aquella estancia se hallaba todo cuanto él amaba en este mundo. Isobel fue la estrella que lo guió en su vida. Ella lo llenó de ambición e hizo de él lo que a la sazón era. Sin Isobel... Los dedos del capitán se pusieron en contacto con el frío metal que llevaba en su bolsillo. ¿Por qué no matarse allí mismo? Ellos, la gente que había en la casa y principalmente Isobel, oirían el tiro, saldrían con precipitación y lo encontrarían. E Isobel, de eso estaba seguro, le tomaría en sus brazos, le besaría... ¡Oh Dios, fue una tentación terrible! Y sacó la pistola del bolsillo.

—Isobel... Isobel... —murmuró.

Desde la veranda partió una carcajada masculina, que llegó a sus oídos. Exasperado, se le ocurrió la idea de que más valdría matar a alguien de los de arriba y luego suicidarse. En aquel último instante, ¿no sería mejor penetrar furtivamente en la casa y matar al hombre que quería arrebatarse la vida? Si, por lo menos, pudiese matarlos a todos... a todos menos a Isobel, y llevársela consigo...

Esta idea hizo palpar violentamente su corazón, cual si éste, repentinamente, se viera libre de las cadenas que lo sujetaban. Se puso en pie de un salto y volvió el rostro hacia el buque, mientras todos sus nervios vibraban de excitación. Encendió otro fósforo y consultó el reloj. Aún le quedaban veinticuatro minutos. Veinticuatro... Veinticuatro... Repitió, temblando, estas palabras y luego, descendiendo por la colina, echó a correr con la velocidad de un gamo, pasó ante el asiento rústico entre los sauces, y se dirigió a la playa, donde estaba el bote.

—¡Aprisa! ¡Volvamos al buque! —jadeó.

Se agarró a la proa del bote y lo hizo entrar en el agua, en tanto que los marineros se sumergían en ella para ayudarlo. Al resplandor de la linterna de la embarcación, éstos vieron su rostro y empezaron a remar con el fervor de los hombres que conocen el valor de los minutos.

Durante el trayecto, media docena de veces, por lo menos, el capitán. McTarr consultó su reloj, pero tan sólo en una ocasión dirigió la palabra a sus hombres con objeto de recomendarles mayor prisa. Parecíale que el tiempo se deslizaba con espantosa rapidez. Ya no le quedaron más que diecinueve minutos... dieciocho... diecisiete... quince.

Impulsado por su excitación se puso en pié en el bote y pronunció en un grito el nombre del primer oficial, y cuando el esquife se puso al costado del buque de acero, vio asomados a la barandilla una veintena de rostros llenos de estupefacción.

—¡Falkner! —llamó—. ¡Jim! Déme la mano.

Estiró los brazos, y el robusto primer piloto se inclinó y lo subió con la misma facilidad con que un hombre cualquiera hubiese elevado a un niño. Los hombres de la tripulación conocían la causa de aquella precipitada carrera, día y noche, desde el extremo norte, y muchos de ellos miraban fijamente hacia la obscuridad de la costa, persuadidos de que su capitán había hecho algo y que por ello era perseguido.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el capitán McTarr.

—Muchachos, necesito una docena de voluntarios que me acompañen a impedir ese matrimonio —gritó señalando la colina de Dunkirk—. Nos quedan diez minutos. ¿Quién me sigue?

En un momento varios echaron a correr hacia los pescantes del centro del buque, llamando a otros para que les siguieran, y, muy pronto, la mitad de la tripulación estuvo congregada en torno de las poleas de que pendía el bote.

—¿Una docena? —gritó una voz con acento desdeñoso—. ¿Una docena? ¡Vamos todos!

Un marinero se embarcó en el pequeño bote que flotaba al lado del buque y otros le siguieron con toda la prisa que les fue posible. El otro bote cayó produciendo un fuerte chapoteo en el agua y un instante después el tercero fue echado al mar desde el costado opuesto.

El que conducía el capitán McTarr fue el primero en emprender la marcha hacia la orilla, impulsado por cuatro remeros. El segundo siguió de cerca su estela y, poco después, el tercero dio la vuelta para doblar la proa del buque, cargado como iba de marineros excitados y llenos de entusiasmo. Es decir, que las tres cuartas partes de la tripulación seguían a su capitán.

Por vez primera, durante muchas semanas, se estremeció de esperanza el corazón del enamorado capitán, No se detuvo a considerar las consecuencias de lo que hacía; sólo se dijo que iba a impedir aquella boda, que vería a Isobel y la salvaría del hombre que se la había quitado... siempre en el supuesto de que llegase a tiempo al suntuoso hogar de la muchacha. No pensó siquiera en lo que podría ocurrirles a los hombres de su tripulación. Ellos le ayudaban, lo cual era la cosa más satisfactoria que entonces podía suceder.

Cuando el primer bote rozó la arena de la playa, el capitán McTarr pasó a tierra de un salto, echó a correr en dirección a la colina de Dunkirk, seguido de cerca por seis u ocho hombres. Jim Falkner lo alcanzó muy pronto, acompañado por buen número de gente, y antes de que se hallasen a la mitad de la pendiente, los ocupantes del tercer bote les seguían con rapidez.

Cuando aquellos hombres, mandados por el corpulento piloto y el capitán, estuvieron más cerca de la casa de Dixon, pudieron observar que las verandas estaban

desiertas; aquel detalle y la sospecha de haber llegado demasiado tarde, fue causa de que el capitán siguiera adelante con la rapidez del rayo, acompañado por Jim Falkner. Los dos subieron a la vez la escalinata, principal de la casa, y tras ellos iban una docena de rudos y excitados marineros. Las enormes puertas estaban de par en par y a través de ellas resonaban los suaves compases de una marcha nupcial.

Dando un grito a los que le seguían, McTarr penetró en el *hall* y condujo la mitad de sus jadeantes marineros a la gran sala, en donde un centenar de invitados se hallaban reunidos.

—¡Isobel! —gritó—. ¡Isobel!, ¡Isobel!

Miró a su alrededor, deslumbrado por el resplandor de las luces, en tanto que sus marineros se agruparon a su espalda como lobos dispuestos a saltar en cuanto recibiesen la orden. La orquesta cesó de tocar. Hombres y mujeres, asustados, se quedaron inmóviles a contemplar aquella aparición de los marineros de aspecto feroz, y antes de que se hubiesen recobrado de su asombro, entró Falkner acompañado por media docena hombres del tercer bote.

—Ella no está aquí —dijo con sereno acento, empujando al capitán hacia el *hall*—. Ocúpese cuanto antes en lo suyo. Yo contendré a toda esa gente.

McTarr salió y, en lo alto de la escalera, vio a Isobel con los ojos en la escena que se desarrollaba abajo, el rostro pálido y sobresaltado junto a ella estaba el hombre a quien casi decidió matar. Saltó hacia ellos, subiendo los escalones de tres en tres, y, al verle, la joven profirió un grito desgarrador que dominó las voces de los hombres y los chillidos de miedo de las mujeres de la sala. El compañero de la novia avanzó un poco para interceptar el paso al otro y, en cuanto se pusieron en contacto, agarráronse como fieras y cayeron a los pies e Isobel.

Cuando McTarr pudo librarse, unos momentos después, su enemigo estaba inmóvil y tendido en el suelo. Jim Falkner, que contemplaba la escena desde abajo, temió que hubiese sucedido lo peor.

El capitán se dirigió a la novia y, con rostro pálido y, un poco ensangrentado, le habló resuelto, aunque se tambaleaba un poco, extendiendo al mismo tiempo la mano.

—¡Has de venir conmigo, Isobel! ¡Es preciso!

Ella no opuso ninguna resistencia mientras su amado le hacía bajar la escalera. Anonadada, le siguió hasta la puerta abierta. A su espalda se oía el ruido de hombres en lucha y algunas voces rudas que exhortaban y daban órdenes. Pero Isobel no se dio cuenta de nada. Sólo comprendió que su amado estaba con ella y que había llegado el momento en que le parecía que toda la posible felicidad de su vida desaparecía para siempre. Por un momento se olvidó de todo. Agarróse a la mano del capitán, corrió cuando él se lo recomendó y, con voz incoherente y alegre, murmuraba una y otra vez su nombre.

Corriendo todavía, llegaron al borde del lago. Entonces, en cuanto la novia divisó las luces del buque, recobró el antiguo sentido del deber. Éste se manifestó de súbito, como una violenta sacudida que debilitó su ánimo, y la muchacha retrocedió,

cayendo de rodillas sobre la arena.

—¡Jack! ¡Jack! ¿Qué me has obligado a hacer? —sollozó—. No puedo seguirte... No puedo... No puedo...

El capitán McTarr se arrodilló a su lado. La tomó en brazos oprimiéndole frenéticamente el rostro contra el suyo, murmurándole apasionados ruegos. Comprendía que no había tiempo que perder. En la colina, los marineros se retiraban lentamente y el capitán pudo oír sus fuertes voces, acentuadas por algunos disparos de revólver. Al oír estos últimos, Isobel dio un grito de alarma y luchó por librarse del abrazo de su amado.

—¡Vuélvete, Jack! Hazme el favor de marcharte —rogó—. No puedo seguirte. No puedo.

Tendió las manos con violencia, pero el capitán la retuvo aún con mayor fuerza. De pronto la levantó en sus brazos y echó a correr hacia los botes. Su firme decisión privó a la joven de toda fuerza y cuando, por fin, la dejó suavemente en una de las lanchas, el capitán pudo creer, a juzgar por su silencio, que, por fin, se había resignado. Pero cuando, tomando uno de los faroles, la miró a los ojos, con los nervios vibrantes de alegría al considerarse su dueño, vio en ellos algo que le sobresaltó. En aquel momento hubiese podido creer que la joven le despreciaba. Quiso hablar, mas parecía que tenía atada la lengua. Un momento después acudieron corriendo dos marineros, llevando consigo al pequeño predicador de Dunkirk.

—Jack y yo nos hemos apoderado del predicador, capitán —dijo uno de aquellos hombres—. Nos figuramos que sería útil y por esto nos lo hemos traído.

—¡Soltadlo! —ordenó el capitán. Tendió su mano al hombrecillo, que la agarró con un entusiasmo cuyo significado no comprendió aquél—. Son unos ignorantes —explicó el capitán Nunca me propuse que se apoderasen de usted, señor Wilfred.

Uno de los marineros expresó su asombro en voz alta Isobel se puso en pie de un salto, profiriendo un grito e involuntariamente se aflojó el cordial apretón de manos del pastor. En los ojos de la muchacha, que tenía fijos en el capitán McTarr, se advertía una grave acusación.

—¿De modo que te propones llevarme contigo... Y sola? —preguntó en voz baja. El sacerdote la oyó y, en un instante, saltó al bote, situándose a su lado.

—Nada —exclamó mirando fijamente al capitán—. Siéntate, Isobel. Te acompaño. Tanta fue la gratitud del capitán McTarr, que sintió el deseo de dar un abrazo al diminuto señor Wilfred, quien, con la mayor habilidad, daba una salida a aquella situación embarazosa; pero casi inmediatamente llegaron a la orilla del lago los marineros que se retiraban y, pocos momentos después, el bote se llenaba de ruido y de hombres jadeantes.

Mientras la embarcación se dirigía al buque, se oyó la voz de Jim Falkner, en tierra, ordenando a sus hombres apresurarse para salir en el segundo y en el tercer bote. Los remeros del primero se quedaron con las manos inmóviles y apoyadas en los remos, en espera de lo que pudiese suceder, pero quienes temieron algún

acontecimiento expectante se quedaron desconcertados.

El grupo de invitados impecablemente vestidos de negro y blanco, que habían salido en persecución de los marineros, titubearon y se detuvieron al observar que Falkner y el segundo oficial disparaban media docena de tiros, al aire, con sus revólveres. Se oyó un grito de triunfo entre los marineros, pero el capitán McTarr permaneció silencioso. Nunca le había parecido Isobel tan lejana de él como en aquel instante y hasta llegar al costado del buque mantuvo un silencio que empezó a enfriar el entusiasmo de la tripulación.

Fue el primero en subir a bordo y, mientras levantaba a la joven por encima de la barandilla, la retuvo, tan inmediata a su cuerpo, que pudo sentir su aliento en la mejilla.

—Perdóname, Isobel... Perdóname si obro mal —murmuró.

La llevó a través de la cubierta y hacia la sala de los oficiales. Allí la joven se dejó caer en una silla, junto a la mesa y ocultó el rostro entre los brazos.

—Isobel... Si yo hubiese sabido quizá no habría vuelto. —Miró tiernamente a la llorosa joven, el rostro contraído por intenso sufrimiento—. En el último instante algo parecía llamarme a ti, Isobel, una fuerza que no pude resistir. Conservé la razón hasta que hube desembarcado y pude contemplar tus ventanas desde el viejo asiento entre los sauces; entonces...

Se inclinó hasta que sus labios rozaron el sedoso cabello de la joven. Así continuó varios minutos e Isobel no hizo ningún esfuerzo por alejarlo. Entonces el capitán empezó a murmurarle, de nuevo, su amor y le habló también de la esperanza, que alternativamente revivía o se moría, y de cuanto ella significaba para él. Pero en aquel momento resonó el timbre del teléfono que había en un ángulo de la mesa. Falkner se hallaba en el otro extremo de la línea.

—Están preparando un gran buque en el muelle —dijo Creo que se trata de uno de los barcos del viejo.

—Eso parece como... —dijo McTarr.

—Un infierno —le replicó la voz firme y convencida de Falkner. McTarr se volvió a la joven, la cual había levantado la cabeza y le miraba pálida e interrogante.

—Nos persiguen —le dijo el capitán.

—¿Qué es eso? —preguntó la voz del primer oficial.

—Espere un momento, Jim —mandó el capitán. Puso la mano sobre el transmisor del aparato telefónico—. Nos persiguen, Isobel —repitió—. Te ruego, querida mía, que consientas en casarte conmigo y permitas que él señor Wilfred...

—No puedo hacer eso, Jack. No me es posible.

El capitán McTarr volvió a hablar por teléfono, añadiendo:

—Háganos a la mar, señor Falkner —ordenó—. Diríjase usted a los lagos y haga saltar el buque, si es preciso, en caso de que no les aventajemos.

Colgó de un golpe el receptor y, al mirar de nuevo a la joven, expresó en su rostro su decisión de aventurar de una vez cuanto poseía. Un sonrojo desacostumbrado

aparecía en cada una de sus mejillas y el resplandor decidido y amenazador de sus ojos dio a entender a la joven lo que pasaba por su mente.

—Una vez me dijiste, Isobel, que desprecias a los cobardes —explicó—. Y ¿no sería yo cobarde si te abandonase para cederte a otro? Voy a luchar por ti hasta el final. Aventuro mi cargo y mi libertad en la empresa, y, si es preciso, me jugaré la vida. Tu concepción del honor, tu decisión de compensar mediante el sacrificio de ti misma las faltas de otra persona, te hacen aún más preciosa para mí. No sé lo que voy a hacer. No tengo planes, pero mientras nos quede una tonelada de carbón en nuestros pañoles y una milla de agua libre a proa, te doy mi palabra de honor de que seguiré luchando para ganar.

El capitán se entusiasmaba a medida que pronunciaba estas palabras. Tomó en las suyas las dos manos de Isobel, y en los ojos llorosos de ésta, que le miraron, no se advertía ni cólera ni reproche.

—Será una magnífica carrera, amada mía —continuó diciendo él, con voz vibrante de excitación—. Será una magnífica carrera. Escucha.

A sus pies se percibía el sordo palpitar de las máquinas del barco de carga.

—Jim nos ayuda cuanto puede —murmuró—. Todos están conmigo... Falkner, el buque y la tripulación. Y en el campo contrario no hay más que tu padre y tú misma. Pero yo quiero ganar.

Se inclinó, besó a la joven y luego salió rápidamente, cerrando la puerta a su espalda.

Falkner acechaba su presencia. Desde el puente de mando gritó, y cuando el capitán se dirigía allá, vio a un pequeño grupo de hombres en pie, bajo el puente. Sus brazos y hombros estaban desnudos; unas camisetas de lana les llegaban hasta los sobacos. Eran hombres de largos brazos, musculosos, y sus rostros, rojos como ladrillos, estaban quemados por continuas permanencias junto a las bocas de los hogares. Una excepción había entre todos, la de Robinson, el segundo maquinista. Aquellos hombres guardaron silencio cuando McTarr pasó ante ellos, pues el carácter hosco es algo natural y nada significativo en los individuos que pasan una tercera parte de sus vidas en las ardientes entrañas del buque.

—Necesitaremos el segundo turno —explicó Falkner—. Al regresar alimentamos los hornos sesenta veces por hora, pero ahora alimentaremos cada uno de los doce una vez cada cincuenta segundos. Eso exigirá seis hombres.

Siguió al capitán al extremo del puente y ambos miraron en dirección a Dunkirk. El buque perseguidor estaba ya en franquía y aumentaba por momentos su velocidad. Sus luces avanzaban en la noche, en ángulo recto, con el rumbo del capitán McTarr, y en cuanto aquel buque se halló, en el lago, continuó la marcha en derechura a ellos.

Jim Falkner, que por momentos creía en la posibilidad de alcanzar el éxito en aquel asunto, envió instrucciones al cuarto de máquinas, pero sus dedos maniobraron otros batintines con mayor fuerza e intensidad. El timonel miró al segundo, mientras brillaba en sus ojos la excitación del combate. El capitán sintió un repentino

estremecimiento al observar los dedos del piloto, que maniobraban en el tablero de señales, y el mismo Falkner se permitió un ligero temblor en la vez al volverse para pedir instrucciones.

McTarr había dejado a un lado la dignidad de su cargo como capitán de un barco mercante de, ocho mil toneladas. Una sola hora bastó para transformar, a los que le rodeaban, de hombres contratados en amigos, incluso a los que estaban en la cocina y ante los hogares; efectivamente, dependía de ellos cuanto poseía.

Por esta razón levantó la mano volviéndose al timonel y dijo:

—De vosotros depende todo, Joe, no tengo instrucciones que daros. Deseo perder de vista ese buque lo antes posible. Si podemos dejarlo atrás, tornaremos el rumbo de Buffalo; en caso contrario... En fin, no hay en los lagos un timonel mejor que tú.

En compañía de Falkner bajó por la escalerilla del puente de mando y ambos se acercaron a la fila de hombres que aguardaban en el corredor del cuarto de máquinas. En los hogares las señales del primer oficial dieron por resultado un aumento de fuego que producía un rugido ensordecedor. Cuatro hombres, desnudos hasta la cintura y haciendo muecas a causa del calor, luchaban como demonios en sus esfuerzos para llenar los doce hornos. En un momento, el segundo y el tercer turno de hombres fueron alumbrados por intenso resplandor y el ruido de las máquinas del barco quedó ahogado por los rugidos del fuego, al que alimentaban sin cesar. McTarr pronunció a gritos algunas palabras de aliento desde el extremo del cuarto de máquinas y luego volvió a cubierta, seguido por el piloto.

Apenas sus oídos se vieron libres del rugir del fuego, oyeron los silbidos del barco perseguidor. En vista de que continuaban aquellos avisos, el capitán McTarr se dirigió a la cubierta de proa y subió la escalera del puente, que se hallaba a poca distancia.

—¿Se ven luces? —preguntó.

—Muchas —contestó el timonel—. Pero esas dos se acercan más aprisa.

Hablaba despacio y de un modo enfático, y señaló a estribor del barco de Dunkirk. A una milla de tierra, McTarr divisó un par de luces que marchaban casi a la misma velocidad de su barco y mientras miraba resplandecieron otras luces al lado de aquéllas. Entonces la extraña embarcación alteró el rumbo, hasta que pareció como si todas se agrupasen en un espacio muy limitado. En los ojos de Falkner se advertía una alarma extraordinaria, que no trataba de disfrazar, y la expresó mediante una blasfemia en el momento en que salió un cohete disparado a la negrura del cielo, desde la cubierta del barco perseguidor.

—¡Señal de socorro, Dios mío! —gritó.

Apenas había pronunciado tales palabras cuando cruzó el aire otro cohete y un instante después se oyeron una serie de señales hechas por una sirena del tercer buque. McTarr sonrió al sobresaltado rostro de Falkner; luego bajó la escalera y se apresuró hacia el camarote en que dejara a Isobel. Al abrir la puerta fue recibido por el diminuto cura de Dunkirk. La joven estaba en pie, el rostro sonrojado y las mejillas

húmedas de lágrimas.

—Deseo que vengas conmigo, Isobel —dijo el capitán acercándose a ella y tomándola de la mano—. ¿Quieres hacer el favor?

Por un momento ella titubeó, pero luego permitió que su amado la llevase a cubierta. El barco perseguidor habíase distanciado ya de las luces de la costa y el capitán McTarr lo señaló en el momento en que un tercer cohete atravesaba el cielo con su cinta de fuego.

—Tu padre está haciendo señales para pedir socorro a un escampavía de la Hacienda que navega por ahí —explicó señalándole la fila de luces que se acercaban al barco perseguidor. Esos cohetes piden socorro. La situación va poniéndose fea, ¿no te parece?

Inconscientemente la joven profirió un leve grito. El capitán McTarr la observó inmóvil y, mientras tanto, el barco de Dunkirk se quedó atrás, hasta el punto de que sus luces parecieron confundirse con las del crucero.

—Los aventajamos —dijo Isobel volviéndose finalmente hacia el capitán—. Creo...

Se detuvo al observar que McTarr se acercaba a ella y la rodeaba con sus brazos, enérgica y suavemente, como hiciera muchas veces. Ella estaba muy pálida, pero, McTarr pudo leer todavía la firmeza en sus ojos, los cuales le advertían que aquellas últimas palabras no traducían exactamente sus ideas. De pronto, se oyó tronar uno de los cañones del crucero y los brazos del capitán se estrecharon con tal fuerza en torno de la hija del naviero, que ella dio un grito de dolor.

—Los aventajábamos —dijo con voz que temblaba a causa de una emoción que, en vano, trató de reprimir—. Ése es un recurso cobarde... Resulta innoble hacernos perseguir por un barco de guerra. Ahora no tendré más remedio que indisponerme con el Gobierno.

Al oír pasos a su espalda, soltó a la joven. Era Falkner, con los ojos aún llenos del deseo de lucha y el rostro interrogador.

—¿Han cambiado sus intenciones? —preguntó.

—¡No! —gritó McTarr con voz de trueno—. Dígale a Joe que se meta lo antes posible en aguas de Canadá.

Mientras su primer oficial se alejaba corriendo, el capitán volvió a coger firmemente entre las suyas las manos de Isobel.

—¡Esto es la guerra! —gritó casi—. Es la guerra y ahora me verás luchar. Voy a demostrarte lo que harán mis compañeros, pues saben que me asiste la razón. ¿Has visto a Jim? ¡Dios mío! Es un hombre fiel... Y lo son también todos los tripulantes.

Con la joven se encaminó luego hacia la escalerilla que conducía al cuarto de máquinas. Los dos barcos perseguidores habíanse vuelto a separar y el escampavía, resplandeciente de luz, pasaba rápidamente al barco de Dunkirk. Se divisó una parte de su costado cuando rozó un poco, para adelantarse al barco fugitivo, y mientras Isobel y el capitán se detenían un instante para contemplar el buque, surgió una

brillante llamarada de su proa y en el acto se oyó el estampido de un segundo cañonazo.

Dirigiendo una palabra de aviso a la muchacha, McTarr bajó la escalerilla seguido de Isobel. En un instante se vio en el caos formidable de las entrañas del buque, donde quinientas toneladas de hierro y acero gemían y golpeaban y donde Muldoon, el primer maquinista, y Robinson, el segundo, sudaban y blasfemaban al recomendar la actividad sus grasientos auxiliares.

Mientras ella contemplaba aquella red de maquinaria, que funcionaba de un modo febril, su rostro resplandecía y en sus ojos centelleaba el fuego que había en los del capitán McTarr. En aquel momento, Muldoon, abandonando su ceñuda expresión, miró sonriente a la joven, pero no dedicó mayor atención ni a ella ni a su capitán. Isobel sintió que un intenso estremecimiento recorría su cuerpo, al observar a aquellos hombres, y, olvidando todo lo que aquello significaba, exteriorizó su admiración volviéndose al capitán.

De pronto resonó un batintín sobre la cabeza de Muldoon, y uno de los brazos desnudos del maquinista se elevó, agarrando una palanca. En aquel instante dirigió una mirada interrogadora al capitán McTarr y el jefe del buque acudió a su lado.

—¡Quiere más! —gritó Muldoon. Al mismo tiempo señaló con su dedo negro el manómetro, cuya manecilla se agitaba sobre una cifra indicadora de que el buque había llegado a la máxima presión del vapor—. ¡Quiere más! ¿Debo...?

El capitán McTarr afirmó, moviendo la cabeza, y señaló una línea que indicaba diez libras más de presión.

Al volverse observó que Isobel se hallaba a su espalda. La joven tenía el rostro más intensamente sonrosado. Sus ojos estaban excitados y la mirada, llena de emoción que dirigió a McTarr, hizo palpar el corazón de éste. Ella le miró anhelante; sin despegar los labios formulaba una pregunta.

—Estamos a punto de saltar —gritó él a su oído—. ¿Tienes miedo?

Luego, la llevó al corredor que daba a la sala de los hogares y abrió una puerta de acero. A ella le pareció como si una oleada de fuego hubiese ido a darlos en el rostro. Retrocedió, abriendo la boca para aspirar el aire y se cubrió la cara con las manos.

Al mirar de nuevo, McTarr había bajado allá y ella le siguió. Cuando un minuto después él la sacó de allí, la joven creyó haber tenido la visión de un estallante infierno inundado de abrasadoras llamaradas. Los hombres, aquellos semblantes hoscos, la carga de los rugientes hogares y la oscilación de sus portezuelas, fueron sólo unos detalles confusos de un espectáculo asombroso, que la llenó de terror.

McTarr observó que temblaba y le rodeó el talle con el brazo, al regresar a la escalera. Antes de subir por ella, el segundo maquinista salió del cuarto de máquinas y eles interceptó el paso.

—Nos hemos excedido ya en una presión de doce libras —gritó casi—. Y aún piden más. No podemos No podemos —añadió con acento enfático.

McTarr subió la escalera casi llevando a cuesta, a la joven.

—Ya veré lo que ocurre, Robinson —replicó.

En su voz había cierta expresión de alarma e, inconscientemente Isobel se agarró con fuerza a su mano al llegar a cubierta. Entonces comprendía muy bien lo que significaban las señales transmitidas al cuarto de máquinas. El barco de guerra había alcanzado rápidamente al de carga. Con la mayor claridad distinguió a los hombres que trabajaban en torno del cañón de proa de la cubierta. Y, mientras miraba, el arma despidió una larga llamarada y el disparo llegó a sus oídos, desagradable y amenazador.

—Esta vez el cañón estaba cargado —dijo McTarr—. Creo, Isobel, que las cosas se ponen feas para mí. ¿No te parece?

Repitió la pregunta de pocos minutos antes, profiriendo una risita que hizo estremecer a la muchacha.

—Supongo que no podrán hacerte daño, Jack —murmuró acercándose mucho a él.

—Por ahora todavía no —contestó McTarr—. Ese tiro, disparado a través de nuestra ruta, indica que me dan tres minutos para rendirme, Si lo hago me llevarán a Dunkirk, en donde, probablemente, me condenarán a una grave pena por rapto. Luego, me multarán por haber quebrantado las leyes de la nación. Si no me rindo....

—Si no te rindes, Jack... —dijo a su vez la muchacha.

—Pues, bien, si no lo hago, dispararán un cañonazo contra nuestro casco. Entonces me tratarán como un pirata y, con toda probabilidad, iré a pasar varios años en la cárcel.

No pudo observar la mirada de terror que apareció en el rostro de la joven, porque Jim Falkner volvió a situarse en el radio de luz de la linterna de popa y los dos hombres se miraron muy serios. El primer oficial tenía en la mano un reloj abierto y McTarr sacó el suyo.

—Quedan dos minutos y diez segundos —dijo.

Estas palabras las dirigió al piloto, pero Isobel comprendió su significado y sus manos se agarraron, convulsivas, al brazo del capitán. McTarr volvió la espalda a Jim Falkner y rodeó a la joven con sus brazos.

—Mi destino depende de ti, Isobel —dijo en voz, tan que el primer oficial no logró oírla—. Puedes salvarme incluso del delito de rapto; pero si continúo luchando dos minutos más, cosa que haré, a no ser que quieras salvarme, soy hombre perdido.

Falkner vio que la joven echaba los brazos al cuello de McTarr y él se volvió. Veinte segundos después, el capitán, se precipitó a la escalerilla del cuarto de máquinas y desapareció en un salto.

—¡Muldoon! —rugió—. ¡Muldoon! ¡Muldoon! —Se asomó a la puerta de la estancia pronunciando con toda su fuerza el nombre del maquinista para que resaltara su voz sobre el estruendo de la maquinaria—. ¡Muldoon! ¡Afloje la presión! —ordenó—. ¡Cómo un rayo!

Vio que se disparaba el brazo del maquinista y pudo oír el rugido del vapor, así

como el golpeteo metálico de las máquinas retardadas; luego subió a saltos la escalerilla para llamar al piloto.

—¿Dónde está el señor Wilfred? —gritó.

—En el camarote —replicó el primer oficial. McTarr se volvió y tomó en la suya la mano de Isobel. A la luz de la linterna el rostro del marinero resplandecía de júbilo.

—Está en el camarote, Isabel —repitió. Cogió al piloto por el brazo, llevándose, al mismo tiempo, a la joven—. Le necesitamos a usted unos minutos en camarote, Jim. Hágame el favor.

Pocos minutos después, cuando el escampavía de los Estados Unidos se hallaba al costado del buque de carga, los esposos McTarr, cogidos de la mano, salieron de la cámara del buque, dispuestos a explicar el asunto a capitán del crucero.

Capítulo XIII

Salvamento

VAN GAFF, que había pasado ya, con exceso, de los cuarenta años, y era agente confidencial de la Compañía de Salvamentos de los Grandes Lagos, se hallaba en lo que, mentalmente, consideraba el suceso más importante de su vida. Comprendía que, en caso de tener éxito en aquella misión, sería, en adelante, considerado como uno de los más grandes agentes de salvamento en los lagos.

Había hecho sus planes con el mayor cuidado y, mentalmente, preveía el éxito. Consideraba ya tener en su mano la fortuna en cuya busca saliera. En su cartera llevaba cheques por valor de cien mil dólares. Van Gaff podía gastar hasta esta suma, en caso necesario. Con ellos había de comprar un buque cargado de riquezas, que se perdió diez años antes, con la cala llena de lingotes de cobre, por valor de medio millón de dólares. De ser posible, adquiriría el tal buque naufragado por una bicocha y, en caso necesario; debía ocultar el hecho de que su Compañía había logrado descubrir el barco hundido a gran profundidad, en un extremo de la Georgian Bay. Tales eran las instrucciones de sus jefes, de Buffalo.

Durante una hora, Van Gaff estuvo cómodamente sentado en uno de los camarotes del Bella Isla, al mando del capitán James Falkner, con destino al Soo. El agente fumaba de un modo incesante, representándose al mismo tiempo la historia trágica de aquel barco cargado de cobre. Desde luego conocía perfectamente todos los detalles. El buque había desaparecido después de un motín, que estalló al apuntar el día, durante el cual el capitán fue peligrosamente herido, antes de tener la oportunidad de calcular la situación del buque —antes de comprender la necesidad de hacerlo—, y nadie de su tripulación había vuelto para dar cuenta del fin de la desdichada embarcación. Luego, su propietario, que, al mismo tiempo, lo era del metal rojo que transportaba, empezó a buscarlo en vano. Según le habían dicho, aquel hombre vivía ahora en relativa pobreza en el Soo. Y era muy posible que Van Gaff pudiese comprarle sus derechos por unos millares de dólares.

Por entre la niebla de tonos nacarinos de las primeras horas de la mañana,

apareció el buque cargado de cobre. En su cala llevaba un tesoro de metal rojo, de las minas de Míchigan. Cerca de la rueda del timón yacía un hombre muerto. Hacia el centro del navío, un grupo de marineros, armados de cuchillos y pistolas, se hallaban indecisos frente al camarote del capitán. En éste se había arrodillado Jimmy Bosworth y, a su lado, con el rostro blanco de miedo, la muchacha por la cual arriesgaba la vida.

El semblante del capitán Jimmy estaba rojo de sangre. Un reguero de ella llegaba a la atrancada puerta. Y entre las rodillas del herido habíase formado un charco. La mano que empuñaba la pistola temblaba de debilidad cuando levantó el arma de azules reflejos.

—Me parece que no se atreverán a acercarse, se... señorita Williams — tartamudeó.

Aquel hombre apenas se daba cuenta de la terrible herida que sufría; sólo notaba que se desangraba rápidamente y que los objetos que tenía a su alrededor se ponían, por momentos, más borrosos. De haberse dado mejor cuenta de su estado, quizá no se hubiese vuelto.

El pálido rostro de la joven se puso aún más blanco al fijar los ojos en el capitán Jimmy. Pero él no lo advirtió.

—Permítame usted que le vende la cabeza, capitán...

Algo ahogó sus palabras. Si el capitán Jimmy hubiese podido hacer uso de sus ojos, se habría dado cuenta de que la joven lloraba. Pero Jimmy perdía el sentido poco a poco. Sabía que aquella tripulación, enloquecida de codicia, se disponía a quitarles la vida, a él y a ella, y que la muchacha que estaba junto a él era hija del propietario del buque. Eso aparte, sólo sabía que debía disparar contra la puerta en cuanto oyese ruido de pisadas. Tenía grandes razones para no olvidar este detalle y para seguir luchando contra la debilidad que se apoderaba de él. Desde aquel tiempo en que, niños aún, jugaron juntos, el capitán Jimmy amaba a aquella muchacha. Y muy pocos meses antes de que le entregasen el mando de su primer buque, él le preguntó si aún le era permitido amarla y esperar que, algún día, pudiese hacerla su esposa. Mas la respuesta de la joven casi le había desgarrado el corazón.

Ahora ella se dirigía a Detroit, a su cuidado, y él, por lo tanto, debía conducirla allá sana y salva. Un repentino ruido exterior devolvió el sentido al capitán. Los hombres se acercaban. El herido pudo oír el ruido de sus pies y la voz de uno de ellos, que hallaba. Aproximábanse con torpes pasos, cual si acarreasen algún objeto pesado, y aunque el hombre que empuñaba el revólver no pudo darse clara cuenta de la situación, la comprendió muy bien la joven que se hallaba a su lado.

—¡Jim! ¡Jim... van a derribar la puerta! —exclamó.

El capitán pareció oír y comprender estas palabras como si despertase de un profundo sueño. Una de ellas ardía en su cerebro: la de su propio nombre. Diose cuenta de que la joven le había llamado Jim y que al apuntar su revólver, un brazo le rodeó el hombro para sostenerlo, en tanto que una manecita cálida oprimía la suya.

Eso le dio valor y disparó. La joven vio aparecer, con la rapidez de un rayo, un agujerito negro en el panel de la puerta y un instante después otra bala se abrió camino, pocas pulgadas más abajo. Desde fuera se oyó un grito de dolor y luego la caída de un objeto pesado. El capitán Jimmy se reclinó contra la muchacha y con débil sonrisa dijo:

—Me parece que he herido a uno de ellos. ¡Oh Dios mío! ¡Cuánto daría por ver!

—Permítame que le vende la cabeza —replicó la joven con suavidad. Inclínó cariñosamente hacia el suelo a su compañero y con presteza humedeció una toalla en un cubo de agua. Sus hermosos ojos se desorbitaron a causa del dolor mental sufrido al lavar la herida. Estaba segura de que el capitán Jimmy no recobraría la vista. Y mientras ataba la toalla en torno de la herida, el pobre hombre luchó débilmente por sentarse.

—No veo para tirar —dijo—. Hágame el favor de tomar...

Las manos de la joven le ayudaron a sostenerse.

—Jim —murmuró—. ¿Se acuerda usted de que, cuando éramos niños me enseñó a tirar con la vieja pistola de arzón? Pues ahora voy a aprovecharme de sus lecciones.

Tomó el voluminoso revólver, lo armó y lo dejó a su lado, en el suelo. Luego rodeó con sus brazos al capitán Jimmy y, suavemente, le hizo apoyar la espalda en la pared.

—Por suerte poseo el único revólver de gran calibre que hay a bordo —dijo el capitán como hablando consigo mismo—. De lo contrario, ya nos habrían matado a tiros a través de la puerta.

La hija del armador tomó de nuevo el revólver y apoyando el brazo en el respaldo de una silla, lo apuntó fríamente a los negros agujeros que hiciera el capitán Jimmy. Al exterior había una tranquilidad amenazadora. La joven escuchó durante un rato y luego, sin apartar la vista de aquellos puntos negros, preguntó:

—Diga, Jim. ¿Por qué no les permitió usted que me matasen? A usted no le habrían hecho ningún daño, pues por el contrario, deseaban que se uniese a ellos.

El ciego capitán adelantó las manos con inciertos movimientos y ella le oyó, pero no se volvió para mirar.

—¡Mildred! ¿No recuerda usted que... que luché por su causa, más de cien veces... cuando éramos niños?

—Bien lo recuerdo. Jim.

Entonces la joven se volvió para mirar aquella figura acurrucada contra la pared. El rostro de ella estaba húmedo de lágrimas, pero en sus labios florecía una sonrisa, en tanto que en sus ojos había una mirada que habría hecho saltar de gozo el corazón del capitán Jimmy, si hubiese podido verla.

—Entonces era usted mi héroe... Y ahora también.

Se oyó un ruido en la puerta, como si alguien llamase a ella mediante un largo bastón. El voluminoso revólver osciló por un momento entre los dos puntos negros y casi inmediatamente apareció otro en la puerta, hacia la derecha y a cierta altura.

Antes de que la joven pudiese volver a disparar, se oyó una voz que, desde la cubierta, exclamaba:

—¡No tire, capitán Bosworth, porque deseo hablar con usted! —El capitán Jimmy reconoció la voz de su piloto—. Queremos darle una oportunidad más, capitán. Le cederemos la tercera parte del cobre que hay a bordo, si se pasa a nuestro bando y abandona a la muchacha.

Mildred sintió un contacto en el brazo. Era la mano del capitán, quien, por un momento, la agitó a ciegas, diciendo luego:

—¡Milly! ¡Milly!... Haga el favor de darme el revólver.

—¿Quiere usted contestar, capitán Bosworth? —preguntó la voz del exterior Esa muchacha se hundirá con el buque. Hemos calculado la situación de éste Y nadie podrá extraer el cobre más que nosotros. Y si no se reúne usted con nuestro grupo, le mandaremos al fondo juntamente con la chica.

—Por favor... le ruego que me dé el revólver, Milly —sollozó casi el capitán Jimmy.

Se puso en pie, mostrando su patética figura sin poder apenas sostenerse. En vez de entregarle el revólver ella puso una de sus manos en las del herido y luego disparó a través de la hoja de la puerta.

En el exterior resonó un grito de rabia.

—¡Maldito sea! Si ésa es su respuesta, capitán Bosworth, tendremos el mayor gusto en mandarle al infierno. La joven sonrió Brillaban sus blancos dientes entre los labios rojos y su pecho se levantaba rítmicamente, muy excitado. Pero la compañía del capitán Jimmy le daba valor. Acechó otro ruido capaz de guiar su tiro, pero en aquel momento percibió un estremecimiento bajo sus pies, y, con repentino espasmo, el herido estrechó con fuerza extraordinaria la manecita que sostenía.

—Han parado las máquinas —exclamó—. Tome...

El capitán Jimmy sostenía una caja de cartuchos. Ella la tomó y sacó seis, en tanto que su compañero abría la recámara del arma. Después de cargarla de nuevo, la hija del armador se acercó de puntillas a la puerta y permaneció un minuto con el oído pegado a ella. Cuando la muchacha se echó atrás, el capitán contaba con los dedos y movía los labios. Ella se quedó observándole. En la excitación de la hora anterior se le soltó el cabello que, a la sazón, le cubría los hombros. Y mientras se inclinaba, con el deseo de comprender el murmullo del capitán Jimmy, unos mechones de aquél rozaban el rostro del herido, que lo cogió entre sus manos antes de que ella pudiera retirarse.

—¡Milly! —exclamó.

—¿Qué hacía usted, Jim? —preguntó.

El capitán Jimmy volvió a reclinarse en la pared.

—Dispense... señorita... Mildred —murmuró. Ella mientras tanto, volvió a inclinarse, de modo que su cabello rozó de nuevo el rostro del capitán. Pero éste no lo tocó—. Calculaba nuestra situación —continuó—. Si puede usted salvarse, señorita

Mildred, diga a su padre que han hundido el buque, más o menos, entre la bahía Hammond y la isla Grand Manitoulin. Creo que el barco se hundirá a cosa de quince brazas.

Entonces la joven se arrodilló a su lado.

—¿Y usted, Jim...? ¿Usted...? El capitán Jimmy se llevó una mano a la cabeza.

—Me parece que estoy ardiendo —dijo—. No me extrañaría, señorita Milly...

Lentamente osciló y luego cayó hacia atrás. Dando un grito de agonía, la joven le cogió en sus brazos.

—¡Oh Dios mío!... ¡Jim!... ¡Jim... amado mío!

Y, apasionada, oprimió sus labios sobre el rostro mortalmente pálido, que reposaba en su pecho, pero el capitán Jimmy no se dio cuenta. Durante algunos minutos, la hija del armador lo sostuvo sobre su pecho, llorando, besando su cabello y rogando al herido que hablase.

—¡Te amo, Jim!... ¡Te amo!... ¡Te amo!... —repetía una y otra vez—. ¡Te amo...! ¡Te amo! ¡Oh, cuánto te amo!

El capitán Jimmy soñaba. En su sueño parecía que la novia de su adolescencia no le había rechazado y que, incluso, llegaba a ser su esposa. Era un largo sueño, pero siempre cruzaban su cerebro las mismas imágenes, y éstas eran tan agradables, que él se figuró estar sonriendo constantemente. Al despertar otra vez, alguien le bañaba la cabeza en agua fría y Jim dio un profundo suspiro.

—¿Se encuentra usted mejor, Jim? —preguntó una voz. Haciendo un esfuerzo poderoso, el capitán recobró el sentido.

—Estoy mejor, señorita Mildred... Me parece que me he dormido.

Dicho esto, se enderezó y olfateó el aire. Parecía hallarse en una atmósfera diferente... cálida... asfixiante. Se oyó un crujido muy fuerte y él se tambaleó para ponerse de rodillas, mientras le sostenía el brazo de la joven.

—¡Milly! —exclamó muy extrañado.

—Es el buque, Jim —contestó ella—. Se hunde. Y, además, lo han incendiado. Hace ya cosa de una hora que se marcharon. Usted y yo somos los únicos seres que hay a bordo, Jim.

La muchacha habló con voz tranquila y dulce. Alisó hacia atrás el cabello del capitán Jim y se inclinó como si se dispusiera a besarlo, pero se contuvo y solamente sonrió a aquel ciego rostro.

—Traté de llevármelo a usted —continuó diciendo—. Pero no he podido. El capitán Jimmy se puso en pie, tambaleándose. Estaba algo más fuerte, pero los ojos le escocían de un modo terrible.

—¿De modo que no quiere abandonarme?...

—No. Jim.

Ambos se dirigieron lentamente hacia la puerta del camarote y la joven se esforzaba en soportar, por lo menos, la mitad del peso del capitán. Éste adelantó la mano y descorrió el cerrojo. En cuanto se abrió la puerta, una bocanada de aire

caliente dio en su rostro y su nariz se llenó de humo. Por un momento permaneció allí escuchando. No oyó el ruido del mar batiendo los costados del buque, ni el silbido del viento por entre las vergas. Todo quedaba apagado por un sordo rugido que pareció helar la sangre del capitán Jimmy.

—Arde por la cala —dijo—. El fuego no ha llegado aún al centro del buque. Me parece que, por el momento, no hay peligro.

El capitán Jimmy mentía valerosamente. Ella lo comprendió así y le miró como si, de nuevo, quisiera estrecharlo en sus brazos.

Pero ella podía ver. Hacia popa, desde la cocina y todo lo que estaba detrás, era una masa de llamas. De la escotilla, que daba al centro de la cubierta, salía una nube de humo y, a veces, una lengua de fuego. Y mientras ambos estaban allí, cogidos de la mano, se oyó una fuerte explosión bajo sus pies.

—Milly. Tengo necesidad de ver... lo necesito —gritó el capitán.

Trató de separar la toalla que le cubría los ojos, pero que su compañera se lo impidió.

—No debe usted hacer eso, Jim —rogó—. Se quedaría ciego. Además no podrá remediar nada. Han desaparecido los botes. En su camarote había dos salvavidas y ...

La joven se interrumpió, de pronto. El capitán Jimmy se dió cuenta entonces del salvavidas que llevaba en la cintura y quiso quitárselo, pero otra vez sus manos viéronse contenidas por las de ella.

—Están puestos... Eso es lo que quería decir. Jim.

La voz de la joven era suplicante, y él se enderezó, cual si le hubiesen dado un golpe. Extendió una mano, pero ella le rehuyó. Al fin él consiguió cogerla por el brazo y, con toda su fuerza, la atrajo hacia sí.

—Me los ha puesto usted los dos, Milly —exclamó con voz que temblaba de excitación—. Me ha puesto los dos... —Parecía como si recobrara su antiguo vigor. Sostuvo a la joven con una fuerza que le hizo daño, mientras con una mano le pasaba uno de los salvavidas por encima de la cabeza, deslizándoselo por los hombros, hasta situarlo debajo de los brazos. Cuando lo hubo hecho sintió un gran dolor en la cabeza y una repentina debilidad.

—Milly... Creo que no debería usted... engañarme así —jadeó.

Se oyó una detonación bajo sus pies y de la escotilla salió una columna de fuego. No hay nada en el mundo que suene de un modo parecido al rugir del incendio en la cala de un buque. Por espacio de algún tiempo se oye un rugido continuo y sordo, acentuado por pequeñas explosiones que aumentan en intensidad a medida que crece el fuego. Luego, llega el final, como explosión de un polvorín, y en vez de un casco enrojecido por el incendio, se hunde en el mar una masa enorme envuelta en llamas. No era aquélla la primera vez que el capitán Jimmy oía tal estruendo bajo sus pies y comprendió que el fin no estaba lejos. Se fijó en el palpitar de la cubierta y dióse cuenta de que el fuego había pasado ya por las escotillas centrales y ardía hacia proa con la intensidad de un horno. Sin que la joven se diese cuenta, separó la toalla de sus

ojos, pero en cuanto el humo y el calor se pusieron en contacto con su herida sintió un dolor lancinante e insoportable; mas no pudo, ver cosa alguna. Volvió a ponerse la toalla y en lo más profundo de su alma surgió un débil grito de agonía.

—¡Dios mío! ¡Cuánto daría por ver!

La joven se volvió nuevamente a él.

—Ya verá usted dentro de algún tiempo, pero conviene que no se quite el vendaje, Jim —dijo.

Tomó a su compañero de la mano y lo condujo al extremo del camarote. De la escotilla central surgía entonces una densa columna de fuego, y la hija del armador tuvo que levantar su falda para proteger del calor el rostro del capitán Jimmy a medida que, lentamente, lo conducía a proa.

—¿Tampoco está el bote de proa, Milly? —preguntó.

—No Jim.

—¿Y las almadías?

—Las arrojaron al agua, Jim.

El capitán Jimmy se agarró a la barandilla del buque, en cuanto la joven le hubo llevado allá, y se asomó al mar. Pudo olfatear las columnas del humo que salían de algún agujero cercano a la línea de flotación.

—¡Oh Dios mío! ¡Si pudiese ver! —exclamó de nuevo.

—¿Qué haría, Jim? ¿Qué haría usted? —La joven le cogió con vehemencia por el brazo—. Sea usted mi capitán, Jim, y yo seré la tripulación. Puedo hacer lo que convenga...

—¡Madera y una cuerda! —exclamó él—. ¿Ha llegado ya el fuego al camarote, Milly?

—Aún no.

—Entonces lléveme allá —gritó casi el capitán Jimmy—. Tomaremos la mesa... y debajo de ella hay una cuerda.

—Quédese, Jim. Yo iré a buscarlos.

La joven desapareció inmediatamente. El capitán Jimmy le gritó que volviese a su lado y al no recibir respuesta gimió esperando.

Más allá de la escotilla central y en dirección a popa, el buque mercante estaba envuelto en llamas. El apagado y continuo trueno que resonaba bajo la cubierta quedaba ya ahogado por la crepitación y los rugidos de la estructura superior, y el calor que de allí procedía asfixió casi a la joven, quien inclinó la cabeza y se internó entre las espesas columnas de humo. Casi a ciegas avanzó, tanteando con las manos, hasta llegar a la puerta del camarote. La estancia se hallaba invadida por el humo y en un rincón algunas llamas lívidas lamían la pared, desde la puerta. Jadeando y semiasfijada, la joven se apoderó de la cuerda, corrió a la puerta y la arrojó al exterior. Oyó un grito del capitán Jimmy, grito de aviso y de terror, pero retrocedió sin desperdiciar el aliento en contestar, Un extremo del camarote era ya pasto de las llamas. La joven sintió quemaduras en el rostro, pero se agarró a la mesa y, palmo a

palmo, la arrastró hacia la puerta. Por momentos parecía perder la fuerza. Diose cuenta de que se sofocaba, quemándose casi, pero siguió luchando mientras la cubierta crepitaba a unos doce metros de distancia y el camarote ardía muy cerca de sus pies.

Una vez en la cubierta se tambaleó, cayéndose. Por un instante experimentó el deseo de continuar tendida y descansar, mas la razón le indicó la conveniencia de hacer otro esfuerzo y llegar junto al capitán Jim. La mesa que arrastraba parecía de plomo. A través del humo creyó ver como si el fuego se adelantase a su camino. Las llamas se elevaron hasta envolver los palos y las vergas, y un extremo del buque saltó con tremenda explosión. En torno de la nave, el mar se había transformado en una caldera hirviente y algunas columnas de vapor rodeaban a la heroica muchacha. Ésta sintió como si su corazón fuese a estallar por falta de aire. Pulgada a pulgada recorrió un pie, dos, tres... Oyó gritos cerca de ella, pero no pudo contestar. De pronto chocó contra algo y observó que el capitán Jimmy se hallaba a su lado ayudándola. Entonces tiró con mayor fuerza, luchó más aún, hasta que la mesa se halló en la atmósfera más pura de la proa. Después se volvió y rodeó con su brazo el cuello de su compañero.

—¡Oh Jim... Jim...! —murmuró sollozando.

El capitán Jimmy la estrechaba contra su cuerpo. Por su gusto habría permanecido de aquel modo hasta que el fuego lo hubiese consumido del todo, pero un instante después la joven se apartó de él.

—Apresurémonos, Jim.

Recogió la cuerda de la cubierta y la dio a su compañero. Éste, con manos temblorosas, la cortó en tres pedazos. Uno de ellos lo ató a la cintura de Milly, otro lo rodeó a su propio cuerpo y luego amarró los tres cabos a la mesa. El que quedaba libre lo sujetó a la barandilla del buque. Hecho esto, suspendió la mesa sobre el mar, valerosamente ayudado por la joven.

—Debe usted deslizarse por la cuerda, Milly —dijo—. Estamos los dos atados y no podemos perder...

Tras ellos estalló otra parte de la cubierta y al mismo tiempo, se oyó un nuevo ruido, que el capitán Jimmy había esperado ya, desde que recobró el sentido en el camarote. Era la entrada tumultuosa de las aguas. El herido comprendió que había llegado ya el último momento del buque.

—¡Aprisa...! ¡Aprisa! —exclamó.

Su voz indicaba el peligro que corrían. La entrada del agua se convirtió en un rugido cavernoso. Un momento después la joven había franqueado la barandilla y elevaba la voz para decir, animosa, a su compañero:

—¡Estoy aquí, Jim! El capitán se deslizó, a su vez, por la cuerda y quedó suspendido de ella. Mordió con fuerza el mango de un cuchillo y mientras su cuerpo, en parte sumergido, se hallaba en el agua, tomó el instrumento y oprimió la hoja contra la cuerda.

—¿Está usted segura, Milly?

—No solamente segura, sino que también cómoda replicó ella.

El capitán manejó el cuchillo y cortó la cuerda. Luego, empezó a mover manos y piernas en el agua y la mesa empezó a alejarse lentamente. Por momentos disminuía el estruendo del barco incendiado. Pronto murió a lo lejos el ruido del agua que penetraba en la cala y el capitán Jim cesó de remar. Con alguna dificultad se izó sobre la mesa y la joven le rodeó un hombro con su brazo.

—¿A qué distancia nos hallamos, Milly...?

No terminó la frase. La joven, con los ojos desorbitados de horror y de emoción, miraba hacia el buque. La incendiada popa salió disparada al aire como cohete que atraviesa, silbando, el espacio, y el barco cargado de cobre se hundía en el mar. Surgió entonces una columna de vapor blanco y se notó una acentuada ondulación del agua, por debajo de la mesa. Después reinó una extraña tranquilidad en el ambiente. El rostro del capitán Jimmy tenía una mortal palidez cuando se volvió en dirección al cielo, que ya nunca más vería.

—Se ha hundido, Milly... —Un sollozo casi infantil ahogó sus palabras—. Se ha hundido... y he perdido... mi primer barco...

Por el mismo rumbo que siguiera el buque carga de cobre pasó aquel día, aunque muchas horas después, otro barco de carga. Recogió a un hombre joven y a una mujer que tenía menos años todavía. Ambos sufrían importantes quemaduras, aparte de que el primero estaba ciego. Eso ocurrió a bastante distancia del lugar en que se hundiera aquel tesoro de cobre.

A juzgar por la experiencia que tenía, adquirida durante muchos años, Van Gaff sabía que un hombre hambriento o pobre se contenta con poco. Él mismo se había visto obligado a proceder así en los días que le convirtieron en misántropo, según afirmaban algunos. El destino lo había derribado de un duro golpe, no permitiéndole levantar cabeza, hasta que empezó a ennegrecerse su rostro, y, mientras estuvo en aquella situación, perdió cuanto le importaba en la vida.

Luego, llevó a cabo una lucha titánica y consiguió elevarse, pues en su interior ardía, llena de vitalidad, el alma. Había alcanzado el éxito, había hecho dinero, pero ya no sentía amor por hombres ni mujeres. Vivía porque su corazón continuaba latiendo, pero no porque hallase gran placer en ello, y trabajaba intensamente, ya que el trabajo le parecía la única cosa digna de ocupar su vida.

Éste era, pues, Van Gaff. La historia del desdichado buque, cargado de cobre, no despertó su entusiasmo personal. Ni siquiera se dio cuenta del aspecto novelesco de aquella aventura. Aquella noche, lo mismo que durante otras noches, no hacía más que seguir su camino. Su soledad era para él tan ilimitada como siempre; permanecía sentado y caviloso como había hecho muchas veces, mientras algo en él retrocedía anhelante hacia la vida de otros tiempos cuando para él no existía aquella ruta que

ahora seguía, cuando se asemejaba a otras personas, divirtiéndose como ellas. El timbre del teléfono, colgado de la pared del camarote, lo sacó de su abstracción.

—Oiga, Van Gaff, le habla Falkner —oyó—. Le ruego que venga acá, para jugar con nosotros una partida de póquer. Hay una...

—Agradecido, capitán, pero esta noche no estoy humor —interrumpió Van Gaff—. Creo...

—Hay una señorita —exclamó, a su vez, el capitán—. Me ha rogado que le invite a usted y, por lo tanto, no veo manera de que pueda zafarse del compromiso. Le esperamos.

En el otro extremo de la línea se oyó como el capitán colgaba ruidosamente el receptor y Van Gaff se volvió a su asiento, con una expresión de incertidumbre en su semblante.

—¡Qué demonio...! ¿Una muchacha que juega al póquer...? —murmuró. Y el mal humor que se pintaba en sus ojos quedó substituido por una chispa humorística. Una fibra humanamente vital en él se había conmovido—. ¡Es divertidísimo! —sonrió mientras encendía otro cigarro—. Una muchacha... que juega al póquer... en el camarote del capitán.

Aquella idea sedujo a Van Gaff.

—Estoy persuadido... —No terminó la frase, ni indicó de qué estaba persuadido, mas por su rostro pasó una expresión de curiosidad, de vacilación y de duda—. Me parece que voy —acabó diciéndose—. Así veré...

Ató los cordones de sus zapatos, se arregló la corbata, se pasó el peine por el cabello y salió a cubierta.

Jennings, primer oficial del barco, abrió la puerta en cuanto Van Gaff llamó y, por encima del hombro del primero, el recién venido vio al capitán Falkner, que se reía a carcajadas frente a frente de una muchacha sentada a un extremo de la mesa del camarote. El agente de salvamento no era muy curioso con respecto a las mujeres. Observó que aquella, sentada bajo castaño y que sus ojos, por una luz eléctrica, tenía un magnífico cabello de color de él, eran oscuros. Nada había de extraordinario en aquella mujer, según le pareció a Van Gaff. Era hermosa, pero de una belleza apacible y discreta, y una mera belleza femenina hacía ya tiempo que no interesaba a Van Gaff.

—Ya me figuraba que vendría usted, Van Gaff —dijo el capitán, poniéndose en pie, para estrecharle la mano—. Realmente, no tiene usted frecuentes ocasiones para jugar al póquer con una linda señorita. ¿No es así? —Hizo un guiño, se echó a reír y Jennings le acompañó en sus carcajadas—. Señorita York —dijo volviéndose hacia la joven—. Le presento a usted al señor Van Gaff, uno de los petardistas que trabajan al servicio de la Compañía de Salvamentos de los Grandes Lagos. Le será muy simpático.

Van Gaff se sonrojó, pero la joven pareció no fijarse en ello. Levantó los ojos hacia él y le sonrió; el agente se dijo que aquella sonrisa era la más dulce que viera en su vida.

—Temo mucho que el capitán Falkner le dé una mala opinión de mí —dijo.

Se sentó frente a la joven, en tanto que los demás se situaban en extremos opuestos de la mesa. El primer oficial empezó a clasificar unos montoncitos de fichas, de distinto color, y por su parte el capitán tomó la baraja y empezó a dar. Van Gaff repitió lo que había dicho. La única respuesta de la joven fue otra sonrisa y el ademán de llevarse un lindo dedo a sus labios.

—No le gusta hablar con desconocidos —murmuró Jennings—. Eso es admirable.

—¡Pst! —le avisó el capitán.

Van Gaff sintió que la sangre acudía a su rostro. Miró en línea recta a la joven y advirtió que en los ojos de ésta había una mirada de perplejidad. Su boca se había fruncido en una roja O y disparaba suspicaces ojeadas al capitán y luego a Jennings. Después tomó un pequeño taco de papel, escribió algunas palabras y lo tendió a Van Gaff.

No me crea usted mal educada —escribió—. ¿No le han dicho a usted que soy sordomuda?

Por un momento los dedos de Van Gaff agarraron con fuerza el taco. En su camino de accidentada vida había aprendido a pegar, repentina e inesperadamente. Y en aquel instante sintió el deseo intenso de dar su merecido a los dos hombres que le acompañaban. Volvióse al capitán, que se sonreía sin disimulo. Dióse cuenta de que al otro lado Jennings le imitaba en silencio. Un momento más y hubiera obedecido a algo que interiormente le imponía la acción física, pero ella advirtió el centelleo de cólera en sus ojos, extendió la mano y la apoyó suavemente en su cerrado puño. Aquel contacto hizo estremecer a Van Gaff.

Le ruego que me perdone —escribió con su letra grandota y casi ilegible—. Lo ignoraba.

La joven se rió mirándole y él se preguntó si habría dado pruebas de mal gusto al demostrar su enojo por un incidente que los demás consideraban tan sólo como una broma excelente.

—Yo tengo la culpa —dijo Jim Falkner, excusándose, el rostro congestionado por la risa—. La señorita York se figuraba que yo se lo habría dicho a usted. Pero la tentación fue muy grande, Van Gaff. Demasiado...

La joven dirigió una mirada de aviso hacia el agente al tomar sus naipes. Van Gaff la observó con la mayor atención. Por un momento, sus largas pestañas se apoyaron casi en sus mejillas, mientras estudiaba las cartas; luego, sus labios formaron aquella roja y redonda O que empezaba ya a apasionar a Van Gaff. Un

momento después, dio un ligero empujón a un montoncito de fichas.

El agente de salvamentos demostró su interés. Comprendió que aquella joven, a la que conocía desde muy pocos minutos antes, era en extremo atractiva. Algo que emanaba de ella hacía vibrar unas cuerdas que el agente creía ya muertas desde mucho tiempo atrás.

Por dos veces, durante los primeros minutos del juego, olvidó la razón de su silencio y le dirigió la palabra. Cada vez ella contestó con una sonrisa, al parecer llena de tristeza, que obligó a Van Gaff a maldecir mentalmente por su distracción. Incluso dejó de notar que la joven jugaba muy bien, y cuando Jennings le llamó la atención acerca de eso y él vio que su compañera poseía las dos terceras partes de las fichas que había sobre la mesa, el calor que empezara a sentir en el corazón se enfrió de pronto. Tenía ya su opinión formada acerca de las mujeres que jugaban al póquer.

Deseaba dirigir una pregunta al capitán, pero temió que ella a pudiese comprenderle. Los cambios de expresión de sus ojos y el color que se mostraba, o desaparecía a veces en sus mejillas, parecían indicar su habilidad en descifrar lo que decían los demás, gracias al movimiento de los labios. En cierto momento, mientras el agente miraba con la mayor atención sus naipes, habló en voz baja al primer oficial diciéndole que la señorita York le recordaba a una joven a quien vio años atrás, en una función teatral.

—Pero aquella muchacha era una jugadora profesional —añadió acentuando enfáticamente la última palabra.

Al mirar al lado opuesto de la mesa observó que el rostro de la señorita York estaba sonrojado y la mirada que ella le dirigió fue casi acusadora. ¿Sería posible que entendiese? Creyó mejor obrar con franqueza y preguntárselo. Pero aquella pregunta, formulada sobre el papel, parecía impertinente y de mal gusto. Sin embargo, le pasó el taco escrito y se quedó observando a la joven mientras leía:

A veces, una persona sordomuda entiende sin oír —escribió de un modo equívoco.

Poco después, ella señaló con un movimiento de cabeza el reloj del camarote, dando a entender que para ella ya era hora de retirarse. Antes de ponerse en pie invitó a Van Gaff a que la acompañase por la cubierta hasta su camarote, y cuando ambos se detuvieron ante la puerta, ella le dio una de sus manos, sonriéndole de tal manera que el corazón del agente empezó a palpar con fuerza. En aquellos momentos olvidó todo recuerdo de su antigua existencia. No se acordó más del barco cargado de cobre, de los cheques por sumas importantes, ni del hombre que vivía en el Soo. Y en sus labios ardían algunas palabras que se esforzaba en contener.

Ya de regreso en su camarote, sintió no haber comunicado de algún modo a la joven lo que había en su mente. Podía haber escrito en el taco y hasta quizás...

Pero inmediatamente se reprochó el haberse permitido aquella idea.

También pensó en que estaba haciendo el tonto. Una docena de veces se preguntó por qué le interesaría tanto aquella muchacha. Hacía menos de dos horas que le conocía... era sordomuda... y jugaba al póquer. Todas estas cosas habrían bastado, poco tiempo antes para disponer desfavorablemente a Van Gaff. Pero ahora algo se rebeló en su alma y tuvo que confesarse en seguida que en su vida había ya un nuevo interés, que experimentaba sensaciones agradables y que le llenaban del deseo de verse otra vez al lado de aquella mujer.

Al despertar a la mañana siguiente, lo primero en que pensó fue en la joven. Durante una hora se entretuvo desayunándose, con la esperanza de que ella iría a reunírsele. Habló de ella al capitán, quien le dijo, sencillamente, que la señorita York vivía en el Soo y que su padre, cuya buena opinión le importaba mucho, era amigo suyo, pero que había visto pocas veces a la joven y, por consiguiente, sabía poco de ella. Aparte estos informes, Jim Falkner se mostró tan reticente, que Van Gaff comprendió, al fin, la impertinencia de sus preguntas. Poco después volvió a su camarote y, a través de la puerta, acechó la aparición de aquella muchacha en la cubierta. Cuando ésta salió de su estancia, el agente se apresuró a saludarla.

—La he estado aguardando toda la mañana —gritó— y...

Pero se corrigió a tiempo, en tanto que ella se reía de su descuido. Tenía tan dulce expresión su rostro, que la perplejidad de Van Gaff desapareció al momento.

Él la condujo hacia el centro de la cubierta y, en su compañía, se asomó a la barandilla del buque, de modo que el individuo de la tripulación más cercano hallábase a sesenta metros de distancia. El agente mostró a la joven las bellezas del lago y ella le comprendió, dándole gracias con los ojos. El agente fue dos veces a su propio camarote en busca de almohadones y de sillas y luego, por espacio de una hora, permaneció sentado junto a ella, cada vez más enamorado. Mientras observaba el hermoso color del rostro de la joven, las cambiantes expresiones de sus ojos y los fruncimientos de sus lindos labios de grana, Van Gaff comprendió que todo lo que antes le importaba en la vida había cedido el paso a aquella muchacha. Y al pensar en su gran defecto físico, sólo sintió aumentar su pasión. Aquello la acercaba más a él, porque cada uno, a su modo, era desgraciado; aquel defecto le hizo sentir que entre ambos existía algo que compensaba la brevedad de su conocimiento. Lo escribió así para comunicarlo a su compañera y ella le rogó que se lo explicase, cosa bastante difícil para Van Gaff. Empezó a referir la antigua y larga historia de su vida y la escribió palabra por palabra mientras ella le alentaba a proseguir.

En cuanto lo hubo hecho, escribió las últimas palabras:

Ahora voy a decirle algo que tal vez la enojará. Una noche me ha bastado para aprender a amarla... Nunca, en toda mi vida, he amado a ningún ser vivo, excepción, hecha de un perro.

En un momento desapareció el color de las mejillas de la joven y cuando,

lentamente, levantó los ojos hacia Van Gaff, su rostro estaba tan blanco como la florecilla que llevaba en el escote. El agente de salvamentos tenía el alma entera asomada a los ojos, le pareció que en aquel instante su corazón había cesado de latir. Al alcance de su brazo se hallaba la única salvación que la tierra parecía poder ofrecerle. Aquella muchacha le sacaba de su antigua vida rutinaria y triste, y era evidente que lo mantendría alejado de ella para siempre. Sin la muchacha estaba convencido de que volvería a caer a mayor profundidad que antes, y casi tendió los brazos mientras sus labios se disponían a pronunciar palabras de súplica.

Pareció que ella se disponía a hablar. Temblaron sus labios y luchó como para pronunciar las palabras que quería decir; Van Gaff se inclinó vehemente hacia ella, cual si esperase oír su voz. Ante su ansioso rostro, la joven bajó la mirada y escribió en el taco:

No me diría usted eso si me conociese mejor —leyó él—. He aceptado su amistad, pero al permitirle que me dijese que me ama, le he engañado... le he engañado de un modo tan vergonzoso, que casi tengo miedo en decirle cómo.

Los ojos de él resplandecieron y su rostro vehemente palideció mientras escribía:

El engaño ha formado parte de mi vida. A veces, el engaño es necesario, según me ha ocurrido a mí; entonces no es ya un pecado, sino algo justo. Éste es mi undécimo mandamiento y, al obedecerlo, he obligado al mundo a darme lo poco que, de otro modo, no me hubiese correspondido. En este momento obedezco a él.

Pensaba entonces en el buque cargado de cobre y en el hombre de Soo.

Me engaña usted —escribió la joven.

Entonces él empezó a referir la historia del buque cargado de cobre. Con palabras breves y vigorosas dio a entender dónde se hallaba su engaño, y ella leía, a medida que su compañero trazaba aquellas palabras, con el rostro tan cerca de éste que, a veces, él podía sentir su cabello rozando con su mejilla. Antes de terminar el relato, la muchacha retrocedió y cuando Van Gaff levantó la vista para mirarla, la vio en pie, los ojos agrandados y muy fijos, cual si hubiesen tenido un sobresalto.

He de reflexionar acerca de lo que dice usted —escribió en cuanto él le hubo devuelto el taco—. Ahora quiero volver a mi camarote. Me verá usted de nuevo... pronto.

Le dio la mano y Van Gaff la retuvo un momento entre las suyas.

Después no hizo ninguna tentativa para detenerla. La observó mientras ella se dirigía a la cubierta de proa. Van Gaff se dijo que aquel momento era el más feliz de cuantos recordaba de su vida entera. Al principio, él mismo se apercibió contra un desengaño. Temía que la muchacha considerase sus atenciones y sus palabras como impertinentes, si no insultantes. Pero ella aceptó ambas cosas y había algo en su modo de acogerlas que hizo latir esperanzado el corazón del agente.

La amaba con la sinceridad de un hombre en el que arde por vez primera una gran pasión, y no tenía en cuenta nada más. Tan sólo, de un modo vago, se preguntó cómo le había engañado ella. Creyó, la noche anterior, haber adivinado algo de su secreto y estaba persuadido de que el capitán podría explicárselo todo, en caso de querer hacerlo. Pero ahora ya no le importaban las explicaciones. Aquella muchacha era una parte de su vida, vitalmente necesaria para su futuro, y nada podría impedirle que la amase.

Lleno de ansiedad, esperó su reaparición. Pero ella se hizo servir la cena en su camarote, y como pasaran las horas sin que se dejase ver, la intranquilidad de Van Gaff llegó a un grado extraordinario. Más tarde, y ya después del mediodía, recibió una nota comunicándole que la joven sufría un fuerte dolor de cabeza y que lamentaba mucho no poder verle hasta el día siguiente.

El agente de salvamentos se levantó temprano a la mañana siguiente. Había observado que las máquinas del buque dejaron de funcionar bajo sus pies y al subir a cubierta notó que la nave estaba inmóvil, en un mar muy tranquilo, cosa que le sorprendió en extremo. El capitán le llamó desde el puente de mando.

—Temo mucho que se nos haya roto un árbol, señor Van Gaff. —Señaló muy disgustado, y Van Gaff, siguiendo la dirección indicada, vio una masa confusa de humo a cosa de doce millas de distancia—. Éste es el Soo —explicó el capitán encogiéndose significativamente de hombros—. Nos costará un pico el remolque y además perderemos un día.

Van Gaff sintió repentina alegría. Precisamente deseaba aquella demora, porque cada uno de sus minutos sería precioso para él. Su felicidad trascendía a su rostro mientras subía hacia el puente de mando, y preguntó al capitán si se había enterado del estado de la señorita York.

—¿Ve usted esa columna de humo? —preguntó el capitán señalando hacia la distante ciudad—. Es nuestra lancha y en ella se encuentra la señorita York. Dijo que tenía absoluta necesidad de llegar cuanto antes a Soo, y yo le he facilitado los medios de ir allá. Pero tengo sospechas... de que usted... —Hizo una pausa, buscó en uno de sus bolsillos y entregó una carta a Van Gaff—. La ha dejado para usted —dijo con voz gruñona.

Van Gaff se apoderó de ella con rápido impulso, rasgó el sobre y leyó:

Querido señor Van Gaff.

Estoy persuadida de que me creará muy mala cuando haya leído esta carta, aunque espero que me perdonará. Anoche le dije que le había engañado, pero desde entonces le he vuelto a engañar y ello de un modo que le perjudicará en sus intereses. En primer lugar, no soy sorda ni muda. Haga el favor de no echar la culpa al capitán Falkner. La noche en que jugamos al póquer le dije que quería divertirme un poco a costa de usted y él me dio su palabra de honor de que no me haría traición, porque, por otra parte, yo no esperaba volver a verle ya a la mañana siguiente. Antes de separarnos, ayer por la mañana, estuve a punto de confesarle mi pequeña superchería, pero usted me habló de un barco naufragado mucho tiempo atrás y cargado de cobre. Estas palabras sellaron mis labios. Usted me dijo cómo y dónde lo halló su Compañía, así como el nombre de su propietario. Y cuando lea usted esta carta, yo estaré en camino para ponerme en comunicación con el dueño de aquel buque. Casi me desprecio por haber hecho traición de este modo a la confianza de usted. Pero recuerde que me enseñó un mandamiento undécimo... y yo lo sigo al pie de la letra.

De usted afectísima,

ELIZABETH YORK

Cuando Van Gaff se volvió hacia el capitán Falkner, su rostro volvía a tener pétreo expresión. Sintió que le invadía otra vez su antiguo humor, y ya no era el mismo Van Gaff que tan tontamente se portara, sino el de siempre, aunque tal vez al final de su camino le esperaba un lugar más hondo y oscuro que antes. Y toda la escasa esperanza que aún tenía estaba ya destruida.

No sólo se hizo traición a sí mismo, sino que también traicionó a sus jefes. Permitió que una aventurera le engañase y le perjudicase. Mas, a pesar de todo, su corazón latía emocionado al recordarla. Fuese lo que fuese aquella mujer, le hizo vivir algunas horas felices... Y la amaba: siempre la amaría por esta causa. Pero ya su carácter enérgico le recomendaba actuar.

—Capitán Falkner —le dijo—; es necesario también que yo llegue cuanto antes al Soo... Sin la menor demora. Ahí pasa un yate que me recogerá. ¿Quiere usted hacerle señales? —mientras hablaba entregó al capitán la carta abierta—. Esto le explicará la razón —añadió.

El capitán leyó y, al terminar, profirió una blasfemia que debió de oírse por todo el buque.

—¡Es una muchacha estupenda! —gritó.

Una intensa agitación enrojeció su rostro. Luego, se metió en el puente de mando, asestó sus gemelos a la distante embarcación y transmitió una señal al cuarto máquinas.

—Llamaré al yate en obsequio a usted —gritó—. Lo llamaré... porque estoy seguro de que no alcanzará a la señorita York. Ella le vencerá fácilmente. De no estar

persuadido de esto, le retendría a usted aquí hasta el día del juicio. Pero, como le digo, será usted vencido. Ella llegará primero...

Le interrumpió el rugido del silbato del barco. Mediante una señal ininterrumpida, que inundó de vapor la cubierta de popa, siguió llamando hasta que el yate cambió de rumbo y se acercó a la distancia conveniente para poder conversar. En respuesta a la invitación del capitán, aquel yate se puso de costado y Van Gaff se embarcó en él. Halló a bordo de la embarcación a un hombre y a dos mujeres jóvenes, pero antes de que cualquiera de ellos expresara su sorpresa, se acercó al primero, que le miraba muy asombrado desde la popa.

—Perdóneme —dijo quitándose el sombrero para saludar a las señoras—. Hemos sufrido una avería y es de la mayor importancia que yo llegue cuanto antes al Soo. Le daré quinientos dólares si me lleva allí en tres cuartos de hora y una prima de cien dólares por cada cinco minutos que economice.

Se sentó frente a aquel hombre que cuidaba del motor, sacó la cartera y consultó el reloj.

—Haga el favor de no perder ni un segundo —recomendó mientras contaba cierto número de billetes. Voy a pagarle trescientos dólares por anticipado. Y el resto se lo daré con lo demás que gane.

La pequeña embarcación se alejaba ya del muro de acero del buque. Su motor elevó gran cantidad de espuma por la popa, y mientras el yate partía rápidamente con la proa hacia la distante ciudad, Van Gaff entregó los billetes de Banco. Luego, apoyó la espalda contra la amura almohadillada y, en silencio, observó la marcha.

Treinta minutos después dio cuatrocientos cincuenta dólares al individuo que maniobraba el motor. Diez minutos más tarde, mientras el yate se deslizaba con peligrosa velocidad hacia uno de los muelles bajos de la población, le dio otros dos billetes y, sin esperar a que se detuviese la embarcación, saltó a tierra. Comprendió que perdería tiempo buscando un coche y, por lo tanto llamó a un carro de reparto, se sentó al lado del conductor y, poniéndole un billete en la mano, le recomendó que echara a correr hacia el lugar que le indicó.

Pocos minutos después, el agente de salvamentos enfilaba un tortuoso y escondido sendero que conducía a una casa blanca, de estilo antiguo, situada en el centro de una pequeña alameda. Mientras subía los escalones desgastados por la intemperie que conducían a la puerta principal, divisó a un hombre de cabello gris a través de una abierta ventana y tuvo la certeza de que era el mismo individuo a quien se proponía visitar. Un momento después de haber llamado apareció en la puerta una mujer anciana, tomó su tarjeta y le introdujo en una salita.

Van Gaff estaba lleno de esperanzas.

Parecíale evidente que había derrotado a la señorita York. Sabía que la joven desembarcó por lo menos media hora antes que él, pero quizá la entretuvo algo a su llegada a la ciudad. El aspecto apacible y tranquilo del hombre a quien viera y el continente reposado de la mujer a la que creyó su esposa, le convencieron de que el

matrimonio no había oído decir cosa alguna referente al buque cargado de cobre.

Pero también se dijo que no debía perder un momento regateando, pues la joven podía llegar de un instante a otro. Ofrecería cincuenta mil dólares inmediatamente. Si observaba alguna vacilación por parte del dueño del buque cargado de cobre, aumentaría la oferta, aunque de un modo que no originase sospechas. Habíase formado este plan cuando resonaron en el *hall* unos pasos ligeros y un momento después apareció en la puerta la señorita Elizabeth York.

La joven llevaba el mismo traje con que la vio a bordo. Sonreían sus labios de aquel modo dulce y suave que enloqueciera a Van Gaff y se adelantó hacia él con la mano tendida.

—¿No me felicita señor Van Gaff? —preguntó. Vivo rubor llenó sus mejillas, en tanto que sus ojos resplandecían de un modo que Van Gaff no había visto aún—. Haga el favor...

Van Gaff no tomó siquiera aquella manecita. Sabía que acababa de ser derrotado.

—Me ha arruinado usted —dijo fríamente.

—Y, por lo tanto, me creerá muy mala —dijo ella sonriendo—, pero no lo soy. No he hecho más que obedecer su undécimo mandamiento, y así he evitado que su Compañía robase una fortuna a mi padre. No me llamo York, sino Mildred Williams Bosworth.

Capítulo XIV

Jim Falkner, pirata

EL gran reloj del Ayuntamiento daba las diez cuando Jim Falkner llegó a la calle empedrada de negros guijarros a que le dirigía la carta. Ésta era muy curiosa, y la hora, intempestiva para una cita con un hombre rico; pero al detenerse para encender la pipa se le ocurrió la idea de que hasta aquel momento la calle era el detalle más raro entre todos los demás. Corría muy cerca, a lo largo de la orilla del lago, y olía a pescado, alquitrán y aceite. Era estrecha y tenía las casas muy altas, en ambos lados, oscuras y negras, lo que le daba un aspecto semejante al de un túnel. Por unos momentos Falkner permaneció inmóvil y miró la entrada de aquel abismo ciudadano, en donde no resonaba el ruido de pasos o de voces, y se preguntó cómo hallaría el número que buscaba y la razón de que un millonario hubiese escogido aquel lugar tenebroso para su oficina. De pronto, y a distancia de una manzana y media, vio una estrecha faja de luz que se proyectaba en la calle y se le ocurrió la idea de que ésta era para servirle de guía. Chupando su pipa y con la mano derecha en el de la chaqueta, donde sus dedos tocaban un frío revólver automático, Falkner se sumió en la obscuridad.

En aquella aventura había algo que le excitaba de un modo muy curioso; para él la aventura de cualquier clase fue siempre la sal de la existencia, desde la época más remota que podía recordar. Pero nunca se dio más a ciegas a un asunto que ahora. Una semana antes le entregaron una carta a bordo de su buque, en Milwaukee, carta que hubiese atribuido a un chiflado o a un loco, de no haber llevado la firma de un conocidísimo millonario de Chicago. Entre otras cosas, le rogaba, en caso de importarle su porvenir, que acudiese, a determina hora, a cierto número de una calle indicada de Chicago; y le adjuntaban un cheque de quinientos dólares, como garantía de la buena fe por parte del expedidor. Habían transcurrido ya cinco minutos después de la hora señalada, cuando Falkner se detuvo bajo el rayo de luz que salía desde la ventana del segundo piso. Encendió un fósforo y halló el número que necesitaba.

Una escalera estrecha, más negra aún que la oscura calle conducía al segundo piso; y Falkner subió tropezando y haciendo un gran ruido, a causa de la desacostumbrada angostura de los escalones. Apenas había llegado a lo alto, cuando

se abrió una puerta y la escalera se inundó de luz. Gracias a ésta, Jim Falkner vio a un hombre a quien no conocía y cuyo rostro redondo, sonrosado y sonriente, y su alegre corpulencia, hicieron desaparecer en un momento más de la mitad de las dudas que la calle negra y la escalera, más negra todavía, le habían hecho sentir. Aquel individuo aparentaba tener unos cincuenta años, a pesar de que su cabello, al rape, era casi blanco. Chupaba vigorosamente un enorme y oscuro cigarro, y sonrió entre dientes cuando él tropezó en el último escalón.

—Aquí no hay luces —dijo disculpándose—. ¿Es usted el Capitán Jim Falkner?

—Sí, señor —contestó el joven.

—Desde luego. Ya me lo figuraba. Es una pregunta tonta —replicó el otro—. En realidad, tengo ya su retrato en mi mesa de labor. Extendió una mano y Jim Falkner se llenó de asombro ante la fuerza con que aquél estrechó la suya.

—Lo recorté de un periódico cuando encontró usted aquel barco hundido y cargado de cobre —replicó—. ¡Buen trabajo! Y los bandidos que le impidieron realizar el salvamento deberían ser ahorcados. Falkner se echó a reír mientras aceptaba un cigarro que el otro sacó de un abultado bolsillo de su chaleco.

—Supongo que podré preguntarle si es usted el señor Winn —dijo.

—Sí. Soy Winn... J. Cortland Winn. Entre. Falkner pasó desde el *hall* principal a otro más pequeño, y Winn cerró la puerta tras ellos. Luego abrió otra puerta y, con suavidad, empujó a su visitante, haciéndole pasar el primero, a una habitación brillantemente iluminada, en la cual no había más muebles que una mesa enorme, media docena de sillas y una biblioteca sin libros. En el suelo no se veía ninguna alfombra. Del techo, directamente sobre la mesa, pendía, ardiendo, un pequeño arco voltaico; y debajo, mirándole de frente cuando entró, estaba sentada una mujer joven.

—Mi hija... El capitán Falkner —dijo Winn.

La muchacha hizo una leve inclinación de cabeza. Su sombrero de anchas alas le sombreaba el rostro, pero no lo bastante para ocultar su notable belleza. Continuó mirando con fijeza al joven por un momento, con los labios entreabiertos y los oscuros ojos llenos de interrogadora curiosidad. Mientras Falkner se sentaba frente a Winn, pudo divisar el perfil de la joven y el reflejo de la luz en su cabello. En la mesa que tenía delante velase un diminuto taco de papel con cubierta de tafílete rojo, y entre sus dedos sostenía un delgado lapicero amarillo. Falkner miró a la hija del naviero millonario con nuevo y mal disimulado interés.

—No le detendré a usted mucho tiempo, capitán Falkner —dijo Winn con voz aguda y decisiva. Examinó unos papeles y continuó—: Sin duda se habrá usted extrañado mucho al recibir mi comunicación, pero aún será mayor su asombro cuando haya terminado de decirle lo que me propongo. Sin embargo, debo pedir una cosa, antes de continuar con la proposición de que se trata: tanto si la acepta como si no, debe usted darme su palabra de que nada de lo que tratemos en esta sala trascenderá al exterior. Si no quiere entrar en la aventura que quiero proponerle, nos estrecharemos las manos y olvidaremos el hecho de que nos hayamos visto. Si usted

acepta mi propuesta, le pagaré veinticinco mil dólares por su servicio de un mes.

La mirada de Falkner, fija hasta entonces en Winn se desvió para contemplar a la muchacha. Los hermosos ojos de ésta brillaban de excitación cuando le miró.

—Es un precio extraordinario para un capitán de lago —replicó—. Confieso que despierta mi curiosidad. Desde luego, puedo darle mi palabra de que cuanto me diga será considerado confidencial. Si acepta usted esta promesa, puede continuar. En el rostro de Winn apareció una curiosa sonrisa.

—La acepto, Falkner —dijo—. Escuche. —Se inclinó sobre la mesa, apoyándose en sus regordetas manos entrelazadas—. Voy a explicarle a usted una curiosa aventura. El éxito para mí... lo es todo. He estado planeándolo durante muchos meses y, hasta hace uno, la única cosa que me faltaba era un hombre, un hombre valeroso; un hombre dispuesto a correr un peligro y cuya palabra fuese tan digna de fe como una Obligación del Gobierno. Me acordé de su persona, porque yo era uno de los propietarios del buque cargado de cobre cuyo salvamento perdió usted. Mire. Aquí mismo —añadió golpeando los papeles que tenía bajo su mano— está toda su historia. Encargué a un hombre investigar su vida durante los primeros tiempos de su juventud y luego, año por año, he seguido todos sus actos, hasta el momento actual.

Falkner respingó, perplejo. Miró a la señorita Winn y luego volvió a fijar sus ojos en el naviero.

—Espero que no se habrá enterado de algunas cosas —dijo.

—De algunas, no —replicó Winn mirando los papeles—. Pero, sin embargo, he descubierto bastante. Tengo la certeza de que es usted el hombre que busco. Se trata, sencillamente, de detener un buque en el lago Superior y raptar a ocho de sus pasajeros. Supongo que eso no tendrá la mayor importancia para usted. Éste es el cometido que le preparo.

Falkner había recobrado el dominio de sí mismo. Con la mayor frialdad volvió a encender su pipa, que se había apagado.

—Eso es interesantísimo —dijo con amenazadora dureza en la voz—. De modo que se ha enterado usted de la historia de toda mi vida, y, por último, me considera un criminal de primera calidad. ¿No es así?

De la garganta de la joven surgió una leve exclamación apenas perceptible. Falkner la miró de frente, preguntándose si iría a hablar. Los ojos de ella parecían penetrados de una repentina y penosa ansiedad, mientras miraba alternativamente al capitán y a su padre.

—De ningún modo, Falkner —gritó casi el naviero—. Sencillamente, necesito un hombre, y por el hecho de que lo sea no debe entenderse que es criminal. Si le he comunicado a usted una impresión equivocada, dispéñeme, porque he obrado tontamente. Le he llamado aquí, persuadido de que puedo depositar en usted toda mi confianza, ya que, en pocas palabras, es usted valiente, aventurero y, al mismo tiempo, honrado. Es usted el único que reúne esas tres condiciones entre todos los capitanes de los lagos. Y debe darse cuenta de la confianza que pongo en usted

cuando le diga que, prácticamente, pondré toda mi reputación, y la de mi hija, en sus manos. Y ahora, si no tiene confianza en mí ¿la tendrá en la señorita Gladys Winn?

De nuevo Falkner miró a la señorita Winn. Los ojos de ésta hallaron los de él con clara franqueza, pero no habló. Aquel silencio empezaba a ser molesto para el capitán.

—Continúe usted, señor Winn —dijo—. Por lo menos, tengo cierta curiosidad y deseo enterarme del asunto que me tiene preparado.

—Pues verá usted —dijo el naviero en voz baja, mientras la joven se acercaba—. Dentro de tres semanas el barco de acero Uranus saldrá de Duluth con rumbo a Buffalo, cargado de menas metalíferas. En sus camarotes llevará ocho pasajeros... todos ellos varones. Yo deseo que usted aborde ese barco, secuestre a los ocho pasajeros y los oculte en alguna costa solitaria del Norte durante una semana o diez días. Después de este tiempo quedará cumplida su misión y yo le entregaré un cheque de quince mil dólares. Si acepta usted mi proposición, esta misma noche le daré los otros diez mil más de lo que le he dicho no puedo decirle ya. Es preciso que ignore usted el motivo que tengo para desear el secuestro de esos hombres y su ocultación durante el tiempo fijado. Puedo asegurarle que, prácticamente no existe ningún peligro en la empresa.

El vigoroso rostro de Falkner se iluminó con una sonrisa.

—Bueno. Una pequeña piratería, ¿no es verdad? —exclamó riéndose—. ¿Ya sabe usted lo que significa eso, señor Winn? En los Grandes Lagos, la piratería está sujeta a las leyes del Estado para el cual ha sido despachado el buque en que se comete tal crimen. El Uranus según dice usted, ha de transportar una carga a Buffalo. En Nueva York, el único castigo de la piratería es la muerte. No se figure que tengo miedo, pues me gusta toda aventura arriesgada. Tal vez demasiado. Pero en cuanto a enarbolar el pabellón negro y cometer un crimen...

—No cometerá usted ningún crimen —exclamó Winn golpeando la mesa con su carnosa mano—. Le doy a usted mi palabra acerca del particular; Falkner. Comprendo que es duro de creer, pero es cierto. No corre usted absolutamente ningún peligro, excepto el muy pequeño, de contener a la tripulación del barco de carga, mientras se apodera de los pasajeros. Comprendo que no lo crea y por esta razón he buscado el medio de hacer, desaparecer sus sospechas. ¿Me cree usted capaz de sacrificar a mi hija, Falkner? Contéstese usted mismo. Ella le acompañará en calidad de capitán de la expedición. Usted deberá obedecer exactamente sus órdenes. Si usted se convierte en pirata, a ella le ocurrirá lo mismo, y en caso de que se presente algún peligro, también habrá de correrlo ella. Y se la entregaré a usted como rehén y prueba de que al abordar al Uranus y secuestrar a los pasajeros no cometerá usted ningún crimen. Sorprenderá usted de tal manera a la tripulación del barco, que con mostrar un poco algunas armas de fuego, nadie pensará en ofrecer resistencia. Bastará que le acompañen en el abordaje media docena de hombres enteros, armados de revólveres. Algunos de éstos podrán ser cargados con cartuchos sin bala, pero, en cambio, cada

uno de sus auxiliares deberá llevar, algo con que armarse, por ejemplo, una cachiporra de arena, ya que eso basta para atontar al adversario, sin correr peligro de matar, en caso de que haya lucha. ¿Qué le parece a usted? ¿Querrá encargarse de la expedición, al mando de mi hija Gladys?

La joven, profiriendo un extraño ruido gutural, muy semejante al gorjeo de un pájaro; se inclinó sobre la mesa y tendió a Falkner una de las páginas de su librito de notas. Le miró sonriente y luego frunció sus rojos labios, con expresión de súplica, mientras él tomaba el papel, en el cual estaban escritas las siguientes palabras:

Perdóneme si no hablo. Por desgracia he de escribir cuanto quiero decir. Pero oigo muy bien. ¿Irá usted, no es cierto? Se lo ruego.

Falkner sintió una emoción muy rara al comprender el significado de aquel diminuto taco, bajo la esbelta y blanca mano de la hija del naviero. La pobre no podía hablar: era muda. Volvió a mirarla y observó que aún tenía fruncidos los labios y que sus ojos resplandecían con expresión ansiosa e interrogadora. Entonces solamente se fijó en aquella joven, sin acordarse de Winn ni de la fortuna que le ofrecía. Su hermoso rostro seguía suplicándole y el joven sintió un súbito estremecimiento que le impidió pronunciar palabra, mientras miraba a los ojos de ella. Los labios de la muchacha se movieron. Falkner pudo leer en ellos las palabras: *¿Irá usted? ¡Se lo ruego!* Le tendió la mano y él, profiriendo una extraña carcajada, la agarró en su enorme palma, tembloroso como un muchacho excitado.

—Sí, ¡iré! —dijo.

Sintió los dedos de la joven oprimirse en torno de los suyos. Luego se rió... una sonrisa dulce y silenciosa, los ojos resplandecientes de júbilo. En aquel momento. Falkner sintió que el suelo huía bajo sus pies.

—Iré —dijo de nuevo hablando sólo con ella—. Iré... siempre que usted me acompañe como capitana de la expedición.

Una hora después, ya en el camarote a bordo de su propio buque, Falkner sacó dos papeles del bolsillo de su chaqueta. Uno era un cheque por diez mil dólares; el otro la nota de la señorita Wirm. Leyó una docena de veces las palabras, que escribiera y al mismo tiempo, observó una línea escrita en la otra cara. Con mano descuidada, la joven había trazado las siguientes palabras:

Capitán Jim Falkner, pirata.

Veintitrés días después de la primera entrevista de Falkner con J. Cortland Winn, el yate Silver Fox se hallaba a cosa de treinta millas del cabo del Trueno navegando despacio por las aguas, que apenas se agitaban, del lago Superior.

En la proa se hallaba la señorita Winn, escrutando el desierto mar con unos

poderosos gemelos. Cuando Falkner salía de su camarote, detúvose un instante a la sombra de la cámara, con objeto de contemplar a la joven, cuya figura, alta y esbelta, se recortaba sobre el cielo occidental, teñido en aquel momento con los resplandores del ocaso. Aquella muchacha tenía un aspecto juvenil y seductor en alto grado, mientras se hallaba en pie a cosa de dos pasos de la barandilla del buque, el brillante cabello recogido en una larga trenza, los blancos brazos desnudos hasta el codo. El capitán respiró profundamente y se acercó a ella. Los tres días que pasaron juntos, desde su salida, de Duluth, le parecieron más cortos que nunca y, por otra parte, sentía la impresión de conocer a aquella joven desde mucho tiempo atrás. Habían sido días de firme y creciente anhelo... días de júbilo, días de dolor; días en que le habían asaltado, a la misma hora, la esperanza y el desaliento. Y con ellos el miedo, cada vez mayor, de que aquella joven, a pesar de las protestas de Winn, pudiera exponerse a un peligro mortal.

Ella se volvió al oír sus pasos y le dirigió una de aquellas dulces sonrisas que despertaban en Falkner el deseo de estrecharla entre sus brazos.

Descubrí tres barcos de carga —escribió en su taco—. Uno de ellos es el «Uranus».

Él tomó entonces los gemelos de su mano.

—Lo es, efectivamente —dijo después de un corto examen—. Puedo asegurarlo, juzgando por sus chimeneas.

Antes de salir de su camarote, hablase ya resuelto a llevar a cabo una tarea desagradable, y la joven pudo darse cuenta de lo que se avecinaba por la expresión de sus ojos. El rostro de ella se puso, serio antes de que él hablase.

—Señorita Winn —dijo Falkner—. Me he abstenido de interrogarla a usted durante los últimos días, pero comprendo que debo hacerlo ahora, a pesar de mi contrato con su padre. Ha ocurrido un cambio... —añadió con voz temblorosa, pues en aquel momento se hallaba más cerca de la verdad y su corazón latía tan excitado, que su rostro se sonrojó, expresando sus sentimientos con la mayor elocuencia—. Ha ocurrido un cambio... en mí. Debo saberlo todo. ¿Qué necesidad hay de tanto misterio? ¿Por qué he de abordar ese buque? ¿Cuál es la razón del secuestro de los pasajeros? Usted lo sabe. Debe usted de saberlo. Yo me arriesgo a todo ciegamente y pongo en peligro mi barco, mis hombres y mi persona; y lo hago... —Detúvose de nuevo, sintiendo un temblor en la garganta. Lo hago, no por el dinero que me paga su padre, sino por usted. Y si yo obro así, ¿por qué no habrá de ser franca conmigo? ¿Por qué no deposita en mí su confianza?

Casi lamentaba el haber hablado. Por un instante la trémula mirada de dolor que había observado primeramente, en la oficina de Winn, reapareció en los ojos de ella. Palideció su rostro y temblaron sus labios, cual si estuviese disgustada. Empezó a escribir en su taco y él notó que temblaban sus dedos.

Lo siento mucho. No puedo decirle nada... nada que ya no sepa. Confío en mi padre y tengo absoluta fe en usted. ¿No puede, a su vez, tener fe en mí... en nosotros?

—¡En usted, sí! —se apresuró a contestar el capitán. En el mismo instante la manecita temblorosa de ella fue a estrechar la de su interlocutor—. Señorita Winn... Gladys... perdóneme por lo que voy a decir. No temo por mí ni por mis hombres. Comprendo, y ellos lo saben igualmente, lo que vamos a hacer. Pero se trata de usted. Escuche. Podría dirigirme ahora al cabo del Trueno, dejarla a usted en tierra y alcanzar esta noche al Uranus. ¿Me permite hacer eso? Si hay peligro... Porque estoy seguro de que existe, conviene que usted no se vea envuelta en él. Esta noche abordaré el buque pero antes es preciso que usted pase a tierra.

Su voz y sus ojos expresaron mucho más que sus propias palabras. Seguía estrechando la mano de la joven; y ella le contestó con un bello centelleo de sus ojos y el fruncimiento de sus rojos labios, mientras movía la cabeza y reaparecía el color en sus mejillas.

—Es preciso que usted vaya a tierra —repitió él.

La joven retiró su mano y escribió rápidamente. Falkner leía las palabras a medida que las trazaba el lápiz.

Si usted tiene... algún afecto por mí... me permitirá que le acompañe esta noche. No desembarcaré voluntariamente. Si usted me obliga a ello, será un traidor para conmigo. Debo compartir la responsabilidad de lo que suceda. Es necesario... para salvarle a usted de un posible peligro. Me niego a dejarle actuar solo.

Su rostro estaba nuevamente pálido cuando levantó la mirada. Sus trémulos labios hicieron un esfuerzo, Cual si quisieran hablar, y, de pronto, la joven se volvió y echó a correr hacia su camarote.

Durante diez minutos, Falkner permaneció con la vista fija en el lago, hacia las negras columnas de humo de los barcos de carga que se aproximaban. Luego regresó a su propia estancia y escribió en un papel que hizo entregar a la señorita Winn por la cocinera:

Es usted muy valerosa. Está a la vista el «Uranus». Es el tercer buque. Lo abordaremos esta noche, al terminar la guardia. Y luego, sonriendo satisfecho, puso la firma: Capitán Jim Falkner, pirata.

La señorita Winn comió en su camarote y Falkner no volvió a verla durante muchas horas. A las ocho de la noche el Silver Fox navegaba a tres cuartos de milla

hacia popa del Uranus, y Falkner celebró la última conferencia con sus hombres. Eran seis, contándose él y dejando aparte al maquinista. En aquel viaje, el palero había sido eliminado y la cocina quedó a cargo de la esposa de uno de los tripulantes. Falkner estaba persuadido de que podía confiar en todos los individuos de su tripulación. Clarkson, Findy y McGraw eran antiguos compañeros de aventuras que le demostraron siempre la mayor fidelidad en cualquier proyecto. Hawkins, el maquinista, y Peters, el piloto y timonel, hacía ya tres años que estaban a su servicio. Sólo había alguna duda con respecto a Sullivan y por consiguiente Falkner se dirigió más especialmente a él cuando dio sus instrucciones finales. Vio que cada uno de sus hombres se había armado con una corta cachiporra de arena, y a cada uno de ellos le entregó un revólver automático cargado con cartuchos sin bala.

—No disparéis, en caso de no veros obligados a ello —les avisó—. Pero si lo hacéis, procurad tirar de manera que se sienta la pólvora. No rompáis ninguna cabeza con las cachiporras. Ganaréis mil dólares por barba en ese trabajo, pero es preciso hacerlo de manera que a bordo de ese buque no resulte ningún herido grave.

A las nueve, de la noche se encaminó hacia el camarote de la señorita Winn y llamó a la puerta. La joven abrió. Había cambiado su traje ligero por otro más grueso, oscuro y, se había arrollado en la cabeza la trenza del cabello. Su rostro estaba tenso y pálido al mirar, por detrás de Falkner, hacia donde las luces del Uranus brillaban, media milla lejos, por la parte de estribor. Falkner profirió una leve carcajada y le ofreció la mano. La de la joven estaba fría como el hielo y él sintió un estremecimiento de miedo. En resumidas cuentas se trataba de un acto de piratería, ni más ni menos. Luego, ella sonrió, moviendo la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí. Ya estamos dispuestos, —dijo él, no muy satisfecho—. Vamds a abordar el buque. ¿Quiere usted permanecer en su camarote?

Ella movió la cabeza para manifestar su negativa, y la acompañó a la barandilla de estribor, apoyando la mano en su brazo. El capitán tenía ya muy poco que decir. Su rostro estaba serio y firme y cerraba con fuerza las mandíbulas; en sus ojos había un resplandor que la joven no había visto nunca. Pocos momentos después, él la dejó para reunirse con sus hombres. El Silver Fox se acercó rápidamente al barco de carga y por último Falkner levantó su megáfono.

—¡Ah del buque! —gritó—. ¿Es el Uranus?

—Sí. Es el Uranus —contestó una voz.

—Entonces, acortad la marcha y dejadnos navegar de costado —gritó Falkner—. Éste es el yate Sea Gull, de Port Arthur, y tenemos importantes telegramas para ustedes de los propietarios.

Como había esperado, aquel ardid tuvo buen éxito. Oyó el martillazo sobre el batintín del cuarto de máquinas del Uranus, y el enorme buque empezó a aminorar su marcha. Dos minutos después, el Silver Fox navegaba junto a su costado y Findy y McGraw se sujetaron a él con sus ganchos. Iba tan cargado el buque y sobresalía tan poco de las aguas, que desde la cámara de cubierta, Falkner pudo saltar a su bordo,

seguido por Clarkson. El piloto y el que estaba de guardia eran los únicos que ocupaban entonces la cubierta de aquel gran buque de carga, y antes de que ninguno de ellos hubiese podido pronunciar palabra, Falkner y Clarkson les apuntaron sus revólveres.

—¡Si os movéis o gritáis, os saltamos la tapa de los sesos! —avisó el capitán. ¡Manos arriba!

Los dos hombres, asustados, obedecieron inmediatamente. El helado brillo de las armas automáticas era demasiado real para dudar un instante. Con felina rapidez. Findy y McGraw saltaron también a bordo del Uranus, y mediante unas telas que ya llevaban para el objeto se apresuraron a impedir que sus enemigos pronunciasen una sola palabra. Tres minutos después del abordaje aquellos dos hombres estaban tendidos, de espalda, atados y amordazados.

—Tú, Findy, veté a conferenciar con el timonel —ordenó Falkner—. Y tú, McGraw, observa la puerta del camarote del capitán. Si asoma la cabeza agárralo y procura que no grite. No deseamos alarmar a los hombres de popa, porque, de lo contrario habrá una lucha comprometida. Ahora, muchachos, vamos en busca de los pasajeros.

Falkner, seguido de cerca por Hawkins y Peters, se dirigió hacia la cámara de proa. La puerta estaba abierta y Peters encendió un fósforo, mientras los otros dos buscaban el conmutador eléctrico. Al brillar la luz en cuanto hubieron hallado lo que buscaban, los tres hombres se cubrieron las caras con antifaces. Falkner no pudo dejar de sonreír al ver a Hawkins y a Peters que, pistola en mano, tenían un estupendo tipo de piratas como no lo poseyeron quizá todos los bandidos que navegaron con el capitán Kidd o con Blackbeard. Hawkins, con su cabello y barba rojos, que asomaba por debajo de su antifaz, valía tanto como un ejército para aterrar a cualquiera y por esta razón Falkner le envió a la descubierta, mientras de puntillas avanzaban todos en fila, al descender por la estrecha escalera que conducía a los camarotes de lujo. Apenas hubieron llegado al pie de aquélla, cuando percibieron el ruido de carcajadas, y por debajo de la puerta que daba a los dormitorios de la sala salía una brillante línea de luz. Sin pronunciar palabra, Falkner se acercó y empujó la puerta. Ante una mesa, que había en el centro de la habitación, vio a tres hombres sentados y jugando al póquer. Otros dos contemplaban a los jugadores. Por un momento, éstos, con los ojos fijos en los movimientos de algunos montones de fichas, no se dieron cuenta de la interrupción. Pero al levantar los ojos vieron a tres hombres de aspecto peligroso y a otras tantas pistolas automáticas que les amenazaban desde la puerta.

—¡Cuidado con hacer ruido, señores! —dijo Falkner—. Nos veremos obligados a pegar un tiro al primero que grite. Les rogamos que salgan. —Empujó al feroz Hawkins al interior de la estancia y señaló luego la puerta que conducía a la cubierta—. Ábrela —dijo— y mata al primero que se disponga a huir. Ahora, señores, les rogamos que salgan uno tras otro por esa puerta.

Los ocupantes de la habitación no pronunciaron una sola palabra; y cuando se

pusieron en pie, ni siquiera el sombrío Peters pudo contener una carcajada al notar su aspecto. El que seguía inmediatamente a Hawkins era el hombre más gordo que viera Falkner en toda su vida, aunque los cinturones de tres de ellos parecían a punta de reventar a causa de la gordura de sus dueños. Aquella gente no era peligrosa. Sólo había un joven entre ellos, y Falkner se sonrió al fijarse en que tres de los prisioneros, contra los cuales dispuso tan formidable fuerza, eran calvos por completo. Aquellos hombres tenían aspecto respetable y acaudalado. El brillo de sus calvas, sus grandes e inmaculados chalecos y la blancura de sus camisas, indicaban su importancia y su buena posición social. Eso fue causa de que Falkner sintiese un desagradable escalofrío. Imaginó que se las habría con pasajeros vulgares o que, por lo menos, no tendrían aquel aspecto, pero su misma gordura y su porte distinguido le dieron a entender claramente la enormidad del acto que realizaba. Ninguno de aquellos hombres exteriorizó la menor protesta mientras seguían a Hawkins a través de la puerta, excepción hecha del más gordo, que empezó a maldecir en voz baja, aunque no de manera que sus aprehensores pudiesen verse obligados a avisarle. Por un momento detuviéronse en un lugar en que Sullivan estaba de guardia, ante los dos hombres atados, en tanto que Falkner les indicaba el modo de pasar a bordo del Silver Fox. Y cuando estuvieron sentados en fila, en la cubierta de proa del yate, mientras Sullivan se inclinaba sobre la barandilla, a mayor altura que la que ellos ocupaban, Falkner se reunió con Hawkins y Peters, que ya estaban de vuelta, para recoger a los otros dos pasajeros.

De pronto se oyó un alarido terrible, capaz de helar la sangre en las venas, que alteró la tranquilidad de la noche. Inmediatamente después, se oyó el rápido fuego de una pistola automática.

—Es McGraw —exclamó Falkner—. Pasad, a los demás, muchachos. Yo iré a ver qué le sucede.

Atravesó la cubierta, en dirección a la puerta del camarote del capitán, y con gran horror por su parte divisó a McGraw tendido de espaldas, en tanto que un hombre gigantesco se había arrodillado sobre su pecho y se ocupaba en estrangularlo. Falkner comprendió que debía apresurarse para evitar la posibilidad de que los hombres de popa llegasen a aquel lugar y, por lo tanto, descargó su saquito de arena sobre la cabeza del capitán con tanta violencia como le fue posible. Se aflojó la presión de los dedos que atenazaban el cuello de McGraw, cayó el capitán al suelo y, antes de que Falkner pudiese repetir el golpe, volvió a ponerse en pie, aunque tambaleándose. Se apercibió para el ataque del otro, pero le falló el golpe; después ya no supo lo que pudo ocurrir. Diose cuenta de que un objeto duro y pesado se desplomaba sobre su cabeza, y cayó al suelo tan indefenso como si le hubiesen roto el espinazo. Notó además, que algo caliente corría por su rostro. Luego oyó fuertes voces, gritos, disparos de pistola... y por fin nada más.

En cuanto Falkner volvió en sí, sintió un extraño dolor y se dio cuenta de que una mano fresca le acariciaba el rostro y le inclinaba el cabello hacia atrás. Abrió los ojos

y en el segundo siguiente pudo observar que se hallaba, en su propio camarote, bien alumbrado, y, que el Silver Fox navegaba, Luego vió a la señorita Wipp, cuyo hermoso rostro se inclinaba sobre él; y antes de darse cuenta de lo que hacía levantó la mano hacia el brillante cabello de la joven. Pero se contuvo inmediatamente y volvió a caer hacia atrás, gimiendo y riéndose, a un tiempo.

—¡Me han fastidiado bien! —dijo haciendo un esfuerzo, y sonriendo a su compañero—. ¿Los hemos cogido a todos?

Ella movió la cabeza en sentido afirmativo, le sonrió y miró con ojos tan resplandecientes que el capitán Falkner se echó a reír como un niño. La muchacha volvió a acariciarle el cabello, en tanto que el herido le tomaba la otra mano y la oprimía sobre sus labios. Allí permaneció un momento, cálida y dulce; pero, de pronto resonó una llamada en la puerta y cuando la señorita Winn retrocedía entró Peters. Desde la puerta, la joven le volvió a sonreír y abandonó el camarote. Peters tomó asiento y miró sonriente a su jefe. En sus ojos se advertía cierta timidez. Falkner se incorporó sentado y preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—El capitán Dix le dió a usted un buen golpe en la cabeza con un pedazo de tubería de hierro —explicó. Peters mientras su largo y flaco rostro seguía sonriendo—. Antes de que McGraw le golpease con su cachiporra de arena, empezó a gritar como una bandada de hienas, y media docena de hombres vinieron corriendo hacia popa. Sullivan y Findy los contuvieron hasta que nosotros pudimos embarcar a los otros dos, y luego desaparecimos, a nuestra vez. ¡Dios mío...!

—Pero, ¿por qué demonio te ríes? —preguntó Falkner.

—No puedo evitarlo, cuando pienso en la gente que hemos embarcado —dijo Peters—. Los otros dos eran también muy gordos y entre ellos hay cuatro calvos. Además, uno de ellos es tan viejo y corpulento que nos costó lo indecible trasladarlo a bordo. Los metí a todos en el camarote grande y nombré a Clarkson y a McGraw para guardarlos; pero todos ellos son tan inofensivos como corderos. Apenas hacía quince minutos que estaban reunidos, cuando reanudaron su partida de póquer y empezaron a fumar unos cigarros muy aromáticos, hasta el punto de que no me importaría desayunarme con una caja de ellos. ¿No oye usted eso?

En efecto, dominando las trepidaciones de las máquinas del yate, Falkner oyó las carcajadas de aquellos hombres, que, sin duda, debían de estar contentísimos.

—Son unos despreocupados —continuó diciendo Peters—, y, lo más gracioso del caso, es que no dejan de referir historias de piratas mientras juegan, y además, se dedican a profetizarnos toda suerte de males. Han logrado asustar a Clarkson y a McGraw; pues una de esas ballenas ha descrito una ejecución que presencié en Nueva York, en la que, según parece, electrocutaron a un pirata.

Para Falkner, aquellos detalles lo eran todo menos divertidos. Se puso en pie y se examinó en el espejo.

—¿Sabes si Clarkson y McGraw llevan todavía los antifaces? —preguntó.

—Ni con una palanca sería nadie capaz de arrancárselos —contestó Peters—. Hawkins está quitándose las patillas rojas en el cuarto de máquinas. Aquella gente lo tienen muerto de miedo.

—¿Y tú?

—¡Hombre, a mí la cosa no me gusta, Falkner! —contestó Peters, riéndose sin ganas—. Esos hombres son demasiado gordos y ricos. No me extrañaría si me dijese que nos hemos apoderado de los más grandes multimillonarios de los Estados Unidos, dejando aparte, tal vez, a los dos flacos restantes... Y eso es peligroso.

—Di a Clarkson y a McGraw que abandonen la guardia y cierren la puerta —ordenó Falkner—. No creo que necesiten centinelas.

A las primeras luces del alba, el Silver Fox navegaba a poca distancia de una costa desierta y cubierta de bosque y precisamente cuando el sol apareció en el cielo el yate avanzaba por entre un laberinto de negros arrecifes y pequeños islotes, hasta llegar, por fin, a una diminuta ensenada, completamente oculta por un risco pedregoso y un espeso bosque de copayeros y abetos. Entre el agua y el bosque había una playa de arena blanca, de cien metros de ancho. Falkner la indicó a Peters y a Findy, que se hallaban a su lado.

—Armad ahí las tiendas —dijo—. Una vez en tierra, daremos libertad completa a nuestros prisioneros. No podrán escaparse. No hay ninguna habitación humana en un radio de treinta millas, y no creo que ninguno de ellos sea capaz de recorrer quinientas yardas a través de esas rocas. Estarán aquí tan seguros como en la cárcel. Desembarca todas las provisiones y, en cuanto esté hecho, disponte a marchar.

Mientras el piloto se ocupaba en cumplir tales instrucciones, Falkner se encaminó al camarote de la señorita Winn. Ella hizo un leve gesto de sorpresa y placer al verle.

Me alegro mucho de que no esté herido de gravedad —escribió en su taco.

Y luego, mientras ella le contemplaba con sus ojos brujos y le sonreía de un modo maravilloso, notó que el rostro del capitán continuaba serio, y el suyo adquirió una expresión interrogante. Algo asustada por lo que veía, extendió la mano y la apoyó en el brazo del capitán.

—He venido a despedirme, señorita Winn —dijo esforzándose en hablar serenamente—. Dentro de media hora el Silver Fox zarpará hacia Duluth, llevando toda la tripulación, excepción hecha de mí mismo. Usted se irá con ellos.

En los ojos de la joven apareció un centelleo azulado y escribió rápidamente en su taco:

Sí. Debo volver cuanto antes a Duluth en el yate. Pero, ¿por qué se queda usted aquí..., y solo?

—Porque no quiero poner en peligro, ni siquiera por un momento más, las vidas de mis hombres —contestó. El tono duro de su voz obligó a la joven a retroceder un paso, mientras le miraba—. Cumpliré mi contrato... no con su padre, sino con usted —añadió—. Me quedaré con los prisioneros. Dentro de unas horas los escampavías de la Hacienda, una docena de remolcadores y algunos yates rápidos explorarán el Superior y sus costas, en busca del criminal que abordó al Uranus. Si nos descubren... —Se encogió de hombros y añadió—: Si nos cogen... yo solo sufriré el castigo.

Ella continuaba mirándole, pero en sus ojos se realizó un cambio deslumbrante. Intenso rubor tiñó sus mejillas. De nuevo escribió con rapidez y le entregó el papel. Es usted el hombre más valiente del mundo entero —había escrito—. Si le descubren, yo acudiré a su lado... y confesaré mi participación. Y usted..., cuando haya terminado, ¿querrá ir a verme a mi casa?

La miró y por un momento no se atrevió a hablar. Ella apoyó ambas manos en su brazo y lo miró fijamente.

—¿Tiene usted verdadero deseo... de que vaya? —preguntó él con suave acento.

Ella afirmó con la cabeza y sus rojos labios formaron la palabra sí.

—Entonces iré —contestó—. Adiós, señorita Winn... Gladys...

Ella pareció querer acercarse y, de pronto, el capitán inclinóse y besó la hermosa y trémula boca que le tentaba por su proximidad; luego, mientras la cabeza le daba vueltas, retrocedió por la abierta puerta del camarote.

Los prisioneros se hallaban ya en tierra; al abrigo del bosque habíanse armado algunas tiendas y de la despensa del cocinero se sacaron las provisiones necesarias; pero Falkner hizo muy poco caso de todo aquello, mientras atravesaba la larga plancha que iba desde la cubierta del yate a una gran roca de tierra. Comprendió que en el último momento había descendido a cometer una baja acción. Su beso era un insulto para la señorita Winn. Al abrigo de una roca sacó lápiz y papel del bolsillo y escribió:

¿Podrá usted perdonarme por lo hecho? ¿Podrá creerme todavía un hombre digno y valeroso? Si le es posible, Dios la bendiga. No tengo más que una excusa que dar por lo que hice... y es que la amo.

Llamó a Peters y le encargó entregara aquella nota. Luego poniéndose el antifaz, volvió al risco rocoso. No vió más a la señorita Winn; y en cuanto estuvo armada la última tienda y hubieron transportado a tierra las últimas cajas de provisiones, el capitán sintió que el alma se le caía a los pies. La joven se negaba a perdonarle el insulto. Se dirigió a la orilla, estrechó la mano de sus hombres y dio a Peters las instrucciones finales.

—Llévate el Silver Fox a Duluth —dijo—. Arma un remolcador con el cheque que te he dado y toma parte en las pesquisas que se harán para dar con los pasajeros

secuestrados. Toma precauciones y una nueva tripulación. Dos hombres bastarán para arribar a esta ensenada. Si no nos han descubierto antes, nadie sospechará la comedia que estamos representando. Yo desapareceré en los bosques y vosotros, si queréis, podréis fingir una persecución. ¿Comprendes? De este modo seréis los salvadores de los secuestrados.

Peters volvió apresuradamente a bordo y Falkner quedóse en la playa, observando al yate mientras se disponía a marchar. Pasaba precisamente por delante de la entrada de la ensenada, cuando el piloto apareció, saliendo del camarote de la señorita Winn, y arrojó un objeto pesado a tierra.

—¡Capitán! ¡Eso es para usted! —gritó.

El objeto cayó cerca de Falkner. Era un delicado pañuelo de lino, atado en torno de algo pesado. Mientras deshacía los nudos cayó una piedra al suelo y un pedacito de papel tembló entre sus dedos. Al leer lo que escribiera la joven, profirió un grito de alegría:

No comprendo su nota. ¿Perdonarle? ¡Si yo deseaba que me besara! Si la culpa es de alguien, me corresponde mí, porque le creo a usted el hombre más valiente del mundo. Además, estamos en paz, porque cuando le trajeron a usted a bordo y yo le creía muerto... No creo, por otra parte, que quiera usted volver a verme, pues le he engañado de un modo terrible. No soy muda, como usted se figura. Fué una treta quizá despreciable, según temo, pero lo hice para que no me preguntase usted demasiado. Si es que quiere tomarse esa molestia, vaya a verme en cuanto se libre de esos molestos prisioneros. Entonces... quizá se lo podré explicar todo.

Temblando de júbilo, sintiendo una felicidad mayor de la que nunca soñó, Falkner se quedó mirando al yate, hasta que desapareció detrás de la isla; luego volviendo a leer aquella misiva, se dirigió hacia los prisioneros. Ofrecían un espectáculo divertidísimo, pues Peters había seguido sus instrucciones al pie de la letra y cada uno de los ocho hombres estaban con las manos atadas a la espalda y con los ojos vendados. Falkner se proponía quitarles la venda, pero dejar en libertad solamente a dos o tres a un tiempo, con objeto de que, no le hiciesen víctima de un ataque combinado. Apenas hubo desatado al más corpulento de todos, cuando éste extendió una mano y, riéndose muy satisfecho, dijo:

—Si ha salido usted en busca de rescates, amigo, lo conseguirá. Ha llevado usted a cabo un trabajo estupendo... y se ha portado tan bien, que todos hemos convenido en no acusarle ni acometerle. Por lo demás, puede usted quitarnos la venda de los ojos, porque ya sabemos quién es usted, es el capitán Jim Falkner y su yate se llama Silver Fox. Tenga en cuenta que ha perdido este papel y yo lo hallé.

Y entregó a Jim Falkner un pedacito de papel. Era el mismo que Gladys Winn le diera en la oficina de su padre, un mes antes, y en cuyo dorso había escrito:

Capitán Jim Falkner, pirata.

Falkner sintió un escalofrío. Luego se echó a reír y, estrechando la mano de aquel hombre gordo, le dijo:

—Tiene usted razón. Puedo quitarme el antifaz, cosa que no lamento, porque me pica mucho en la nariz.

Veinticuatro horas después del atrevido atraco contra el barco de carga Uranus; todos los hilos telegráficos de los Estados Unidos transmitían, afanosos, aquellas noticias. Desde la explosión del Maine, los jefes de Redacción no habían conocido un asunto tan sensacional. Al principio aquellas noticias fueron recibidas con gran reserva, pues resultaba apenas creíble, que una tripulación pirata, armada de garrotes y de pistolas automáticas hubiese abordado un buque del lago y, utilizando aquellas armas, se llevara a sus pasajeros. Los redactores jefes se sonrieron al imprimir las primeras noticias, pero sus risas se transformaron muy pronto en miradas de asombro y de horror. El suceso era real. Y a medida que llegaban los detalles, publicaron ediciones extraordinarias, con grandes titulares, que se vendieron a millones por todo el país. Tres barcos de guerra americanos y otros dos canadienses acudieron al lugar del suceso y las autoridades de ambos Gobiernos dieron las órdenes oportunas para armar yates y remolcadores de las dos costas.

Al segundo día los periódicos más importantes salieron con titulares que cubrían todo el ancho de la página y con columnas de negritas y fotografías. En el primer momento se adquirieron fotografías del Uranus, de su capitán y de su tripulación, al precio de diez a veinticinco dólares cada una, pero los retratos de los personajes secuestrados se publicaron en todas las ediciones. Además, los periódicos contenían dibujos a pluma y a lápiz, a veces de media página, reproduciendo la escena de los piratas enmascarados, que abordaban al Uranus, la lucha con la tripulación, el terrible combate entre el capitán Dix y McGraw, imaginarias tiendas entre los pasajeros y los invasores de sus camarotes, y todas las escenas que se podían suponer, de acuerdo con el hecho, y que dibujaron los artistas y reporteros.

¿Quiénes eran los atrevidos piratas? ¿Dónde estarían? ¿Qué fue de sus prisioneros? Estas y otras mil preguntas eran formuladas todos los días por los periódicos y se oían incesantemente en las oficinas, en las mesas de los restaurantes, se cruzaban entre las mecanógrafas y hasta entre los muchachos que asistían a las escuelas. Pero era imposible contestar a ninguna. Cada día aumentaba el misterio y a medida que se desarrollaba, mayor era el espacio que al asunto dedicaban los periódicos. Además, algunos de ellos enviaron a sus corresponsales a tomar parte en la búsqueda de los piratas. Ni siquiera la guerra entre las dos naciones más importantes de Europa hubiese podido causar tanta sensación.

Oculto Falkner en una ensenada desierta, tras otro desierto de arrecifes y de

islotes, adivinó lo que estaba sucediendo. Durante algunas horas, el hecho de que los presos conociesen su identidad le causó el efecto de que se habían abierto para él las puertas del presidio. No veía escapatoria posible. No le quedaba más que un recurso: la fuga. Le sería posible tomar el camino hacia el norte, y perderse para siempre en el desierto, pero eso equivaldría a permitir que su tripulación pagase las consecuencias de lo hecho; pues, ahora, tanto él como su buque eran conocidos y sería fácil averiguar cuáles fueron los hombres que le acompañaron en aquella expedición. Por esta razón no pensó ya más en escapar él solo. Y a pesar de que su caso parecía desesperado, no pudo dejar de sentir el mayor interés por lo que hacían los prisioneros. Primero se esforzó en permanecer separado de ellos, pero el hombre gordo y sus compañeros no quisieron consentirlo.

—Nada importa que sea usted un pirata criminal —dijo aquel corpulento ser—. Es preciso que venga con nosotros y tome parte en nuestros juegos.

Cada hora aumentaba el misterio de la situación, con gran dolor e inquietud de Falkner. Estaba asombrado al ver lo que había en las cajas que Winn mandó en Duluth a bordo del Silver Fox. Contenían cuantas golosinas y cosas exquisitas se puede soñar, desde langosta en conserva y *pâte de foie gras*, hasta pepinillos y queso de Limburger. Había una caja de botellas de vino y otras varias de cerveza vieja. La mitad de los prisioneros se pasaban grandes ratos en enfriar las bebidas en las heladas aguas del lago Superior. Y lo más notable era que ni por un momento reinaba entre ellos la menor explosión de mal talante. Aquellos seis hombres gordos y bien alimentados, y sus dos flacos compañeros, parecían hallarse en una expedición de placer para distraerse de sus habituales ocupaciones; además, desde la mañana hasta la noche, el desdichado Falkner era el objeto de cien preguntas y la víctima de innumerables bromas. ¿Cuánto tiempo permanecía oculto en la selva? ¿Por qué no les exigía rescate? ¿Qué sería de él cuando lo cogiesen? ¿Moriría ahorcado, de una granizada de balas o en la silla eléctrica? Por lo menos seis veces al día el de la gordura le contaba algún detalle horrible acerca de la ejecución que había presenciado.

Por último tuvo que referirse, por falta de nuevos detalles a los movimientos espasmódicos de los dedos de la víctima y, muy en serio, preguntó a Falkner si él también haría lo mismo en el momento de su muerte. ¿Preferiría morir fusilado, ahorcado o en la silla eléctrica? ¿Le permitirían a un pirata elegir? Le aseguró con la mayor cordialidad, tanto en su nombre como en el de sus compañeros, que acudirían a presenciar su último estremecimiento, cualquiera que fuese la muerte que le diesen. Y, al quinto día, el hombre gordo le dijo que él y sus amigos estaban dispuestos a pagar cada uno mil dólares por su libertad. Añadió que hasta entonces se habían divertido bastante en aquella excursión, pero que habiéndose acabado la cerveza, ya empezaban a aburrirse. Luego, ofreció a Falkner un cheque de ocho mil dólares, pero el capitán lo rechazó.

Al sexto día las cosas llegaron a su crisis. Durante la noche anterior un oso

corpulento y muerto de hambre rondó por entre las rocas de tierra adentro y devoró una parte de las provisiones que les quedaban. Dejó huellas de su paso, tan grandes como un sombrero; apenas las descubrieron, los ocho prisioneros emprendieron la persecución del animal, con la esperanza de descubrirlo a corta distancia del campamento. Falkner seguía a retaguardia, tras un individuo de corta estatura, gordo, de rostro sonrosado y largo cabello gris que le caía hasta los hombros. Los perseguidores franqueaban corriendo un estrecho paso entre las rocas, precedidos por el del enorme cuerpo, cuando un copayero joven inclinó sus ramas hacia atrás, después de haber sido empujado en sentido contrario, se enredó en los cabellos del hombrecillo y le quitó la peluca, elevándola en el aire cual si, de pronto, le hubiesen nacido alas. Aquel hombre dio un grito de susto al verse cara a cara con Falkner. Las palabras que pronunció éste fueron ininteligibles. Antes de que aquel hombrecillo pudiese hablar, el capitán le saltó al cuello y lo derribó sobre las piedras. En los ojos de Falkner había un resplandor feroz cuando profirió, un rugido sobre la cabeza de aquel hombre.

Porque pertenecía nada menos que a J. Cortland Winn, el naviero millonario.

Pocos momentos después, Falkner aflojó los dedos y aligeró de parte de su propio peso a aquel hombre allá postrado. Al ver el rostro de su patrono, se le ocurrió la idea de que éste sería el autor de alguna conspiración infernal, por la que él mismo pagaría la pena; y como oyera las voces de los demás, sacó su pistola automática y oprimió la fría boca del cañón contra la frente de Winn.

—¡Levántese! —le ordenó—. ¡Levántese... y recuerde que esta pistola no está ya cargada con cartuchos sin bala! ¡Arriba! Véngase usted conmigo.

Empujó a Winn por entre las espesas matas, y no se detuvieron hasta unos cien metros más lejos, en lo más profundo del bosque. Entonces, con gran asombro por su parte, el naviero le sonrió.

—Falkner —exclamó—. Reciba usted mis felicitaciones, amigo. Es usted un hombre estupendo.

—Pues vamos a explicarnos ahora o le meto diez balas en la cabeza —contestó Falkner.

—No hay inconveniente en lo primero —replicó Winn, recobrando el aliento. Contempló, admirado, a Falkner, mientras se frotaba las señales rojizas que tenía en el cuello; entonces el capitán se dijo que aquel hombre era el padre de la mujer a quien amaba—. ¡Vaya hombre entero que es usted, Falkner! Daría cualquier cosa por que fuese usted mi hijo. Se lo digo de veras. Mire. —Buscó en su bolsillo y sacó una cartera, muy abultada—. Aquí tiene usted su cheque por quince mil dólares. Todo ha salido perfectamente. Me propuse explicárselo todo el primer día que bajamos a tierra, pero los demás no me dejaron. Dijeron que tal vez comprometería usted el asunto, en caso de que se enterase demasiado pronto. Y ahora, dígame, Jim —añadió burlonamente al pronunciar el nombre de pila de Falkner—. ¿Es usted capaz de adivinar la razón de nuestro secuestro?

Falkner se quedó mirándole. Como se hallaba en el umbral de la comprensión se quedó mudo.

—¡Me he visto atado y a punto de morir entre sus dedos! ¡Caray, qué fuerza tiene usted! Tome... tome un cigarro —dijo Winn. Se interrumpió para encender uno de sus grandes cigarros—. Bueno, pues, para empezar —continuó diciendo—, le diré que el buque que abordó es mío.

—¿De usted? —exclamó Falkner, mordiéndose su cigarro sin encender aún.

—Sí, mío —replicó Winn, sonriendo y secándose el sudoroso rostro—. Y cuando usted abordó aquel buque y nos capturó, a mis amigos y a mí, se apoderó de todos los miembros del Consejo Director de la Compañía del Biscuit Sanspareil. Nos sacó usted del mapa. Y lo hizo en el momento psicológico. Nosotros sabíamos que estaba usted al llegar y esperábamos que nos secuestrase. Eso era nuestra salvación.

Se detuvo y el rostro de Falkner resplandecía a fuerza de curiosidad y de interés.

—¿De manera que fue un proyecto cuidadosamente formado?... Pera, no comprendo. Haga el favor de proseguir.

—Es sencillo —continuó Winn—. Gladys es una muchacha dotada de extraordinaria inventiva. Ella ideó el proyecto y luego me lo comunicó. Tenga usted en cuenta que el Biscuit Sanspareil es el mejor de la tierra. Pero al tener que luchar contra la competencia, las cosas empezaron a tomar mal aspecto para él. No era fácil demostrar sus méritos y, por otra parte, no podíamos anunciar bastante para derrotar a nuestro competidor. La cosa presentaba tan feo aspecto, que ya se adivinaba la bancarrota en lontananza. Pero ahora... Ahora, muchacho, ahora no podría usted adivinar lo que todos los periódicos de los Estados Unidos han estado haciendo durante una semana en nuestro favor. Piense en ello. Todo el Consejo Director de la Compañía del Biscuit Sanspareil, secuestrado por los piratas y quizás asesinados sus componentes. No hay un muchacho de seis años en toda la nación, ya sea holandés, irlandés, chino, o golfo simplemente, que no haya oído, hablar del Biscuit Sanspareil. El «Biscuit Sanspareil» es ya una frase vulgar, desde el Atlántico al Pacífico. Se halla en todas las bocas, ya pronunciado, y materialmente nos representa una propaganda que vale millones de dólares, y otro tanto vale la que vamos a conseguir cuando, al regresar, digamos que nos es imposible dar la menor explicación acerca de nuestro secuestro. Ha sido el truco anunciador más grande de todos los siglos, a partir del momento en que Nerón incendió a Roma. No vamos a poder fabricar bastantes Biscuits Sanspareil. Todo el mundo querrá probarlos, aunque solamente sea por curiosidad..., y quien los compre una vez, ya no adquirirá otros. ¿Comprende usted, Jim, hijo mío? Si alguna vez trasciende la verdad, y no hay una sola probabilidad contra mil de que suceda, todos estamos dispuestos a jurar que la cosa no ha sido más que una broma para causar sensación. Todo ocurrió en mi buque, los actores fueron mis directores y la fiesta la pagaba yo.

Cuatro días más tarde, un remolcador negro y sucio llegó hasta la ensenada, antes de la puesta del sol. A la mañana siguiente desembarcó a un grupo de pasajeros

sucios, en mangas de camisa y sin sombrero, en Sault Sainte Marie. A las nueve de la mañana, Falkner expidió el siguiente telegrama a Gladys Winn.

Todo va bien. En camino para visitarla. Es usted estupenda. Pero ha de pagar una deuda enorme.

JAMES FALKNER.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] *maelstrom*: torbellino, vorágine. (*N. del Ed.*) <<

[2] emaciados: demacrados. (*N. del Ed.*) <<

[3] *esquire*: Se trata de un título no oficial de respeto usado para denotar un cierto estatus social. Hasta principios del siglo xx, se aplicaba a los miembros de la alta burguesía que no tenían ningún título de rango superior. Este título lo utilizan ahora convencionalmente en Estados Unidos los abogados y diplomáticos. Se sitúa sistemáticamente detrás del apellido, más a menudo de forma abreviada. (*N. del Ed.*)

<<

[4] A. B. son las iniciales del título latín, que equivale a nuestro Bachiller. Pero en los Estados Unidos y en Inglaterra el marinero de primera recibe el apelativo de Able-bodied seaman, es decir, que las iniciales de esta calificación corresponden con las anteriores y el autor naturalmente establece un paralelismo entre ellas. (*N. del T.*) <<

[5] Héroe tan fiel en el amor como valiente en la guerra, de una balada inglesa. (*N. del T.*) <<